# ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA

# Naufragios y Comentarios






Álvar Núñez Cabeza de Vaca y tres españoles más protagonizaron una de las gestas más memorables de la conquista del Nuevo Mundo: la marcha desde las costas de Florida, siempre hacia el oeste, hasta el Mar del Sur, en pos de la supervivencia y la libertad. Ese largo peregrinar, alternando entre la cautividad y la huida desesperada, fue consecuencia de unos naufragios, físicos y morales.

Fue la gesta de unos españoles que durante diez largos años conocen toda clase de privaciones y calamidades y a los que mantiene vivos su afán por sobrevivir. Al final de su aventura tropezarán con otros españoles que, a sangre y fuego, están llevando a cabo la conquista de Nueva Galicia.

Si la trama de la narración está formada por estas aventuras, el meollo lo constituye el relato de Álvar Núñez sobre las distintas sociedades indígenas que va conociendo y de las que hoy ya sólo queda el testimonio literario del español. De ahí, precisamente, que los *Naufragios* alcancen singular relevancia sobre todo desde que los pioneros del Far West, allá en el siglo pasado, llevaran a cabo el genocidio amerindio, tan traído y llevado en el cine.

Aunque los *Comentarios* tienen el objetivo de justificar una labor de gobierno puesta en entredicho por una sublevación contra el Adelantado Álvar Núñez, no podemos olvidar que, por encima del relato leguleyo, sobresale la preocupación indigenista, base fundamental justamente de su defensa ante el Consejo de Indias. Álvar Núñez nos proporciona un conocimiento exhaustivo de la tierra, de su flora y fauna, y, sobre todo, de sus hombres, los indígenas del Río de la Plata, sobre quienes nos ha dejado una minuciosa descripción que hoy adquiere valor de documento inestimable.



Álvar Núñez Cabeza de Vaca

# Naufragios y Comentarios

## Crónicas de América 3

**ePub r1.0**
**Himali** 29.12.13

Título original: *La relacion y comentarios del gouernador Aluar nuñez cabeça de vaca, de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias*
Álvar Núñez Cabeza de Vaca, 1555
Edición, introducción y notas: Roberto Ferrando Pérez
Diseño de portada: Himali

Editor digital: Himali
ePub base r1.0

# INTRODUCCIÓN

A Álvar Núñez Cabeza de Vaca, principal protagonista y autor de los *Naufragios*, tal vez le cuadre mejor la denominación de *el andarín de América*, no solamente porque gracias a él se tienen las primeras noticias sobre las regiones meridionales del actual territorio de los Estados Unidos, sino también la gesta por sobrevivir, la adaptación al suelo y a las gentes, a través de las polvorientas y resecas tierras de Texas y Nuevo México, y en el que el andar, el caminar, hacia el occidente, hacia la esperanza, era la obsesión vital que les mantenía en pie.

Si para la mejor comprensión de los hechos, en cualquier libro, es preciso una, introducción histórica, para entender la razón del por qué de la expedición de Pánfilo de Narváez, del posterior desastre, y de la marcha hacia el Oeste de los cuatro supervivientes, es preciso hacer un marco del mundo histórico-geográfico en que se mueve el autor, Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

## *Antecedentes histórico-geográficos*

Colón, desde que en 1492 arribó a las Antillas, dejó abierta la creencia de que se había llegado a las puertas del continente asiático, y la reafirmó en su tercer viaje de 1498 al continente; entonces, ante la realidad física de esas tierras desconocidas reverdece sus viejos conocimientos bíblicos-tolemaicos, y así piensa que el Orinoco es uno de los siete ríos que descienden del Paraíso perdido por nuestros primeros padres.

Esta fe ciega de Colón en sus conocimientos medievales, en total contradicción con los ideales renacentistas del momento, planteará por muchos años una tremenda contradicción, que se verá por una parte, en la nomenclatura oficial impuesta por el Descubridor y su secuela burocrática; y en la realidad auténtica, que día a día, se va abriendo paso. Porque todo hay que decirlo: el éxito colombino es tan grande, las noticias que el marino genovés ha propalado son tan carismáticas, que se comprende que

la fiebre descubridora que anidaba en el litoral meridional andaluz vuelva a cobrar impulso y rompa uno de los puntos más destacados de las Capitulaciones de Santa Fe: la cláusula del monopolio colombino a las Indias.

Lo cierto fue que *hasta los sastres se hicieron descubridores*, según aseveró el propio Almirante; tras un tercer viaje, las costas americanas comenzaron a ser descubiertas, palmo a palmo, y con una finalidad: descubrir el estrecho. Efectivamente, si se encontraban en tierras asiáticas, había que hallar el paso, ese estrecho de Sumatra, ese estrecho que daría acceso a la India. Lo cierto es que el Estrecho será el gran móvil de todos los marinos españoles, hasta Magallanes. Porque una cosa estaba clara: bien aceptando la asiatización colombina, bien aceptando la realidad de la Tierra Firme americana, había que encontrar un paso hacia el Mar del Sur, que posteriormente descubriría Vasco Núñez de Balboa.

La primera etapa de esa búsqueda del Estrecho se realiza a todo lo largo y ancho de lo que hoy conocemos como el Golfo de México y Mar Caribe. Se inicia por las costas del Sur, por las costas venezolanas, y así, Alonso de Ojeda, *El Caballero de la Virgen*, como le denominará Blasco Ibáñez en su postrera novela, acompañado por el gran marino y cartógrafo Juan de la Cosa, recorrerá las costas de Paria, y al ver en el Golfo de Maracaibo las construcciones palafíticas de los indígenas, la llamará Venezuela (pequeña Venecia), nombre que ha conservado hasta el presente.

Un año después, en 1500, el legendario Vicente Yáñez Pinzón descubrirá el Amazonas, el *mar dulce* que creyó ser el río Ganges. Toda esta costa sería conocida minuciosamente por una serie de viajes organizados por Alonso Niño, Diego de Lepe y el notario de Triana, Rodrigo de Bastidas.

El reconocimiento de la costa de América Central la inició Colón en su cuarto viaje y último en 1502, explorando las costas de Veragua y Costa Rica, Nicaragua y Honduras, sin encontrar el Estrecho. Como consecuencia del segundo viaje de Alonso de Ojeda, aparece en escena la figura infortunada de Vasco Núñez de Balboa, que logrará en 1513, adentrarse en las aguas del Mar del Sur y tomar posesión de él, para los reyes de Castilla.

La noticia del descubrimiento de este *mar* era trascendente para arrumbar las teorías asiáticas del Almirante, ya que a partir de este momento se sabe experimentalmente que los españoles no se encontraban en las proximidades de Cipango (Japón), pues existía un Océano tras la Tierra Firme.

La otra jamba del seno mexicano se descubre gracias a Francisco Hernández de Córdoba, enviado al *rescate* de esclavos por Velázquez, desde Cuba. Arribará a las costas de Yucatán en 1517, pero atacado por los indios, será muerto en la refriega. Diego de Velázquez, conquistador y gobernador de Cuba, insistirá en las tareas descubridoras, enviando a Juan de Grijalva en 1518, que recorrerá el litoral, desde la isla de Cozumel, cabo Catoche, hasta San Juan de Ulúa, y Pánuco. A través de su periplo, tomó buena cuenta de un imperio indígena organizado (los aztecas), cosa que no había ocurrido hasta entonces.

Tras estos viajes descubridores del Imperio de Tenochtitlán, le había llegado la hora a Hernán Cortés de conquistarlo (1518-1521), abriendo inmensas posibilidades a la expansión y planteando nuevos enigmas geográficos de cómo sería la configuración de las nuevas tierras.

Ya estamos, pues, en los umbrales de la acción que nos interesa. Por un lado, las conquistas de Cortés han llegado hasta la región del Pánuco, que va a ser considerado por la Corona como límite septentrional del Virreinato que surgirá de la conquista cortesiana; por otro lado, tenemos el conocimiento de la *isla de la Florida*, descubierta por Ponce de León desde Puerto Rico, y que descubrió en 1512, por haber arribado a ella en Pascua. En su segunda expedición de 1521 busca la fabulosa Bimini, y sus fuentes, cuyas aguas devolvían la juventud. No las encuentra y será malherido por los indígenas, obligándole a reembarcar para la Habana, donde muere.

Tenemos, pues, dos referencias: el Pánuco y la Península de Florida, y a ellas se ajustarán las autoridades del Consejo de Indias, cuando decidan atender nuevas solicitudes de expansión y de conquista. Pero la realidad es que se sabía de este territorio bien poco, realmente. En 1519, fijémonos en las fechas, es decir, antes de la conquista de México, y coincidiendo con el descubrimiento del litoral mexicano, el gobernador de Jamaica, Francisco

de Garay, envió con una flotilla a Alonso de Pineda para que buscase un estrecho que diera paso al Mar del Sur, del que se tenía noticia desde hacía tan sólo seis años. Se cree —el viaje está poco estudiado— que recorrió la costa desde la Península de Florida hasta Tampico, en México. Lo más notable de este periplo es el descubrimiento posible del Mississippí, que él denominó río del Espíritu Santo.

Francisco de Garay, tal vez alentado por las noticias que le llegaban a Jamaica de los éxitos de Hernán Cortés en el Anahuac, logró que el Emperador Carlos I le concediese en 1523 la colonización de estos territorios. Personalmente tornó el mando, pero en vez de dirigirse a cualquier otro punto de su inmensa jurisdicción, sospechosamente fue a dirigirse e instalarse en las proximidades del río Pánuco. Pero la presencia de los hombres de Cortés, que estaban instalados desde los umbrales de la conquista de México, y que consideraban ese territorio como propio, hizo desistir a Garay, obligándole a reembarcar, en dirección a Jamaica. El no intentar hacer efectiva la colonización en otro lugar del territorio a él asignado nos hace pensar que Francisco de Garay pensaba aprovecharse de la acción de Cortés. Esto hoy está fuera de toda duda[1].

Hay otras expediciones españolas, relacionadas con la busca del suspirado paso entre uno y otro mar, que vienen a dar más interés al famoso Padrón Real, que los mareantes de la Casa de Contratación sevillana iban rellenando, conforme les llegaban noticias de nuevos descubrimientos. Así, el oidor de la Audiencia de Santo Domingo, Lucas Vázquez de Ayllón —el que interviniera cerca de Velázquez y Cortés— mandó al piloto Gordillo en 1521 en busca del Estrecho, recorriendo las costas de la actual Carolina del Sur.

En 1526, tras Capitulaciones con el Emperador Carlos, logra Vázquez de Ayllón autorización para la busca del paso a lo largo de 800 leguas más al norte de donde había llegado Gordillo. Toma personalmente el mando de la expedición, toca el cabo Fear y funda la colonia de San Miguel, que fracasará por muerte del oidor, a pesar de que sus pobladores resistirán hasta 1536, en que deciden abandonarla.

Por otra parte, el piloto Esteban Gómez, igualmente con autorización

imperial para la busca del paso que comunicará los Océanos, recorre en 1526 costas desde Labrador hasta el cabo Cod, explorando las desembocaduras de los ríos Conneticut, Hudson y Delaware. Finalmente, Pánfilo de Narváez logra del Emperador unas Capitulaciones por las que se le autoriza a conquistar y colonizar el inmenso territorio que se extiende desde el Pánuco en la Nueva España hasta la Península de Florida. Nos encontramos, pues, ante el hombre que va a mandar la desgraciada expedición que hará famosa con su relato Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

### *Pánfilo de Narváez*

La figura de Pánfilo de Narváez va íntimamente unida a la del Conquistador y Gobernador de Cuba, Diego de Velázquez. Ambos son oriundos, paisanos de la misma tierra —Cuéllar— y posiblemente pasan juntos a las Indias. En 1509 ambos se encuentran en la Española, y Diego Colón, nuevo gobernador y capitán general en las Indias, encarga a Diego Velázquez la ocupación y colonización de Cuba. A la empresa del segoviano le acompañará su inseparable Pánfilo de Narváez[2], Hernán Cortés, el futuro conquistador de México, y fray Bartolomé de las Casas que, en su famosísima *Destrucción de las Indias*, narrará apocalípticamente la conquista cubana, tratando a Velázquez y a Narváez despiadadamente, y acusándoles directamente de las matanzas. En 1511 desembarcan los expedicionarios en el fondeadero que se llamó Las Palmas, y se establecen en la isla sin encontrar resistencia en los indígenas. Tanto es así que Velázquez parte de Cuba para contraer matrimonio, dejando el mando a Pánfilo de Narváez. Entonces los indígenas siboneyes, movidos y alertados por un cacique haitiano, se disponen a hacer frente a los españoles. Pánfilo de Narváez los desbarató fácilmente, penetrando y ocupando el Camagüey, haciendo efectiva la dominación de toda la isla. Velázquez, a su vuelta, fundó en 1512 la ciudad de Baracoa; en 1513, la de Bayano, y en 1514, las de Trinidad, Sancti Espiritu, Santa María de Puerto Príncipe, Santiago y La Habana, donde establece los correspondientes

ayuntamientos. —El Rey Católico le confirma en el gobierno y le premia con el título de Adelantado.

Gracias a dicho título, Velázquez podrá planear el descubrimiento y conquista de México, la primera de las grandes frustraciones de Pánfilo de Narváez. Porque Velázquez le envía a España y lo encontramos en la Corte, apoyando las pretensiones de su amigo, no otras que realizar la conquista del Imperio Azteca bajo su jurisdicción y control, saltándose los derechos de Diego Colón. Mientras Pánfilo se mueve por la Corte, defendiendo los pretendidos derechos del Adelantado, éste está sugestionado por las cualidades de Hernán Cortés, que mostró su gran talento militar en la conquista de Cuba; y comenzó a exponer sus aptitudes colonizadoras y administrativas, hasta el punto que Velázquez le nombró secretario suyo y tesorero del Rey en la isla. La ausencia de Pánfilo en España, indudablemente favoreció el ascenso fulgurante de Cortés, que logrará tras muchas peripecias ser nombrado jefe de la expedición que terminará por conquistar el fabuloso Imperio de Tenochtitlán.

Cuando Pánfilo regresa a Cuba, Cortés ha hundido sus barcos y roto las amarras que le unían al gobernador Velázquez. El de Cuéllar no es hombre con el que se juegue impunemente, y con rapidez organiza la réplica a Cortés. Como ya no se fía de nadie y ha llegado su fiel Pánfilo, a éste lo hace jefe de la expedición que irá a México a apresar a Cortés, y si es posible, continuar las increíbles conquistas. Pánfilo, al frente de 18 navíos, que llevan 1.500 hombres, se presenta en Veracruz. Es una gran ocasión; es el momento de pasar a la historia, pero lo desaprovechará lastimosamente: a pesar de su superioridad, en una noche lluviosa y desapacible, Cortés, con escasas fuerzas, le atacará en Cempoala. Sus soldados le abandonarán en la refriega, donde perderá un ojo, y quedará preso.

En 1522 regresará a España con el encargo de Velázquez de pleitear contra la usurpación de Cortés. Al mismo tiempo que litigia contra el hidalgo de Medellín, Pánfilo obtiene para sí el título de Adelantado, para la conquista de Florida. Pero una vez más se revelará como jefe incapaz, y gran parte del fracaso de la expedición se deberá a su carácter irresoluto para las grandes decisiones, unido a su mezquindad. Para concluir,

recogemos el comentario del padre fray Bartolomé de las Casas, que al dar noticia de cómo Narváez fue absorbido por las turbulentas aguas del golfo mexicano, tan sólo añade: *el diablo llevóle el alma*.

### ***El autor***

Pocas noticias tenemos de Álvar Núñez. Las únicas las sabemos a través de los escritos que comentamos[3]. Sabemos los nombres de sus padres, porque él mismo los cita al concluir sus *Naufragios*. Su padre era *Francisco de Vera, y nieto de Pedro de Vera, el que ganó a Canarias, y su madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, y era natural de Jerez de la Frontera*.

No sabemos con certeza su lugar de nacimiento, aunque se cree que en Sevilla y no en el propio Jerez como se ha pretendido. En favor del origen sevillano nos remitimos a Gonzalo Fernández de Oviedo, que le conoció personalmente en Madrid el año 1547, es decir, unos años después de escritos los *Naufragios*, lo que le permitió al cronista Oviedo inquirir detalles sobre los hechos narrados y sobre la patria del autor, Sevilla, que añadirla en su *Historia General y Natural de las Indias*.

La fecha de su nacimiento sigue siendo problemática: entre 1490 y 1507, con más posibilidades para la primera, pues no es de creer que en 1527 —cuando apenas podía tener veinte años— desempeñara un cargo de tanta responsabilidad como el de tesorero y alguacil mayor de la expedición a la Florida. Por otra parte, y en favor de la fecha de 1490, hay que tener en cuenta que antes de la expedición con Narváez contaba con experiencia militar. Nos referimos a su referencia a las Gelves. Si no es el pueblo sevillano del mismo nombre, cabe pensar que se alistaría bajo las banderas de Pedro Navarro, en el desgraciado intento de expugnar la malhadada isla tunecina.

Para los partidarios de su nacimiento en 1507[4], no son válidas las objeciones anteriores, si tenemos en cuenta el linaje y prosapia de Álvar Núñez Cabeza de Vaca; ya que son precisamente éstas las que le abren las

puertas de los cargos sin tener en cuenta su juventud y experiencia. Y de esto existen múltiples casos; por otra parte, hay que tener en cuenta que Álvar Núñez debió contar con un patrimonio considerable, que pudo ser garantía ante Pánfilo de Narváez. Tengamos en cuenta que Álvar Núñez precisamente no cosechó riquezas por las Floridas, sino más bien todo lo contrario.

Pues bien, en 1540 podrá participar y sufragar por sí solo la expedición al Río de la Plata, que se cifró en la respetable cantidad de ocho mil ducados, procedentes todos ellos de su patrimonio peninsular, ya que en las Indias no le había sonreído la fortuna precisamente[5]. Álvar Núñez se enrolará en la expedición de Pánfilo de Narváez, cuando éste levante bandera en Sevilla. Dicha expedición se iniciará en Sanlúcar de Barrameda en 1527 y tendrá, como ya sabemos, un fin trágico, con cuatro supervivientes que a lo largo de una marcha increíble llegarán finalmente a México en 1535. Su llegada será apoteósica, siendo recibido por el primer Virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, y por el desplazado conquistador Hernán Cortés, al que se le ha concedido como migaja el marquesado del valle de Oaxaca.

En agosto de 1537 regresa a España, y al igual que tantos descubridores y conquistadores, Álvar Núñez escribirá su *Relación*, primero ante la Audiencia, para atestiguar ante el Emperador Carlos los sufrimientos y méritos que había acumulado en las Indias. El éxito del relato de Cabeza de Vaca fue enorme, rebasando las esferas oficiales[6]. Por ello no es de extrañar que gracias a la admiración que produjo el conocimiento de sus *Naufragios*, como de su linaje, obtuviese de la Corte, en el 18 de marzo de 1540, la gobernación del Río de la Plata. En la Capitulación con el Emperador se estipulaba que con los títulos de Gobernador, Adelantado y Capitán General fuese a socorrer a los supervivientes de la expedición de Pedro de Mendoza.

El 2 de noviembre de 1540 partía del puerto de Cádiz, con una flotilla de tres navíos, que aumentaría con otra nave al llegar a Canarias, concretamente a la isla de La Palma. Tras una estancia de veinticinco días, y después de accidentada navegación, arribaron a la isla de Santiago, en el

archipiélago de Cabo Verde. Nuevo descanso de otros veinticinco días y, por fin, la travesía de la línea equinoccial, en demanda de las actuales tierras brasileñas, arribando a las proximidades de Río de Janeiro, de las que tomó posesión en nombre del Rey de Castilla y León; y propiciando la navegación hasta la isla de Santa Catalina, adonde llegan a finales de marzo de 1541, es decir, al cabo de cinco meses de navegación.

Desde la isla de Santa Catalina se internarán en busca de la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción, donde se habían refugiado los supervivientes de la expedición de Pedro de Mendoza. Las líneas de penetración serán los ríos Iguaçu, Paraná y Paraguay; y lo más destacado de este periplo el descubrimiento de las famosísimas cataratas de Iguaçu, en el límite jurisdiccional brasileño, argentino y paraguayo.

Apenas Cabeza de Vaca llega a la Asunción y hace valer sus credenciales como gobernador, adelantado y capitán general, encuentra reservas e inhibiciones de los colonos, y posteriormente solapada colaboración que concluye en abierta rebelión.

Causas: Indudablemente las prerrogativas de las que iba investido Cabeza de Vaca, que de aplicarlas ponía en peligro los beneficios de aquellos colonos, que ellos mismos habían acumulado, al margen de todo control de la metrópoli. En esta lucha de intereses, la suerte de Cabeza de Vaca estaba sentenciada de antemano. Porque si antes había demostrado una voluntad férrea para sobrevivir, era débil de carácter para enfrentarse a todo un colectivo, y teme tomar graves decisiones, como las que correspondían a tales circunstancias. En el Paraguay, Cabeza de Vaca se muestra irresoluto, dubitativo, lo que va debilitando la imagen de poder con que llegó. El resultado final será una rebelión, rebelión casi palaciega. Es apresado y posteriormente enviado a España[7]. En el interin, en el breve tiempo que estuvo al frente de la gobernación, hay que destacar la famosa jornada descubridora-colonizadora hasta las fuentes del Río Paraguay, importantísima, por las noticias que suministra sobre el territorio indígena de los pueblos sudamericanos[8].

El final de Cabeza de Vaca, sus últimos años, no fueron precisamente felices. El Consejo de Indias, ante la multitud de pruebas presentadas por

los rebeldes, no tuvo más remedio que condenarle a ocho años, que pasó en la cárcel de la Corte, y fue despojado por tanto de la Gobernación. Que esos ocho años los pasó en Madrid lo atestigua el propio Cabeza de Vaca, al final de sus *Comentarios*, mientras se ha escrito que fue trasladado a Africa, donde estuvo confinado todo ese tiempo. Todos los amigos y valedores, posiblemente se moverían para revocar la sentencia, logrando que al fin del cumplimiento de la misma se le nombrase Juez del Tribunal Supremo de Sevilla, lo que no deja de ser paradójico. Se cree que falleció en dicha ciudad en 1564[9].

## NAUFRAGIOS

Bajo este título, se encierra el relato de las aventuras que corre Cabeza de Vaca, desde que sale de Sanlúcar de Barrameda, desembarca al sur de la bahía de Tampa y concluye prácticamente en Petetlán, cuando los cuatro supervivientes de la expedición de Narváez encuentran a unos españoles que realizaban una descubierta, y de forma muy poco humanitaria los trasladan a San Miguel de Culiacán, en Sinaloa.

Los *Naufragios* fueron escritos en España, y son el resumen de casi diez años de unos acontecimientos, que muchas veces nos parecen increíbles. Esto nos hace pensar que Cabeza de Vaca, como natural de la tierra de María Santísima, recurriese al andalucismo, a la exageración. Y no se puede evitar pensar en el Padre Las Casas. Pero, aunque existen algunas fabulaciones para impresionar al lector y exaltar la gesta que se estaba leyendo, lo cierto es que el relato de Cabeza de Vaca impresiona por su exaltado realismo. Es una narración viva, descarnadamente humana, que va dando conocimiento puntual de todos los pueblos indígenas con los que se tropezó, desde los belicosos de la península de Florida hasta los inmersos en la agricultura del Norte de México. Es tan interesante este capítulo sobre el hombre americano, que bien merece que lo comentemos.

### *Los indígenas norteamericanos*

Cuando desembarca Cabeza de Vaca en la península de la Florida carece de experiencia americana. Su único conocimiento son las escalas que la flota va haciendo hasta llegar a su destino. Es decir, bien poca cosa. Posiblemente por eso, por su inexperiencia y desconocimiento del mundo americano, Cabeza de Vaca es tan prolijo, tan minucioso en detallar y querer distinguir y diferenciar la multitud de pueblos indígenas con los que topó. También hay que tener en cuenta que esas descripciones se escriben años después y que la memoria puede jugar alguna mala pasada. Sin embargo, en honor de Cabeza de Vaca, sus *Naufragios* son un documento inapreciable para la reconstrucción del desaparecido mundo indígena americano. Porque de las antes todopoderosas tribus que él conoció, hoy, en el mejor de los casos, apenas quedan algunas decenas de individuos[10].

Cuando Pánfilo de Narváez y sus expedicionarios llegan a Florida se encuentran con una serie de tribus que Pericot engloba en el heterogéneo grupo de pueblos de Florida; son realmente muy diversos y muy mal conocidos, pues aparte los *seminolas*, que ocupaban la parte norte de la península, los otros son de procedencia diversa. Así, tenemos noticias de los timicuas o timucuanos, que en el siglo XVIII se extinguieron, y que ocupaban la parte norte de la Florida, llegando en la costa este desde el grado 28 hasta el río San Juan, y por la occidental, desde Tampa hasta el río Ocilla; en la parte meridional, y fueron los primeros con que se toparon los españoles, vivían los *calusas*, de la costa occidental, y los *ais*, de la oriental, y a la vez relacionados posiblemente con los pueblos antillanos. Todos estos pueblos, tanto los calusas y los ais como los timucuanos, no parece que estuvieran relacionados entre sí, y se caracterizan por su rudeza.

A continuación Narváez y sus compañeros se encontraron con una serie de pueblos que ocupaban desde el sudeste de los Estados Unidos hasta el este del Mississippí y el sur de los *cheroquis*, llegando por el sur al golfo de México y a la Florida. Su nombre es el de *muscogis*, aunque los autores americanos los denominan *muskhogee*, palabra que sin gran fundamento se supone que procede del algonquino, y significa *país pantanoso*.

Forman el grupo muscogi, entre otros, los *seminolas*, al norte de la Florida; *alabamas*, *chicasas* y *chatcas*, sobre Montgomery y este del Mississippí; y al sur, sobre el litoral del golfo de México, los extinguidos *ocalusas*, *apaches* y *amasis*.

Físicamente, los muscogis son de talla media alta, cráneo pequeño, redondeado, braquicéfalo. Proceden del norte o del oeste y en época indeterminada pasaron el Mississippí en varias oleadas. Cuando Narváez, en 1528, se puso en contacto con estos pueblos, ya las distintas ramas de los *muscogis* ocupaban todo el sudeste, y no es posible señalar con certeza movimientos y emigraciones en esta región. El grupo muscogi formó una barrera para la expansión hacia el sur de los *algonquinos* (costa este).

Prácticamente han desaparecido muchas de estas tribus, como los apalaches, los natchez. Los *seminolas* en 1842 pasaron a las reservas indias, donde se ha practicado mucho mestizaje, sobre todo con negros. En total, se calculan hoy en día, de muscogis, unas cien mil personas, pero como he indicado antes, muy mezclados, sobre todo con negros.

La tragedia, los naufragios, se produjeron a lo largo de las costas de Texas, donde Álvar Núñez y sus tres compañeros de aventuras irán viendo cómo desaparecen sus compañeros; bien tragados por las aguas, o asesinados por los indígenas. Estos indígenas son los tunica, que vivían en las orillas del Mississippí, y los toncavas o carancauas, hacia el oeste. Los *tunica* o *tónicas* están extinguidos, y de ahí el interés del relato de Álvar Núñez. Formaban un grupo poderoso, al que pertenecían, entre otros, los *atacapas* y los *washas*, que viven todos ellos en el sur de Luisiana. Se puede considerar extinguida la familia tunica.

Otros pueblos prácticamente exterminados son los toncavas y carancauas. Pueden relacionarse ambos pueblos, según el historiador norteamericano Swanton, con los *cohauiltecas*, que se encontraban en la orilla izquierda del Río Grande, y desde allí hasta una gran parte del nordeste de México. El relato de Álvar Núñez ayuda a la teoría del investigador norteamericano, que relaciona al grupo cohahuilteca con el tunica, y ambos a su vez con el grupo muscogi, lo que supone una gran familia lingüística, que denomina del Golfo. Una cosa que sorprende de la

narración de Cabeza de Vaca es que cuando pasan de un pueblo a otro, de lenguas diferentes, nunca se rompe el nexo de comunicación[11].

Tras la desaparición de todos sus compañeros, cuando Álvar Núñez, Alonso de Maldonado, Andrés Dorantes y el negro Estebanico emprenden la incierta marcha hacia el Oeste, apenas inician las inmensas llanadas de las mal denominadas praderas, se encuentran con los *caddos*, que se llamaban a sí mismos *hasinai: nuestra propia gente*. Se extendían desde el alto Missouri, por los valles del Kansas y del Plahe, hasta el Río Rojo.

Físicamente eran altos (alrededor de 1,70 metros), mesocéfalos, de caras anchas y macizas. Por su origen, algunos los relacionan con los aztecas; otros, por su vinculación lingüística, con los *iroqueses*. Posteriormente, a mediados del siglo XIX, bajo la presión norteamericana, emigraron hacia el Norte, y hoy el número de caddos es reducidísimo.

Casi a continuación nos encontramos con el grupo de los *shoshones*, que según Bushman, no eran sino una rama de una gran familia que se extendió hasta el istmo centroamericano, y que ha recibido el nombre de uto-azteca. El extenso territorio shoshon ocupa prácticamente toda la meseta norteamericana, o sea, los actuales Estados de Idaho, Utah y Nevada completos; y parte de los de Montana, Oregón, Wyoming, Colorado, Nuevo México (norte y este), Texas (noroeste), Arizona (norte) y California. Como vemos, vasto territorio caracterizado por la aridez, que es más bien zona de refugio. Álvar Núñez y sus hombres sólo conocieron unos pocos pueblos; primero porque no viajaron por todo el territorio shoshon, y por tanto, por su itinerario, solamente a los *comanches, apaches* y *navajos*, que tenían gran movilidad, y que vivían en plena etapa neolítica y eran todavía cazadores y recolectores. El movimiento de los shoshones hacia el sur está perfectamente demostrado. Originarios de la región pacífica septentrional en épocas recientes, que podemos hacer coincidir con la aparición de Álvar Núñez, se dispersaron, a partir de la meseta comprendida entre las Montañas Rocosas y Sierra Nevada, entrando los comanches en la zona de las praderas, mientras otros se dirigían preferentemente hacia California[12].

El ánimo de Cabeza de Vaca y sus compañeros de infortunio comenzó a

recobrarse cuando, abandonando a los nómadas atapascos (apaches y navajos), se encontraron con los *indios pueblos*, afincados en la zona meridional de Estados Unidos (Arizona y Nuevo México), y llamados así por la curiosa colocación de sus casas y pueblos, amontonados en lo alto de montes inaccesibles, aunque su disposición muy perfecta contrastaba con las aldeas de chozas de sus vecinos, más o menos móviles. También, por razones alimenticias, comienza en esta zona el cactus, que tanto abundará desde allí hasta Nueva España.

Hay tres zonas ocupadas por los indios pueblos: la oriental, que es la de Río Grande, y que sería recorrida por Álvar Núñez, donde habitan los *tanos* y los *queres*. Los primeros viven en Taos, San Juan, Santa Clara, Picuris, San Ildefonso, Tesuque, Pajoaque, Jémez, Isleta y Sándia. Los queres en Cochití, Santo Domingo, San Felipe, Sía, Santa Ana, Laguna y Acoma.

En el nordeste de Arizona se hallan los *hopis*, que significa *pacíficos*, y que en la época de Álvar Núñez vivían en dos *mesas*; la primera con las aldeas Hualpi, Sichumovi y Hano, que fue parcialmente deshabitada a comienzos del siglo XVIII; y la segunda, con los *shipaulovi*, *mishonguovi* y *shumogovi*. No conocieron, pero sí tuvieron noticia de Cibola y sus ciudades habitadas por los zuñis, en la zona limítrofe entre los Estados de Nuevo México y Arizona, junto a un afluente del río Colorado. Las noticias sobre las riquezas de Cibola y las Siete Ciudades darían lugar a que el negro Estebanico encontrara la muerte, asesinado por los indios, cuando acompañaba a fray Marcos de Niza en la busca de estas ciudades míticas. La cartografía de la época, tanto española como extranjera, se hace eco de estas ciudades habitadas por los *pueblos*. La relación puntual de todos estos pueblos se pudo hacer poco después de 1540, gracias a Pedro de Castañeda, que acompañó a Coronado en su visita a Cibola, el 7 de julio[13].

Finalmente se encontraron a las últimas tribus del grupo shoshon, que habitan en México con el nombre de *pima-nahua*. Todas estas tribus hablan dialectos de una lengua común y forman varios grupos: el primero con el que tropezaron se llamaba *pima-sonora*; se extienden desde el sur de Arizona, por todo el noroeste de México, por los actuales Estados de Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango, Jalisco y Zacatecas, y en buena parte

formaban la Nueva Galicia, que Nuño de Guzmán estaba empeñado en conquistar, cuando llegaron Álvar Núñez y sus compañeros. Por último, a partir de Sinaloa, y hacia el Sur, ya en territorio hispánico y conquistado por Cortés, a los *nahuatl* o *aztecas*, que se extienden por todo el territorio de México Central.

### *Etnografía*

Si hemos visto los pueblos que fue conociendo Álvar Núñez, y ya hemos insinuado sus diferentes grados culturales, la arqueología nos ayuda a completar la visión etnográfica de Cabeza de Vaca.

Los pueblos de la Florida y del Golfo de México son fundamentalmente de economía cazadora y pescadora, y la agricultura es incipiente, aunque ya se cultivan el maíz, la calabaza y el fríjol. Los del noroeste de Florida pertenecen a la cultura llamada de Santa Rosa-Swift-creek; entre ellos abundan los concheros, que basan su economía en la recolección de moluscos especialmente, formados por especies de agua dulce obtenidas en las lagunas y ríos. Sus casas son elementales, palafíticas, y los enterramientos se realizan bajo montículos generalmente de pequeño tamaño. El uso de la lanzadera se halla muy generalizado y las puntas de dardo son de asta y hueso, y raramente de piedra tallada. Las hachas son de piedra enmangada[14].

Más al oeste, sobre las orillas del Mississippí, sigue esta cultura mesolítica, en la que viven los pueblos tunica, donde abunda la industria lítica, e instrumentos como hachas, cuchillos, punzones y puntas de proyectil, mientras se construían en hueso, anzuelos y punzones. El arma más usada por todos estos pueblos, y que logró atemorizar a los españoles, fue el lanzadardos. Los poblados se establecen habitualmente sobre concheros, y próximos a ellos, a lo largo de los cursos fluviales, se acumulan los enterramientos en forma de montículos cónicos, encerrando cadáveres extendidos o flexionados. Ya conocen la cerámica y la técnica decorativa más empleada es el punteado, las incisiones y el estampado,

mientras se sigue utilizando la decoración a base de cuerdas. Toda esta cultura ha sido denominada Toynville.

Las casas ordinarias consistían en una sola habitación rectangular, formada por muros de postes y tierra, y techumbre sostenida por varios postes, dejando un agujero central de salida de humos.

Sobre los pueblos de las praderas, eminentemente cazadores y recolectores, sabemos por descontado que usaban armas líticas: dardos con punta de piedra, o huesos, cuchillos, etc. Pero lo más interesante para Cabeza de Vaca es la aparición del cobre, uno de los temas más controvertidos incluso para los arqueólogos norteamericanos. Cronológicamente parece ser que la aparición del cobre en América se dio en los comienzos de nuestra era. Su origen hay que situarlo en el norte, ya que se observan relaciones con la cultura Dorset del Canadá ártico. Los instrumentos de esta cultura servirían de modelo, pero serían copiados en metal. Y así, desde el lejano norte, se difundió por toda Norteamérica.

Otro rasgo que Álvar Núñez destaca es la afición de estos pueblos a los adornos. Tenemos en primer lugar los que se aplican al cuerpo, bien sean pinturas o tatuaje. La pintura tiene carácter defensivo ante los insectos o ante el clima, y ha dado lugar al nombre de piel roja; normalmente los motivos por los que se pintan o tatuan suelen ser simbólicos, como destacar el clan al que pertenecen, y los colores más usados son el rojo, amarillo, negro y blanco.

También se acicalan con collares de todas clases (piedra, hueso y concha), brazaletes, diademas, adornos de las piernas y cintura; pero sobre todo en estos indios de las praderas hay que destacar los adornos de las plumas, que por el color y clase de las mismas indicaban las hazañas llevadas a cabo, el número de enemigos muertos y cómo se les había matado. Lo mismo podemos decir de las pieles; si hasta entonces los indígenas iban totalmente desnudos, o cubiertos con unos simples harapos, cuando entramos en las praderas y en el horizonte de los bisontes, que con su caza proveen no sólo a su subsistencia, sino a múltiples necesidades, comenzando por la del calzado (los *moccassins*), pasando por telas y mantas decoradas espléndidamente *(navajos, pueblos)*.

Pueblos nómadas, campamentos volantes, poblados de verano; y para invernar, los indígenas de las praderas utilizan el *tipi*, que el cine tantas veces ha popularizado, y es la tienda de pieles cónica sobre postes, que presenta algunas variantes.

Tras las praderas, y junto a una incipiente agricultura volvemos a encontrarnos poblados estables. Son pequeñas agrupaciones de casas, no más de diez o veinte, apoyadas unas a otras, en fila recta o semicírculo. De planta circular o semicircular, estas casas tenían dos entradas: una, en la parte superior, que servía al mismo tiempo de salida de humos y de entrada principal, por medio de una escalera de mano; y otra, del lado sur, por donde entraba el aire, sirviendo así de ventilador. Se corresponde también con la cultura llamada de los cesteros evolucionados, según denominación de Alcina Franch; pero lo más notable de esta última etapa de los viajeros españoles son los llamados *falansterios* de piedra, de la zona abrupta de Nuevo México. Se trata de verdaderas colmenas humanas, talladas en la roca, con la clásica *estufa* o *kiva*. Los *pueblos* son grandes edificaciones semicolectivas, de varios pisos con innumerables habitaciones, no faltando la *estufa*, para las reuniones secretas. Son las llamadas por Cabeza de Vaca *casas grandes*. Este tipo de construcción llega hasta la región de Chihuahua en México. Y por descontado se encuentran también conforme se llega a Sinaloa, con una agricultura cada vez más evolucionada.

### ***Sociedad***

Hemos comentado a través de Cabeza de Vaca los pueblos norteamericanos que conoció, su grado cultural, desde el neolítico hasta el mesolítico; cómo subsistían: recolectores, cazadores, agricultores. Tan sólo nos falta recapitular los conocimientos que aporta el autor sobre la sociedad india que conoció.

La familia es la base de la sociedad indígena norteamericana, pero por encima de ella encontramos algunos tipos de agrupación que tienen a su vez carácter social y político. El matriarcado es la forma más extendida

entre los indígenas de la Florida y del golfo de México, y viven en clanes, habitando a veces en casas comunales; la reunión de clanes da lugar a la tribu y la relación entre éstas es a través de la lengua. La jefatura de la tribu, según las directrices del matriarcado, la ejercerá el tío materno, es decir, el hermano de la madre. Álvar Núñez destaca el lugar preeminente de la mujer en esta sociedad indígena norteamericana. Por lo general, suelen tener pocos hijos, y a éstos se les cuida extraordinariamente; no obstante, la mortalidad infantil es una auténtica pesadilla, siendo la causa primera la hostilidad del medio.

Ya hemos dicho que la base de la sociedad es la familia; abunda el matrimonio exogámico, basado sobre todo si tenemos en cuenta que el matriarcado se extiende desde la Florida hasta los indios *pueblos*, en la *prestación de servicios* a la familia del padre de la novia. Existen también la compra, el rapto, pero son menos usuales. El matrimonio puede ser roto, existiendo de hecho el divorcio; en los pueblos más pobres, golfo de México y la pradera, los ancianos y enfermos se consideran una carga, dándoseles muerte o abandonándolos a su suerte. Finalmente, no queremos dejar de recoger el testimonio del propio Cabeza de Vaca, cuando al comentar las *naciones* y *lenguas* del golfo de México, y concretamente de los carancaua, dice: *En el tiempo que así estaba entre éstos vi una diablura, y es que vi un hombre casado con otro, y éstos eran unos hombres amarionados, impotentes y andaban tapados como mujeres, y hacen el oficio de mujeres, y tiran arco y llevan una gran carga, y entre éstos vimos muchos de ellos amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres Y más altos y sufren muy grandes cargas*. Tras el comentario de Álvar Núñez, sólo queda decir que no hay nada nuevo sobre el sol[15].

En cuanto a la propiedad, se puede decir que Álvar Núñez siempre encontró un régimen comunal de la tierra, especialmente entre los pueblos de las praderas, esencialmente cazadores. Pero en todo el recorrido existe el derecho de propiedad de los bienes muebles y los productos, y aún ciertos cargos que tenían carácter hereditario y que se transmitían a través del tío materno, según el régimen matriarcal.

No llamó mucho la atención de Álvar Núñez la organización política de estos pueblos, posiblemente por su primitivismo. Cuando habla de *naciones*, se refiere a tribus con territorios, nombres y lengua propia, con su consejo tribal y su cacique, de autoridad generalmente débil. Las relaciones entre estos pueblos o naciones no suelen ser pacíficas, sino más bien guerreras, como consecuencia de disputarse territorios de caza, robos de cosechas entre los agricultores, etc. Esta belicosidad entre naciones distintas no deja de ser denunciada a Álvar Núñez cuando pasan de un territorio a otro.

### ***Creencias***

Cuando se ha terminado la lectura de los *Naufragios*, el lector no deja de sorprenderse del afán misionero de Álvar Núñez, y de la preocupación de éste por la redención evangélica de los indios. Hay que tener en cuenta el caso particular del grupo abandonado a su suerte y la confianza inquebrantable de ellos, en que Dios no los dejaría de salvar. El espíritu que en ellos alienta hace que necesariamente, y esto lo sabemos a través de Cabeza de Vaca, se preocupen por las creencias religiosas de los indios y de que éstos sean evangelizados y que nos informe de sus religiones.

Desde la Florida, hasta que llega a Nueva Galicia, Álvar Núñez no deja de insistir en que en todas las *naciones* indígenas que ha conocido la creencia en un dios superior se halla prácticamente borrada, ante la importancia que adquieren para el indio, los espíritus que animan las cosas que le rodean de cerca. De ahí que esos espíritus superiores con tan extraordinario poder, se personifiquen en los astros, en las aguas de los ríos y lagos, vientos, piedras, animales, árboles, etc., que ejercen un poder mágico sobre los nativos.

Indudablemente, este animismo tiene sus mitos para explicar los fenómenos mágicos de la naturaleza, así como los que se refieren a la Creación, al Diluvio y a la llegada desde el este del hombre blanco y barbudo. De este último mito hay múltiples referencias en el relato de

Álvar Núñez, comenzando porque ellos son la personificación del mito, y a él deberán en gran parte su salvación. De ahí que estando en la pradera los indios les hablen de la existencia unos quince años atrás de un hombre blanco y barbudo llamado Mala Cosa, ser maléfico y cruel que tenía aterrorizados a los indios caddos; que los indios creían que los españoles eran venidos del cielo. Es por tanto creencia general, pero algunas veces se desvanecía rápidamente por sus crueldades. Así Álvar Núñez y sus compañeros sabrán que se encontrarán cerca de españoles: *En este tiempo, Castillo vio al cuello de un indio un habillete de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela y preguntóle qué cosa era aquella, y dijéronnos que habían venido del cielo. Preguntámosle más, que quién la había traído de allá, y respondiérenos que unos hombres que traían barba como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas* (cap. XXXII).

No se puede decir que existiera una clase social organizada entre estos pueblos norteamericanos, tan primitivos. Eso tan sólo se dio en las altas culturas del Anahuac y del mundo andino. Lo que encontró Álvar Núñez fue el chamanismo, ya que los chamanes son más bien magos que ejercen el curanderismo gracias a los poderes mágicos que poseen o que irradian sus personas.

Prácticamente, desde que abandonan la isla de Malhado hasta que se encuentran con los españoles, Álvar Núñez y sus compañeros deben su salvación a ejercer de shamanes, de magos. Ahora bien, Álvar Núñez sabía que éstos explotaban la credulidad de los indígenas con trucos y éxtasis; de ahí que una y otra vez afirme que su único poder es el de la oración. Reza fervorosamente porque aquella persona se salve, y milagrosamente así ocurre, con gran estupefacción del propio Álvar Núñez; téngase en cuenta que de la curación del indio depende su salvación, de ahí el que Cabeza de Vaca proclame una y otra vez que Dios no los abandona. También hay que añadir que los shamanes ejercen la medicina práctica y Álvar Núñez la ejerció con brillantez. En el capítulo XXXIX narra cómo sacó una punta de flecha que estaba alojada junto al corazón, desde tiempo atrás, y *usando de mi oficio de medicina* la extrajo tan limpiamente que *esta cura nos dio*

*entre ellos tanto crédito por toda esta tierra cuanto ellos podían y sabían estimar y encarecer*.

Tal fue la fama de Cabeza de Vaca y sus compañeros que, aureolados por el misterio del hombre blanco y barbudo, procedente del Este, ratificado por las milagrosas curaciones que realizan gracias a sus padrenuestros, hace que sean acompañados de ingente multitud, que se relevan, pero que al mismo tiempo van propagando y extendiendo el carisma milagroso de esos shamanes blancos y barbudos que han llegado del cielo.

Con esta referencia a los shamanes viene el problema del más allá, y de los enterramientos bien bajo túmulos, en fosas, sobre plataformas (indios praderas), y sobre todo de los duelos: *llorándole los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día por la mañana, antes que amanezca, comienzan a llorar primero los padres y, tras éstos, todo el pueblo; y esto mismo hacen a mediodía y cuando anochece; y pasado un año que los han llorado, hácenles las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen* (Cap. XIV).

***La expedición***

Ya hemos estudiado los antecedentes históricos que hicieron posible la expedición a la Florida; igualmente hemos tratado de las personalidades del jefe, Pánfilo de Narváez, y de su tesorero Álvar Núñez, que gracias a su relación, hará inmortal esta desgraciada expedición. Tan sólo nos resta comentar brevemente el transcurso de la misma. La *Relación* de Álvar Núñez es realmente un libro de Memorias, resumidos nueve años. Y aunque las vivencias estén recientes, tienen que fallar los detalles, sobre todo si se pretende hacer una descripción minuciosa de todos los lugares por donde pasaron. Tengamos también muy en cuenta que la nomenclatura que los conquistadores o exploradores impusieron en gran parte se ha perdido. Por ello es muy difícil la identificación de tanta isla en el golfo de México, comenzando por la famosa de *Malhado*. Lo mismo cuando se

encuentran con tantos ríos, aunque algunos, por las referencias que Álvar Núñez da, son reconocibles fácilmente, como el Mississippí, el Colorado o el Río Grande.

No obstante, a pesar de estos serios inconvenientes, el itinerario de la expedición puede hacerse casi sobre seguro, si tenemos en cuenta la situación o emplazamiento de las *naciones* indígenas; pero aquí también la certidumbre vacila cuando nos encontramos con la movilidad, el nomadismo de los pueblos de las praderas. Después las localizaciones se hacen más precisas cuando llegan al gran área agrícola del maíz.

Ultimados los preparativos de la expedición desde Sanlúcar de Barrameda, tocan en Santo Domingo, costean Cuba por el Sur y, al pretender arribar a La Habana, una tormenta del Sur los dirige a la costa de la Península de Florida, a una bahía situada al Sur de la de Tampa. La localización y descripción de Tampa es bien detallada. Si Álvar Núñez describe con extraordinario realismo las pantanosas tierras de la Florida, intentar precisar por dónde fueron resulta difícil. Nos consta que caminaron por el interior, hacia el Norte, y que tuvieron que atravesar forzosamente el río Swance. Entran en territorio de los seminolas, famosos por su belicosidad, y pasarían posiblemente por las proximidades de la actual Tallahassee, actual capital del Estado de Florida. Aquí comienza el principio del fin de la expedición de Pánfilo de Narváez. El éxito de Cortés de haber conquistado un gran Imperio indígena había sido uno de los acicates para el montaje de la expedición a la Florida, pero indicios de la existencia de ese pretendido imperio indio son totalmente negativos, dado el primitivismo de las tribus con las que se han topado, que apenas conocen la agricultura.

De ahí se inicia la vuelta hacia el oeste, llegan al río Alabama y, desengañados, arriban posiblemente a la actual bahía de Mobile, tras una penosa marcha a lo largo de la costa. Allí se plantea el regreso a tierra de cristianos, ya que la expedición se considera totalmente fracasada, porque no se ha topado con el imperio indígena, que se consideraba estaría a continuación del de Cortés. Y van a comenzar los desaciertos, comenzando por el desconocimiento real de la geografía del lugar: creen que el río

Pánuco está muy próximo, a unas jornadas de navegación de donde se encontraban.

Allí hacen con ímprobos esfuerzos unas barcas y balsas donde embarcan los expedicionarios ya muy diezmados por el hambre y las enfermedades. Montan en estas embarcaciones *tan apretados que no nos podíamos menear*, y por la costa llegan a las bocas del Mississippí, *porque el río entraba en la mar de avenida*; lo atraviesan penosamente y surge el desastre. Una turbonada termina por dispersar a la flotilla y Álvar Núñez y unos pocos llegan a la isla de Malhado. ¿Pueden ser las islas Dernieres, todavía en el delta del Mississippí o una de la cinta del litoral colmatoso, que se inicia a partir de la bahía de Galveston? Lo más fácil es la primera posibilidad. Llegan a tierra y comienza la increíble marcha hacia el Oeste; al principio, cerca de la costa: Jennings, Lake Charles, Beaumont; siguen hacia Austin, atraviesan el Colorado, la meseta Edward, alcanzando el río Pecos; finalmente llegan hasta el Río Grande y siguen hacia el Norte, atraídos por las noticias de los *pueblos*. Cuando llegan a los primeros poblados, inician el regreso hacia el Suroeste, pasando posiblemente por Mesa y atravesando el Río Gila; pasan por los valles de Sonora hasta Pumas, que denominarán los *corazones de venados*; a partir de aquí comienzan a encontrar señales de los españoles por las márgenes de Petatlén, por Sinaloa y logran el ansiado contacto con ellos en Alcaraz. Ya en tierra de cristianos, seguirán hacia San Miguel, Compostela y México, donde serán recibidos triunfalmente, y los cuatro de la fama se dispersan. Álvar Núñez y su fiel Andrés Dorantes, que le acompaña al Río de la Plata, regresarán a España vía Veracruz-La Habana —isla Tercera— a Lisboa, adonde llegan el 9 de agosto de 1537.

### ***La obra***

Los *Naufragios* fueron compuestos por Cabeza de Vaca entre los años de 1537 y 1540, apenas llegó a España. Ahora bien, antes que este original, Álvar Núñez escribió otra relación, dirigida a la Real Audiencia del

Consejo de Indias, y que Gonzalo Fernández de Oviedo utilizó para la redacción de su Historia General, y que posteriormente, cuando conoce personalmente a Cabeza de Vaca en Madrid en 1547 tiene interés en contrastar la relación que él tuvo en sus manos con la que cuenta el protagonista y de una nueva relación que *había hecho imprimir este caballero e anda de molde*. Es decir, muy anterior a la que se considera primera edición oficial, en la que aparecen unidos los *Naufragios* y los *Comentarios* en Valladolid (1555).

Por Fernández de Oviedo sabemos que, entre las dos relaciones había notables diferencias, como *ni quiero consentir al Cabeza de Vaca el nombre que en su impresión da a aquella isla, que llama de Malhado, pues la primera relación no le pusiera nombre, ni él se le puede dar*; a la relación final que hace Cabeza de Vaca de la existencia de oro y metales en el norte de México y desierto de Arizona, Fernández de Oviedo reprocha: *Yo quisiera esto más claro, e más larga claridad en ello*; y añade puntualizando: *En la relación primera que la Audiencia Real me dio, que es la que se contiene hasta el fin del capítulo precedente, dice que vino de Cuba, del puerto de la Habana, y en estotra, de que tracta en este capítulo, dice que tocó Cabeza de Vaca en la Habana, e que llegó a Lisboa*. Hay, pues, que tener en cuenta que, sin duda alguna, la primera relación oficial que escribió el Consejo de Indias debió servir de soporte a los *Naufragios* que hoy presentamos. Posiblemente, la primera sería mucho más concisa, mientras en la entregada al público Álvar Núñez daría paso a su fantasía e imaginación; y lo que algunos autores han denominado *andalucismos*. Así, ya sabemos que el nombre de la isla donde pasaron tantas desventuras los españoles, se lo dio Álvar Núñez muchos años después. Y en cuanto a los andalucismos, más bien creemos que debemos atribuirlos a las milagrosas curaciones en cadena que nos relata. Por lo demás, tiene garra literaria, y es conciso en las descripciones. Álvar Núñez ha sido incluido por la Real Academia de la Lengua entre sus autoridades, entre los clásicos de la lengua española, tanto por su narrativa como por su valiosísima aportación de americanismos y porque en los *Naufragios*, al igual que sucede en la mayoría de los escritos autobiográficos de nuestros exploradores y

conquistadores, la lengua española alcanza su máxima pujanza expresiva.

# COMENTARIOS

Ya hemos hecho mención de cómo Álvar Núñez, tras su peregrinaje por las Floridas, fue premiado con la gobernación del Río de la Plata para buscar los restos de la expedición de Mendoza. Los *Comentarios* narran las aventuras de Cabeza de Vaca, en el complejo fluvial del Río de la Plata; el encuentro de los supervivientes en Asunción; la expedición exploradora hasta las fuentes del Paraguay; y, finalmente, la rebelión de los colonos, su prisión, envío a España, juicio y condena. Esto es en síntesis todo lo que acaece en esos *Comentarios*, que no tienen con la obra de Julio César otra semejanza que la del título.

### *El autor*

Los *Comentarios* no son debidos a la pluma de Cabeza de Vaca, sino a la de su escribano *Pero Hernández*, hombre de su confianza y testigo presencial de los sucesos que narra. De este Pero Hernández poco se sabe, si exceptuamos lo que cuenta de lo que pasó a Álvar Núñez y al reducido número de sus seguidores. Indudablemente, no se debería haber olvidado el éxito de los *Naufragios* y el valor desplegado por su protagonista para, aprovechando este éxito, recordar una vez más las nuevas desventuras del desgraciado caballero Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

Los *Comentarios* se escribieron, pues, como documento exculpatorio de Cabeza de Vaca y bajo su total dirección. Algo así como los *negros* que ponen su pluma al servicio de un famoso o famosa. Pero Hernández, si firma los *Comentarios* es porque Cabeza de Vaca quiere que haya otras plumas interesadas en su causa. No hay otra razón.

Si Hernández es el cronista circunstancial, el protagonista real y oculto

de la narración es siempre Álvar Núñez, y no sólo por ser el actor principal de la acción, sino por inspirar a veces, desgraciadamente pocas, descripciones de la tierra que atraviesan y que nos recuerdan inmediatamente el Álvar de los *Naufragios*. Resumiendo, podemos decir, como ya se ha apuntado, que se trata de unas memorias exculpatorias de su fracasada gobernación, firmadas por un hombre de toda su confianza.

Pero los *Comentarios* son algo más que un simple escrito alegatorio. Es un espléndido cuadro de la vida colonial, de la incorporación y colaboración de los guaraníes a la conquista y pacificación de la tierra; y sobre todo, y aquí se ve la mano de Álvar Núñez y su preocupación indigenista, las múltiples noticias que da de las innumerables tribus con las que tuvo contacto. Todo este inmenso cuadro histórico que nos presenta ofrece un interés extraordinario por su minuciosidad, y debemos creerle por su veracidad. Porque la Historia le ha juzgado y podemos decir que también le ha exculpado.

### *Antecedentes históricos*

La marcha de Álvar Núñez como Adelantado del Río de la Plata es consecuencia de una serie de expediciones con un mismo objetivo: la busca de un Estrecho que diera paso desde el Atlántico al Mar del Sur, descubierto por Balboa, para poder llegar a las islas de las Especias.

El cargo de Piloto Mayor había recaído en Juan Díaz de Solís. Tan pronto éste tiene noticias del descubrimiento del Mar del Sur capitula con la Corona para ir a descubrir un paso (1514). En octubre de 1515 sale hacia las costas brasileñas, descubiertas anteriormente por Vicente Yáñez Pinzón, Cabral y Américo Vespuccio; va costeando el continente sudamericano hasta llegar al estuario del río de la Plata, que llamará *Mar Dulce*. Cree que ha encontrado el suspirado Estrecho y se interna por él, hasta la desembocadura del Uruguay, donde perece Solís a manos de los indígenas. Deciden el regreso a España, y en el viaje de vuelta, uno de los navíos naufraga y sus supervivientes se refugian en la isla de Santa

Catalina; entre ellos está el famoso Alejo García, al que tanto se mencionará en los *Comentarios*.

Alejo García, con cuatro compañeros, pasó al continente desde la isla de Santa Catalina. Supo captar a los indios, que en gran número le acompañaron hacia el Oeste, en busca del *Hombre blanco*, poseedor de inmensas riquezas. Acompañado de un gran séquito de indios, recorrió el Chaco y trabó relación con los indios chanas y charcas, conviviendo durante ocho años con los guaraníes (1516-1524). Se dice que Alejo García llegó incluso a los Andes peruanos, poniéndose en contacto con los incas; regresó lleno de riquezas, y cuando estaba cerca de donde se edificaría la ciudad de Asunción, fue asesinado por los propios guaraníes en el año 1525[16].

Magallanes posteriormente pasará de largo y, por fin, encontrará el famoso paso a la Mar del Sur (1520), pudiéndose ir por el Oeste a las famosas Molucas, las islas de las Especias.

Sebastián Caboto recibe permiso para ir a las Molucas por el paso descubierto por Magallanes. Hombre fantástico, cuando llega al llamado río de Solís se anima a proseguir su exploración, alentado por las noticias sobre el Gran Cacique Blanco. En 1527 llega al Paraná, fundando el fuerte del Sancti Espiritus, e inicia a continuación la exploración del Paraguay.

Al mismo tiempo que Caboto había salido de La Coruña (1526), el navegante Diego García, con la misión específica de explorar el Río de Solís, se encuentra con la desagradable sorpresa de estar por allí Caboto; se entrevistan en el Paraná y cada cual presenta los derechos y méritos para hacer la exploración. Como no se ponen de acuerdo, deciden dejar la solución en manos del rey y continúan explorando juntos. Navegan unidos por los ríos Paraguay y Pilcomayo, pero los constantes ataques de los indígenas les hacen regresar a Sancti Espiritus, que encuentran destruido y a los defensores del fuerte, muertos. Esto les impulsa a regresar a España, donde inician un largo pleito sobre sus derechos y pretensiones.

En 1534, Carlos V firma una Capitulación con Pedro de Mendoza, al que da el titulo de Adelantado del Río de la Plata, lo que suponía una mayor intervención oficial de la Corona. En septiembre de 1535 salía

Pedro de Mendoza con once barcos que una tempestad dispersó posteriormente, arribando algunos de ellos a Río de Janeiro y otros, directamente, al Río de la Plata. Reagrupados todos los navíos, Pedro de Mendoza decidió fundar el *Puerto de Nuestra Señora del Buen Aire* que pronto se vio sometido a los ataques de los indígenas, los *puelches,* que lo tuvieron permanentemente cercado[17].

Mendoza estaba enfermo y envió una expedición hacia el interior, por el Río Carcarañá, al mando de Juan de Ayolas. Este trabó relación con los indios *chanas* y *timbús* y llegó al destruido fuerte que fundara Caboto. Las excelentes noticias que a su regreso comunicó Juan de Ayolas, sobre todo en lo relativo a la facilidad de lograr bastimentos, decidió a Mendoza a organizar una expedición hacia el Paraguay, al mando del mismo Ayolas. Partió éste, y el Adelantado, sin esperar su vuelta y encontrándose muy enfermo, decidió regresar a la Península, muriendo en el camino.

Quedaron en Buenos Aires un centenar de españoles con Ruiz Galán al frente; entretanto, Juan de Ayolas había remontado el Paraná y el Paraguay, hasta llegar a Candelaria (febrero de 1537), que abandonaría poco después, dejándola al mando del vasco Domingo Martínez de Irala, y se internó hacia el país de los *Charcas*, siendo sorprendido y muerto por los indios *payaguaes*.

El Adelantado Mendoza ya dijimos que partió para España, pero antes de marcharse envió a Juan de Salazar para la búsqueda de Juan de Ayolas. Salazar se reunió en Candelaria con Martínez de Irala, y al saber que Ayolas se había internado, fundó el fuerte de la Asunción (agosto de 1537) y regreso a Buenos Aires para notificar a Mendoza lo sucedido. Pero se encontró con que tuvo que jurar obediencia a Ruiz Galán, y lo mismo hizo el veedor Alvaro Cabrera, que acababa de llegar de España. Irala, noticioso en la Asunción de la muerte de Juan de Ayolas, se hizo reconocer por los otros oficiales reales como gobernador provisional, y su primera medida fue despoblar Buenos Aires, trasladando sus gentes a la Asunción.

### *El Adelantado Álvar Núñez*

Tres años después de la muerte de Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires, el 18 de marzo de 1540, Álvar Núñez Cabeza de Vaca conseguía del Emperador un asiento y Capitulación para que, con los títulos de Gobernador, Adelantado y Capitán General del Río de la Plata, fuera a socorrer a los supervivientes de la expedición de Mendoza[18].

Los límites de esa gobernación eran harto imprecisos y seguían siendo los mismos que los concedidos al anterior gobernador Pedro de Mendoza: al Norte, limitaba con el gobierno de Diego de Almagro; al Sur, con el Estrecho de Magallanes; al Este, con el Atlántico, incluyendo expresamente la isla de Santa Catalina. Tendría dos mil ducados de renta anual, aparte de otros beneficios, como la franquicia del almojarifazgo durante dos lustros; el permiso de levantar fortalezas, con cien mil maravedíes de sueldo cada una. En la Capitulación, en la que la Corona no daba ninguna ayuda económica, sí especificaba minuciosamente el capital que aportaba el Adelantado y conquistador, y que consistía en unos ocho mil ducados, como hemos dicho anteriormente, que debía invertir en los navíos y en la compra de armas, caballos, víveres y pertrechos de guerra.

El 2 de noviembre de 1540 salía de Cádiz una flotilla de tres navíos, más otro que se les uniría al llegar a Canarias. En total, cuatrocientos hombres iban en la expedición de Álvar Núñez, que tras cinco meses de accidentada navegación arribaban a la isla de Santa Catalina[19].

Desde dicha isla envía un navío exploratorio en socorro de Buenos Aires, pero regresa rápido *porque era invierno y tiempo contrario para la navegación del río*, Esto y la llegada a la isla de Santa Catalina de nueve españoles, evadidos de Buenos Aires, *por los malos tratamientos que les hacían los capitanes que residían en la provincia*, constituye la primera y velada acusación contra Martínez Irala y los suyos. Pero sabe más, y es que Buenos Aires se mantiene; que Juan de Ayolas ha sido asesinado, y que, hacia el interior del Paraguay, viven el grueso de los supervivientes en la población de Asunción.

Dado que el estado del mar le preocupa, y sobre todo no tiene espíritu marinero, decide temerariamente ir en socorro de Asunción, a través de la tierra; para ello envía antes a su fiel amigo Pedro Dorantes, que le ha

seguido en este nuevo periplo, con *ciertos cristianos e indios*, para que explorara la naturaleza del terreno. Como los informes de Dorantes son alentadores, emprende su arrojado proyecto; despacha los barcos hacia el Plata para que socorran Buenos Aires, y él con 250 hombres y 26 caballos, inicia el camino terrestre. La marcha durará cuatro meses, y sin perder un solo hombre llegará a la Asunción, en los primeros meses del año de 1542. El itinerario ha sido seguir el curso del Iguaçu, hasta llegar al Paraná, a través de los actuales Estados brasileños de Santa Catalina y de Paraná. Las autoridades de la Asunción, con Martínez Irala al frente, reconocen al nuevo gobernador.

El mito de Alejo García y su expedición al fabuloso Rey Blanco será obsesivo para Álvar Núñez: llegar a las tierras argentíferas, que no serán otras que Potosí, y descubrirlas antes que los españoles que ya se encuentran en el Perú. Para ello, primero envía a Irala que pronto regresa con buenas noticias, por lo que el Adelantado prepara una expedición, capitaneada por él mismo, que parte en septiembre de 1543, remontando el Río Paraguay, y llegando casi hasta su nacimiento en el *chapadao* mattogrossense, donde se decide el regreso, ante la imposibilidad de proseguir la navegación.

El regreso será bien amargo para Cabeza de Vaca. Una conspiración de los oficiales reales dirigidos por Martínez de Irala termina con el Adelantado en la cárcel y su posterior envío a la península donde será juzgado y confinado. ¿Cuáles pueden ser las causas y motivos de esa conspiración? Indudablemente a través de los *Comentarios*, sutilmente primero y abiertamente después, va desgranando Cabeza de Vaca una serie de acusaciones contra los conspiradores, que podemos resumir en tres puntos:

1.º La despoblación y abandono de Buenos Aires. Cabeza de Vaca, cuando se entera de la decisión tomada por Irala, la censura acremente con razón, porque Buenos Aires era, por su posición, imprescindible para la seguridad del Río de la Plata. La posterior repoblación o fundación por Juan de Garay ratificará su opinión.

2.º La política de atracción indígena, basada sobre todo en una política

amistosa, en la que las armas debían estar olvidadas, si no era por imperativos de defensa personal.

3.º Indudablemente, muchos de los privilegios que las Capitulaciones concedían al Adelantado y gobernador chocaban forzosamente con los que *de facto* disfrutaban muchos colonos, y de ahí el temor a perderlos.

De los tres, indudablemente, los dos últimos fueron los que más pesaron en el ánimo de los conspiradores.

Indudablemente, fue Martínez de Irala el que movió los hilos de la conspiración, y el mayor beneficiario del motín y rebelión, ya que volvió a encargarse de la gobernación del territorio. Y en esto coinciden casi todos los historiadores argentinos que son los que con más interés se han ocupado de estos sucesos[20].

Pero lo más destacado de la gobernación de Álvar Núñez fue, sin ninguna duda, su política de atracción del indígena, y por ello se le puede considerar como uno de los hombres que mejor entendieron la política colonial que propugnaba Madrid, y que tan mal luego se plasmaba en Indias. Por su larga andadura por el sur de los actuales Estados Unidos, Cabeza de Vaca conoció innumerables pueblos indígenas, su idiosincrasia y temperamento. Ese largo aprendizaje se pondrá a prueba cuando, al regreso de la larga marcha, se encuentre con los españoles de Nuño de Guzmán, que están llevando la conquista de la Nueva Galicia a sangre y fuego. Álvar Núñez no deja de deplorarlo y contrastarlo con una política de acercamiento, ya que el indio está bien predispuesto. Los resultados, como bien señala en los *Naufragios*, no pueden ser más lamentables: los indios huidos, los poblados abandonados, la tierra y las cosechas perdidas; pero lo peor, es que los españoles han perdido ante los indios la aureola de ser los hombres míticos venidos del Oriente.

Por esta razón, apenas llega a la isla de Santa Catalina comienza a practicar esa política de atracción, procurando la amistad del indio, sin engaños, y así *yendo caminando por entre lugares de indios de la generación de los guaraníes, todos los cuales los recibieron con mucho placer, y los venían a ver y traer maíz, gallinas y miel y de los otros mantenimientos; y como el gobernador se lo pagaba tanto a su voluntad,*

*traíanle tanto, que le dejaban sobrado por los caminos*.

Los frutos de esta política pronto se palpan apenas llega a la Asunción: los temibles *agaces*, que tenían atemorizados a los guaraníes y a los españoles piden la paz; es tal el prestigio alcanzado por el nuevo Adelantado, que los guaraníes colaborarán estrechamente con un ejército para combatir a los *guaycurúes*, y posteriormente marcharán con Álvar Núñez a la famosa expedición a las fuentes del río Paraguay. Todos los historiadores modernos, Gandía, Lafuente Machaín, Cardozo, Levene, Rubio, coinciden en resaltar el éxito de Cabeza de Vaca: es la primera vez que se da una colaboración total entre el indígena y el español, lo que explica el éxito colonial hispano en el Río de la Plata.

### *El mundo indígena*

Una de las cosas que más llamó la atención a Cabeza de Vaca fue la extraordinaria movilidad de las tribus indígenas, como si buscasen un asiento definitivo; otra, la práctica unidad lingüística de todos estos pueblos. No iba descaminado, pues todos ellos pertenecen a la gran familia *tupí-guaraní*, que se encuentra dispersa por el llamado cono sur, desde los Andes al Atlántico, y desde las Guayanas hasta el Río de la Plata.

Para ocupar tan extensa área geográfica, los tupíes realizaron grandes emigraciones poco antes de la conquista, durante ésta, y de ahí el interés de los *Comentarios*, e incluso más tarde. Por otra parte, y volvemos a resaltar la información de Cabeza de Vaca, el foco de dispersión de la familia tupí debe situarse en el área comprendida entre el Paraguay y el Paraná; de donde se desplazan hacia el Norte, hacia las Guayanas, o siguen hacia el Este, hasta las costas atlánticas, adonde llegan en muchos lugares, a la segunda mitad del siglo XVI. Se dice que esta larga emigración hacia el Este tendría por objeto llegar a la *tierra sin mal*, hacia el Paraíso, que sus mitos hacen buscar más allá del mar oriental.

Pero también, por su origen, explicaría la pervivencia de recuerdos peruanos, hasta el punto de que se les considera los divulgadores de la

cultura andina por la costa atlántica. Esto explica la ya citada emigración hacia el Oeste de Alejo García en 1522, que con dos mil guaraníes llegó a territorio peruano, y a su regreso fue asesinado. Casi contemporánea de Cabeza de Vaca, es preciso citar la emigración de unos doce mil *tupíes* en 1539, desde las costas del Brasil hasta el Perú, llevando entre sus conductores a un portugués llamado Matheo. Iban en busca de su Rey blanco, sinónimo por otra parte de inmortalidad; diez años después, en 1549, apenas cuatrocientos de ellos llegaban al territorio de Chapapoyas en el Perú[21]. El Rey blanco era el Inka.

En la actualidad, casi todas estas tribus *tupi-guaraníes* que citara Cabeza de Vaca prácticamente han desaparecido; bien por pura extinción, no superando el proceso aculturador; bien porque, una vez más, han emigrado hacia otros lugares en los que puedan mantener su identidad.

Siguiendo la ruta de Álvar Núñez, vamos a intentar señalar las principales tribus que casi han desaparecido: los *carios*, que se encontraban en la costa brasileña de Santa Catalina, están extinguidos; quedan, en la región de las fuentes del Iguaçu y del Uruguay unos pocos *botocudos*.

Existen todavía, en estado casi independiente, los *guayaquies*, entre el Paraná y las fuentes del río Tibicuary; los *cainguas*, al norte del Paraguay; más al occidente, los *chanes*, en vías de extinción; y, en estado selvático, los *yanacuinas*, en el río Parapití.

Han sufrido una gran merma los *bororós*, que si todavía a mediados del siglo pasado se extendían desde el Paraguay hasta más allá del Araguaya, hoy tan solo ocupan unos doscientos kilómetros de la alta cuenca del San Lorenzo, afluente del Paraguay.

También se han extinguido casi por completo la belicosa tribu de los *agaces*, igualmente conocidos como *payaguas* o *lenguas*, que serán finalmente dominados por los españoles en el siglo XVIII, y de los que quedan, según dice Pericot, unos pocos ejemplares, muy degenerados, en Asunción; igualmente no han desaparecido los *tobas*, a los que los españoles llamaban *frentones* o *frontones*.

A orillas del Paraná y en el Río de la Plata, hasta muy cerca de Buenos Aires, se encontraban en la época de Cabeza de Vaca, y hoy extinguidos,

los *querandíes*; la misma suerte han corrido los *charrúas* o *chanas*, emplazados desde el río Uruguay al Paraná; y los *puelches*, que obligaron con sus constantes ataques a despoblar el Buenos Aires fundado por Mendoza.

Resumiendo, podemos decir que casi toda la población indígena que conoció Álvar Núñez ha desaparecido. Desaparición aceleradísima, sobre todo, a raíz de la Independencia, cuando los indios, desprotegidos ya de las Leyes de Indias, se van a ver acosados por los colonos blancos hasta su desaparición; y los que han sobrevivido, al igual que los *caribes*, se han salvado del exterminio blanco, rápido o lento, gracias a su eterna emigración, en busca del Paraíso perdido, lo que les ha llevado a lo más intrincado de la selva, al estado natural.

## ***Ediciones***

Gracias al testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo sabemos de una edición de los *Naufragios*, anterior a la Príncipe de Valladolid de 1555. Desde luego, anterior a 1547, en la que dice el cronista de Indias: *Todo esto que es dicho en esta relación lo había fecho imprimir este caballero, e yo le rogué que me lo mostrase*. De lo cual debe deducirse que, efectivamente, Álvar Núñez publicaría los *Naufragios*; que la edición fuese limitadísima; de ahí que Fernández de Oviedo tuviese noticia de ella, pero no la conociese: *e yo le rogué que me lo mostrase*.

De los *Naufragios* se conocen dos manuscritos: uno, el usado por Fernández de Córdoba para su edición de Valladolid; y el otro conservado en el Archivo de Indias hispalense, sólo contiene el principio de la jornada de Pánfilo de Narváez, y lo insertó Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias* (tomo IV, Madrid, 1959); también ha sido publicado en la *Colección de documentos inéditos*, dirigida por Pacheco, Cárdenas y Torres Mendoza (Madrid, 1864-1884; tomo XIV, páginas 256-270).

Los *Naufragios* van generalmente unidos a los *Comentarios*. La primera edición conjunta, la que se considera Príncipe, es la de Valladolid

de 1555 impresa por Francisco Fernández de Córdoba. Es un volumen en octavo, de 143 folios, en letra gótica, a excepción de la licencia de impresión, el Proemio de los *Comentarios*, y la Tabla de éstos.

La segunda edición española no salió hasta el siglo pasado, y fue debida a don Andrés González Barcia, que la publicó en el tomo I de los *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales*, con notables supresiones respecto a la edición de Valladolid, como la licencia de imprimir y los proemios.

En nuestro siglo se van a multiplicar las ediciones de las obras de Cabeza de Vaca. La primera es la de Serrano y Sanz, en la *Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América* (Madrid, 1906, tomo I). Mérito fundamental de esta edición es la restauración de la de Valladolid, añadiendo una serie de documentos relativos a Cabeza de Vaca.

A la edición madrileña de Serrano y Sanz siguen las bonaerenses de Enrique Peña. Este, en 1909, publica la *Relación de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, y en 1911, *Relación y comentarios del gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca* (editorial Estrada), facsímil de la de Valladolid de 1555.

Enrique Vedia ha hecho sendas ediciones, una con destino a la Biblioteca Popular Cervantes (Madrid, 1934), y otra para la Editorial Espasa Calpe, para su serie *Viajes Clásicos* (Madrid, 1944); también Espasa Calpe ha hecho una edición popular, para su *Colección Austral* (núm. 304). La Editorial Seix Barral hizo una edición de los *Naufragios* (Barcelona, 1943) con destino al mundo infantil.

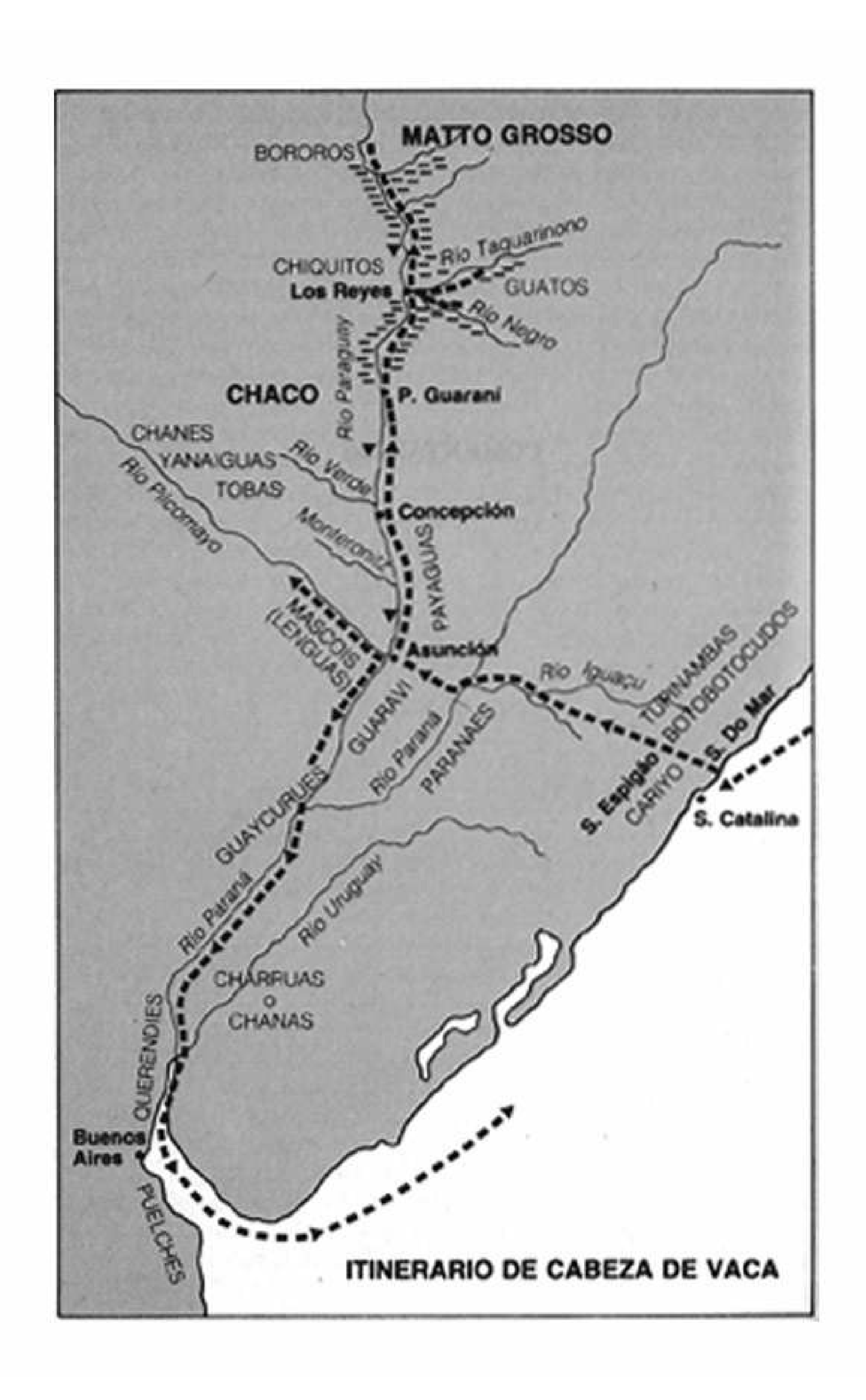
Las últimas ediciones españolas las ha realizado la Editorial Aguilar; la primera para su *Colección Crisol*, con texto fijado por Justo García Morales; y la segunda para su *Bibliotheca Indiana*, apareciendo los *Naufragios* en el tomo II (Madrid, 1958) y los *Comentarios* en el III (Madrid, 1962), ambas con estudios y anotaciones del mismo que realiza la presente edición, Roberto Ferrando Pérez.

La obra de Cabeza de Vaca llamó inmediatamente la atención de los europeos, tanto, que al año de publicarse la edición príncipe de Valladolid se traducía al italiano y se publicaba en la colección de viajes de Ramusio; cronológicamente le sigue la inglesa (Londres, 1571), que se caracteriza

por la esmeradísima edición que hizo Buckhingham Smith, y que en nuestros días ha sido reeditada por G. W. Riggs, en Nueva York [22]. La primera edición francesa es bastante posterior (París, 1837) y fue dirigida por Ternaux-Compans para la colección de «*Voyages, relations et memoires originaux pour servir à l'histoire de la decouverte de l'Amérique*», utilizando la ya popular edición de Valladolid.

*Roberto Ferrando*
Valencia, verano de 1984.

# NAUFRAGIOS


MATTO GROSSO
BORORОS
Rio Taquarinono
CHIQUITOS
Los Reyes
GUATOS
Rio Negro
Rio Paraguay
CHACO
P. Guaraní
CHANES
YANAIGUAS
Rio Verde
TOBAS
Rio Pilcomayo
Concepción
Monteroniz
PAYAGUAS
MASCOIS (LENGUAS)
Asunción
Rio Iguaçu
TUPINAMBAS
BOTOBOTOCUDOS
GUARAVI
Rio Paraná
PARANAES
S. Do Mar
S. Espigão
CARIYO
S. Catalina
GUAYCURUES
Rio Paraná
Rio Uruguay
CHARRUAS
o
CHANAS
QUERENDIES
Buenos Aires
PUELCHES
ITINERARIO DE CABEZA DE VACA

# CAPITULO PRIMERO

## *En que cuenta cuándo partió el armada, y los oficiales y gente que en ella iba*

A 17 días del mes de junio de 1527[23], partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el gobernador Pánfilo de Narváez, con poder y mandado de Vuestra Majestad[24] para conquistar y gobernar las provincias que están desde el río de las Palmas[25] hasta el cabo de la Florida, las cuales son en Tierra Firme[26]; y la armada que llevaba eran cinco navíos, en los cuales, poco más o menos, irían seiscientos hombres. Los oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mención) eran estos que aquí se nombran: Cabeza de Vaca, por tesorero y por alguacil mayor; Alfonso Enríquez, contador; Alonso de Solís, por factor de Vuestra Majestad y por veedor; iba un fraile de la Orden de Sant Francisco por comisario, que se llamaba fray Juan Suárez, con otros cuatro frailes de la misma Orden. Llegamos a la isla de Santo Domingo[27], donde estuvimos casi cuarenta y cinco días, proveyéndonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de caballos. Aquí nos faltaron de nuestra armada más de ciento y cuarenta hombres, que se quisieron quedar allí, por los partidos y promesas que los de la tierra hicieron. De allí partimos y llegamos a Santiago[28] (que es puerto en la isla de Cuba), donde en algunos días que estuvimos, el gobernador se rehizo de gente, de armas y de caballos. Sucedió allí que un gentilhombre que se llamaba Vasco Porcalle[29], vecino de la villa de la Trinidad, que es la misma isla, ofreció de dar al gobernador ciertos bastimentos que tenía en la Trinidad, que es cien leguas del dicho puerto de Santiago. El gobernador, con toda la armada, partió para allá; mas llegados a un puerto que se dice Cabo de Santa Cruz, que es mitad del camino, parescióle que era bien esperar allí y enviar un navío que trajese aquellos bastimentos; y para esto mandó a un capitán Pantoja que fuese allá con su navío, y que yo, para más seguridad, fuese con él, y él quedó por cuatro navíos, porque en la isla de Santo Domingo había comprado un otro navío. Llegados con estos dos navíos al puerto de la Trinidad, el capitán Pantoja fue con Vasco

Porcalle a la villa, que es una legua de allí, para rescebir los bastimentos; yo quedé en la mar con los pilotos, los cuales nos dijeron que con la mayor presteza que pudiéramos nos despachásemos de allí, porque aquél era un mal puerto y se solían perder muchos navíos en él; y porque lo que allí nos sucedió fue cosa muy señalada, me paresció que no sería fuera del propósito y fin con que yo quise escribir este camino, contarla aquí. Otro día, de mañana, comenzó el tiempo a dar no buena señal, porque comenzó a llover, y el mar iba arreciando tanto, que aunque yo di licencia a la gente que saliese a tierra, como ellos vieron el tiempo que hacía y que la villa estaba de allí una legua, por no estar al agua y frío que hacía, muchos se volvieron al navío. En esto vino una canoa de la villa, en que me traían una carta de un vecino de la villa, rogándome que me fuese allá y que me darían los bastimentos que hubiese y necesarios fuesen: de lo cual yo me excusé diciendo que no podía dejar los navíos. A mediodía volvió la canoa con otra carta, en que con mucha importunidad pedían lo mismo, y traían un caballo en que fuese; yo di la misma respuesta que primero había dado, diciendo que no dejaría los navíos, mas los pilotos y la gente me rogaron mucho que fuese, porque diese priesa que los bastimentos se trujese lo más presto que pudiese ser, porque nos partiésemos, luego de allí, donde ellos estaban con gran temor que los navíos se habían de perder si allí estuviesen mucho. Por esta razón yo determiné de ir a la villa, aunque primero que fuese dejé proveído y mandado a los pilotos que si el Sur, con que allí suelen perderse muchas veces los navíos, ventase y se viesen en mucho peligro, diesen con los navíos de través y en parte que se salvase la gente y los caballos; y con esto yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo, por ir en mi compañía, los cuales no quisieron salir, diciendo que hacía mucha agua y frío y la villa estaba muy lejos; que otro día, que era domingo, saldrían con el ayuda de Dios, a oír misa. A una hora después de yo salido la mar comenzó a venir muy brava, y el norte fue tan recio que ni los bateles osaron salir a tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través por ser el viento por la proa; de suerte que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios y mucha agua que hacía, estuvieron aquel día y el domingo hasta la noche. A estar hora el agua y la tempestad

comenzó a crecer tanto, que no menos tormenta había en el pueblo que en la mar, porque todas las casas y iglesias se cayeron, y era necesario que anduviésemos siete u ocho hombres abrazados unos con otros para podernos amparar que el viento no nos llevase; y andando entre los árboles, no menos temor teníamos de ellos que de las casas, porque como ellos también caían, no nos matasen debajo. En esta tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros.

Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y grande ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vio; yo hice una probana de ello, cuyo testimonio envié a Vuestra Majestad. El lunes por la mañana bajamos al puerto y no hallamos los navíos; vimos las boyas de ellos en el agua, adonde conoscimos ser perdidos, y anduvimos por la costa por ver si hallaríamos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos, metímonos por los montes, y andando por ellos un cuarto de legua de agua, hallamos la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y diez leguas de allí, por la costa, se hallaron dos personas de mi navío y ciertas tapas de cajas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podían conoscer; halláronse también una capa y una colcha hecha pedazos, y ninguna otra cosa paresció. Perdiéronse en los navíos sesenta personas y veinte caballos. Los que habían salido a tierra el día que los navíos allí llegaron, que serían hasta treinta, quedaron de los que en ambos navíos había. Así estuvimos algunos días con mucho trabajo y necesidad, porque la provisión y mantenimientos que el pueblo tenía se perdieron y algunos ganados; la tierra quedó tal, que era gran lástima verla: caídos los árboles, quemados los montes, todos sin hojas ni yerbas. Así pasamos hasta cinco días del mes de noviembre, que llegó el gobernador con sus cuatro navíos, que también habían pasado gran tormenta y también habían escapado por haberse metido con tiempo en parte segura. La gente que en ellos traía, y la que allí halló, estaban tan atemorizados de lo pasado, que temían mucho tornarse a

embarcar en invierno, y rogaron al gobernador que lo pasase allí, y él, vista su voluntad y la de los vecinos, invernó allí. Dióme a mí cargo de los navíos y de la gente para que me fuese con ellos a inventar al puerto de Xagua, que es doce leguas de allí, donde estuve hasta 20 días del mes de hebrero.

# CAPÍTULO II

***Cómo el gobernador vino al puerto de Xagua y trujo consigo a un piloto***

En este tiempo llegó allí el gobernador con un bergantín que en la Trinidad compró, y traía consigo un piloto que se llamaba Miruelo[30]; habíalo tomado porque decía que sabía y había estado en el río de las Palmas, y era muy buen piloto de toda la costa del Norte. Dejaba también comprado otro navío en la costa de la Habana, en el cual quedaba por capitán Alvaro de la Cerda, con cuarenta hombres y doce de caballo; y dos días después que llegó el gobernador, se embarcó, y la gente que llevaba eran cuatrocientos hombres y ochenta caballos en cuatro navíos y un bergantín. El piloto que de nuevo habíamos tomado metió los navíos por los bajíos que dicen de Canarreo[31], de manera que otro día dimos en seco, y así estuvimos quince días, tocando muchas veces las quillas de los navíos en seco, al cabo de los cuales, una tormenta del Sur metió tanta agua en los bajíos, que pudimos salir, aunque no sin mucho peligro. Partimos de aquí y llegados a Guaniguanico[32], nos tomó otra tormenta, que estuvimos a tiempo de perdernos.

A cabo de Corrientes[33] tuvimos otra, donde estuvimos tres días; pasados éstos, doblamos el cabo de Sant Antón[34], y anduvimos con tiempo contrario hasta llegar a doce leguas de la Habana; y estando otro día para entrar en ella, nos tomó un tiempo[35] de sur que nos apartó de la tierra, y atravesamos por la costa de la Florida y llegamos a la tierra martes 12 días del mes de abril, y fuimos costeando la vía de la Florida; y Jueves Santo, surgimos en la misma costa, en la boca de una bahía, al cabo de la cual vimos ciertas casas y habitaciones de indios[36].

# CAPÍTULO III

## *Cómo llegamos a la Florida*

En este mismo día salió el contador Alonso Enríquez y se puso en una isla que está en la misma bahía y llamó a los indios[37], los cuales vinieron y estuvieron con él buen pedazo de tiempo, y por vía de rescate le dieron pescado y algunos pedazos de carne de venado. Otro día siguiente, que era Viernes Santo, el gobernador se desembarcó con la más gente que en los bateles que traía pudo sacar, y como llegamos a los buhíos o casas que habíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se había ido aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buhíos era muy grande, que cabrían en él más de trescientas personas; los otros eran más pequeños, y hallamos allí una sonaja de oro entre las redes. Otro día el gobernador levantó pendones por Vuestra Majestad y tomó la posesión de la tierra en su real nombre, presentó sus provisiones y fue obedescido por gobernador, como Vuestra Majestad lo mandaba. Asimismo presentamos nosotros las nuestras ante él, y él las obedesció como en ellas se contenía. Luego mandó que toda la otra gente desembarcase y los caballos que habían quedado, que eran más de cuarenta y dos, porque los demás, con las grandes tormentas y mucho tiempo que habían andado por la mar, eran muertos; y estos pocos que quedaron estaban tan flacos y fatigados, que por el presente poco provecho podimos tener de ellos. Otro día los indios de aquel pueblo vinieron a nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teníamos lengua[38], no los entendíamos; mas hacíannos muchas señas y amenazas, y nos paresció que nos decían que nos fuésemos de la tierra, y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningún impedimento, y ellos se fueron.

# CAPÍTULO IV

### *Cómo entramos por la tierra*

Otro día adelante el gobernador acordó de entrar por la tierra, por descubrirla y ver lo que en ella había. Fuímonos con él el comisario y el veedor y yo, con cuarenta hombres, y entre ellos seis de caballo, de los cuales poco nos podíamos aprovechar. Llevamos la vía del Norte hasta que a hora de vísperas llegamos a una bahía muy grande[39], que nos paresció que entraba mucho por la tierra; quedamos allí aquella noche, y otro día nos volvimos donde los navíos y gente estaban. El gobernador mandó que el bergantín fuese costeando la vía de la Florida, y buscase el puerto que Miruelo el piloto había dicho que sabía[40]; mas ya él lo había errado, y no sabía en qué parte estábamos, ni adónde era el puerto; y fuéle mandado al bergantín que si no lo hallase, travesase a la Habana[41], y buscase el navío que Arevalo de la Cerda tenía, y tomados algunos bastimentos, nos viniesen a buscar. Partido el bergantín, tornamos a entrar en la tierra los mismos que primero, con alguna gente más, y costeamos la bahía que habíamos hallado; y andadas cuatro leguas, tomamos cuatro indios, y mostrámosles maíz para ver si le conocían, porque hasta entonces no habíamos visto señal de él. Ellos nos dijeron que nos llevarían donde lo había; y así, nos llevaron a su pueblo, que es al cabo de la bahía, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de maíz, que aún no estaba para cogerse. Allí hallamos muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venados pintados. Al comisario le paresció que esto era especie de idolatría y quemó las cajas con los cuerpos. Hallamos también pedazos de lienzo y de paño, y penachos que parecían de la Nueva España; hallamos también muestras de oro. Por señas preguntamos a los indios de adónde habían habido aquellas cosas; señaláronnos que muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache, en la cual había mucho oro, y hacían seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decían que en Apalache[42] había mucho, y tomando aquellos

indios por guía, partimos de allí; y andadas diez o doce leguas, hallamos otro pueblo de quince casas, donde había buen pedazo de maíz sembrado, que ya estaba para cogerse, y también hallamos algunos que estaba ya seco; y después de dos días que allí estuvimos, nos volvimos donde el contador y la gente y navíos estaban, y contamos al contador y pilotos lo que habíamos visto, y las nuevas que los indios nos habían dado. Y otro día, que fue 1 de mayo, el gobernador llamó aparte al comisario y al contador y al veedor y a mí, y a un marinero que se llamaba Bartolomé Fernández, y a un escribano que se decía Jerónimo de Alaniz, y así juntos, nos dijo que tenía en voluntad de entrar por la tierra adentro, y los navíos se fuesen costeando hasta que llegasen al puerto, y que los pilotos decían y creían que yendo la vía de las Palmas estaban muy cerca de allí; y sobre esto nos rogó le diésemos nuestro parecer. Yo respondía que me parescía que por ninguna manera debía dejar los navíos sin que primero quedasen en puerto seguro y poblado, y que mirase que los pilotos no andaban ciertos, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabían a qué parte estaban; y que allende de esto, los caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofresciese nos pudiésemos aprovechar de ellos; y que sobre todo esto, íbamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podíamos entender con los indios, ni saber lo que de la tierra queríamos, y que entrábamos por tierra de que ninguna relación teníamos, ni sabíamos de qué suerte era, ni lo que en ella había, ni de qué gente estaba poblada, ni a qué parte de ella estábamos; y que sobre todo esto, no teníamos bastimentos para entrar adonde no sabíamos; porque, visto lo que en los navíos había, no se podía dar a cada hombre de ración para entrar por la tierra, más de una libra de bizcocho y otra de tocino, y que mi parescer era que se debía embarcar y ir a buscar puerto y tierra que fuese mejor para poblar, pues la que habíamos visto, en sí era tan despoblada y tan pobre, cuanto nunca en aquellas partes se había hallado. Al comisario le paresció todo lo contrario, diciendo que no se había de embarcar, sino que, yendo siempre hacia la costa, fuesen en busca del puerto, pues los pilotos decían que no estaría sino diez o quince leguas de allí la vía de Pánuco[43], y que no era posible, yendo siempre a la costa, que no topásemos con él, porque decían que entraba doce leguas

adentro por la tierra, y que los primeros que lo hallasen, esperasen allí a los otros, y que embarcarse era tentar a Dios, pues desque partimos de Castilla tantos trabajos habíamos pasado, tantas tormentas, tantas pérdidas de navíos y de gente habíamos tenido hasta llegar allí; y que por estas razones él se debía de ir por luengo de costa hasta llegar al puerto, y que los otros navíos, con la otra gente, se irían a la misma vía hasta llegar al mismo puerto. A todos los que allí estaban paresció bien que esto se hiciese así, salvo al escribano, que dijo que primero que desamparase los navíos, los debía de dejar en puerto conoscido y seguro, y en parte que fuese poblada; que esto hecho, podría entrar por la tierra adentro y hacer lo que le paresciese. El gobernador siguió su parescer y lo que los otros le aconsejaban. Yo, vista su determinación, requeríle de parte de Vuestra Majestad que no dejase los navíos sin que quedasen en puerto y seguros, y así lo pedí por testimonio al escribano que allí teníamos. El respondió que, pues él se conformaba con el parescer de los más de los otros oficiales y comisario, que yo no era parte para hacerle estos requerimientos, y pidió al escribano le diese por testimonio cómo por no haber en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los navíos, levantaba el pueblo que allí había asentado, y iba con él en busca del puerto y de tierra que fuese mejor; y luego mandó apercibir la gente que había de ir con él; y después de esto proveído, en presencia de los que allí estaban, me dijo que, pues yo tanto estorbaba y temía la entrada por la tierra, que me quedase y tomase cargo de los navíos y la gente que en ellos quedaba, y poblase si yo llegase primero que él. Yo me excusé de esto, y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo que no le parescía que de nadie se podía fiar aquello, me envió a decir que me rogaba que tomase cargo de ello; y viendo que importunándome tanto, yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que huía de aceptallo; a lo cual respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos, ni los navíos a él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro; y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos, y dar ocasión a que se

dijese que, como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición. El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó a otros muchos que me hablasen en ello y me lo rogasen, a los cuales respondí lo mismo que a él; y así, preveyó por su teniente, para que quedase en los navíos, a un alcalde que traía que se llamaba Caravallo.

# CAPÍTULO V

### *Cómo dejó los navíos el gobernador*

Sábado, 1 de mayo, el mismo día que esto había pasado, mandó dar a cada uno de los que habían de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino, y ansí nos partimos para entrar en la tierra. La suma de toda la gente que llevábamos era trescientos hombres; en ellos iba el comisario fray Juan Suárez, y otro fraile que se decía fray Juan de Palos, y tres clérigos y los oficiales. La gente de caballo que con éstos íbamos, éramos cuarenta de caballo; y ansí anduvimos con aquel bastimento que llevábamos, quince días, sin hallar otra cosa que comer, salvo palmitos[44] de la manera de los de Andalucía. En todo este tiempo no hallamos indio ninguno, ni vimos casa ni poblado, y al cabo llegamos a un río que lo pasamos con muy gran trabajo a nado y en balsas; detuvímonos un día en pasarlo, que traía muy gran corriente. Pasados a la otra parte, salieron a nosotros hasta doscientos indios, poco más o menos; el gobernador salió a ellos, y después de haberlos hablado por señas, ellos nos señalaron de suerte que nos hobimos de revolver con ellos, y prendimos cinco o seis; y éstos nos llevaron a sus casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y dimos infinitas gracias a nuestro Señor por habernos socorrido en tan gran necesidad, porque ciertamente, como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre, y a tercero día que allí llegamos, nos juntamos el contador y veedor y comisario y yo, y rogamos al gobernador que enviase a buscar la mar, por ver si hallaríamos puerto, porque los indios decían que la mar no estaba muy lejos de allí. El nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy lejos de allí; y como yo era el que más le importunaba, díjome que me fuese yo a descubrirla y que buscase puerto, y que había de ir a pie con cuarenta hombres; y ansí, otro día yo me partí con el capitán Alonso del Castillo, y con cuarenta hombres de su compañía, y así anduvimos hasta hora de mediodía, que llegamos a unos placeles[45] de la

mar que parescía que entraban mucho por la tierra; anduvimos por ellos hasta legua y media con el agua hasta mitad de la pierna, pisando por encima de estiones, de los cuales rescibimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos en el río que primero habíamos atravesado, que entraba por aquel mismo ancón[46], y como no lo podíamos pasar, por el mal aparejo que para ello teníamos, volvimos al real[47], y contamos al gobernador lo que habíamos hallado, y cómo era menester otra vez pasar el río por el mismo lugar que primero lo habíamos pasado, para que aquel ancón se descubriese bien, y viésemos si por allí había puerto; y otro día mandó a un capitán que se llamaba Valenzuela, que con setenta hombres y seis de caballo pasase el río y fuese por él abajo hasta llegar a la mar, y buscar si había puerto; el cual, después de dos días que allá estuvo, volvió y dijo que él había descubierto el ancón[48], y que todo era bahía baja hasta la rodilla, y que no se hallaba puerto; y que había visto cinco o seis canoas de indios que pasaban de una parte a otra, y que llevaban puestos muchos penachos[49]. Sabido esto, otro día partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella provincia que los indios nos habían dicho Apalache, llevando por guía los que de ellos habíamos tomado, y así anduvimos hasta 17 de junio, que no hallamos indios que nos osasen esperar; y allí salió a nosotros un señor que le traía un indio a cuesta, cubierto de un cuero de venado pintado: traía consigo mucha gente, y delante de él venían tañendo unas flautas de cana; y así, llegó do estaba el gobernador, y estuvo una hora con él, y por señas le dimos a entender que íbamos a Apalache, y por las que él hizo, nos paresció que era enemigo de los de Apalache, y que nos iría a ayudar contra él. Nosotros le dimos cuentas[50], y cascabeles y otros rescates, y él dio al gobernador el cuero que traía cubierto; y así, se volvió, y nosotros le fuimos siguiendo por la vía que él iba. Aquella noche llegamos a un río[51], el cual era muy hondo y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos a pasar con balsas, hecimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un día; y si los indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos, tuvimos mucho trabajo. Uno de caballo, que se decía Juan Velázquez, natural de Cuéllar, por no esperar

entró en el río, y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo, y se asió a las riendas, y ahogó a sí y al caballo; y aquellos indios de aquel señor, que se llamaba Dulchanchelin, hallaron el caballo, y nos dijeron dónde hallaríamos a él por el río abajo; y así, fueron por él, y su muerte nos dio mucha pena, porque hasta entonces ninguno nos había faltado. El caballo dio de cenar a muchos aquella noche.

Pasados de allí, otro día llegamos al pueblo de aquel señor, y allí nos envió maíz. Aquella noche, donde iba a tomar agua nos flecharon un cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron. Otro día nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales paresciese, porque todos habían huído; mas yendo nuestro camino, parescieron indios, los cuales venían de guerra, y aunque nosotros los llamamos, no quisieron volver ni esperar; mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos. El gobernador dejó una celada de algunos de a caballo en el camino, que como pasaron, salieron a ellos, y tomaron tres o cuatro indios, y éstos llevamos por guías de allí adelante; los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles a maravilla altos, y son tantos los que están caídos en el suelo, que nos embarazaban el camino, de suerte que no podíamos pasar sin rodear mucho y con muy gran trabajo; de los que no estaban caídos, muchos estaban hendidos desde arriba hasta abajo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas y tempestades. Con este trabajo caminamos hasta un día después de San Juan, que llegamos a vista de Apalache sin que los indios de la tierra nos sintiesen. Dimos muchas gracias a Dios por vernos tan cerca de El, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habíamos padescido; porque aunque algunas veces hallábamos maíz, las más andábamos siete y ocho leguas sin toparlo; y muchos había entre nosotros que, allende del mucho cansancio y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas, de llevar las armas a cuesta, sin otras cosas que se ofrescían. Mas con vernos llegados donde deséabamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que

había, paresciónos que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio.

# CAPÍTULO VI

### *Cómo llegamos a Apalache*

Llegamos que fuimos a Apalache, el gobernador mandó que yo tomase nueve de caballo, y cincuenta peones, y entrase en el pueblo[52], y ansí lo acometimos el veedor y yo; y entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos; mas de aquí a poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron a pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; mas al fin huyeron y nos dejaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos para moler maíz. En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligros.

# CAPÍTULO VII

### *De la manera que es la tierra*

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo, de arena y tierra firme[53]; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares[54], cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla[55]. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves[56]. Los animales que en ellas vimos son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas, entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa[57]. Por allí la tierra es muy fría; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ánsares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas; perdices; vimos muchos alcones, neblís[58], gavilanes, esmerejones[59] y otras muchas aves. Dos horas después que llegamos a Apalache, los indios que de allí habían huído vinieron a nosotros de paz, pidiéndonos a sus mujeres y hijos, y nosotros se los dimos, salvo que el gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fue causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron de guerra, y con tanto desnuedo y presteza nos asometieron, que llegaron a nos poner fuego a las casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogiéronse a las lagunas, que tenían muy cerca; y por esto, y por los grandes maízales que había, no les podimos hacer daño, salvo a uno que matamos. Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la

otra parte vinieron a nosotros y acometiéronnos de la misma arte que los primeros, y de la misma manera se escaparon, y también murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinte y cinco días, en que hecimos tres entradas por la tierra, y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenía. Preguntamos al cacique que les habíamos detenido, y a los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y población de la tierra, y la calidad de la gente, y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache[60], y que adelante había menos gente muy más pobre que ellos, y que la tierra era mal poblada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntárnosle luego por la tierra que estaba hacia el Sur, qué pueblos y mantenimientos tenía. Dijeron que por aquella vía, yendo a la mar nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenían mucho maíz, y que tenían frísoles[61] y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que éstos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y como los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos a formar agua, y esto desde las lagunas, y tan a salvo, que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron un señor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, y ir a buscar la mar, y aquel pueblo de Aute que nos habían dicho; y así, nos partimos a cabo de veinte y cinco días que allí habíamos llegado. El primero día pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno; mas al segundo día llegamos a una laguna de muy mal paso, porque daba el agua a los pechos y había en ella muchos árboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella nos acometieron muchos indios que estaban abscondidos detrás de los árboles porque no los viésemos; otros estaban sobre los caídos, y comenzáronnos a flechar de manera, que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron la guía que

llevábamos, antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella, nos tornaron a seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salirnos afuera ni hacernos más fuertes y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna, y desde allí nos herían la gente y caballos. Visto esto, el gobernador mandó a los de a caballo que se apeasen y les acometiesen a pie. El contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron a vueltas en una laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte a parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pie de un álamo, que entraba por él un geme[62]. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crescidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen giggantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza[63]. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a doscientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí a una legua llegamos a otro de la misma manera, salvo que por ser tan largo, que duraba media legua, era muy peor; éste pasamos libremente y sin estorbo de indios; que, como habían gastado en el primero toda la munición que de flechas tenían, no quedó con qué osarnos acometer. Otro día siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba delante, y di aviso de ello al gobernador que venía en la retaguarda; y ansí, aunque los indios salieron a nosotros, como íbamos apercibidos, no nos pudieron ofender; y salidos a lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos a ellos por dos partes, y matámosles dos indios, y hiriéronme a mí y dos o tres cristianos; y por acogérsenos al monte no les podimos hacer más mal ni daño. De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso que he contado, no salieron más indios a nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos, dieron en la retaguardia, y a los

gritos que dio un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fue a socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las coraas, y fue tal la herida, que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la gente de él, ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frísoles, que ya todo estaba para empezarse a coger. Descansamos allí dos días, y éstos pasados, el gobernador me rogó que fuese a descubrir la mar, pues los indios decían que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habíamos descubierto por un río muy grande que en él hallamos, a quien habíamos puesto por nombre el río de la Magdalena[64]. Visto esto, otro día siguiente yo me partí a descubrirla, juntamente con el comisario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos a un ancón o entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones[65], con que la gente holgó; y dimos muchas gracias a Dios por habernos traído allí. Otro día de mañana envié veinte hombres a que conociesen la casa y mirasen la disposición de ella, los cuales volvieron otro día en la noche, diciendo que aquellos anconec y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaba muy lejos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí había, yo me volví al gobernador, y cuando llegamos, hallámosle enfermo con otros muchos, y la noche pasada los indios habían dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobrevenido; también les habían muerto un caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

# CAPÍTULO VIII

### *Cómo partimos de Aute*

Otro día siguiente partimos de Aute[66], y caminamos todo el día hasta llegar donde yo había estado. Fue el camino con extremo trabajoso, porque ni los caballos bastaban a llevar los enfermos, ni sabíamos qué remedio poner, porque cada día adolescían; que fue cosa de muy gran lástima y dolor ver la necesidad y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco remedio que para ir adelante había, porque no había dónde, ni aunque lo hubiera, la gente pudiera pasar adelante, por estar los más enfermos, y tales, que pocos había de quien se pudiese haber algún provecho.

Dejo aquí de contar esto más largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaría en tierra tan extraña y tan mala, y tan sin ningún remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella. Mas como el más cierto remedio sea Dios nuestro Señor, y de Este nunca desconfiamos, suscedió otra cosa que agravaba más que todo esto, que entre la gente de caballo se comenzó la mayor parte de ellos a ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio, y desamparar al gobernador y a los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas y poder. Mas, como entre ellos había muchos hijosdalgo y hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase sin dar parte al gobernador y a los oficiales de Vuestra Majestad; y como les afeamos su propósito, y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban a su capitán y los que estaban enfermos y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de Vuestra Majestad, acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno fuese de todos, sin que ninguno desamparase a otro. Visto esto por el gobernador, los llamó a todos y a cada uno por sí, pidiendo parescer de tan mala tierra, para poder salir, de ella y buscar algún remedio, pues allí no lo había, estando la tercia parte de la gente con gran enfermedad, y cresciendo esto cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos así; de donde no se podía seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hacía más grave; y vistos estos y

otros muchos inconvenientes, y tentados muchos remedios, acordamos en uno harto difícil de poner en obra, que era hacer navíos en que nos fuésemos. A todos parescía imposible, porque nosotros no los sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias, finalmente, ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello, y sobre todo, no haber qué comer entretanto que se hiciesen, y los que habían de trabajar del arte que habíamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello más de espacio, y cesó la plática aquel día, y cada uno se fue, encomendándolo a Dios nuestro Señor, que lo encaminase por donde El fuese más servido. Otro día quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haría unos cañones de palo, y con unos cueros de venado se harían unos fuelles, y como estábamos en tiempo que cualquier cosa que tuviese alguna sobrehaz de remedio, nos parescía bien, dijimos que se pusiese por obra; y acordamos de hacer de los estribos y espuelas y ballestas, y de las otras cosas de hierro que había, los clavos y sierras y hachas, y otras herramientas, de que tanta necesidad había para ello; y dimos por remedio que para haber algún mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese se hiciesen cuatro entradas en Aute con todos los caballos y gente que pudiesen ir, y que a tercero día se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos; las entradas se hicieron con la gente y caballos que fue posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas hanegas de maíz, aunque no sin contiendas y pendencias con los indios. Hecimos coger muchos palmitos para aprovecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y adereszándola para usar en lugar de estopa para las barcas; los cuales se comenzaron a hacer con un solo carpintero que en la compañía había, y tanta diligencia pusimos, que, comenzándola a 4 días de agosto, a 20 días del mes de setiembre eran acabadas cinco barcas, de a veinte y dos codos cada una, calafateadas con las estopas de los palmitos, y breámolas con cierta pez de alquitrán que hizo un griego, llamado don Teodoro, de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos, y de las colas y crines de los caballos, hicimos cuerdas y jancias, y de las nuestras camisas velas, y de

las habinas que allí había, hecimos los remos, que nos paresció que era menester; y tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna. Desollamos también las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo mariscos por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres a vista del real, sin que los pudiésemos socorrer, los cuales hallamos de parte a parte pasados con flechas; que, aunque algunos tenían buenas armas, no bastaron a resistir para que esto no se hiciese, por flechar con tanta destreza y fuerza como arriba he dicho; y a dicho y juramento de nuestros pilotos, desde la bahía, que pusimos nombre de la Cruz[67], hasta aquí anduvimos docientas y ochenta leguas, poco más o menos. En toda esta tierra no vimos sierra ni tuvimos noticias de ella en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin los que los indios[68] nos mataron, se murieron más de cuarenta hombres de enfermedad y hambre. A 22 días del mes de setiembre se acabaron de comer los caballos, que sólo uno quedó, y este día nos embarcamos por esta orden: que en la barca del gobernador iban cuarenta y nueve hombres; en otra que dio al contador y comisario iban otros tantos; la tercera dio al capitán Alonso de Castillo y Andrés Dorantes, con cuarenta y ocho hombres, y otra dio a dos capitanes, que se llamaban Téllez y Peñalosa, con cuarenta y siete hombres. La otra dio al veedor y a mí con cuarenta y nueve hombres, y después de embarcados los bastimentos y ropa, no quedó a las barcas más de un geme de bordo fuera del agua, y allende de esto, íbamos tan apretados, que no nos podíamos menear; y tanto puede la necesidad, que nos hizo aventurar a ir de esta manera, y meternos en una mar tan trabajosa, y tener noticia de la arte del marear ninguno de los que allí iban.

# CAPÍTULO IX

### *Cómo partimos de bahía de Caballos*

Aquella bahía de donde partimos ha por nombre la bahía de Caballos, y anduvimos siete días por aquellos ancones, entrados en el agua hasta la cinta[69], sin señal de ver ninguna cosa de costa, y al cabo de ellos llegamos a una isla que estaba cerca de la tierra. Mi barca iba delante, y de ella vimos venir cinco canoas de indios, los cuales las desampararon y nos la dejaron en las manos, viendo que íbamos a ellas; las otras barcas pasaron adelante, y dieron en unas casas de la misma isla, donde hallamos muchas lizas[70] y huevos de ellas, que estaban secas; que fue muy gran remedio para la necesidad que llevábamos. Después de tomadas, pasamos adelante, y dos leguas de allí pasamos un estrecho que la isla con la tierra hacía, al cual llamamos de Sant Miguel[71] por haber salido en su día por él; y salidos, llegamos a la costa, donde, con las cinco canoas que yo había tomado a los indios, remediamos algo de las barcas, haciendo falcas[72] de ellas, y añadiéndolas, de manera que subieron dos palmos de bordo sobre el agua; y con esto tornamos a caminar por luengo de costa la vía del río de Palmas, cresciendo cada día la sed y la hambre, porque los bastimentos eran muy pocos y iban muy al cabo, y el agua se nos acabó, porque las botas que hecimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningún provecho; algunas veces entramos por ancones y bahías que entraban mucho por la tierra adentro; todas las hallamos bajas y peligrosas; y ansí, anduvimos por ellas treinta días donde algunas veces hallábamos indios pescadores, gente pobre y miserable. Al cabo ya de estos treinta días, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de costa, una noche sentimos venir una canoa, y como la vimos, esperamos que llegase, y ella no quiso hecer cara; y aunque la llamamos, no quiso volver ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos, y fuímonos nuestra vía; cuando amaneció vimos una isla pequeña, y fuimos a ella por ver si hallaríamos agua; mas nuestro trabajo fue en balde, porque no lo había. Estando allí surtos, nos tomó una tormenta muy grande, porque nos

detuvimos seis días sin que osásemos salir a la mar; y como había cinco días que no bebíamos, la sed fue tanta, que nos puso en necesidad de beber agua salada, y algunos se desatentaron tanto en ello, que súbitamente se nos murieron cinco hombres. Cuento esto así brevemente, porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remido que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaría; y como vimos que la sed crescía y el agua nos mataba, aunque la tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos a Dios nuestro Señor, y aventurarnos antes al peligro de la mar que esperar la certinidad[73] de la muerte que la sed nos daba; y así, salimos la vía donde habíamos visto la canoa la noche que por allí veníamos; y en este día nos vimos muchas veces anegados, y tan perdidos, que ninguno hubo que no tuviese por cierta la muerte. Plugo a nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que a puesta del Sol volvimos una punta que la tierra hace, adonde hallamos mucha bonanza y abrigo. Salieron a nosotros muchas canoas, y los indios que en ellas venían nos hablaron, y sin querernos aguardar, se volvieron. Era gente grande y bien dispuesta, y no traían flechas ni arcos[74]. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí a la lengua del agua, y saltamos en tierra, y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y mucha cantidad de pescado guisado, y el señor de aquellas tierras ofresció todo aquello al gobernador, y tomándolo consigo, lo llevó a su casa. Las casas de éstos eran de esteras, que a lo que paresció eran estantes[75]; y después que entramos en casa del cacique, nos dio mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traíamos, y lo comieron en nuestra presencia, y nos pidieron más, y se lo dimos, y el gobernador le dio muchos rescates; el cual, estando con el cacique en su casa, a media hora de la noche, súpitamente los indios dieron en nosotros y en los que estaban muy malos echados en la costa, y acometieron también la casa del cacique, donde el gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al cacique; mas como los suyos estaban tan cerca, soltóseles y dejóles en las manos una manta de martas cebelinas, que son

las mejores que creo yo que en el mundo se podrían hallar, y tienen un olor que no paresce sino de ámbar y almizcle, y alcanza tan lejos, que de mucha cantidad se siente[76]; otras vimos allí, mas ningunas eran tales como éstas. Los que allí se hallaron, viendo al gobernador herido, lo metieron en la barca, y hecimos que con él se recogiese toda la gente a sus barcas, y quedamos hasta cincuenta en tierra para contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu, que cada vez nos hacían retraer más de un tiro de piedra. Ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, yo fui en la cara; y si, como se hallaron pocas flechas, estuvieran más proveídos de ellas, sin duda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dorantes y Peñalosa y Téllez con quince hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir, que nos dejaron. Otro día de mañana yo les rompí más de treinta canoas, que nos aprovecharon para un norte que hacía, que por todo el día hubimos de estar allí con mucho frío, sin osar entrar en la mar, por la mucha tormenta que en ella había. Esto pasado, nos tornamos a embarcar, y navegamos tres días; y como habíamos tomado poca agua, y los vasos que teníamos para llevar asimismo eran muy pocos, tornamos a caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra vía, entramos por un estero, y estando en él vimos venir una canoa de indios. Como los llamamos, vinieron a nosotros, y el gobernador, a cuya barca habían llegado, pidióles agua, y ellos la ofrescieron con que les diesen en que la trajesen, y un cristiano griego, llamado Doroteo Teodoro (de quien arriba se hizo mención), dijo que quería ir con ellos; el gobernador y otros se lo procuraron estorbar mucho, y nunca lo pudieron, sino que en todo caso quería ir con ellos; así se fue, y llevó consigo un negro, y los indios dejaron en rehenes dos de su compañía; y a la noche volvieron los indios y trajéronnos muchos vasos sin agua, y nos trajeron los cristianos que habían llevado; y los que habían dejado por rehenes, como los otros los hablaron, quisiéronse echar al agua. Mas los que en la barca estaban los detuvieron; y ansí, se fueron huyendo los indios de la canoa, y nos dejaron muy confusos y tristes por haber perdido aquellos cristianos.

# CAPÍTULO X

### *De la refriega que nos dieron los indios*

Venida la mañana, vinieron a nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos los dos compañeros que en la barca habían quedado por rehenes. El gobernador dijo que se los daría con que trajesen los dos cristianos que habían llevado. Con esta gente venían cinco o seis señores, y nos pareció ser la gente más bien dispuesta y de más autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quien habemos contado. Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de martas, de la suerte de las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ella había unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parescían muy bien. Rogábannos[77] que nos fuésemos con ellos y que nos darían los cristianos y agua y otras muchas cosas; y contino acudían sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada; y así por esto, como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos a la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos. Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáronnos a tirar piedras con hondas, y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres o cuatro arcos.

Estando en esta contienda el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así navegamos aquel día, hasta hora de vísperas, que mi barca, que iba delante, descubrió una punta que la tierra hacía, y del otro cabo se veía un río muy grande[78], y en una isleta que hacía la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas. El gobernador no quiso llegar; antes se metió por una bahía muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el río entraba en la mar de avenida, y por tostar algún maíz de lo que traímos, porque ya había dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña, acordamos de ir al río que estaba detrás de la punta, una legua de allí; y yendo, era tanta la

corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla. El norte que venía de la tierra comenzó a crescer tanto, que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y a media legua que fuimos metidos en ella, sondamos, y hallamos que con treinta brazas no podimos tomar hondo, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar; y así navegamos dos días todavía, trabajando por tomar tierra, y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros[79] por la costa; y trabajando por llegar allá, nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra, porque como habíamos visto tantos humeros, creíamos que se nos podía recrescer algún peligro sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que habíamos de hacer, y por esto determinamos de esperar a la mañana; y como amanesció, cada barca se halló por sí perdida de las otras; yo me hallé en treinta brazas, y siguiendo mi viaje, a hora de vísperas vi dos barcas, y como fui a ellas, vi que la primera a que llegué era la del gobernador, el cual me preguntó qué me parescía que debíamos hacer. Yo le dije que debía recobrar aquella marca que iba delante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas, siguiéramos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. El me respondió que aquello no se podía hacer, porque la barca iba muy metida en la mar y él quería tomar la tierra, y que si la quería yo seguir, que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se había de tomar la tierra, y esto le aconsejaba un capitán que consigo llevaba que se llamaba Pantoja, diciéndole que si aquel día no tomaba la tierra, que en otros seis no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre. Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el gobernador llevaba la más sana y recia gente que entre toda había, en ninguna manera lo podimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barco, y él me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiese llegar a tierra. Yo le dije que, pues vía la poca posibilidad que en nosotros había

para poder seguirle y hacer lo que había mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le paresciese que era para salvar la vida: que él así lo entendía de hacer, y diciendo esto, se alargó con su barca, y como no le pude seguir, arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado a ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Téllez; y ansí, navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo. A cabo de estos cuatro días nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros no nos hundimos del todo, según el tiempo hacía; y con ser invierno, y el frío muy grande, y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho a desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos había que tuviesen sentido, y entre todos ellos a esta hora no había cinco hombres en pie; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marcar la barca, y a dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir; y así, yo tomé el leme[80], y pasada media noche, yo llegué por ver si era muerto el maestre, y él me respondió que él antes estaba mejor y que él gobernaría hasta el día. Yo cierto aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte, que no ver tanta gente delante de mí de tal manera.

Y después que el maestre tomó cargo de la barca, yo reposé un poco muy sin reposo, ni había cosa más lejos de mí entonces que el sueño. Y acerca del alba parescióme que oía el tumbo[81] de la mar, porque, como la costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto llamé al maestre, el cual me respondió que creía que éramos cerca de tierra, y tentamos y hallámonos en siete brazas[82], y parescíolo que nos debíamos tener a la mar hasta que amanesciese; y así, yo tomé un remo y bogué de la banda de la tierra, que nos hallamos una legua della, y dimos la popa a la mar; y cerca de tierra nos tomó una ola, que echó la barca fuera del agua un juego

de herradura, y con el gran golpe que dio, casi toda la gente que en ella estaba como muerta, tornó en sí, y como se vieron cerca de la tierra se comenzaron a descolzar[83], y con manos y pies andando; y como salieron a tierra a unos barrancos, hecimos lumbre y tostamos del maíz que traíamos, y hallamos agua de la que había llovido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí y comenzaron a esforzarse. El día que aquí llegamos era sexto del mes de noviembre.

# CAPÍTULO XI

### *De lo que acaesció a Lope de Oviedo con unos indios*

Desque la gente hubo comido, mandé a Lope de Oviedo, que tenía más fuerza y estaba más recio que todos, se llegase a unos árboles que cerca de allí estaban, y subido en uno de ellos, descubriese la tierra en que estábamos y procurase de haber alguna noticia de ella. El lo hizo así y entendió que estábamos en isla, y vio que la tierra estaba cavada a la manera que suele estar tierra donde anda ganado, y parescióle por esto que debía ser tierra de cristianos, y ansí nos lo dijo. Yo le mandé que la tornase a mirar muy más particularmente y viese si en ella había algunos caminos que fuesen seguidos, y esto sin alargarse mucho por el peligro que podía haber. El fue, y topando con una vereda se fue por ella adelante hasta espacio de media legua, y halló unas chozas de unos indios que estaban solas, porque los indios eran idos al campo, y tomó una olla de ellos, y un perrillo pequeño y unas pocas de lizas, y así se volvió a nosotros; y paresciéndonos que se tardaba, envié otros dos cristianos para que le buscasen y viesen qué le había suscedido; y ellos le toparon cerca de allí y vieron que tres indios, con arcos y flechas, venían tras él llamándole, y él asimismo llamaba a ellos por señas; y así llegó donde estábamos, y los indios se quedaron un poco atrás asentados en la misma ribera; y dende a media hora acudieron otros cien indios flecheros, que agora ellos fueses grandes o no, nuestro miedo les hacía parecer gigantes[84], y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban. Entre nosotros excusado era pensar que habría quien se defendiese, porque difícilmente se hallaron seis que del suelo se pudiesen levantar. El veedor y yo salimos a ellos y llamámosles, y ellos se llegaron a nosotros; y lo mejor que podimos, procuramos de asegurarlos y asegurarnos, y dímosles cuentas y cascabeles, y cada uno de ellos me dio una flecha, que es señal de amistad, y por señas nos dijeron que a la mañana volverían y nos traerían de comer, porque entonces no lo tenían.

## CAPÍTULO XII

### *Cómo los indios nos trujeron de comer*

Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habían dicho, vinieron a nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores o menores; la mayor parte de ellas se sacan de bajo del agua y con mucho trabajo[85]. A la tarde volvieron y nos trajeron más pescado y de las mismas raíces, y hicieron venir sus mujeres y hijos para que nos viesen, y ansí, se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos, y otros días nos tornaron a visitar con lo mismo que estotras veces. Como nosotros veíamos, que estábamos proveídos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos a embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida, y fue menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estibamos tales, que otras cosas muy más livianas bastaban para ponernos en él; y así embarcamos, a dos tiros de ballesta dentro en la mar, nos dio tal golpe de agua que nos mojó a todos; y como íbamos desnudos y el frío que hacía era muy grande, soltamos los remos de las manos, y a otro golpe que la mar nos dio, trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; mas sucedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nascimos y perdido todo lo que traíamos, y aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos, estábamos hechos propria figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque aunque se mataron los caballos

entretanto que las barcas se hacían, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos.

Y sobre todo lo dicho había sobrevenido viento norte, de suerte que más estábamos cerca de la muerte que de la vida. Plugo a Nuestro Señor que, buscando los tizones del fuego que allí habíamos hecho, hallamos lumbre, con que hicimos grandes fuegos; y ansí, estuvimos pidiendo a Nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no sólo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado vían.

Y a hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron a buscar y traernos de comer; mas cuando ellos nos vieron ansí en tan diferente hábito del primero y en manera tan extraña, espantáronse tanto que se volvieron atrás. Yo salí a ellos y llamélos, y vinieron muy espantados; hícelos entender por señas cómo se nos había hundido una barca y se habían ahogado tres de nosotros, y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos, y los que quedábamos íbamos aquel camino.

Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hobieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró más de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía cresciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha.

Sosegado ya este llanto, yo pregunté a los cristianos, y dije que, si a ellos parescía, rogaría a aquellos indios que nos llevasen a sus casas; y algunos de ellos que habían estado en la Nueva España respondieron que no se debía hablar en ello, porque si a sus casas nos llevaban, nos sacrificarían a sus ídolos; mas, visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué a los indios que nos llevasen a sus casas, y ellos

mostraron que habían gran placer de ellos, y que esperásemos un poco, que ellos harían lo que queríamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña, y se fueron a sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha prisa, fuimos a sus casas; y por el gran frío que hacía, y temiendo que en el camino alguno no muriese o desmayase, proveyeron que hobiese cuatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada uno de ellos nos escalentaban; y desque vían que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan apriesa, que casi los pies no nos dejaban poner en el suelo; y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella; y desde a un hora que habíamos llegado, comenzaron a bailar y hacer grande fiesta, que duró toda la noche, aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuándo nos habían de sacrificar; y la mañana nos tornaron a dar pescado y raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo y perdimos algo el miedo del sacrificio.

# CAPÍTULO XIII

### *Cómo supimos de otros cristianos*

Este mismo día yo vi a un indio de aquellos un rescate[86], y conoscí que no era de los que nosotros les habíamos dado; y preguntado dónde le habían habido, ellos por señas me respondieron que se lo habían dado otros hombres como nosotros, que estaban atrás. Yo, viendo esto, envié dos cristianos y dos indios que les mostrasen aquella gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que también venían a buscarnos, porque los indios que allá quedaban les habían dicho de nosotros, y éstos eran los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, con toda la gente de su barca. Y llegados a nosotros, se espantaron mucho de vernos de la manera que estábamos, y rescibieron muy gran pena por no tener qué darnos; que ninguna otra ropa traían sino la que tenían vestida. Y estuvieron allí con nosotros, y nos contaron cómo a 5 de aquel mismo mes su barca había dado al través, legua y media de allí, y ellos habían escapado sin perderse ninguna cosa; y todos juntos acordamos de adobar su barca, y irnos en ella los que tuviesen fuerza y disposición para ello; los otros quedarse allí hasta que convaleciesen, para irse como pudiesen por luengo de costa, y que esperasen allí hasta que Dios los llevase con nosotros a tierra de cristianos; y como lo pensamos, así nos pusimos en ello, y antes que echásemos la barca al agua, Tavera, un caballero de nuestra compañía, murió, y la barca que nosotros pensábamos llevar hizo su fin, y no se pudo sostener a sí misma, que luego fue hundida; y como quedamos del arte que he dicho, y los más desnudos, y el tiempo tan recio para caminar y pasar ríos y ancones a nado, ni tener bastimento alguno ni manera para llevarlo, determinamos de hacer lo que la necesidad pedía, que era invernar allí; y acordamos también que cuatro hombres, que más recios estaban, fuesen a Pánuco[87], creyendo que estábamos cerca de allí; y que si Dios nuestro Señor fuese servido de llevarlos allá, diesen aviso de cómo quedábamos en aquella isla, y de nuestra necesidad y trabajo. Estos eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Alvaro Fernández, portugués, carpintero y

marinero; el segundo se llamaba Méndez, y el tercero Figueroa, que era natural de Toledo; el cuarto, Astudillo, natural de Zafra: llevaban consigo un indio que era de la isla.

# CAPÍTULO XIV

***Cómo se partieron los cuatro cristianos***

Partidos estos cuatro cristianos, dende a pocos días sucedió tal tiempo de fríos y tempestades, que los indios no podían arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzóse a morir la gente; y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. Los nombres de ellos son éstos: Sierra, Diego López Coral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los indios, y hobo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran, los mataran, y todos nos viéramos en grande trabajo. Finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta hombres que de ambas partes allí llegamos, quedaron vivos solos quince; y después de muertos éstos, dio a los indios de la tierra una enfermedad del estómago, de que murió la mitad de la gente de ellos, y creyeron que nosotros éramos los que los matábamos; y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de matar a los que habíamos quedado. Ya que lo venían a poner en efecto, un indio que a mí me tenía les dijo que no creyesen que nosotros éramos los que los matábamos, porque si nosotros tal poder tuviéramos, excusáramos que no murieran tantos de nosotros como ellos vían que habían muerto sin que les pudiéramos poner remedio; y que ya no quedábamos sino muy pocos, y que ninguno hacía daño ni perjuicio; que lo mejor era que nos dejasen. Y quiso nuestro Señor que los otros siguiesen este consejo y parescer, y ansí se estorbó su propósito. A esta isla pusimos por nombre isla del Mal Hado[88]. La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos[89]; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la una teta horadada por una parte a otra, y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen, traen una caña atravesada, tan larga como dos palmos y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen también horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de caña

delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta isla hacen es desde octubre hasta en fin de hebrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas de bajo el agua por noviembre y diciembre. Tienen cañales, y no tienen más peces de para este tiempo de ahí adelante comen las raíces. En fin de hebrero van a otras partes a buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan a nascer, y no son buenas. Es la gente del mundo que más aman a sus hijos y mejor tratamiento les hacen[90]; y cuando acaesce que a alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día por la mañana antes que amanezca comienzan primero a llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen al mediodía y cuando anochece; y pasado un año que los han llorado, hácenles las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los defuntos lloran de esta manera, salvo a los viejos, de quien no hacen caso, porque dicen que ya han pasado su tiempo, y de ellos ningún provecho hay: antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento a los niños[91]. Tienen por costumbre de enterrar los muertos[92], si no son los que entre ellos son físicos, que a éstos quémanlos; y mientras el fuego arde, todos están bailando y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos; y pasado un año, cuando se hacen sus honras, todos se jasan en ellas; y a los parientes dan aquellos polvos a beber, de los huesos, en agua. Cada uno tiene una mujer, conoscida. Los físicos son los hombres más libertados; pueden tener dos, y tres, y entre éstas hay muy gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa su hija[93], el que la toma por mujer, dende el día que con ella se casa, todo lo que matase cazando o pescando, todo lo trae la mujer a la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan a él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvían un tiro de ballesta el uno del otro, y entretanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los suegros y parientes, y

esta costumbre se tiene desde la isla hasta más de cincuenta leguas por la tierra adentro[94].

Otra costumbre hay, y es que cuando algún hijo o hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las más casas había muy gran hambre, por guardar también su costumbre y cerimonia; y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podían haber sino muy poco; y por esta causa los indios que a mí me tenían se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron a Tierra Firme, a unas bahías adonde tenían muchos ostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificadas de esteras sobre muchas cáscaras de ostiones[95], y sobre ellos duermen en cueros, y no los tienen sino es acaso; y así estuvimos hasta en fin de abril, que fuimos a la costa de la mar, a do comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesan de hacer su areitos[96] y fiestas.

# CAPÍTULO XV

## *De lo que nos acaesció en la isla de Mal Hado*

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reíamos de ello, diciendo que era burla y que no sabíamos curar; y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo a mí que yo no sabía lo que decía en decir que no aprovecharía nada aquello que él sabía, ca las piedras y otras cosas que se crían por los campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teníamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hobimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es ésta: que en viéndose enfermo, llaman un médico, y después de curado, no sólo le dan todo lo que poseen, más entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es dalle unas sajas adonde tiene el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater noster* y un *Ave María, y rogar* lo mejor que podíamos a Dios Nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algún buen tratamiento. Quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos, decían a los otros que estaban sanos y buenos[97], y por este respecto nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo a nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas. Fue tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres días sin comer ninguna cosa, y ellos también

lo estaban, y parescíame ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después, como adelante diré. Los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y a los demás que habían quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela[98], se pasaron a otra parte de la Tierra Firme a comer ostiones, y allí estuvieron hasta el 1.º día del mes de abril, y luego volvieron a la isla, que estaba de allí hasta dos leguas por lo más ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco en largo.

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cría. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje[99] andan juntos. Habitan en ella dos maneras de lenguas: a los unos llaman de Capoques, y a los otros de Han; tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo a tiempo se ven, primero que se hablen, estar media hora llorando, y acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo rescibe, y de ahí a un poco se va con ello, y aun algunas veces, después de rescibido, se van sin que hablen palabra. Otras extrañas costumbres tienen; mas yo he contado las más principales y más señaladas por pasar adelante y contar lo que más nos sucedió.

# CAPÍTULO XVI

### *Cómo se partieron los cristianos de la isla de Mal Hado*

Después que Dorantes y Castillo volvieron a la isla recogieron consigo todos los cristianos, que estaban algo esparcidos, y halláronse por todos catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte, en la Tierra Firme, donde mis indios me habían llevado y donde me habían dado una gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida, aquélla bastaba para del todo quitármela. Y, como los cristianos esto supieron, dieron a un indio la manta de martas que del cacique habíamos tomado, como arriba dijimos, porque los pasase donde yo estaba para verme; y así vinieron doce, porque los dos quedaron tan flacos que no se atrevieron a traerlos consigo. Los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y Diego Dorantes, Valdivieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutiérrez, Esturiano, clérigo; Diego de Huelva, Estebanico el Negro, Benítez; y como fueron venidos a Tierra Firme, hallaron otro que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de León, y todos trece por luengo de costa. Y luego que fueron pasados, los indios que me tenían me avisaron de ello, y cómo quedaban en la isla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir ni los vi. Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla más de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacían, determiné de huir de ellos y irme a los que moran en los montes y Tierra Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podía sufrir la vida que con estos otros tenía; porque, entre otros trabajos muchos, había de sacar las raíces para comer debajo del agua[100] y entre las cañas donde estaban metidas en la tierra; y de esto traía yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacía sangre de ellos, y las cañas me rompían por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas y había de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía. Y por esto yo puse en obra de pasarme a los otros, y con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y

por esto ellos me daban de comer y me hacían buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes a otras por cosas que ellos habían menester, porque por razón de la guerra que contino traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto. E ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que quería, y por luengo de costa me alargaba de cuarenta o cincuenta leguas. Lo principal de mi trato eran pedazos de caracolas de la mar y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que es como frísoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas[101], y ésta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Así, esto era lo que yo llevaba la tierra adentro, y en cambio y trueco de ello traía cueros y almagra, con que ellos se untan y tiñen las caras y cabellos, pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelo de venados, que las tiñen y para coloradas; y este oficio me estaba a mí bien, porque andando en él tenía libertad para ir donde quería, y no era obligado a cosa alguna, y no era esclavo, y dondequiera que iba me hacían buen tratamiento y me daban de comer por respeto de mis mercaderías, y lo más principal porque andando en ello yo buscaba por dónde me había de ir adelante, y entre ellos era muy conoscido; holgaban mucho cuando me vían y les traía lo que habían menester, y los que no me conoscían me procuraban y deseaban ver por mi fama. Los trabajos que en esto pasé sería largo contarlos, así de peligros y hambres, como de tempestades y fríos, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podían valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razón por que tanto me detuve fue por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla llamado Lope de Oviedo. El otro compañero de Alaniz, que con él había quedado cuando Alonso de Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí yo pasaba a la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos a la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos, y cada año me detenía diciendo que

el otro siguiente nos iríamos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancón y cuatro ríos que hay por la costa[102], porque él no sabía nadar, y ansí, fuimos con algunos indios adelante hasta que llegamos a un ancón que tiene una legua de través y es por todas partes hondo; y por lo que de él nos paresció y vimos, es el que llaman del Espíritu Santo[103], y de la otra parte de él vimos unos indios, que vinieron a ver los nuestros, y nos dijeron cómo más adelante había tres hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás, nos respondieron que todos eran muertos de frío y de hambre, y que aquellos indios de adelante ellos mismos por su pasatiempo habían muerto a Diego Dorantes y a Valdivieso y a Diego de Huelva, porque se habían pasado de una casa a otra; y que los otros indios, sus vecinos, con quien agora estaba el capitán Dorantes, por razón de un sueño que habían soñado, habían muerto a Esquivel y a Méndez. Preguntámosles qué tales estaban los vivos; dijéronnos que muy maltratados, porque los muchachos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les daban muchas coces y bofetones y palos, y que ésta era la vida que con ellos tenían. Quesímonos informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella había; respondieron que era muy pobre de gente, y que en ella no había qué comer, y que morían de frío porque no tenían cueros ni con qué cubrirse. Dijéronnos también si queríamos ver aquellos tres cristianos, que de ahí a dos días los indios que los tenían vernían a comer nueces una legua de allí, a la vera de aquel río; y porque viésemos que lo que nos habían dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mío de bofetones y palos, y yo no quedé sin mi parte, y de muchos pellazos de lodo que nos tiraban, y nos ponían cada día las flechas al corazón, diciendo que nos querían matar como a los otros nuestros compañeros. Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que quería volverse con unas mujeres de aquellos indios, con quien habíamos pasado el ancón, que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna vía lo pude detener, y así se volvió y yo quedé solo con aquellos indios, los cuales se llamaban Quevenes, y los otros con quien él se fue se llamaba Deaguanes[104].

# CAPÍTULO XVII

### *Cómo vinieron los indios y trujeron a Andrés Dorantes y a Castillo y a Estebanico*

Desde a dos días que Lope de Oviedo se había ido, los indios que tenían a Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mesmo lugar que nos habían dicho, a comer de aquellas nueces de que se mantienen, moliendo unos granillos de ellas, dos meses del año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los años, porque acuden uno, y otro no; son del tamaño de las de Galicia, y los árboles son muy grandes, y hay gran número de ellos. Un indio me avisó cómo los cristianos eran llegados, y que si yo quería verlos me hurtase y huyese a un canto de un monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos habían de venir a ver aquellos indios, y que me llevarían consigo adonde los cristianos estaban. Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenían otra lengua distinta de la de mis indios; y puesto por obra, otro día fueron y me hallaron en el lugar que estaba señalado; y así, me llevaron consigo. Ya que llegué cerca de donde tenían su aposento, Andrés Dorantes salió a ver quién era, porque los indios le habían también dicho cómo venía un cristiano; y cuando me vio fue muy espantado, porque había muchos días que me tenían por muerto, y los indios así lo habían dicho. Dimos muchas gracias a Dios de vernos juntos, y este día fue uno de los de mayor placer que en nuestros días habemos tenido; y llegado donde Castillo estaba, me preguntaron que dónde iba. Yo le dije que mi propósito era pasar a tierra de cristianos, y que en este rastro y busca iba. Andrés Dorantes respondió que muchos días había que él rogaba a Castillo y a Estebanico que se fuesen adelante, y que no lo osaban hacer porque no sabían nada, y que temían mucho los ríos y los ancones por donde habían de pasar, que en aquella tierra hay muchos. Y pues Dios nuestro Señor había sido servido de guardarme entre tantos trabajos y enfermedades, y al cabo traerme en su compañía, que ellos determinaban de huir, que yo los pasaría de los ríos y ancones que topásemos; y avisáronme que en ninguna manera diese a entender a los

indios ni conosciesen de mí que yo quería pasar adelante, porque luego me matarían; y que para esto era menester que yo me detuviese con ellos seis meses, que era tiempo en que aquellos indios iban a otra tierra a comer tunas[105]. Esta es una fruta que es del tamaño de huevos, y son bermejas y negras y de muy buen gusto. Cómenlas tres meses del año, en los cuales no comen otra cosa alguna, porque al tiempo que ellos las cogían venían a ellos otros indios de adelante, que traían arcos para contratar y cambiar con ellos; y que cuando aquéllos se volviesen nos huiríamos de los nuestros, y nos volveríamos con ellos. Con este concierto yo quedé allí, y me dieron por esclavo a un indio con quien Dorantes estaba, el cual era tuerto, y su mujer y un hijo que tenía y otro que estaba en su compañía; de manera que todos eran tuertos. Estos se llaman mariames, y Castillo estaba con otros sus vecinos, llamados iguases. Y estando aquí ellos me contaron que después que salieron de la isla de Mal Hado, en la costa de la mar hallaron la barca en que iba el contador y los frailes al través; y que yendo pasando aquellos ríos, que son cuatro muy grandes y de muchas corrientes, les llevó las barcas en que pasaban a la mar, donde se ahogaron cuatro de ellos, y que así fueron adelante hasta que pasaron el ancón, y lo pasaron con mucho trabajo, y a quince leguas delante hallaron otro; y que cuando allí llegaron ya se les habían muerto dos compañeros en sesenta leguas que habían andado; y que todos los que quedaban estaban para lo mismo, y que en todo el camino no habían comido sino cangrejos y yerba pedrera; y llegados a este último ancón, decían que hallaron en él indios que estaban comiendo moras; y como vieron a los cristianos, se fueron de allí a otro cabo; y que estando procurando y buscando manera para pasar el ancón, pasaron a ellos un indio y un cristiano, y que llegado, conoscieron que era Figueroa, uno de los cuatro que habíamos enviado adelante en la isla de Mal Hado, y allí les contó cómo él y sus compañeros habían llegado hasta aquel lugar, donde se habían muerto dos de ellos y un indio, todos tres de frío y de hambre, porque habían venido y estado en el más recio tiempo del mundo, y que a él y a Méndez habían tomado los indios 1 y que estando con ellos, Méndez había huído yendo la vía lo mejor que pudo de Pánuco, y que los indios habían ido tras él y que lo habían muerto; y que estando él con estos

indios supo de ellos cómo con los mariames estaba un cristiano que había pasado de la otra parte, y lo había hallado con los que llamaban quevertes; y que este cristiano era Hernando de Esquivel, natural de Badajoz, el cual venía en compañía del comisario, y que él supo de Esquivel el fin en que habían parado el gobernador y contador y los demás, y le dijo que el contador y los frailes habían echado al través su barca entre los ríos, y viniéndose por luengo de costa, llegó la barca del gobernador con su gente en tierra, y él se fue con su barca hasta que llegaron a aquel ancón grande, y que allí tornó a tomar la gente y la pasó del otro cabo, y volvió por el contador y los frailes y todos los otros; y contó cómo estando desembarcados, el gobernador había revocado el poder que el contador tenía de lugarteniente suyo, y dio el cargo a un capitán que traía consigo, que se decía Pantoja, y que el gobernador se quedó en su barca, y no quiso aquella noche salir a tierra, y quedaron con él un maestre y un paje que estaba malo, y en la barca no tenían agua ni cosa ninguna que comer; y que a media noche el norte vino tan recio, que sacó la barca a la mar, sin que ninguno la viese, porque no tenía por resón[106], sino una piedra, y que nunca más supieron de él; y que visto esto, la gente que en tierra quedaron se fueron por luengo de costa, y que como hallaron tanto estorbo de agua, hicieron balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte; y que yendo adelante, llegaron a una punta de un monte orilla del agua, y que hallaron indios, que como los vieron venir metieron sus casas en sus canoas y se pasaron de la otra parte a la costa; y los cristianos, viendo el tiempo que era, porque era por el mes de noviembre, pararon en este monte, porque hallaron agua y leña y algunos cangrejos y mariscos, donde de frío y de hambre se comenzaron poco a poco a morir. Allende de esto, Pantoja, que por teniente había quedado, les hacía mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir Sotomayor, hermano de Vasco Porcallo, el de la isla de Cuba, que en el armada había venido por maestre de campo, se revolvió con él y le dio un palo, de que Pantoja quedó muerto, y así se fueron acabando; y los que morían, los otros los hacían tasajos; y el último que murió fue Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo hasta 1 de marzo, que un indio de los que allí habían huído vino a

ver si eran muertos, y llevó a Esquivel consigo; y estando en poder de este indio, el Figueroa lo habló, y supo de él todo lo que habemos contado, y le rogó que se viniese con él, para irse ambos la vía del Pánuco; lo cual Esquivel no quiso hacer, diciendo que él sabía sabido de los frailes que Pánuco había quedado atrás, y así, se quedó allí, y Figueroa se fue a la costa adonde solía estar.

# CAPÍTULO XVIII

***De la relación que dio de Esquivel***

Esta cuenta toda dio Figueroa por la relación que de Esquivel había sabido; y así, de mano en mano llegó a mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda aquella armada hobo y los particulares casos que a cada uno de los demás acontescieron. Y dijo más: que si los cristianos algún tiempo andaban por allí, podría ser que viesen a Esquivel, porque sabía que se había huído de aquel indio con quien estaba, a otros, que se decían los mareames[107], que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él y el asturiano se quisieran ir a otros indios que adelante estaban; mas como los indios que lo tenían lo sintieron, salieron a ellos, y diéronles muchos palos, y desnudaron al asturiano, y pasáronle un brazo con una flecha; y, en fin, se escaparon huyendo, y los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos, como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron; porque, de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por sólo pasar de una casa a otra mataron tres, que son los que arriba dije, Diego Dorantes y Valdivieso y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban esperaban parar en esto mismo; y por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó y se pasó a los mareames, que eran aquellos adonde Esquivel había parado, y ellos le contaron cómo habían tenido allí a Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer había soñado que le había de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron, y mostraron a Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenía. Esto hacen éstos por una costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en nasciendo las dejan comer a perros, y las echan por ahí[108]. La razón por que ellos lo hacen es, según ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarían tanto sus enemigos, que los sujetarían y tomarían por esclavos; y por esta

causa querían más matallas que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y también entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas a sus Parientes ni a sus enemigos; y, esta costumbre usan estos y otros vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando éstos se han de casar, compran las mujeres a sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acaso no tiene arco, una red hasta una braza de ancho y otra en largo. Matan sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento más de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con éstos y desde a pocos días se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro a la Tierra Firme a los iguaces. Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio roradado[109].

Su mantenimiento principalmente es raíces de dos o tres maneras, y búscanlas por toda la tierra; son muy malas, y hinchan los hombres que las comen. Tardan dos días en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos o tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y a tiempos toman algún pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar[110], y creo averiguadamente, que si en aquella tierra hubiese piedras las comerían. Guardan las espinas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre éstos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor a sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinticuatro horas que hay entre día y noche, no

tienen sino seis horas de descanso, y todo lo más de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desque amanesce comienzan a cavar y a traer leña y agua a sus casas y dar orden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los más de éstos son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo o su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa[111]. Están tan usados a correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche; y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de estera[112], puestas sobre cuatro arcos; llévanlas a cuestas, y múdanse cada dos o tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que éstos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas a secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con éstos, nos acontesció tres o cuatro días estar sin comer porque no lo había; ellos, por alegrarnos, nos decían que no estuviésemos tristes; que presto habría tunas y comeríamos muchas, y beberíamos zumo de ellas, y terníamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decían hasta que las tunas se hubiesen de comer había cinco o seis meses; y, en fin, hubimos de esperar aquesto seis meses, y cuando fue tiempo fuimos a comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo más del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defensión nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no hacíamos sino llorar del humo que en los ojos nos daba, y sobre

eso, gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y salíamos a dormir a la costa; y si alguna vez podíamos dormir, recordábannos a palos, para que tornásemos a encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incomportable y más que éste que he dicho, y es andar con tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan, y también para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y también suelen matar venados, cercándolos con muchos fuegos; y usan también esto por quitar a los animales el pasto, que la necesidad les haga ir a buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas, sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provisión y van a buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que paresce que tienen enfermedad de San Lázaro[113]; y de esta manera satisfacen su hambre dos o tres veces en el año, a tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello puedo afirmar que ningún trabajo que se sufra en el mundo iguala con éste. Por la tierra hay muchos venados y otras veces y animales de los que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas[114], y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas[115], y el pelo muy largo, merino, como una bernia[116]; unas son pardillas, y otras negras, y a mi parescer tienen mejor y más gruesas carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodelas; éstas vienen de hacia el Norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra más de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

# CAPÍTULO XIX

### *De cómo nos apartaron los indios*

Cuando fueron cumplidos los seis meses que yo estuve con los cristianos esperando a poner en efecto el concierto que teníamos hecho, los indios se fueron a las tunas, que había de allí donde las habían de coger hasta treinta leguas; y ya estábamos para huirnos, los indios con quien estábamos, unos con otros riñeron sobre una mujer, y se apuñearon y apalearon y descalabraron unos a otros; y con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su casa y se fue a su parte; de donde fue necesario que todos los cristianos que allí éramos también nos apartásemos, y en ninguna manera nos podimos juntar hasta otro año; y en este tiempo yo pasé muy mala vida, ansí por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios rescebía, que fue tal, que yo me hube de huir tres veces de los amos que tenía, y todos me anduvieron a buscar y poniendo diligencia para matarme; y Dios nuestro Señor por su misericordia me quiso guardar y amparar de ellos; y cuando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos a juntar. Ya que teníamos concertado de huirnos y señalado el día, aquel mismo día los indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte; y yo dije a los otros compañeros que yo los esperaría en las tunas hasta que la Luna fuese llena; y este día era 1 de septiembre y primero día de luna; y avisélos que si en este tiempo no viniesen al concierto, yo me iría solo y los dejaría; y ansí, nos apartamos y cada uno se fue con sus indios, y yo estuve con los míos hasta trece de luna, y yo tenía acordado de me huir a otros indios en siendo la Luna llena; y a 13 días del mes llegaron adonde yo estaba Andrés Dorantes y Estebanico; y dijéronme cómo dejaban a Castillo con otros indios que se llamaban anagados, y que estaban cerca de allí, y que habían pasado mucho trabajo, y que habían andado perdidos. Y que otro día adelante nuestros indios se mudaron hacia donde Castillo estaba, y iban a juntarse con los que lo tenían, y hacerse amigos unos de otros, porque hasta allí habían tenido guerra, y de esta manera cobramos a Castillo. En todo el

tiempo que comíamos las tunas teníamos sed, y para remedio de esto bebíamos el zumo de las tunas y sacábamoslo en un hoyo que en la tierra hacíamos, y desque estaba lleno bebíamos de él hasta que nos hartábamos. Es dulce y de color de arrope; esto hacen por falta de otras vasijas. Hay muchas maneras de tunas[117], y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque a mí todas me parescían así, y nunca la hambre me dio espacio para escogerlas ni parar mientes en cuáles eran mejores. Todas las más destas gentes beben agua llovediza y recogida en algunas partes; porque, aunque hay ríos, como nunca están de asiento, nunca tienen agua conoscida ni señalada. Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados; y parésceme que sería tierra muy fructífera así fuese labrada y habitada de gente de razón. No vimos sierra en toda ella en tanto que en ella estuvimos. Aquellos indios nos dijeron que otros estaban más adelante, llamados camones, que viven hacia la costa[118], y habían muerto toda la gente que venía en la barca de Peñalosa y Téllez, que venían tan flacos, que aunque los mataban no se defendían; y así, los acabaron todos, y nos mostraron ropas y armas de ellos, y dijeron que la barca estaba allí al través. Esta es la quinta barca que faltaba, porque la del gobernador ya dijimos cómo la mar la llevó, y la del contador y los frailes la habían visto echada al través en la costa, y Esquivel contó el fin de ellos. Las dos en que Castillo y yo y Dorantes íbamos, ya hemos contado cómo junto a la isla de Mal Hado se hundieron.

# CAPÍTULO XX

### *De cómo nos huímos*

Después de habernos mudado, desde a dos días nos encomendamos a Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiando que, aunque ya era tarde y las tunas se acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos habían de seguir, vimos unos humos, y yendo a ellos, después de vísperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vio que íbamos a él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras él, y como vio que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos a buscar aquella gente que hacía humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaría allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió a dar aviso de cómo íbamos, y a puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos a ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos rescibieron bien. Dijímosles en lengua de mareames[119] que íbamos a buscallos, y ellos se mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y ansí, nos llevaron a sus casas, y a Dorante y al negro aposentaron en casa de un físico; y a mí y a Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámanse avavares, y son aquellos que solían llevar los arcos a los nuestros y iban a contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos[120], y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofreció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la había, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazón que nos tratasen bien, como adelante diremos.

# CAPÍTULO XXI

## *De cómo curamos aquí unos dolientes*

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios a Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado a Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron a sus casas y trujeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado, cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche a que los sanase, y cada uno traía un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias a Dios porque cada día iba cresciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron a bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella hallaríamos, y los, mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos a su casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno y tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con éstos. A cabo de cinco días que allí habíamos llegado se partieron a buscar otras tunas adonde había otra gente de otras naciones y lenguas; y andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, y después de asentadas, fuimos a buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve más en buscarla; la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí, y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tiones, y volví a buscarlos, y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y mi carga de leña, Porque si el fuego se me matase en parte

donde no tuviese leña, como en muchas partes no la había, tuviese de qué hacer otros tiones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí; y para las noches yo tenía este remedio, que me iba a las matas del monte, que estaba cerca de los ríos, y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cría en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz, y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubría en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frío de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo, comenzó a arder muy recio, y por mucha priesa que yo me di a salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traía los pies descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó comingo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el norte, porque de otra manera ningún remedio había de yo vivir; y a cabo de cinco días llegue a una rimera de un río, donde yo hallé a mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creían que alguna víbora me había mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habían caminado con mucha hambre, que ésta era la causa que no me habían buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenían, y otro día partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisficieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias a nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

# CAPÍTULO XXII

### *Cómo otro día nos trujeron otros enfermos*

Otro día de mañana vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estaban tollidos y muy malos, y venían en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofresció su arco y flechas, y él los rescibió, y a puesta del sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les enviase salud, pues él vía que no había otro remedio para que aquella gente nos ayudase y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana, todos amanescieron tan buenos y sanos, y se fueron tan recios como si nunca hobieran tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiración, y a nosotros despertó que diésemos muchas gracias a nuestro Señor, a que más enteramente conosciésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza que nos había de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia que me había de sacar de aquella captividad, y así lo hablé siempre a mis compañeros. Como los indios fueron idos y llevaron sus indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y éstos se llaman cutalches y maliacones, que son otras lenguas, y junto con ellos había otros que se llaman coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos[121], y éstos tenían guerra con los susolas, con quien se flechaban cada día; y como por toda la tierra no se hablase sino en los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venían de muchas partes a buscarnos para que los curásemos; y a cabo de dos días que allí llegaron, vinieron a nosotros unos indios de los susolas y rogaron a Castillo que fuese a curar un herido y otros enfermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creía que sus pecados habían de estorbar que no todas veces suscediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese a curarlos, porque ellos me querían bien y se acordaban que les habla curado en las nueces, y por

aquello nos habían dado nueces y cueros; y esto había pasado cuando yo vine a juntarme con los cristianos; y así, hubo de ir con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían, yo vi el enfermo que íbamos a curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto; y ansí, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según a mí me paresció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué a nuestro Señor fuese servido de dar salud a aquél y a todos los otros que de ella tenían necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme a curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales di a nuestros indios, que con nosotros habían venido; y hecho esto, nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, a quien di las tunas, se quedaron allá; y a la noche se volvieron a sus casas, y dijeron que aquel que esta muerto y yo había curado en presencia de ellos, se había levantado bueno y se había paseado, y comido, y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres.

Esto causó muy gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos a quien esta fama llegaba nos venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hubieron de ir a su tierra, antes que se partiesen nos ofrescieron todas las tunas que para su camino tenían, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima[122]. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos a Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los más contentos hombres del mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenían. Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente nosotros éramos hijos del Sol.

Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes y buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían que habían de sanar si nosotros los curásemos, que creían en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos había de morir. Estos y los demás atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron parescía que había quince o diez y seis años que habla acontescido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa y que era pequeño de cuerpo y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parescía a la puerta de la casa un tizón ardiendo; y luego, aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como la mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas; y que cortaba de una tripa poco más o menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparescía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él quería, tomaba el buhío o casa y subíala en alto, y dende a un poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venía y a qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo[123]. De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creíamos, trujeron muchos de aquellos que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquél era un malo, y de la mejor manera que podimos les dábamos a entender que si ellos creyesen en

Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no ternían miedo de aquél, ni osaría venir a hacelles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaría parescer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían. Estos indios nos dijeron que habían visto al asturiano y a Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, a quien nosotros llamábamos de los higos. Toda esta gente no conoscía los tiempos por el Sol ni la Luna, ni tienen cuenta del mes y año[124], y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado y al aparescer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con éstos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padescimos mucha hambre, que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban a madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos a otros que adelante estaban, llamados maliacones; éstos estaban una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos. A cabo de los tres días envié que trajese a Castillo y a Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos con los indios, que iban a comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez o doce días, entretanto que las tunas vienen; y allí se juntaron con estos otros indios que se llamaban arbadaos, y a éstos hallamos muy enfermos y flacos y hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho, y los indios con quien habíamos venido se volvieron por el mismo camino; y nosotros les dijimos que nos queríamos quedar con aquéllos, de que ellos mostraron pesar; y así, nos quedamos en el campo con aquéllos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos vieron, juntáronse después de haber hablado entre sí, y cada uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron a sus casas. Con éstos padecimos más hambre que con los otros, porque en todo el día no comíamos más de dos puños de aquella fruta, la cual estaba verde; tenía

tanta leche, que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua, daba mucha sed a quien la comía; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros[125], y a trueco de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubría.

Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y como no estábamos acostumbrado a ello, a manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y el aire hacíansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que rescibíamos muy gran pena por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas; y hacían que las cuerdas se nos metían por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces hacíamos leña en montes, que cuando la acabábamos de sacar nos corría por muchas partes sangre, de las espinas y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban. A las veces me acontesció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podía sacar ni a cuestas ni arrastrando. No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padesció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Hacíamos esteras, que son cosas, de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse en nada, por buscar entretanto qué comer, y cuando entienden en esto pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban traer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el día que me daban a raer[126] algunos, porque yo lo raía muy mucho y comía de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos o tres días. También nos acontesció con éstos y con los que atrás habemos dejado, darnos un pedazo de carne y comérnoslo así crudo, porque si lo pusiéramos a asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comía; parescíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y también nosotros no estábamos tales, que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podíamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los rescates que por nuestras

manos hecimos.

# CAPÍTULO XXIII

## *Cómo nos partimos después de haber comido los perros*

Después que comimos los perros, paresciéndonos que teníamos algún esfuerzo para poder ir adelante, encomendámonos a Dios nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios, y ellos nos encaminaron a otros de su lengua que estaban cerca de allí. E yendo por nuestro camino llovió, y todo aquel día anduvimos con agua, y allende de esto, perdimos el camino y fuimos a parar a un monte muy grande, y cogimos muchas hojas de tunas y asámoslas aquella noche en un horno que hecimos, y dímosle tanto fuego, que a la mañana estaban para comer; y después de haberlas comido encomendámonos a Dios y partímonos, y hallamos el camino que perdido habíamos; y pasado el monte, hallamos otras casas de indios; y llegamos allá, vimos dos mujeres y muchachos, que se espantaron, que andaban por el monte, y en vernos huyeron de nosotros y fueron a llamar a los indios que andaban por el monte; y venidos, paráronse a mirarnos detrás de unos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor; y después de haberlos hablado, nos dijeron que tenían mucha hambre, y que cerca de allí estaban muchas casas de ellos propios, y dijeron que nos llevarían a ellos y aquella noche llegamos adonde había cincuenta casas, y se espantaban de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegábannos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traían ellos sus mismas manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche; y venida la mañana, trajéronnos los enfermos que tenían, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían para comer, que eran hojas de tunas verdes asadas; y por el buen tratamiento que nos hacían, y porque aquello que tenían nos lo daban de buena gana y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos días; y estando allí, vinieron otros de más adelante. Cuando se quisieron partir dijimos a los primeros que nos queríainos ir con aquéllos. A ellos les pesó mucho, y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al

fin nos despedimos de ellos, y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera.

# CAPÍTULO XXIV

### *De las costumbres de los indios de aquellas tierras*

Desde la isla de Mal Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos tienen por costumbre desde el día que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntámosles que por qué los criaban así, y decían que por la mucha hambre que en la tierra había, que acontescía muchas veces, como nosotros víamos, estar dos o tres días sin comer, y a las veces cuatro; y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen, saldrían muy delicados y de pocas fuerzas; y si acaso acontesce caer enfermos algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo o hermano, se cargan y lo llevan a cuestas. Todos éstos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan a casar con quien quieren; esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanescen con sus mujeres y no las dejan, y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están cansados, y entonces se desparten; algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos, que hombres no entran a despartirlos; y por ninguna pasión que tengan no meten en ella arcos ni flechas; y desque se han apuñeado y pasado su cuestión, toman sus casas y mujeres, y vanse a vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse a su pueblo, y de ahí adelante son amigos como si ninguna cosa hobiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque dé esta manera se hacen; y si los que riñen no son casados, vanse a otros sus vecinos, y aunque sean sus enemigos, los resciben bien y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen; de suerte, que cuando es pasado el enojo, vuelven a su pueblo y vienen ricos. Toda es gente de guerra y tienen tanta

astucia para guardarse de sus enemigos como ternían si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas a la orilla del monte más áspero y de mayor espesura que por allí hallan, y junto a él hacen un foso, y en éste duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hobiere espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan a encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen a dar en las mismas casas, los que están en el foso salen a ellos y hacen desde las trincheras mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar; y cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les paresce y cércanse de trincheras cubiertas de leña menuda y hacen sus saeteras, con que flechan a los indios, y estos reparos hacen para de noche. Estando yo con los de aguenes, no estando avisados, vinieron sus enemigos a media noche y dieron en ellos y mataron tres y hirieron otros muchos; de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desque sintieron que los otros se habían ido, volvieron a ellas y recogieron todas las flechas que los otros les habían echado, y lo más encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometiron y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda su hacienda; y de ahí a poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra. Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas y usan unos con otros grandes crueldades.

# CAPÍTULO XXV

### *Cómo los indios son prestos a un arma*

Esta es la más presta gente para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos, toda la noche están despiertos con sus arcos a par de sí y una docena de flechas; el que duerme tienta su arco, y si no le halla en cuerda le da la vuelta que ha menester[127]. Salen muchas veces fuera de las casas bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así estan hasta el día, corriendo a unas partes y otras, donde ven que es menester o piensan que pueden estar sus enemigos. Cuando viene el día tornan a aflojar sus arcos hasta que salen a caza. Las cuerdas de los arcos son niervos de venados. La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos, tanto, que en semejante parte pueden rescebir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás, los caballos son los que han de sojuzgar y lo que los indios universalmente temen. Quien contra ellos hobiere de pelear ha de estar muy avisado que no le sientan flaqueza ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal; porque si temor les conocen o alguna codicia, ella es gente que saben conoscer tiempos en que vengarse y toman esfuerzo del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la guerra y gastado su munición, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan a los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos, y ésta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte a parte con las flechas y no mueren de las heridas si no toca en las tripas o en el corazón; antes sanan presto. Ven y oyen más y tienen más agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frío, como

aquellos que están más acostumbrados y hechos a ello que otros. Esto he querido contar porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren a ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardides, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

# CAPÍTULO XXVI

### *De las naciones y lenguas*

También quiero contar sus naciones y lenguas, que desde la isla de Mal Hado hasta los últimos hay. En la isla de Mal Hado hay dos lenguas: a los que unos llaman de Caoques y a los otros llaman de Han. En la Tierra Firme, enfrente de la isla, hay otros que se llaman de Chorruco, y toman el nombre de los montes donde vine[128].

Adelante, en la costa del mar, habitan otros que se llaman Doguenes, y enfrente de ellos otros que tienen por nombre los de Mendica. Más adelante, en la costa, están los quevenes, y enfrente de ellos, dentro en la Tierra Firme, los mariames; y yendo por la costa adelante, están otros que se llaman guaycones[129], y enfrente dé éstos, dentro en la Tierra Firme, los iguaces. Cabo de éstos están otros que se llaman atayos, y detrás de éstos, otros, acubadaos, y de éstos hay muchos por esta vereda adelante. En la costa viven otros llamados quitoles, y enfrente de éstos, dentro en la Tierra Firme, los avavares. Con éstos se juntan los maliacones, y otros cutalchiches, y otros que se llaman susolas, y otros que se llaman comos, y adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante, otros a quienes nosotros llamamos los de los higos[130]. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diversas. Entre éstos hay una lengua en que llaman a los hombres por mira acá; arre acá; a los perros, xo; en toda la tierra se emborachan con un humo[131], y dan cuanto tienen por él. Beben también otra cosa que sacan de las hojas de los árboles, como de encina, y tuéstanla en unos botes al fuego, y después que la tienen tostada hinchan el bote de agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha hervido dos veces, échanlo en una vasija y están enfriándola con media calabaza, y cuando está con mucha espuma bébenla tan caliente cuanto pueden sufrir[132], y desde que la sacan del bote hasta que la beben están dando voces, diciendo que ¿quién quiere beber? Y cuando las mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho cargadas, no osan hacer otra cosa, y si acaso alguna de ellas se mueve, la deshonran y la

dan de palos, y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan a lanzar, lo cual ellos hacen muy ligeramente y sin pena alguna. La razón de la costumbre dan ellos, y dicen que si cuando ellos quieren beber aquella agua las mujeres se mueven de donde les toma la voz, que en aquella agua se les mete en el cuerpo una cosa mala y que donde a poco les hace morir, y todo el tiempo que el agua está cociendo ha de estar el bote atapado, y si acaso está destapado y alguna mujer pasa, lo derraman y no beben más de aquella agua; es amarilla y están bebiéndola tres días sin comer, y cada día bebe cada uno arroba y media de ella, y cuando las mujeres están con su costumbre no buscan de comer más de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen. En el tiempo que así estaba, entre éstos vi una diablura, y es que vi un hombre casado con otro, y éstos son unos hombres amarionados[133], impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres, y tiran arco y llevan muy gran carga, entre éstos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son más membrudos que los otros hombres y más altos; sufren muy grandes cargas.

# CAPÍTULO XXVII

### *De cómo nos mudamos y fuimos bien rescebidos*

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuímonos con los otros a sus casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien rescebidos y trujeron sus hijos para que les tocásemos las manos, y dábannos mucha harina de mezquiquez. Este mezquiquez es una fruta que cuando está en el árbol es muy amarga[134], y es de la manera de algarrobas, y cómese con tierra, y con ella está dulce y bueno de comer. La manera que tienen con ella es ésta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere, y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna y de braza y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la tierra del hoyo, traen otros puños y échanla en el hoyo y tornan otro rato a moler, y después échanla en una vasija de manera de una espuerta, y échanle tanta agua que basta a cubirla, de suerte que quede agua por cima, y el que la ha molido pruébala, y si le parece que no está dulce, pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asiéntanse todos alrededor y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan a echar sobre unos cueros y las cáscaras; y el que lo ha molido las coge y las torna a echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan a exprimir el zumo y agua que de ello sale, y las pepitas y cáscaras tornan a poner en el cuero, y de esta manera hacen tres o cuatro veces cada moledura; y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido; y de esto nos hicieron los indios muy gran fiesta, y hobo entre ellos muy grandes bailes y areitos en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche dormíamos, a la puerta del rancho donde estábamos nos velaban a cada uno de nosotros seis hombres con gran cuidado, sin que nadie nos osase entrar dentro hasta que el sol era salido. Cuando nosotros nos quisimos partir de ellos, llegaron allí unas mujeres de otros que vivían adelante; y informados de ellas dónde estaban aquellas casas, nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho que

por aquel día nos detuviésemos, porque las casas adonde íbamos estaban lejos, y no había camino para ellas, y que aquellas mujeres venían cansadas, y descansando, otro día se irían con nosotros y nos guiarían, y ansí nos despedimos; y dende a poco las mujeres que habían venido, con otras del mismo pueblo, se fueron tras nosotros; mas como por la tierra no había caminos, luego nos perdimos, y ansí anduvimos cuatro leguas, y al cabo de ellas llegamos a beber a un agua adonde hallamos las mujeres que nos seguían, y nos dijeron el trabajo que habían pasado por alcanzarnos. Partimos de allí llevándolas por guía, y pasamos un río cuando ya vino la tarde que nos daba el agua a los pechos[135]; sería tan ancho como el de Sevilla, y corría muy mucho, y a puesta del sol llegamos a cien casas de indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas había a recebirnos con tanta grita que era espanto; y dando en los muslos grandes palmadas; traían las calabazas horadadas, con piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta, y no las sacan sino a bailar o para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos; y dicen que aquellas calabazas tienen virtud y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las hay, ni saben dónde las haya, sino que las traen los ríos cuando vienen de avenida. Era tanto el miedo y turbación que éstos tenían, que por llegar más prestos los unos que los otros a tocarnos, nos apretaron tanto que por poco nos hobieran de matar; y sin dejarnos poner los pies en el suelo nos llevaron a sus casas, y tantos cargaban sobre nosotros y de tal manera nos apretaban, que nos metimos en las casas que nos tenían hechas, y nosotros no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiciesen más fiesta con nosotros. Toda aquella noche pasaron entre sí en areitos y bailes, y otro día de mañana nos trajeron toda la gente de aquel pueblo para que los tocásemos y santiguásemos, como habíamos hecho a las otros con quien habíamos estado. Y después de esto hecho, dieron muchas flechas a las mujeres del otro pueblo que habían venido con las suyas. Otro día partimos de allí y toda la gente del pueblo fue con nosotros, y como llegamos a otros indios, fuimos bien recebidos, como de los pasados; y ansí nos dieron de lo que tenían y los venados que aquel día habían muerto; y entre éstos vimos una nueva costumbre, y es que los que venían a curarse, los que con nosotros

estaban les tomaban el arco y las flechas; y zapatos y cuentas, si las traían, y después de haberlas tomado nos las traían delante de nosotros para que los curásemos; y curados, se iban muy contentos, diciendo que estaban sanos. Así nos partimos de aquéllos y nos fuimos a otros, de quien fuimos muy bien recebidos, y nos trajeron sus enfermos, que santiguándolos decían que estaban sanos; y el que no sanaba creía que podíamos sanarle, y con lo que los otros que curábamos les decían, hacían tantas alegrías y bailes que no nos dejaban dormir.

# CAPÍTULO XXVIII

### *De otra nueva costumbre*

Partidos de éstos, fuimos a otras muchas casas, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es que, rescibiéndonos muy bien, que los que iban con nosotros los comenzaron a hacer tanto mal, que les tomaban las haciendas y les saqueaban las casas, sin que otra cosa ninguna les dejasen; de esto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que a aquellos que tan bien nos rescebían se hacía, y también porque temíamos que aquello sería o causaría alguna alteración y escándalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo ni para osar castigar, los que esto hacían y hobimos por entonces de sufrir, hasta que más autoridad entre ellos tuviésemos; y también los indios mismos que perdían la hacienda, conosciendo nuestra tristeza, nos consolaron, diciendo que de aquello no rescibiésemos pena; que ellos estaban tan contentos de habernos visto, que daban por bien empleadas sus haciendas, y que adelante serían pagados de otros que estaban muy ricos. Por todo este camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguía, y no podíamos huir de ella, aunque lo procurábamos, porque era muy grande la priesa que tenían por llegar a tocarnos; y era tanta la importunidad de ellos sobre esto, que pasaban tres horas que no podíamos acabar con ellos que nos dejasen. Otro día nos trajeron toda la gente del pueblo, y la mayor parte de ellos son tuertos de nubes, y otros de ellos son ciegos de ellas mismas, de que estábamos espantados. Son muy bien dispuestos y de muy buenos gestos, más blancos que otros ningunos de cuantos hasta allí habíamos visto[136]. Aquí empezamos a ver sierras, y parescía que venían seguidas de hacía el mar del Norte[137]; y así, por la relación que los indios de esto nos dieron, creemos que están quince leguas de la mar. De aquí partimos con estos indios hacia estas sierras que decimos, y lleváronme por donde estaban unos parientes suyos, porque ellos no nos querían llevar sino por do habitaban sus parientes, y no querían que sus enemigos alcanzasen tanto bien, como les parescía que era vernos. Y cuando fuimos llegados, los que

con nosotros iban saquearon a los otros; y como sabían la costumbre, primero que llegásemos escondieron algunas cosas; y después que nos hobieron rescebido con mucha fiesta y alegría, sacaron lo que habían escondido y viniéronnoslo a presentar, y esto era cuentas y almagra y algunas taleguillas de plata. Nosotros, según la costumbre, dímoslo luego a los indios que con nos venían, y cuando nos lo hobieron dado, comenzaron sus bailes y fiestas, y enviaron a llamar otros de otro pueblo que estaba cerca de allí, para que nos viniesen a ver, y a la tarde vinieron todos, y nos trajeron cuentas y arcos, y otras cosillas, que también repartimos; y otro día, queriéndonos partir, toda la gente nos quería llevar a otros amigos suyos que estaban en la punta de las sierras, y decían que allí había muchas cosas y gente, y que nos darían muchas cosas; mas por ser fuera de nuestro camino no quesimos ir a ellos, y tomamos por lo llano cerca de las sierras, las cuales creíamos que no estaban lejos de la costa. Toda la gente de ella es muy mala, y teníamos por mejor de atravesar la tierra, porque la gente que está más metida adentro es más bien acondicionada, y tratábannos mejor, y teníamos por cierto que hallaríamos la tierra más poblada y de mejores mantenimientos. Lo último, hacíamos esto porque, atravesando la tierra, víamos muchas particularidades de ella; porque si Dios nuestro Señor fuese servido de sacar alguno de nosotros, y traerlo a tierra de cristianos, pudiese dar nuevas y relación de ella. Y como los indios vieron que estábamos determinados de no ir por donde ellos nos encaminaban, dijéronnos que por donde nos queríamos ir no había gente, ni tunas ni otra cosa alguna que comer; y rogáronnos que estuviésemos allí aquel día, y ansí lo hecimos. Luego ellos enviaron dos indios para que buscasen gente por aquel camino que queríamos ir; y otro día nos partimos, llevando con nosotros muchos de ellos, y las mujeres iban cargadas de agua, y era tan grande entre ellos nuestra autoridad, que ninguno osaba beber sin nuestra licencia. Dos leguas de allí topamos los indios que habían ido a buscar la gente, y dijeron que no la hallaban; de lo que los indios mostraron pesar, y tornáronnos a rogar que nos fuésemos por la tierra. No lo quisimos hacer, y ellos, como vieron nuestra voluntad, aunque con mucha tristeza, se despidieron de nosotros, y se volvieron el río abajo a sus casas, y nosotros

caminamos por el río arriba, y desde a un poco topamos dos mujeres cargadas, que como nos vieron, pararon, y descargáronse, y trajéronnos de los que llevaban, que era harina de maíz, y nos dijeron que adelante en aquel río hallaríamos casas y muchas tunas y de aquella harina; y ansí nos despedimos de ellas, porque iban a los otros donde habíamos partido, y anduvimos hasta puesta del sol, y llegamos a un pueblo de hasta de veinte casas, adonde nos recebieron llorando y con grande tristeza, porque sabían ya que adonde quiera que llegábamos eran todos saqueados y robados de los que nos acompañaban, y como nos vieron solos, perdieron el miedo, y diéronnos unas tunas, y no otra cosa ninguna. Estuvimos allí aquella noche, y al alba los indios que nos habían dejado el día pasado dieron en sus casas, y como los tomaron descuidados y seguros, tomáronles cuanto tenían, sin que tuviesen lugar donde asconder ninguna cosa; de que ellos lloraron mucho; y los robadores, para consolarles, les decían que éramos hijos del sol, y que teníamos poder para sanar los enfermos y para matarlos, y otras mentiras aún mayores que éstas, como ellos las saben mejor hacer cuando sienten que les conviene; y dijéronles que nos llevasen con mucho acatamiento, y tuviesen cuidado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diesen todo cuanto tenían, y procurasen de llevarnos donde había mucha gente, y que donde llegásemos robasen ellos y saqueasen lo que los otros tenían, porque así era costumbre.

# CAPÍTULO XXIX

### *De cómo se robaban los unos a los otros*

Después de haberlos informado y señalado bien lo que habían de hacer, se volvieron, y nos dejaron con aquéllos; los cuales, teniendo en la memoria lo que los otros les habían dicho, nos comenzaron a tratar con aquel mismo temor y reverencia que los otros, y fuimos con ellos tres jornadas, y lleváronnos adonde había mucha gente; y antes que llegásemos a ellos avisaron cómo íbamos, y dijeron de nosotros todo lo que los otros les habían enseñado, y añadieron mucho más, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de novelas y muy mentirosos, mayormente donde pretende algún interés. Y cuando llegamos cerca de las casas, salió toda la gente a recebirnos con mucho placer y fiesta, y entre otras cosas, dos físicos de ellos nos dieron dos calabazas, y de aquí comenzamos a llevar calabazas con nosotros, y añadimos a nuestra autoridad esta cerimonia, que para ellos es muy grande. Los que nos habían acompañado saquearon las casas; mas, como eran muchas y ellos pocos, no pudieron llevar todo cuanto tomaron, y más de la mitad dejaron perdido, y de aquí por la halda[138] de la sierra nos fuimos metiendo por la tierra adentro más de cincuenta leguas, y al cabo de ellas hallamos cuarenta casas, y entre otras cosas que nos dieron, hobo Andrés Dorantes un cascabel gordo, grande, de cobre, y en él figurado un rostro[139], y esto mostraban ellos, que lo tenían en mucho, y les dijeron que lo habían habido de otros sus vecinos; y preguntándoles que dónde habían habido aquello, dijéronlo que lo habían traído de hacia el Norte, y que allí había mucho, y era tenido en grande estima; y entendimos que do quiera que aquella había venido, había fundición y se labraba de vaciado, y con esto nos partimos otro día, y atravesamos una sierra de siete leguas, y las piedras de ellas eran de escorias de hierro; y a la noche llegamos a muchas casas, que estaban asentadas a la ribera de un muy hermoso río, y los señores de ellas salieron a medio camino a recebirnos con sus hijos a cuestas, y nos dieron muchas taleguillas de margarita y de alcohol molido, con esto se untan ellos la

cara; y dieron muchas cuentas, y muchas mantas de vacas, y cargaron a todos los que venían con nosotros de todo cuanto ellos tenían. Comían tunas y piñones; hay por aquella tierra pinos chicos, y las piñas de ellos son como huevos pequeños, mas los piñones son mejores que los de Castilla, porque tienen las cáscaras muy delgadas; y cuando están verdes, muélenlos y hácenlos pellas, y ansí los comen; y si están secos, los muelen con cáscaras, y los comen hechos polvos. Y los que por allí nos recebían, desque nos habían tocado, volvían corriendo hasta sus casas, y luego daban vuelta a nosotros, y no cesaban de correr, yendo y viniendo. De esta manera traíamos muchas cosas para el camino. Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que había mucho tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón; decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué, y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía, le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné a cortar más, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un cuero le estanqué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidiéronmela, y yo se la di, y el pueblo todo vino a verla, y la enviaron por la tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer; y otro día le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parescía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna; y esta cura nos dio entre ellos tanto crédito por toda la tierra, cuanto ellos podían y sabían estimar y encarescer. Mostrámosles aquel cascabel que traímos, y dijéronnos que en aquel lugar de donde aquél había venido había muchas planchas de aquellos enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho; y había casas de asiento, y esto creemos nosotros que es la mar del Sur[140], que siempre tuvimos noticia que aquella mar es más rica que la del Norte. De éstos nos partimos y anduvimos por tantas suertes de gentes y de tan diversas lenguas, que no

basta memoria a poderlas contar, y siempre saqueaban los unos a los otros; y así los que perdían como los que ganaban, quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía, que en ninguna manera podíamos valernos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmos, y todos iban en ala; y en saltando alguna liebre (que por allí había hartas), cercábanlas luego, y caían tantos garrotes sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacían andar de unos para otros, que a mi ver era la más hermosa caza que se podía pensar, porque muchas veces ellas se venían hasta las manos; y cuando a la noche parábamos, eran tantas las que nos habían dado, que traía cada uno de nosotros ocho o diez cargas de ellas; y los que traían arcos no parescían delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra a buscar venados; a la noche cuando venían traían para cada uno de nosotros cinco o seis venados, y pájaros y codornices, y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban y mataban nos lo ponían delante, sin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre; que así lo tenían ya por costumbre después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las mujeres traían muchas esteras, de que ellos nos hacían casas, para cada uno la suya aparte, y con toda su gente conoscida; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres, y todo lo que habían tomado; y esto también se hacía muy presto en unos hornos que para esto ellos hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro dábamos al principal de la gente que con nosotros venía, mandándole que lo repartiese entre todos. Cada uno con la parte que le cabía venían a nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres o cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo, que a cada uno habíamos de soplar y santiguar lo que habían de comer y beber, y para otras muchas cosas que querían hacer nos venían a pedir licencia, de que se puede ver qué tanta importunidad rescebíamos. Las mujeres nos traían las tunas y arañas y gusanos, y lo que podían haber; porque aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer sin que nosotros la diésemos. E yendo con éstos, pasamos un

gran río, que venía del Norte[141]; y pasados unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que lejos de allí venían a recebirnos, y salían al camino por donde habíamos de ir, y nos recebieron de la manera de los pasados.

## CAPÍTULO XXX

***De cómo se mudó la costumbre del recebirnos***

Desde aquí hobo otra manera de recebirnos, en cuanto toca al saquearse, porque los que salían de los caminos a traernos alguna cosa a los que nosotros venían no los robaban; mas después de entrados en sus casas, ellos mismos nos ofrescían cuanto tenían, y las casas con ellos; nosotros las dábamos a los principales, para que entre ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguían, de donde crescía mucha gente para satisfacerse de su pérdida; y decíanles que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que nosotros lo supiésemos, y haríamos luego que todos muriesen, porque el sol nos lo decía. Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros días que con nosotros estaban, nunca estaban sino temblando y sin osar hablar ni alzar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por más de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un río muy grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí nos comenzó mucha de la gente que traíamos a adolescer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agras y trabajosas. Estos mismos nos llevaron a unos llanos al cabo de las sierras, donde venían a recebirnos de muy lejos de allí, y nos recebieron como los pasados, y dieron tanta hacienda a los que con nosotros venían, que por no poderla llevar dejaron la mitad; y dijimos a los indios que lo habían dado que lo tornasen a tomar y lo llevasen, porque no quedase allí perdido; y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrecido, tornarlo a tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder. A éstos dijimos que queríamos ir a la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy lejos, y nosotros les mandábamos que enviasen a hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos a ellos; mas no

osaron hacer otra cosa; y así, enviaron dos mujeres, una suya, y otra que de ellos tenían captiva; y enviaron éstas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; más ellas tardaron cinco días; y los indios decían que no debían de hallar gente. Dijímosles que nos llevasen hacia el Norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no había gente sino muy lejos, y que no había qué comer ni se hallaba agua; y con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir, y ellos todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y yo me salí una noche a dormir en el campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos más enojados, y que aunque ellos supiesen morir en el camino, nos llevarían por donde nosotros quisiésemos ir; y como nosotros todavía fingíamos estar enojados y porque su miedo no se quitase, suscedió una cosa extraña, y fue que este día mesmo adolescieron muchos de ellos, y otro día siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hobieron tanto miedo de nosotros, que parescía en vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que más de ellos murieren, y traían por muy cierto que nosotros los matábamos con solamente quererlo; y a la verdad, nosotros recebíamos tanta pena de esto, que no podía ser mayor; porque, allende de ver los que morían, temíamos que no muriesen todos o nos dejasen solos, de miedo, y todas las otras gentes de ahí adelante hiciesen lo mismo, viendo lo que a éstos había acontecido. Rogamos a Dios Nuestro Señor que lo remediase; y ansí, comenzaron a sanar todos aquellos que habían enfermado, y vimos una cosa que fue de grande admiración: que los padres y hermanos y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena; y después de muerto, ningún sentimiento hicieron, ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar a ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar a enterrar, y más de quince días que con aquéllos estuvimos, a ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reír ni llorar a ninguna

criatura; antes, porque uno lloró, la llevaron muy lejos de allí, y con unos dientes de ratón agudos la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. E yo, viendo esta crueldad y enojado de ello, les pregunté que por qué lo hacían, y respondiéronme que para castigarla porque había llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenían ponían a todos los otros que nuevamente venían a conoscernos, a fin que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían que nosotros no tomábamos nada, y lo habíamos de dar todo a ellos. Esta fue la más obediente gente que hallamos por esta tierra, y de mejor condición; y comúnmente son muy dispuestos. Convalescidos los dolientes, y ya que había tres días que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallados muy poca gente, y que todos habían ido a las vacas[142], que era en tiempo de ellas; y mandamos a los que habían estado enfermos que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros a sacar gente y traerla al camino para que nos recebiesen; y con esto, otro día de mañana todos los que más rescios estaban partieron con nosotros, y a tres jornadas paramos, y el siguiente día partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guía las dos mujeres; y la que de ellas era captiva los llevó a un río que corría entre unas sierras donde estaba un pueblo en que su padre vivía, y éstas fueron las primeras casas que vimos que estuviesen parescer y manera de ello. Aquí llegaron Castillo y Estebanico adonde nos había dejado, y trajo cinco o seis de aquellos indios, y dijo cómo había hallado casas de gente y de asiento, y que aquella gente comía frísoles y calabazas, y que había visto maíz[143]. Esta fue la cosa del mundo que más nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias a nuestro Señor; y dijo que el negro vernía con toda la gente de las casas a esperar al camino, cerca de allí; y por esta causa partimos; y andada legua y media, topamos con el negro y la gente que venían a recebirnos, y nos dieron frísoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas, y otras cosas. Y como estas gentes y las que con nosotros venían eran enemigos y no se entendían, partimos de los primeros, dándoles lo que nos habían dado, y fuímonos con éstos; y a seis leguas de allí, ya que venía la noche, llegamos

a sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuvimos un día, y el siguiente nos partimos, y llevándoslos con nosotros a otras casas de asiento[144], donde comían lo mismo que ellos; y de ahí adelante hobo otro nuevo uso: que los que sabían de nuestra ida no salían a recebirnos a los caminos, como los otros hacían; antes los hallábamos en sus casas, y tenían hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenían vueltas las caras hacia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en montón en medio de la casa; y de aquí adelante comenzaron a darnos muchas mantas de cueros, y no tenían cosa que no nos diesen. Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendían y respondían en lo que preguntábamos; y llamámosles de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren es cerca de allí, y porque aquel río arriba más de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Esta gente andan del todo desnudos, a la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, señaladamente los que son viejos, que no sirven para la guerra[145]. Es tierra muy poblada. Preguntámosle cómo no sembraban maíz; respondiéronnos que lo hacían por no perder lo que sembrasen, porque dos años arreo les habían faltado las aguas, y había sido el tiempo tan seco, que a todos les habían perdido los maíces los topos, y que no osarían tornar a sembrar sin que primero hobiese llovido mucho; y rogábannos que dijésemos al cielo que lloviese y se lo rogásemos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo ansí. También nosotros quesimos saber de dónde habían traído aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el sol se ponía, y que lo había por toda aquella tierra; mas que lo más cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por dónde iríamos bien, y que nos informasen del camino, porque no querían ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel río arriba hacia el Norte, y que en diez y siete jornadas no hallaríamos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que llaman chacan[146], y que la machucan entre unas piedras si aun después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca; y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo podimos comer, y dijéronnos

también que entretanto que nosotros fuésemos por el río arriba, iríamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenían que darnos cosas a comer; mas que nos recebirían de muy buena voluntad, y que nos darían muchas mantas de algodón y cueros y otras cosas de las que ellos tenían; más que todavía les parescía que en ninguna manera no debíamos tomar aquel camino. Dudando lo que haríamos, y cuál camino tomaríamos que más a nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos días. Dábannos a comer frísoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva, que por ser tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios y industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchen media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que más fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tómanlas con unas tenazas de palo, y échanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva, para cocer lo que quieren, y así lo cuecen[147].

# CAPÍTULO XXXI

***De cómo seguimos el camino del maíz***

Pasados dos días que allí estuvimos, determinamos de ir a buscar el maíz, y no quesimos seguir el camino de las Vacas, porque es hacia el Norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuvimos por cierto que yendo la puesta del sol habíamos de hallar lo que deseábamos; y ansí, seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la tierra hasta salir a la mar del Sur; y no bastó a estorbarnos esto el temor que nos ponían de la mucha hambre que habíamos de pasar, como a la verdad la pasamos, por todas las diez y siete jornadas que nos habían dicho. Por todas ellas el río arriba nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta; mas nuestro mantenimiento era cada día tanto como una mano de unto de venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar, y ansí pasamos todas las diez y siete jornadas y al cabo de ellas atravesamos el río, y caminamos otras diez y siete. A la puesta del sol, por unos llanos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, allí hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hebímoslo también de comer hasta que, acabados estas jornadas, hallamos casas de asiento[148], adonde había mucho maíz allagado, y de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frísoles y mantas de algodón, y de todo cargamos a los que allí nos habían traído, y con esto se volvieron los más contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por habernos traído allí, donde habíamos hallado tanto mantenimiento.

Entre estas casas había algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos más de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento[149], y mucho mantenimiento de maíz, y frísoles, y dábannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva España. Dábannos también muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas

que tienen de hacia el Norte; y finalmente, dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y pasresciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habían habido, y dijeron que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el Norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas de papagayos, y decían que había allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes[150]. Entre éstos vimos las mujeres más honestamente tratadas que a ninguna parte de Indias que hobiésemos visto[151]. Traen unas camisas de algodón, que llegan hasta las rodillas, y unas medias mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, y enjabónanlas con unas raíces que alimpian mucho, y ansí las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos[152]. Toda esta gente venía a nosotros a que los tocásemos y santiguásemos; y eran en esto tan importunos, que con gran trabajo lo sufríamos, porque dolientes y sanos, todos querían ir santiguados. Acontescía muchas veces que de las mujeres que con nosotros iban parían algunas, y luego en nasciendo nos traían la criatura a que la santiguásemos y tocásemos. Acompañábannos siempre hasta darnos entregados a otros, y entre todas estas gentes se tenía por muy cierto que veníamos del cielo. Entretanto que con éstos anduvimos caminamos todo el día sin comer hasta la noche, y comíamos tan poco, que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio, y a la verdad nosotros estábamos tan hechos al trabajo, que tampoco lo sentimos. Teníamos con ellos mucha autoridad y gravedad, y para conservar esto les hablábamos pocas veces. El negro les hablaba siempre; se informaba de los caminos que queríamos ir y los pueblos que había y de las cosas que queríamos saber. Pasamos por gran numero y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoreció, porque siempre nos entendieron y les entendimos; y ansí, preguntábamos y respondían por señas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya; porque, aunque sabíamos seis lenguas, no nos podíamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos más de mil diferencias[153]. Por todas estas tierras, los que tenían guerras con los otros se hacían luego amigos para

venirnos a recibir y traernos todo cuanto tenían, y de esta manera dejamos toda la tierra en paz, y dijímosles, por las señas porque nos entendían, que en el cielo había un hombre que llamábamos Dios, el cual había criado el Cielo y la Tierra, y que Este adorábamos nosotros y teníamos por Señor, y que hacíamos lo que nos mandaba, y que de su mano venían todas las cosas buenas, y que si ansí ellos lo hiciesen, les iría muy bien de ello; y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si lengua hobiera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejáramos cristianos. Esto les dimos a entender lo mejor que podimos, y de ahí adelante, cuando el sol salía, con muy gran grita abrían las manos juntas al cielo, y después las traían por todo su cuerpo, y otro tanto hacían cuando se ponía. Es gente bien acondicionada y aprovechada para seguir cualquiera cosa bien aparejada.

# CAPÍTULO XXXII

## *De cómo nos dieron los corazones de los venados*

En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas dieron a Dorantes más de seiscientos corazones de venados, abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento, y por esto le pusimos nombre el pueblo de los Corazones[154], y por él es la entrada para muchas provincias que están a la mar del Sur; y si los que la fueren a buscar por aquí no entraren, se perderán, porque la costa no tiene maíz, y comen polvo de bledo y de paja y de pescado, que toman en la mar con bolsas, porque no alcanzan canoas. Las mujeres cubren sus vergüenzas con yerba y paja. Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la vía de aquellos pueblos que nosotros trujimos, hay más de mil leguas de tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el año frísoles y maíz. Hay tres maneras de venados: los de la una de ellas son tamaños como novillos de Castilla; hay casas de asiento, que llaman buhíos[155], y tienen yerba, y esto es de unos árboles al tamaño de manzanos, y no es menester más de coger la fruta y untar la flecha con ella; y si no tienen fruta, quiebran una rama; y con la leche que tienen hacen lo mesmo. Hay muchos de estos árboles que son ponzoñosos, que si majan las hojas de él y las lavan en alguna agua allegada, todos venados y cualquier otros animales que de ella beben revientan luego. En este pueblo[156] estuvimos tres días, y a una jornada de allí estaba otro en el cual tomaron tantas aguas, que porque un río cresció mucho, no lo podimos pasar, y nos detuvimos allí quince días. En este tiempo, Castillo vio al cuello de un indio una hebilleta de talabarte[157] de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquélla, y dijéronnos que habían venido del cielo. Preguntámosle más, que quién la había traído de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas y espadas, y que habían alanceado dos de ellos; y lo más disimuladamente que podíamos les preguntamos qué se habían

hecho aquellos hombres, y respondiéronnos que se habían ido a la mar, y que metieron sus lanzas por debajo del agua, y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hacia la puesta del sol. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por aquello que oímos, porque estábamos desconfiados de saber nuevas de cristianos; y, por otra parte, nos vimos en gran confusión y tristeza, creyendo que aquella gente no sería sino algunos que habían venido por la mar a descubrir; mas al fin, como tuvimos tan cierta nueva de ellos, dímonos más priesa a nuestro camino, y siempre hallábamos más nueva de cristianos, y nosotros les decíamos que los íbamos a buscar para decirles que no los matasen ni tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho. Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos. Fue cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil, y muy hermosa y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huída y escondida toda[158], y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con corteza de árboles y raíces. De esta hambre a nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados, que parescía que se querían morir. Trajéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar andaban huyendo. Como los veíamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar y ser tratados con tanta crueldad como hasta allí, y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos que, llegados a los que tenían la frontera con los cristianos y guerra con ellos, nos habían de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos contra ellos hacían. Mas como Dios nuestro Señor fue servido de traernos hasta ellos,

comenzáronnos a temer y acatar como los pasados y aun algo más, de que no quedamos poco maravillados: por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianos y a obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que éste es camino muy cierto, y otro no. Estos nos llevaron a un pueblo que está en un cuchillo de una sierra, y se ha de subir a él por grande aspereza; y aquí hallamos mucha gente que estaba junta, recogidos por miedo de los cristianos. Recebiéronnos muy bien, y diéronnos cuanto tenían, y diéronnos más de dos mil cargas de maíz, que dimos a aquellos miserables y hambrientos que hasta allí nos habían traído; y otro día despachamos de allí cuatro mensajeros por la tierra como lo acostumbrábamos hacer, para que llamasen y convocasen toda la más gente que pudiesen, a un pueblo que está tres jornadas de allí; y hecho esto, otro día partimos con toda la gente que allí estaba, y siempre hallábamos rastro y señales adonde habían dormido cristianos; y a mediodía topamos nuestros mensajeros, que nos dijeron que no habían hallado gente, que toda andaba por los montes, escondidos huyendo, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos; y que la noche pasada habían visto a los cristianos estando ellos detrás de unos árboles mirando lo que hacían, y vieron cómo llevaban muchos indios en cadenas; y de esto se alteraron los que con nosotros venían, y algunos de ellos se volvieron para dar aviso por la tierra cómo venían cristianos, y mucho más hicieran esto si nosotros no les dijéramos que no lo hiciesen ni tuviesen temor; y con esto se aseguraron y holgaron mucho. Venían entonces con nosotros indios de cien leguas de allí, y no podíamos acabar con ellos que se volviesen a sus casas; y por asegurarlos dormimos en el camino; y el siguiente día, los que habíamos enviado por mensajeros nos guiaron adonde ellos habían visto los cristianos; y llegados a hora de vísperas, vimos claramente que habían dicho la verdad, y conoscimos la gente que era de a caballo por las estacas en que los caballos habían estado atados. Desde aquí, que se llama el río de Petutuan, hasta el río donde llegó Diego de Guzmán, puede haber hasta él, desde donde supimos de cristianos, ochenta leguas; y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doce leguas; y desde allí hasta la mar del Sur había

doce leguas. Por toda esta tierra donde alcanzan sierras, vimos grandes muestras de oro y alcohol[159], hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente; tanto, que por enero hace gran calor. Desde allí hacia el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrosa y pobre, donde pasamos grande y increíble hambre; y los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelísima y de muy mala inclinación y costumbres. Los indios que tienen casa de asiento, y los de atrás, ningún caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello.

# CAPÍTULO XXXIII

***Cómo vimos rastro de cristianos***

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable captiverio; el placer que de esto sentimos júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos y los peligros y trabajos porque pasamos. Aquella noche yo rogué a uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser más recios y más mozos; mas, vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo a los cristianos pasé por tres lugares donde habían dormido; y este día anduve diez leguas, y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recebieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen a donde estaba su capitán; y así, fuimos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; y después de haberle hablado, me dijo que estaba muy perdido allí, porque había muchos días que no había podido tomar indios, y que no había por donde ir, porque entre ellos comenzaba a haber necesidad y hambre; yo le dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo, que estaban diez leguas de allí, con muchas gentes que nos habían traído; y él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y día que allí habían llegado, y la manera en que venía, y ansí lo hicieron. De este río hasta el pueblo de los cristianos, que se llama Sant Miguel, que es de la gobernación de la provincia que dicen la Nueva Galicia[160] hay treinta leguas.

# CAPÍTULO XXXIV

***De cómo envié por los cristianos***

Pasados cinco días, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que habían ido por ellos, y traían consigo más de seiscientas personas, que eran de aquel pueblo que los cristianos habían hecho subir al monte, y andaban escondidos por la tierra, y los que hasta allí con nosotros habían venido los habían sacado de los montes y entregado a los cristianos, y ellos habían despedido todas las otras gentes que hasta allí habían traído; y venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviásemos a llamar la gente de los pueblos que están a vera del río, que andaban escondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trujesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían, y enviamos luego nuestros mensajeros a que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trujeron todo el maíz que alcanzaban, y traíanlo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habían enterrado y escondido, y nos trujeron todo lo más que tenían; mas nosotros no quisimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro a los cristianos para que entre sí la repartiesen; y después de esto pasamos muchas y grandes pendencias con ellos, porque nos querían hacer los indios que traíamos esclavos, y con este enojo, al partir, dejamos muchos arcos turquescos, que traíamos, y muchos zurrones y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y ansí, las perdimos. Dimos a los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traíamos; vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen a sus casas y se asegurasen y sembrasen su maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbraban, con otros indios; porque si se volviesen sin hacer esto, temían que se morirían; que para ir con nosotros no temían a los cristianos ni a sus lanzas. A los cristianos les pasaba de esto, y hacían que su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habíamos perdido muchos tiempos había, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella

tierra, a quien habían de obedecer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco o en nada de lo que les decían; antes, unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol, y ellos donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teníamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego a dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada a nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas y las encarescían, por el contrario, de los otros; y así les respondieron a la lengua de los cristianos, y lo mismo hicieron saber a los otros por una lengua que entre ellos había, con quien nos entendíamos, y aquellos que la usan llamamos propriamente primahaitu[161], que es como decir vascongados, la cual, más de cuatrocientas leguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras. Finalmente, nunca pudo acabar con los indicios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo e importunación les hicimos volver a sus casas, y les mandamos que se asegurasen, y asentasen sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblada, estaba ya muy llena de montes; la cual sin dubda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tienen muchas frutas y muy hermosos ríos, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven a los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos, mucho más que los de Méjico, y, finalmente, es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena.

Despedidos los indios, nos dijeron que harían lo que mandábamos, y asentarían sus pueblos si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren será por culpa de los cristianos.

Después que hubimos enviado a los indios en paz, y degraciádoles el trabajo que con nosotros habían pasado, los cristianos nos enviaron, debajo

de cautela, a un Cebreros, alcalde, y con él otros dos, los cuales nos llevaron por los montes y despoblados, por apartarnos de la conversación de los indios, y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde paresce cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos a les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teníamos, sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de ir a dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz; y ansí como lo pensaron, lo hicieron; lleváronnos por aquellos montes dos días, sin agua, perdidos y sin camino, y todos pensamos perescer de sed, y de ella se nos ahogaron siete hombres, y muchos amigos que los cristianos traían consigo no pudieron llegar hasta otro día a mediodía adonde aquella noche hallamos con ellos veinte y cinco leguas, poco más o menos, y al fin de ellas llegamos a un pueblo de indios de paz, y el alcalde que nos llevaba nos dejó allí, y él pasó adelante otras tres leguas, a un pueblo que se llamaba Culiazan[162], adonde estaba Melchor Díaz, alcalde mayor y capitán de aquella provincia.

# CAPÍTULO XXXV

### *De cómo el alcalde mayor nos recibió bien la noche que llegamos*

Como el alcalde mayor fue avisado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió, y vino adonde nosotros estábamos, y lloró mucho con nosotros, dando loores a Dios nuestro Señor por haber usado de tanta misericordia con nosotros; y nos habló y trató muy bien; y de parte del gobernador Nuño de Guzmán y suya nos ofresció todo lo que tenía y podía; y mostró mucho sentimiento de la mala acogida y tratamiento que en Alcaraz y los otros habíamos hallado, y tuvimos por cierto que si él se hallara allí, se excusara lo que con nosotros y con los indios se hizo; y pasada aquella noche, otro día nos partimos, y el alcalde mayor nos rogó mucho que nos detuviésemos allí, y que en esto haríamos muy gran servicio a Dios y a Vuestra Majestad, porque la tierra estaba despoblada, sin labrarse, y toda muy destruida, y los indios andaban escondidos y huídos por los montes, sin querer venir a hacer asiento en sus pueblos, y que los enviásemos a llamar, y les mandásemos de parte de Dios y de Vuestra Majestad que viniesen y poblasen en lo llano, y labrasen la tierra. A nosotros nos pareció esto muy dificultoso de poner en efecto, porque no traíamos indio ninguno de los nuestros ni de los que nos solían acompañar y entender en estas cosas. En fin, aventuramos a esto dos indios de los que traían allí captivos, que eran de los mismos de la tierra, y éstos se habían hallado con los cristianos; cuando primero llegamos a ellos, y vieron la gente que nos acompañaba, y supieron ellos la mucha autoridad y dominio que por todas aquellas tierras habíamos traído y tenido, y las maravillas que habíamos hecho, los enfermos que habíamos curado, y otras muchas cosas. Y con estos indios mandamos a otros del pueblo, que juntamente fuesen y llamasen los indios que estaban por las sierras alzados, y los del río de Petaan, donde habíamos hallado a los cristianos, y que les dijesen que viniesen a nosotros, porque les queríamos hablar; y para que fuesen seguros, y los otros viniesen, les dimos un calabazo de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran

estado), y con éste ellos fueron y anduvieron por allí siete días, y al fin de ellos vinieron, y trujeron consigo tres señores de los que estaban alzados por las sierras, que traían quince hombres, y nos trujeron cuentas y turquesas y plumas, y los mensajeros nos dijeron que no habían hallado a los naturales del río donde habíamos otra vez huir a los montes; y el Melchior Díaz dijo a la lengua que de nuestra parte les hablase a aquellos indios, y les dijese cómo venía de parte de Dios que está en el cielo, y que habíamos andado por el mundo muchos años, diciendo a toda la gente que habíamos hallado que creyesen en Dios y lo sirviesen, porque era señor de todas cuantas cosas había en el mundo, y que él daba galardón y pagaba a los buenos, y pena perpetua de fuego a los malos; y que cuando los buenos morían, los llevaba al cielo, donde nunca nadie moría, ni tenían hambre, ni frío, ni sed, ni otra necesidad ninguna, sino la mayor gloria que se podrían pensar; y que los que no le querían creer ni obedecer sus mandamientos, los echaba debajo la tierra en compañía de los demonios y en gran fuego, el cual nunca se había de acabar, sino atormentarlos para siempre; y que allende de esto, si ellos quisiesen ser cristianos y servir a Dios de la manera que les mandásemos, que los cristianos tenían por hermanos y los tratarían muy bien, y nosotros les mandaríamos que no les hiciesen ningún enojo ni los sacasen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos; mas que si esto no quisiesen hacer, los cristianos los tratarían muy mal, y se los llevarían por esclavos a otras tierras. A esto respondieron a la lengua que ellos serían muy buenos cristianos, y servirían a Dios; y preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y a quién pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que a un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creían que él había criado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles a preguntar cómo sabían esto, y respondieron que sus padres y abuelos se lo habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto, y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba Aquél. Nosotros les dijimos que Aquel que ellos decían nosotros lo llamábamos Dios, y que ansí lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarían muy bien de ello. Respondieron que todo lo tenían muy bien entendido, y que así lo

harían; y mandámosles que bajasen de las sierras, y vinieron seguros y en paz, y poblasen toda la tierra, y hiciesen sus casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios, y pusiesen a la entrada una cruz como la que allí teníamos, y que cuando viniesen allí los cristianos, los saliesen a recibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los llevasen a su casas, y les diesen de comer de los que tenían, y por esta manera no les harían mal; antes serían sus amigos; y ellos dijeron que ansí lo harían como nosotros lo mandábamos; y el capitán les dio mantas y los trató muy bien; y así, se volvieron, llevando los dos que estaban captivos y habían sido por mensajeros. Esto pasó en presencia del escribano que allí tenían y otros muchos testigos.

# CAPÍTULO XXXVI

***De cómo hecimos hacer iglesias en aquella tierra***

Como los indios se volvieron, todos los de aquella provincia, que eran amigos de los cristianos, como tuvieron noticia de nosotros, nos vinieron a ver, y nos trujeron cuentas y plumas, y nosotros les mandamos que hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas, porque hasta entonces no las habían hecho; y hecimos traer los hijos de los principales señores y bautizarlos; y luego el capitán hizo pleito homenaje a Dios de no hacer ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar esclavo por la tierra y gente que nosotros habíamos asegurado, y que esto guardaría y cumpliría hasta que Su Majestad y el gobernador Nuño de Guzmán, o el visorrey[163] en su nombre, proveyesen en lo que más fuese servicio de Dios y de Su Majestad; y después de bautizados los niños, nos partimos para la villa de Sant Miguel[164], donde, como fuimos llegados, vinieron indios, que nos dijeron cómo mucha gente bajaba de las sierras y poblaban en lo llano, y hacían iglesias y cruces y todo lo que les habíamos mandado, y cada día teníamos nuevas de cómo esto se iba haciendo y cumpliendo más enteramente; y pasados quince días que allí habíamos estado llegó Alcaraz con los cristianos que habían ido en aquella entrada, y contaron al capitán cómo eran bajados de las sierras los indios, y habían poblado en lo llano, y habían hallado pueblos con mucha gente, que de primero estaban despoblados y desiertos, y que los indios les salieron a recebir con cruces en las manos, los llevaron a sus casas, y les dieron de lo que tenían, y durmieron con ellos allí aquella noche.

Espantados de tal novedad, y de que los indios les dijeron cómo estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal, y ansí se despidieron. Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, quiera que en los días de Vuestra Majestad y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que Vuestra Majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil

de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses que después de salidos de captivos, sin parar, anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni idolatría. En este tiempo travesamos de una mar a otra, y por la noticia que con mucha diligencia alcanzamos a entender, de una costa a la otra, por lo más ancho, puede haber doscientas leguas, y alcanzamos a entender que en la costa del sur hay perlas y mucha riqueza, y que todo lo mejor y más rico está cerca de ella. En la villa de Sant Miguel estuvimos hasta 15 días del mes de mayo; y la causa de detenernos allí tanto fue porque de allí hasta la ciudad de Compostela, donde el gobernador Nuño de Guzmán residía, hay cien leguas y todas son despobladas y de enemigos, y hobieron de ir con nosotros gente, con que iban veinte de caballo, que nos acompañaron hasta cuarenta leguas; y de allí adelante vinieron con nosotros seis cristianos, que traían quinientos indios hechos esclavos; y llegados en Compostela el gobernador nos recebió muy bien, y de lo que tenía nos dio de vestir; lo cual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo; y pasados diez o doce días partimos para Méjico, y por todo el camino fuimos bien tratados de los cristianos, y muchos nos salían a ver por los caminos y daban gracias a Dios de habernos librado de tantos peligros. Llegamos a Méjico domingo, un día antes de la víspera de Santiago, donde del visorrey y del marqués del Valle[165] fuimos muy bien tratados y con mucho placer recebidos, y nos dieron de vestir y ofrescieron todo lo que tenían, y el día de Santiago hobo fiesta y juego de cañas y toros.

# CAPÍTULO XXXVII

### *De lo que acontesció cuando me quise venir*

Después que descansamos en Méjico dos meses, yo me quise venir en estos reinos, y yendo a embarcar en el mes de octubre, vino una tormenta que dio con el navío al través[166], y se perdió; y visto esto, acordé de dejar pasar el invierno, porque en aquellas partes es muy recio tiempo para navegar en él; y después de pasado el invierno, por cuaresma, nos partimos de Méjico Andrés Dorantes y yo para la Veracruz, para nos embarcar, y allí estuvimos esperando tiempo hasta domingo de Ramos, que nos embarcamos, y estuvimos embarcados más de quince días por falta de tiempo, y el navío en que estábamos hacía mucha agua. Yo me salí de él y me pasé a otros de los que estaban para venir, y Dorantes se quedó en aquél; y a 10 días del mes de abril partimos del puerto tres navíos, y navegamos juntos ciento y cincuenta leguas, y por el camino los dos navíos hacían mucha agua, y una noche nos perdimos de su conserva[167], porque los pilotos y maestros, según después paresció, no osaron pasar adelante con sus navíos y volvieron otra vez al puerto do habían partido, sin darnos cuenta de ello ni saber más de ellos, y nosotros seguimos nuestro viaje, y a 4 días de mayo llegamos al puerto de la Habana, que es en la isla de Cuba, adonde estuvimos esperando los otros dos navíos creyendo que venían, hasta 2 días de junio, que partimos de allí con mucho temor de topar con franceses, que había pocos días que hablan tomado allí tres navíos nuestros; y llegados sobre la isla de la Bermuda, nos tomó una tormenta, que suele tomar a todos los que por allí pasan, la cual es conforme a la gente que dicen que en ella anda, y toda una noche nos tuvimos por perdidos, y plugo a Dios que, venida la mañana, cesó la tormenta y seguimos nuestro camino. A cabo de veinte y nueve días que partimos de la Habana habíamos andado mil y cien leguas que dicen que hay de allí hasta el pueblo de las Azores; y pasando otro día por la isla que dicen del Cuervo, dimos con un navío de franceses a hora de mediodía; nos comenzó a seguir con una carabela que traía tomada de portugueses y nos dieron

caza, y aquella tarde vimos otras nuevas velas, y estaban tan lejos, que no podimos conocer si eran portugueses o de aquellos mismos que nos seguían, y cuando anocheció estaba el francés a tiro de lombarda de nuestro navío; y desque fue obscuro, hurtamos la derrota por desviarnos de él; y como iba tan junto de nosotros, nos vio y tiró la vía de nosotros, y esto hecimos tres o cuatro veces; y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dejaba para la mañana. Plugo a Dios que cuando amaneció nos hallamos el francés y nosotros juntos, y cercados de las nueve velas que he dicho que a la tarde antes habíamos visto, las cuales conoscíamos ser de la armada de Portugal, y di gracias a nuestro Señor por haberme escapado de los trabajos de la tierra y peligros de la mar; y el francés, como conosció ser el armada de Portugal, soltó la carabela que traía tomada, que venía cargada de negros, la cual traía consigo para que creyésemos que eran portugueses y la esperásemos; y cuando la soltó dio al maestre y piloto de ella que nosotros éramos franceses y de su conserva; y como dijo esto, metió sesenta remos en su navío, y ansí, a remo y a vela, se comenzó a ir, y andaba tanto, que no se puede creer; y la carabela que soltó se fue al galeón, y dijo al capitán que el nuestro navío y el otro eran de franceses; y como nuestro navío arribó al galeón, y como toda la armada vía que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses, se pusieron a punto de guerra y vinieron sobre nosotros, y llegados cerca, los salvamos. Conosció que éramos amigos; se hallaron burlados, por habérseles escapado aquel corsario con haber dicho que éramos franceses y de su compañía; y así fueron cuatro carabelas tras él; y llegado a nosotros el galeón, después de haberles saludado, nos preguntó el capitán, Diego de Silveira, que de dónde veníamos y qué mercadería traíamos y le respondimos que veníamos de la Nueva España, y que traíamos plata y oro; y preguntónos qué tanto sería; el maestre le dijo que traía trescientos mil castellanos. Respondió el capitán: *Boa fee que venis muito ricos; pero tracedes muy ruin navio y muito ruin artilleria ¡o fi deputa!, can, à renegado frances, y que bon bocado perdio, vota Deus. Ora sus pos vo abedes escapado, seguime, e non vos apartedes de mi, que con ayuda de Deus, eu vos porna en Castela*. Y dende a poco volvieron las carabelas que

habían seguido tras el francés, porque les paresció que andaba mucho, y por no dejar el armada, que iba en guarda de tres naos que venían cargadas de especería; y así llegamos a la isla Tercera, donde estuvimos reposando quince días, tomando refresco y esperando otra nao que venía cargada de la India, que era de la conserva de las tres naos que traía el armada; y pasados los quince días, nos partimos de allí con el armada, y llegamos al puerto de Lisbona a 9 de agosto, víspera del señor Sant Laurencio, año de 1537 años. Y porque es así la verdad, como arriba en esta Relación digo, lo firmé de mi nombre, *Cabeza de Vaca*.—Estaba firmada de su nombre, y con el escudo de sus armas, la *Relación* donde éste se sacó.

# CAPÍTULO XXXVIII

***De lo que suscedió a los demás que entraron en las Indias***

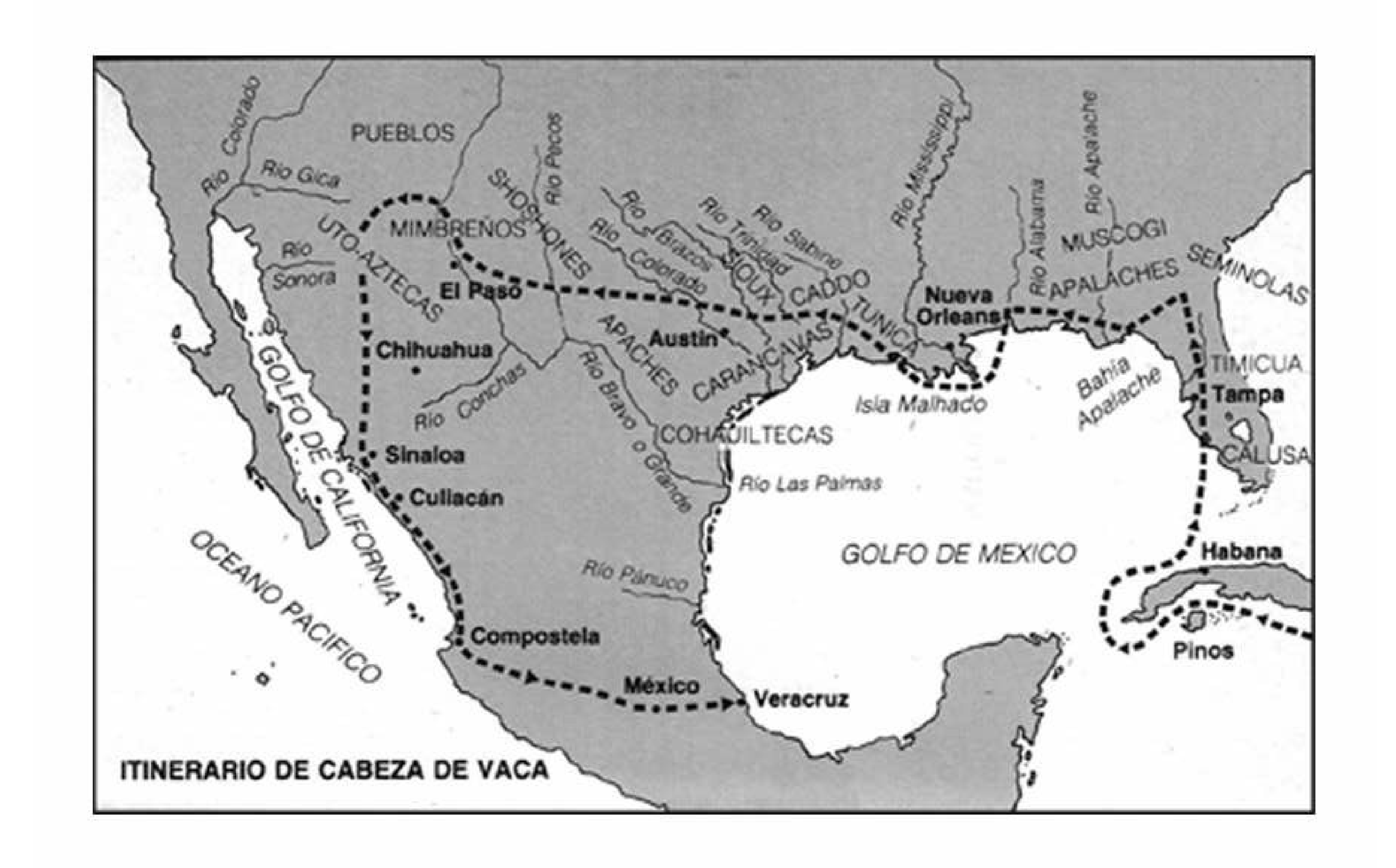
Pues he hecho relación de todo lo susodicho en el viaje, y entrada y salida de la tierra, hasta volver a estos reinos, quiero asimismo hacer memoria y relación de lo que hicieron los navíos y la gente que en ellos quedó, de lo cual no he hecho memoria en lo dicho atrás, porque nunca tuvimos noticia de ellos hasta después de salidos, que hallamos mucha gente de ellos en la Nueva España, y otros acá en Castilla, de quien supimos el suceso y todo el fin de allí de qué manera pasó, después que dejamos los tres navíos porque el otro era perdido en la costa brava, los cuales quedaban a mucho peligro, y quedaban en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos, entre los cuales quedaban diez mujeres casadas, y una de ellas había dicho al gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje, antes que le suscediesen y ésta le dijo, cuando entraba por la tierra, que no entrase, porque ella creía que él ni ninguno de los que con él iban no saldrían de la tierra y que si alguno saliese, que haría Dios por eso muy grandes milagros; pero creía que fuesen pocos los que escapasen o no ninguno; y el gobernador entonces le respondió que él y todos los que con él entraban iban a pelear y conquistar muchas y muy extrañas gentes y tierras, y que tenía por muy cierto que conquistándolas habían de morir muchos; pero aquellos que quedasen serían de buena ventura y quedarían muy ricos, por la noticia que él tenía de la riqueza que en aquella tierra había; y díjole más, que le rogaba que ella le dijese las cosas que había dicha pasadas y presentes, ¿quién se las había dicho? Ella le respondió, y dijo que en Castilla una mora de Hornachos se lo había dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo había a nosotros dicho, y nos había suscedido todo el viaje de la misma manera que ella nos había dicho. Y después de haber dejado el gobernador por su teniente y capitán de todos los navíos y gente que allí dejaba a Carvallo, natural de Cuenca, de Huete, nosotros nos partimos de ellos, dejándoles el gobernador mandado que luego en todas maneras se recogiesen todos a los navíos y

siguiesen su viaje derecho la vía del Pánuco, y yendo siempre costeando la costa y buscando lo mejor que ellos pudiesen el puerto, para que en hallándolo parasen en él y nos esperasen. En aquel tiempo que ellos se recogían en los navíos, dicen que aquellas personas que allí estaban vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella mujer dio a las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponían sus personas en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos; y que luego mirasen con quién es habían de casar, porque ella así lo había de hacer, y así lo hizo; que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos; y después de partidos de allí los navíos, hicieron vela y siguieron su viaje, y no hallaron el puerto adelante y Volvieron atrás; y cinco leguas más abajo de donde habíamos desembarcado hallaron el puerto, que entraba siete o ocho leguas la tierra adentro, y era el mismo que nosotros habíamos descubierto[168], adonde hallamos las cajas de Castilla que atrás se ha dicho, a do estaban los cuerpos de los hombres muertos, los cuales eran cristianos; y en este puerto y esta costa anduvieron los tres navíos y el otro que vino de la Habana y el bergantín buscándonos cerca de un año; y como no nos hallaron, fuéronse a la Nueva España. Este puerto que decimos es el mejor del mundo, y entra la tierra adentro siete o ocho leguas, y tiene seis brazas a la entrada y cerca de tierra tiene cinco, y es lama el suelo de él, y no hay mar dentro ni tormenta brava, que como los navíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de pescado. Está cien leguas de la Habana, que es un pueblo de cristianos en Cuba, y está a norte sur con este pueblo, y aquí reinan las brisas siempre, y van y vienen de una parte a otra en cuatro días, porque los navíos van y vienen a cuartel.

Y pues he dado relación de los navíos, será bien que diga quién son y de qué lugar de estos reinos, los que nuestro Señor fue servido de escapar de estos trabajos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del doctor Castillo y de doña Aldonza Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes, hijo de Pablo Dorante, natural de Béjar y vecino de Gibraleón. El tercero es Álvar Núñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó a Canaria, y su

madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. El cuarto se llama Estabanico; es negro alárabe[169], natural de Azamor.

# COMENTARIOS




ITINERARIO DE CABEZA DE VACA

# EL REY

Por cuanto por parte de vos, el gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, vecino de la ciudad de Sevilla, nos hicisteis relación diciendo que vos habíades compuesto un libro intitulado *Relación de lo acaescido en las Indias* en la armada de que vos íbamos por gobernador. Y que asimesmo habíades hecho componer otro intitulado *Comentarios*, que tratan de las condiciones de la tierra y costumbres de la gente de ella. Lo cual era obra muy provechosa para las personas que habían de pasar aquellas partes. Y porque el un libro y el otro era todo una misma cosa, y convenía que de las dos se hiciese un volumen, nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para que por diez o doce años los pudiésedes imprimir y vender, atento el provecho y utilidad que de ello se seguía, o como la nuestra merced fuese.

Lo cual visto por los del nuestro Consejo, juntamente con los dichos libros que de suso se hace mención, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón; por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que se cuenten del día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, vos, o quien vuestro poder hubiere, podáis imprimir y vender en estos nuestros reinos los dichos libros que de suso se hace mención, ambos en un volumen, siendo primeramente tasado el molde de ellos por los de nuestro Consejo; y poniéndose esta nuestra cédula con la dicha tasa al principio del dicho libro, y no en otra manera. Y mandamos que durante el dicho tiempo de los dichos diez años, ninguna persona lo pueda imprimir ni vender sin tener el dicho vuestro poder, so pena que pierda la impresión que así hiciere y vendiere, y los moldes y aparejos con que la hiciere. Y más incurra en la pena de diez mil maravedís, los cuales sean repartidos la tercera parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la nuestra Cámara. Y mandamos a todos y cualesquier nuestras justicias, y a cada una en su jurisdicción, que guarden, cumplan y ejecuten esta dicha cédula y lo en ella contenido; y contra el tenor y forma de ella no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la muestra merced, y de diez mil maravedís

para la nuestra Cámara, a cada uno que lo contrario hiciere.

Fecha en la villa de Valladolid, a veinte y un día del mes de marzo de mil y quinientos y cincuenta y cinco años.

La Princesa[170].

Por mandado de Su Majestad,
Su Alteza, en su nombre,

*Francisco de Ledesma*.

*al serenísimo, muy alto y muy poderoso señor el*

INFANTE DON CARLOS, N. S.,

Alvar Núñez Cabeza de Vaca,

*adelantado y gobernador del Río de la Plata: paz y felicidad*

Habiendo salido el año de XXXVII de aquella larga y trabajosa peregrinación de la Florida, donde Nuestro Señor usó conmigo tantos y tan singulares beneficios, de los cuales para testimonio de su antigua misericordia, usada siempre desde el principio del mundo con los hombres y particularmente conmigo, y Dorantes, y Castillo Maldonado, que quedamos solos de CCC hombres que habíamos entrado en la tierra con Pánfilo de Narváez; y duramos guardados y librados de los muchos peligros que en aquella tierra tan remota y con aquella gente tan bárbara por espacio de X años nos acontescieron.

Y para ejemplo de que otros hombres estén ciertos y seguros que la poderosa mano de Dios (que todo lo abraza) por cualquier parte del mundo los guiara y ayudara, di cuenta a Su Majestad en la breve relación que con estos *Comentarios* va: porque con sus amplísimo invicto nombre, tan

extendido, temido y obedescido en la mayor parte de la tierra, vaya la memoria, testimonio y ejemplo de las mercedes que Dios hizo a su súbditos.

Después, queriendo Su Altísima Majestad continuar conmigo sus maravillas, movió al emperador vuestro abuelo a que me enviase el año XL, con una armada al Fío del Paraná (que llamó Solís Río de la Plata), a socorrer la gente; y proseguir el descubrimiento de don Pedro de Mendoza (que dijeron de Guadix). En lo cual pasé muy grandes peligros y trabajos, como Vuestra Alteza muy particularmente verá en estos *Comentarios* (que con grande diligencia y verdad escribió Pedro Fernández, secretario del Adelantamiento y Gobernación, a quien yo los encargué), los cuales van juntos con mis primeros sucesos, porque la variedad de las cosas que en la una parte y en la otra se tractan y la de mis acontescimientos detenga a Vuestra Alteza con algún gusto en esta lección.

Que cierto no hay cosa que más deleite a los lectores que las variedades de las cosas y tiempos y las vueltas de la fortuna, las cuales, aunque al tiempo que se experimentan no son gustosas, cuando las traemos a la memoria y leemos son agradables.

He acordado que como Nuestro Señor ha sido servido de llevar adelante conmigo su misericordia y beneficios, que sería cosa muy justa y muy debida que para el testimonio y ejemplo que arriba dije, yo también llevase adelante la memoria y alabanza de ellos y así como los primeros dirigí a Su Majestad, dirigir éstos a Vuestra Alteza, para quien Dios comienza a mostrar el señorío y predicación de tantas tierras y gentes, porque en abriendo los ojos de su niñez vea Vuestra Alteza cuán liberalmente reparte Dios su misericordia con los hombres. Y porque en esta nueva edad se comiencen a criar en Vuestra Alteza deseos de recoger con grande clemencia y amor, y costumbres cristianas, y leyes santas y piadosas, tantas gentes como Dios va sacando a la luz del Evangelio de Jesucristo, no permitiendo que estén más tiempo en las tinieblas y ceguedad y tiranía del demonio.

Débese esto principalmente a Vuestra Alteza por haberse hecho el descubrimiento de que tractamos por mandado del emperador vuestro

abuelo; y por ser negocio propio de reyes, cuyas fuerzas solas bastan para estas cosas, por dárselas Dios para ello muy cumplidas; y también porque así éstos como los escriptos y obras de todos se deben al grande ingenio y habilidad que habéis mostrado al mundo, el cual, todo espantado y atento, espera coger en vuestras siguientes edades de juventud, virilidad y senectud frutos de perfectísimo rey, las cuales todas Dios os concederá, pues os dio al mundo como rey necesario. Y de ver esto cumplido ninguno duda, ni aun de los muy apartados de vuestra casa, que los que cada día veen, sirven y tratan a Vuestra Alteza ya lo han comenzado a gustar; y entre sí se congratulan siempre cuando veen vuestro excelentísimo ingenio tan fácil tratable y dispuesto (que de él hiciera la naturaleza un absolutísimo varón) encomendado a dos tan singulares artífices como don Antonio de Rojas, vuestro ayo y mayordomo, y Honorato Juan[171], vuestro maestro, escogidos ambos para sus oficios, por manos del emperador y rey príncipe (nuestros señores), entre todos los sabios y caballeros de sus reinos con tanta diligencia, cuidado y tiempo, como Sus Majestades debían tener en elegir personas tan suficientes; como para encomendarles la persona real, crianza y enseñamiento del mayor sucesor de la tierra eran menester. Porque don Antonio de Rojas y Velasco, además de su muy antiguo y muy ilustre linaje (que tan grande ornamento es para los que están tan cerca de los reyes), su grande cristiandad, y prudencia, y modestia, y experiencia en el servicio de las casas y personas reales, con todas las otras virtudes y gracias que son necesarias en caballero a quien tan importante negocio se encomendó, y la larga experiencia que Sus Majestades de su persona y costumbres tenían por haber servido tanto tiempo y en oficio de tanta calidad al rey príncipe, vuestro padre, y la buena cuenta que siempre de todo ha dado, constriñeron a Su Majestad que le apartase de sí y le encargase la crianza de su hijo.

Con el mismo celo eligieron Sus Majestades a Honorato Juan, a quien encomendaron el enseñamiento y erudición de Vuestra Alteza por tener conoscida su mucha cristiandad, virtudes y letras, de los muchos años que en sus casas reales ha servido, y particularmente el rey príncipe. Nuestro Señor, en sus estudios, el cual, después de ser caballero muy conocido del

antiguo linaje de los Juanes de Játiva; y de tener grande cumplimiento de bienes naturales, su ciencia en todo género de letras es tanta y tan cara, que todos los verdaderamente doctos de este tiempo: italianos, alemanes, franceses, flamencos, ingleses y españoles, han dado testimonio de su muy peregrino ingenio, y del mundo y hondo conocimiento que en los autores griegos y latinos, y en la filosofía natural y moral y disciplinas matemáticas, tiene. En todas las cuales, como si las hubiera deprendido en el tiempo de los antiguos (que ellas más florescieron) satisface escribiendo y hablando de ellas, con la sinceridad del estilo de los antiguos, a las particularidades que sólo en aquel su tiempo de aquellos lugares autores se podían satisfacer, con tanta llaneza y perspicuidad que los que le oyen y saben las entienden como si fuesen cosas muy vulgares y llanas y de entre manos, por lo cual su conversación es de gran gusto y utilidad para todos los que le oyen, y muy abundante de ejemplos y de erudición, porque hablando familiarmente trae cosas de autores muy aclaradas que en ellos eran muy dificultosas, y no menos ciencia que ésta tiene en los negocios humanos, en los cuales, por ser muy prudente, usa de la sustancia de las letras sin que ellas parezcan. Todo lo cual Vuestra Alteza experimentará en sus estudios y ya se comienza a ver en su aprovechamiento, y así, libre de la dificultad y aspereza de los principios por ser enseñado por maestro de tantas letras, prudencia y juicio, llegará suave y fácilmente al colmo de la cristiandad y ciencia que su dócil y excelente ingenio va y Sus Majestades desean y estos reinos han menester. Tales personas como éstas, y de las tales dotes de ingenio y ánimo convenía que a Dios diese con el tiempo que dio a Vuestra Alteza para que guiase en su persona y ánima y le compusiesen y adornasen de claras y de eternas virtudes, que os hagan rey cristiano sabio, justiciero, fuerte, verdadero, prudente, liberal, magnánimo, clemente, humano, manso, benigno y amable y aborrecedor de todo lo contrario, y obediente a Aquel que para tan grandes reinos y señoríos os crió, al que todos debemos dar infinitas gracias, pues vemos tienen asentada y firme la seguridad de estos reinos y entendemos claramente que su misericordia es con nosotros dándonos tales príncipes y sucesores, para los cuales ha descubierto tantas y tan nuevas provincias, abundantísimas de

todos los bienes de naturaleza, que de innumerables pueblos y gentes y tan pobres de humanidad y de leyes malas y suaves, como son las del Evangelio que sus ministros con tanta diligencia y celo siempre procuran de enseñarle como elegidos por Dios para ejecutores e instrumentos de la predicación evangélica en todo el Occidente, donde acrecentando el reino del Evangelio se acrecienten sus reinos y señoríos, títulos y fama, la cual ha ganado inmortal por haber crecido en su tiempo y por su industria y cuidado la religión cristiana en el mundo, los españoles les debemos muchos por habernos hecho ministros y participantes de tan divina negociación y de tan singular merecimiento. Y aunque la envidia trabaje de impedir y estorbar esta tan divina y necesaria obra, la clara virtud y merecimientos de tales príncipes nos defenderá dándonos Dios la paz, sosiego y tranquilidad que en tiempos de los buenos reyes abundantísimamente pueden dar.

Y así, Vuestra Alteza, sucederán reinos sosegados y pacíficos, para que tenga lugar de restituir y renovar las virtudes y buenas letras y costumbres (en que vuestro grande ingenio parece que legítimamente ha de reinar), las cuales en tiempo de discordia se destierran y huyen. ¿Quién no espera esto de la misericordia de Dios que tales príncipes nos dio, y de los efectos de la virtud y santidad y magnanimidad del emperador vuestro abuelo?, el cual (como el rey Iofias en Israel) limpió en el Occidente las abominaciones y falsos sacrificios del demonio, e introdujo y confirmó la libertad evangélica, y del rey príncipe, vuestro padre, cuya memoria, juntamente con la cristiana bienaventurada reina, su mujer (como dice el *Eclesiástico* del mismo rey Iofias), entrará en toda la composición como cosa cordial, y en toda boca será dulce su nombre como terrón de miel, por haber restituido la antigua cristiandad de su reino de Inglaterra a Dios, abriéndoles los templos (que las ceguedades y errores habían cerrado) con las llaves de la obediencia del Sumo Pontífice, y de la grande obediencia que Vuestra Alteza tiene a Dios primeramente, y a sus ministros, y amor y respeto a vuestro ayo y maestro, y de vuestro admirable ingenio, del cual vemos frutos en esta vuestra tierna y no madura edad, en que como en la primavera los campos, suelen los ingenios de los otros florescer, con tanta

perfección y madurez como se suelen coger en los años fértiles y maduro tiempo de algunos muy claros y altos sentimientos.

Y viendo esto unos, y oyéndolo otros, todos están muy alegres y regocijados, y con la grande expectación que de Vuestra Alteza tienen comienzan ya a ver estos reinos tan abundantes de todo género de virtudes y letras, como Dios los hizo entre todos los del mundo señalados en cristiandad, y gente clarísima, y en todas las riquezas y bienes temporales, y la paz y sosiego y acrescentamiento que en vuestro tiempo ha de tener toda la república cristiana, y el grande temor y espanto que de las nuevas de Vuestra Alteza ahora tienen los infieles, y después tendrán de sus obras. Porque no se ha de esperar año que de tales y tan grandes principios han de salir semejantes pruebas y bienes, ni las obras de los reyes y príncipes se han de estrechar en angostos términos, sino extenderse por todas partes para el bien y provecho de todos. Y esto es lo que principalmente aconsejan y enseñan a Vuestra Alteza su ayo y su maestro (con la grande conformidad que en la cristiandad, virtud y amistad siempre tuvieron) cuando le crían e instituyen con preceptos de cristiandad, caballería y filosofía, porque saben que los que administraron sus reinos con estas tan seguras, firmes y perpetuas fuerzas, de muy angostos los dejaron muy anchos, y de muy sospechosos muy seguros, y de muy mudables muy firmes, y de muy varios muy constantes y permanescientes, y finalmente, de reyes mortales se hicieron inmortales. Mas los que sin ellas quisieron reinar, aunque con grandes fuerzas de riqueza y ejércitos, nos fueron poderosos para detener a sus contrarios, como no hiciesen en sus reinos grandes impresiones y estragos, ensangostándoselos muchos, y algunas veces mudándoselos del todo, dejando a ellos muy aborrecidos e infames. De los unos y de los otros verá Vuestra Alteza asaz ejemplos en las historias que leyere. Y como no hay cosa estable ni perpetua en el reino sino la que está atada con ligaduras de cristiandad, y principalmente de humanidad y liberalidad, que tan necesarias son en los reyes y tan amables los hacen y semejantes a Dios, del que sólo se ha de esperar la abundancia y perpetuidad de todas las cosas.

# CAPÍTULO PRIMERO

### *De los Comentarios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*

Después que Dios Nuestro Señor fue servido de sacar a Álvar Núñez Cabeza de Vaca del captiverio y trabajos que tuvo diez años en la Florida y vino a estos reinos en el año del Señor de 1537, donde estuvo hasta el año de 40, en el cual vinieron a esta corte de Su Majestad personas del Río de la Plata a dar cuenta a Su Majestad del suceso de la armada que allí había enviado don Pedro de Mendoza[172], y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon, y a le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer, antes que todos peresciesen (porque ya quedaban pocos de ellos). Y sabido por Su Majestad, mandó que se tomase cierto asiento y capitulación con Álvar Núñez Cabeza de Vaca para que fuese a socorrellos; el cual asiento y capitulación se efectuó[173] mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofresció de los ir a socorrer, y que gastaría en la jornada y socorro que así había de hacer, en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas, ocho mil ducados, y por la capitulación y asiento que con Su Majestad tomó, le hizo merced de la gobernación y de la capitanía general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado de ella; y asimesmo le hizo merced del dozavo de todo lo que en la tierra y provincia se hobiese y lo que en ella entrase y saliese, con tanto que el dicho Álvar Núñez gastase en la jornada los dichos ocho mil ducados; y así, él en cumplimiento del asiento que con Su Majestad hizo, se partió luego a Sevilla para poner en obra lo capitulado y proveerse para el dicho socorro y armada; y para ello mercó dos naos y una carabela para con otra que le esperaba en Canarias; la una nao de éstas era nueva del primer viaje, y era de trescientos y cincuenta toneles, y la otra era de ciento y cincuenta; los cuales navíos aderezó muy bien y proveyó de muchos bastimentos y pilotos y marineros, e hizo cuatrocientos soldados bien aderezados, cual convenía para el socorro; y todos los que se ofrecieron a ir en la jornada llevaron las armas dobladas.

Estuvo en mercar y proveer los navíos desde el mes de mayo hasta en

fin de septiembre, y estuvieron prestos para poder navegar, y con tiempos contrarios estuvo detenido en la ciudad de Cádiz desde en fin de septiembre hasta 2 de noviembre, que se embarcó e hizo su viaje, y en nueve días llegó a la isla de la Palma, a do desembarcó con toda la gente, y estuvo veinticinco días esperando tiempo para seguir su camino, y al cabo de ellos se embarcó para Cabo Verde[174], y en el camino la nao capitana hizo un agua muy grande, y fue tal, que subió dentro en el navío doce palmos en alto, y se mojaron y perdieron más de 500 quintales de bizcochos, y se perdió mucho aceite y otros bastimentos; lo cual los puso en mucho trabajo; y así fueron con ella dando siempre a la bomba de día y de noche, hasta que llegaron a la isla de Santiago (que es una de las islas de Cabo Verde), y allí desembarcaron y sacaron los caballos en tierra, porque se refrescasen y descansasen del trabajo que hasta allí habían traído, y también porque se había de descargar la nao para remediar el agua que hacía; y descargada, el maestre de ella la estancó[175], porque era el mejor buzo que había en España.

Vinieron desde la Palma hasta esta isla de Cabo Verde en diez días, que hay de la una a la otra trescientas leguas. En esta isla hay muy mal puerto, porque a do surgen y echan las anclas hay abajo muchas peñas, las cuales roen los cabos que llevan atadas las anclas, y cuando las van a quitar quédanse allá las anclas; y por esto dicen los marineros que aquel puerto tiene muchos ratones, porque los roen los cabos que llevan las anclas, y por esto es muy peligroso puerto para los navíos que allí están si les toma alguna tormenta. Esta isla es viciosa y muy enferma de verano; tanto, que la mayor parte de los que allí desembarcan se mueren en pocos días que allí estén; y el armada estuvo allí veinticinco días, en los cuales no se murió ningún hombre de ella, y de esto se espantaron los de la tierra, y lo tuvieron por gran maravilla; los vecinos de aquella isla les hicieron muy buen acogimiento, y ella es muy rica y tiene muchos doblones más que reales, los cuales les dan los que van a mercar los negros para las Indias, y les daban cada doblón por veinte reales.

# CAPÍTULO II

### *De cómo partimos de la isla de Cabo Verde*

Remediada el agua de la nao capitana y proveída las cosas necesarias de agua y carne y otras cosas, nos embarcamos con seguimiento de nuestro viaje, y pasamos la línea equinoscial; y yendo navegando requirió el maestre el agua que llevaba la nao capitana, y de cien botas que metió no halló más de tres, y habían de beber de ellas cuatrocientos hombres y treinta caballos. Y vista la necesidad tan grande, el gobernador mandó que tomase la tierra, y fueron tres días en demanda de ella; y al cuarto día, una hora antes que amaneciese, acaesció una cosa aquí, y es que yendo con los navíos a dar en tierra en admirable, y porque no es fuera de propósito, la porné unas penas muy altas, sin que lo viese ni sintiese ninguna persona de los que venían en los navíos, comenzó a cantar un grillo, el cual metió en la nao en Cádiz un soldado que venía malo con deseo de oír la música del grillo, y había dos meses y medio que navegábamos y no lo habíamos oído ni sentido, de lo cual el que lo metió venía muy enojado, y como aquella mañana sintió la tierra, comenzó a cantar, y a la música de él recordó toda la gente de la nao y vieron las peñas, que estaban un tiro de ballesta de la nao; y comenzaron a dar voces para que echasen anclas, porque íbamos al través a dar en las peñas; y así las echaron, y fueron causa que no nos perdiésemos; que es cierto, si el grillo no cantara, nos ahogáramos cuatrocientos hombres y treinta caballos; y entre todos se tuvo por milagro que Dios hizo por nosotros; y de ahí en adelante, yendo navegando por más de cien leguas por luengo de costa, siempre todas las noches el grillo nos daba su música; y así, con ella llegó el armada a un puerto que se llamaba La Cananea[176], que está pasado el cabo Frío[177], que estará en 24 grados de altura. Es buen puerto; tiene unas islas a la boca de él; es limpio, y tiene once brazas de hondo. Aquí tomó el gobernador la posesión de él por Su Majestad, y después de tomada, partió de allí, y pasó por el río y bahía que dicen de San Francisco, el cual está veinticinco leguas de La Cananea, y de allí fue el armada a desembarcar en la isla de Santa Catalina[178], que está

veinticinco leguas del río de San Francisco, y llegó a la isla de Santa Catalina, con hartos trabajos y fortunas que por el camino pasó, y llegó a 29 días del mes de marzo de 1541. Está la isla de Santa Catalina en 28 grados de altura escasos.

# CAPÍTULO III

### *Que trata de cómo el gobernador llegó con su armada a la isla de Santa Catalina, que es en el Brasil, y desembarcó allí con su armada*

Llegado que hobo el gobernador con su armada a la isla de Santa Catalina, mandó desembarcar toda la gente que consigo llevaba, y veintiséis caballos que escaparon de la mar, de los cuarenta y seis que en España embarcó, para que en tierra se reformasen de los trabajos que habían rescebido con la larga navegación, y para tomar lengua[179] e informarse de los indios naturales de aquella tierra, porque por ventura acaso podrían saber del estado en que estaba la gente española que iban a socorrer, que residía en la provincia del Río de la Plata; y dio a entender a los indios cómo iba por mandado de Su Majestad a hacer el socorro, y tomó posesión de ella en nombre y por Su Majestad, y asimismo del puerto que se dice de La Cananea, que está en la costa del Brasil, en 25 grados, poco más o menos. Está este puerto cincuenta leguas de la isla de Santa Catalina; y en todo el tiempo que el gobernador estuvo en la isla, a los indios naturales de ella y de otras partes de la costa del Brasil (vasallos de Su Majestad) les hizo muy buenos tratamientos; de estos indios tuvo aviso cómo catorce leguas de la isla, donde dicen el Biaza, estaban dos frailes franciscos, llamados el uno fray Bernaldo de Armenta, natural de Córdoba, y el otro fray Alonso Lebrón, natural de la Gran Canaria; y dende a pocos días estos frailes se vinieron donde el gobernador y su gente estaban muy escandalizados y atemorizados de los indios[180] de la tierra, que los querían matar, a causa de haberles quemado ciertas casas de indios, y por razón de ellos habían muerto a dos cristianos que en aquella tierra vivían; y bien informado el gobernador del caso, procuró sosegar y pacificar los indios, y recogió los frailes, y puso paz entre ellos, y les encargó a los frailes tuvieron cargo de doctrinar los indios de aquella tierra e isla.

# CAPÍTULO IV

## *De cómo vinieron nuevos cristianos a la isla*

Y prosiguiendo el gobernador en el socorro de los españoles, por el mes de mayo del año de 1541 envió una carabela con Felipe de Cáceres, contador de Vuestra Majestad, para que entrase por el río que dicen de la Plata a visitar el pueblo que don Pedro de Mendoza allí fundó, que se llama Buenos Aires[181], y porque a aquella sazón era invierno y tiempo contrario para la navegación del río, no pudo entrar, y se volvió a la isla de Santa Catalina, donde estaba el gobernador, y allí vinieron nueve cristianos españoles, los cuales vinieron en un batel huyendo del pueblo de Buenos Aires, por los malos tratamientos que les hacían los capitanes que residían en la provincia, de los cuales se informó del estado en que estaban los españoles que en aquella tierra residían, y le dijeron que el pueblo de Buenos Aires estaba poblado y reformado de gente y bastimentos, y que Juan de Ayolas, a quien don Pedro de Mendoza había enviado a descubrir la tierra y poblaciones de aquella provincia, al tiempo que volvía del descubrimiento, viniéndose a recoger a ciertos bergantines que había dejado en el puerto que puso por nombre de la Candelaria, que es en el río del Paraguay, de una generación de indios que viven en el dicho río, que se llaman payaguos[182], le mataron a él y a todos los cristianos[183] con otros muchos indios que traía de la tierra adentro con las cargas, de la generación de unos indios que se llaman chameses[184], y que de todos los cristianos e indios había escapado un mozo de la generación de los chameses, a causa de no haber hallado en el dicho puerto de la Candelaria los bergantines que allí había dejado que le aguardasen hasta el tiempo de su vuelta, según lo había mandado y encargado a un Domingo de Irala, vizcaíno, a quien dejó por capitán en ellos; el cual, antes de ser vuelto el dicho Juan de Ayolas, se había retirado, y desamparado el puerto de la Candelaria; por manera que por no los hallar el dicho Juan de Ayolas para recogerse en él, los indios los habían desbaratado y muerto a todos, por culpa del dicho Domingo de Irala, vizcaíno, capitán de los bergantines; y

asimismo le dijeron e hicieron saber cómo en la ribera del río del Paraguay ciento veinte leguas más bajo del puerto de la Candelaria, estaba hecho y asentado un pueblo, que se llama la ciudad de la Ascensión[185], en amistad y concordia de una generación de indios que se llaman carios[186], donde residía la mayor parte de la gente española que en la provincia estaba; y que en el pueblo y puerto de Buenos Aires, que es en el río del Paraná, estaban hasta sesenta cristianos, dende el cual puerto hasta la ciudad de Ascensión, que es en el río del Paraguay, había trescientas cincuenta leguas por el río arriba, de muy trabajosa navegación; y que estaba por teniente de gobernador en la tierra y provincia Domingo de Irala, vizcaíno, por quien sucedió la muerte y perdición de Juan de Ayolas y de todos los cristianos que consigo llevó; y también le dijeron e informaron que Domingo de Irala dende la ciudad de la Ascensión había subido por el río del Paraguay arriba con ciertos bergantines y gentes, diciendo que iba a buscar y dar socorro a Juan de Ayolas; y había entrado por tierra muy trabajosa de aguas y ciénagas, a cuya causa no había podido entrar por la tierra adentro, y se había vuelto y había tomado presos seis indios de la generación de los payaguos, que fueron los que mataron a Juan de Ayolas y cristianos; de los cuales prisioneros se informó y certificó de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos, y cómo al tiempo había venido a su poder un indio chane[187], llamado Gonzalo, que escapó cuando mataron a los de su generación y cristianos que venían con ellos con las cargas, el cual estaba en poder de los indios payaguos cautivo; y Domingo de Irala se retiró de la entrada, en la cual se le murieron sesenta cristianos de enfermedad y malos tratamientos; y otrosí, que los oficiales de Su Majestad que en la tierra y provincia residían habían hecho y hacían muy grandes agravios a los españoles pobladores y conquistadores, y a los indios naturales de la dicha provincia, vasallos de Su Majestad, de que estaban muy descontentos y desasogados; y que por esta causa, y porque asimismo los capitanes los maltrataban, ellos habían hurtado un batel en el puerto de Buenos Aires, y se habían venido huyendo con intención y propósito de dar aviso a Su Majestad de todo lo que pasaba en la tierra y provincia; a los cuales nueve cristianos, porque venían desnudos, el gobernador los vistió y recogió, para

volverlos consigo a la provincia, por ser hombres provechosos y buenos marineros, y porque entre ellos había un piloto para la navegación del río.

# CAPÍTULO V

### *De cómo el gobernador dio priesa a su camino*

El gobernador, habida relación de los nueve cristianos, le paresció que para con mayor brevedad socorrer a los que estaban en la ciudad de la Ascensión y a los que residían en el puerto de Buenos Aires, debía buscar camino por la Tierra Firme desde la isla, para poder entrar por él a las partes y lugares ya dichos, do estaban los cristianos, y que por la mar podrían ir los navíos al puerto de Buenos Aires, y contra la voluntad y parescer del contador Felipe de Cáceres y del piloto Antonio López, querían que fuera con toda el armada al puerto de Buenos Aires, dende la isla de Santa Catalina envió al factor Pedro Dorantes a descubrir y buscar camino por la Tierra Firme y porque se descubriese aquella tierra; en el cual descubrimiento le mataron al rey de Portugal mucha gente los indios naturales; el cual dicho Pedro Dorantes, por mandado del gobernador, partió con ciertos cristianos españoles e indios, que fueron con él para le guiar y acompañar en el descubrimiento. Al cabo de tres meses y medio que el factor Pedro Dorantes hubo partido a descubrir la tierra, volvió a la isla de Santa Catalina, donde el gobernador le quedaba esperando; y entre otras cosas de su relación dijo que, habiendo atravesado grandes sierras y montañas y tierra muy despoblada, había llegado a do dicen el Campo, que dende allí comienza la tierra poblada, y que los naturales de la isla dijeron que era más segura y cercana la entrada para llegar a la tierra poblada por un río arriba, que se dice Itabucu[188], que está en la punta de la isla, a dieciocho o veinte leguas del puerto. Sabido esto por el gobernador, luego envió a ver y descubrir el río y la tierra firme de él por donde había de ir caminando; el cual visto y sabido, determinó de hacer por allí la entrada, así para descubrir aquella tierra que no se había visto ni descubierto, como por socorrer más brevemente a la gente española que estaba en la provincia; y así, acordado de hacer por allí la entrada, los frailes fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, habiéndoles dicho el gobernador que se quedasen en la tierra e isla de Santa Catalina a

enseñar y doctrinar los indios naturales[189] y a reformar y sostener los que habían bautizado, no lo quisieron hacer, poniendo por excusa que se querían ir en su compañía del gobernador, para residir en la ciudad de la Ascensión, donde estaban los españoles que iban a socorrer.

# CAPÍTULO VI

### *De cómo el gobernador y su gente comenzaron a caminar por tierra adentro*

Estando bien informado el gobernador por do había de hacer la entrada para descubrir la tierra y socorrer los españoles, bien pertrechado de cosas necesarias para hacer la jornada, a 18 días del mes de octubre del dicho año mandó embarcar a la gente que con él había de ir al descubrimiento, con los veintiséis caballos y yeguas que habían escapado en la navegación dicha, los cuales mandó pasar al río de Itabucu, y lo sojuzgó, y tomó la posesión de él en nombre de Su Majestad, como tierra que nuevamente descubría, y dejó en la isla de Santa Catalina ciento cuarenta personas para que se embarcasen y fuesen por la mar al río de la Plata, donde estaba el puerto de Buenos Aires, y mandó a Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, a quien dejó allí por capitán de la dicha gente, que antes que partiese de la isla forneciese y cargase la nao de bastimentos, ansí para la gente que llevaba como para la que estaba en el puerto de Buenos Aires; y a los indios naturales de la isla, antes que de ella partiese les dio muchas cosas porque quedasen contentos, y de su voluntad se ofrecieron cierta cantidad de ellos a ir en compañía del gobernador y su gente, así para enseñar el camino como para otras cosas necesarias, en que aprovechó harto su ayuda; y ansí, a 2 días del mes de noviembre del dicho año, el gobernador mandó a toda la gente que, demás del bastimento que los indios llevaban, cada uno tomase lo que pudiese llevar para el camino; y el mismo día el gobernador comenzó a caminar con doscientos cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros, muy diestros en las armas, y veintiséis de caballo y los dos frailes franciscos y los indios de la isla, y envió la nao a la isla de Santa Catalina para que Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca desembarcase, y fuesen con la gente al puerto de Buenos Aires; y así, el gobernador fue caminando por la tierra adentro, donde pasó grandes trabajos, y la gente que consigo llevaba, y en diecinueve días atravesaron grandes montañas[190], haciendo grandes talas y cortes en los montes y bosques,

abriendo caminos por donde la gente y caballos pudiesen pasar, porque todo era tierra despoblada; y al cabo de diecinueve días, teniendo acabados los bastimentos que sacaron cuando empezaron a marchar, y no teniendo de comer, plugo a Dios que sin se perder ninguna persona de la hueste descubrieron las primeras poblaciones que dicen del Campo[191], donde hallaron ciertos lugares de indios, que el señor y principal había por nombre Añiriri, y a una jornada de este pueblo estaba otro, donde había otro señor y principal que había por nombre Cipoyay, y adelante de este pueblo estaba otro pueblo de indios, cuyo señor y principal dijo llamarse Tocanguanzu; y como supieron los indios de estos pueblos de la venida del gobernador y gente que consigo iba, lo salieron a rescebir al camino, cargados con muchos bastimentos, muy alegres, mostrando gran placer con su venida, a los cuales el gobernador rescibió con gran placer y amor; y demás de pagarles el precio que valían, a los indios principales de los pueblos les dio graciosamente e hizo mercedes de muchas camisas y otros rescates, de que se tuvieron por contentos. Esta es una gente y generación que se llaman guaraníes[192]; son labradores, que siembran dos veces al año maíz, y asimismo siembran cazabi, crían gallinas a la manera de nuestra España, y patos; tienen en sus casas muchos papagayos, y tienen ocupada muy gran tierra, y todo es una lengua[193], los cuales comen carne humana, así de indios sus enemigos, con quien tienen guerra, como de cristianos, y aun ellos mismos se comen unos a otros. Es gente muy amiga de guerras, y siempre las tienen y procuran, y es gente muy vengativa; de los cuales pueblos, en nombre de Su Majestad, el gobernador tomó la posesión, como tierra nuevamente descubierta, y la intituló y puso por nombre la provincia de Vera[194], como paresce por los autos de la posesión, que pasaron por ante Juan de Araoz, escribano de Su Majestad; y hecho esto, a los 29 días de noviembre partió el gobernador y su gente del lugar de Tocanguanzu, y caminando a dos jornadas, a primer día del mes de diciembre llegó a un río que los indios llaman Iguazu[195], que quiere decir agua grande[196]. Aquí tomaron los pilotos el altura.

# CAPÍTULO VII

***Que trata de lo que pasó el gobernador y su gente por el camino y de la manera de la tierra***

De aqueste río llamado Iguazu, el gobernador y su gente pasaron adelante descubriendo tierra, y a 3 días del mes de diciembre llegaron a un río que los indios llaman Tibagi[197]. Es un río enladrillado de losas grandes, solado, puestas en tanta orden y concierto como si a mano se hobieran puesto. En pasar de la otra parte de este río se rescibió gran trabajo, porque la gente y caballos resbalaban por las piedras y no se podían tener sobre los pies, y tomaron por remedio pasar asidos unos a otros; y aunque el río no era muy hondable, corría el agua con gran furia y fuera. De dos leguas cerca de este río vinieron los indios con mucho placer a traer a la hueste bastimentos para la gente; por manera que nunca les faltaba de comer, y agua a veces lo dejaban sobrado por los caminos. Lo cual causó dar el gobernador a los indios tanto y ser con ellos tan largo, especialmente con los principales, que, además de pagarles los mantenimientos que le traían, les daba graciosamente muchos rescates y les hacía muchas mercedes y todo buen tratamiento; en tal manera, que corría la fama por la tierra y provincia, y todos los naturales perdían el temor y venían a ver y traer todo lo que tenían, y se lo pagaban, según es dicho. Este mismo día, estando cerca de otro lugar de indios que su principal se dijo llamar Tapapirazu, llegó un indio natural de la costa del Brasil, que se llamaba Miguel, nuevamente convertido, el cual venía de la ciudad de la Ascensión, donde residían los españoles que iban a socorrer; el cual se venía a la costa del Brasil porque había mucho tiempo que estaba con los españoles; con el cual se holgó mucho el gobernador, porque de él fue informado del estado en que estaba la provincia y los españoles y naturales de ella, por el muy grande peligro en que estaban los españoles a causa de la muerte de Juan de Ayolas, como de otros capitanes y gente que los indios habían muerto; y habida relación de este indio, de su propia voluntad quiso volverse en compañía del gobernador a la ciudad de la

Ascensión, de donde él se venía, para guiar la gente y avisar del camino por donde habían de ir; y dende aquí el gobernador mandó despedir y volver los indios que salieron de la isla de Santa Catalina en su compañía. Los cuales, así por los buenos tratamientos que les hizo como por las muchas dádivas que les dio, se volvieron muy contentos y alegres.

Y porque la gente que en su compañía llevaba el gobernador era falta de experiencia, porque no hiciesen daños ni agravios a los indios, mandóles que no contratasen ni comunicasen con ellos ni fuesen a sus casas y lugares, por ser tal su condición de los indios, que de cualquier cosa se alteran y escandalizan, de donde podía resultar gran daño y desasosiego en toda la tierra; y asimesmo mandó que todas las personas que los entendían que traía en su compañía contratasen con los indios y les comprasen los bastimentos para toda la gente, todo a costa del gobernador; y así cada día repartía entre la gente los bastimentos por su propia persona y se los daba graciosamente sin interés alguno.

Era cosa muy de ver cuán temidos eran los caballos por todos los indios de aquella tierra y provincia, que del temor que les habían, les sacaban al camino para que comiesen muchos mantenimientos, gallinas y miel, diciendo que porque no se enojasen que ellos les darían muy bien de comer; y por los sosegar, que no desamparasen sus pueblos, asentaban el real muy apartado de ellos, y porque los cristianos no les hiciesen fuerzas ni agravios. Y con esta orden, y viendo que el gobernador castigaba a quien en algo los enojaba, venían todos los indios tan seguros con sus mujeres e hijos, que era cosa de ver; y de muy lejos venían cargados con mantenimientos sólo por ver los cristianos y los caballos, como gente que nunca tal había visto pasar por sus tierras.

Yendo caminando por la tierra y provincia el gobernador y su gente, llegó a un pueblo de indios de la generación de los guaraníes, y salió el señor principal de este pueblo al camino con toda su gente, muy alegre a rescebillo, y traían miel, patos y gallinas, y harina y maíz; y por lengua de los intérpretes les mandaba hablar y sosegar, agradesciéndole su venida, pagándoles lo que traían, de que recebía mucho contentamiento; y allende de esto, al principal de este pueblo, que se decía Pupebaje, mandó dar

graciosamente algunos rescates de tijeras y cuchillos y otras cosas, y de allí pasaron prosiguiendo el camino, dejando los indios de este pueblo tan alegres y contentos, que de placer bailaban y cantaban por todo el pueblo.

A los 7 días del mes de diciembre llegaron a un río que los indios llamaban Tacuari[198]. Este es un río que lleva buena cantidad de agua y tiene buena corriente; en la ribera del cual hallaron un pueblo de indios que su principal se llamaba Aangohi, y él y todos los indios de su pueblo, hasta las mujeres y niños, los salieron a rescebir, mostrando grande placer con la venida del gobernador y gente, y les trujeron al camino muchos bastimentos: los cuales se lo pagaron, según lo acostumbraban. Toda esta gente es una generación y hablan todos un lenguaje, y de este lugar pasaron adelante, dejando los naturales muy alegres y contentos; y así, iban luego de un lugar a otro a dar las nuevas del buen tratamiento que les hacían, y les enseñaban todo lo que les daban; de manera que todos los pueblos por donde habían de pasar los hallaban muy pacíficos, y los salían a recibir a los caminos antes que llegasen a sus pueblos, cargados de bastimentos, los cuales se les pagaban a su contento, según es dicho. Prosiguiendo el camino, a los 14 días del mes de diciembre, habiendo pasado por algunos pueblos de indios de la generación de los guaraníes, donde fue bien rescebido y proveído de los bastimentos que tenían, llegado el gobernador y su gente a un pueblo de indios de la generación que su principal se dijo llamar Tocangucir, aquí reposaron un día, porque la gente estaba fatigada, y el camino por do caminaron fue al Oesnorueste y a la cuarta del Noruest; y en este lugar tomaron los pilotos la altura en 24 grados y medio, apartados del trópico un grado. Por todo el camino que se anduvo, después que entró en la provincia, en las poblaciones de ella es toda tierra muy alegre, de grandes campiñas, arboledas y muchas aguas de ríos y fuentes, arroyos y muy buenas aguas delgadas; y, en efecto, es toda tierra muy aparejada para labrar y criar.

# CAPÍTULO VIII

***De los trabajos que rescibió en el camino el gobernador y su gente, y la manera de los pinos y piñas de aquellas tierras***

Dende el lugar de Tugui fue caminando el gobernador con su gente hasta los 19 días del mes de diciembre, sin hallar poblado ninguno, donde rescibió gran trabajo en el caminar a causa de los muchos ríos y malos pasos que había; que para pasar la gente y caballos hobo día que se hicieron dieciocho puentes[199], así para los ríos como las ciénagas, que había muchas y muy malas; y asimismo se pasaron grandes sierras y montañas muy ásperas[200] y cerradas de arboledas de cañas muy gruesas, que tenían unas púas muy agudas y recias, y de otros árboles, que para poderlos pasar iban siempre delante veinte hombres cortando y haciendo el camino, y estuvo muchos días en pasarlas, que por la maleza de ellas no veían el cielo; y el dicho día, a 19 del dicho mes, llegaron a un lugar de indios de la generación de los guaraníes, los cuales, con su principal, y hasta las mujeres y niños, mostrando mucho placer, los salieron a rescebir al camino dos leguas del pueblo, donde trujeron muchos bastimentos de gallinas, patos y miel y batatas y otras frutas, y maíz y harina de piñones (que hacen muy gran cantidad de ella), porque hay en aquella tierra muy grandes pinares, y son tan grandes los pinos, que cuatro hombres juntos, tendidos los brazos, no pueden abrazar uno, y muy altos y derechos, y son muy buenos para mástiles de naos y para carracas[201], según su grandeza; las piñas son grandes, los piñones del tamaño de bellotas, la cáscara grande ellos es como de castañas, difieren en el sabor a los de España; los indios los cogen y de ellos hacen gran cantidad de harina para su mantenimiento.

Por aquella tierra hay muchos puercos monteses[202] y monos que comen estos piñones de esta manera; que los monos se suben encima de los pinos y se asen de la cola, y con las manos y pies derruecan muchas piñas en el suelo, y cuando tienen derribada mucha cantidad, abajan a comerlos; y muchas veces acontesce que los puercos monteses están aguardando que los monos derriben las piñas, y cuando las tienen derribadas, al tiempo que

abajan los monos de los pinos a comellos, salen los puercos contra ellos, y quítanselas, y cómense los piñones, y mientras los puercos comían, los gatos[203] estaban dando gritos sobre los árboles.

También hay otras muchas frutas de diversas maneras y sabor, que dos veces en el año se dan. En este lugar de Tugui[204] se detuvo el gobernador y su gente la Pascua del Nascimiento, así por la honra de ella como porque la gente reposase y descansase; donde tuvieron qué comer, porque los indios lo dieron muy abundosamente de todos sus bastimentos; y así, los españoles, con la alegría de la Pascua y con el buen tratamiento de los indios, se regocijaron mucho, aunque el reposar era muy dañoso, porque como la gente estaba sin ejercitar el cuerpo y tenían tanto de comer, no digerían lo que comían, y luego les daban calenturas, lo que no hacía cuando caminaban, porque luego como comenzaban a caminar las dos jornadas primeras, desechaban el mal y andaban buenos; y al principio de la jornada la gente fatigaba al gobernador que reposase algunos días, y no lo quería permitir, porque ya tenía experiencia que habían de adolescer, y la gente creía que lo hacía por darlos mayor trabajo, hasta que por experiencia vinieron a conoscer que lo hacía por su bien, porque de comer mucho adolescían, y de esto el gobernador tenía mucha experiencia.

# CAPÍTULO IX

### *De cómo el gobernador y su gente se vieron con necesidad hambre, y la remediaron con gusanos que sacaban de unas cañas*

A 28 días de diciembre el gobernador y su gente salieron del lugar de Tugui, donde quedaron los indios muy contentos; y yendo caminando por la tierra todo el día sin hallar poblado alguno, llegaron a un río muy caudaloso y ancho, y de grandes corrientes y hondables, por la ribera del cual había muchas arboledas de acipreses y cedros[205] y otros árboles; en pasar este río se rescibió muy gran trabajo aqueste día y otros tres; caminaron por la tierra y pasaron por cinco lugares de indios de la generación de los guaraníes, y de todos ellos los salían a rescebir al camino con sus mujeres e hijos, y traían muchos bastimentos, en tal manera, que la gente siempre fue muy proveída, y los indios quedaron muy pacíficos por el buen tratamiento y paga que el gobernador les hizo. Toda esta tierra es muy alegre y de muchas aguas y arboledas; toda la gente de los pueblos siembran maíz y cazabi[206] y otros semillas, y batatas de tres maneras: blancas y amarillas y coloradas, muy gruesas y sabrosas, y crían patos y gallinas, y sacan mucha miel de los árboles de lo hueco de ellos.

A primer día del mes de enero del año del Señor de 1542, que el gobernador y su gente partió de los pueblos de los indios, fue caminando por tierras de montañas y cañaverales muy espesos, donde la gente pasó harto trabajo, porque hasta los 5 días del mes no hallaron poblado alguno; y demás del trabajo, pasaron mucha hambre y se sostuvo con mucho trabajo, abriendo caminos por los cañaverales. En los cañutos de estas cañas había unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo; los cuales la gente freían para comer, y salía de ellos tanta manteca, que bastaba para freírse muy bien, y los comían toda la gente, y los tenían por muy buena comida; y de los cañutos de otras cañas sacaban agua, que bebían y era muy buena, y se holgaban con ello. Esto andaban a buscar para comer en todo el camino; por manera que con ellos se sustentaron y remediaron su necesidad y hambre por aquel despoblado. En el camino se

pasaron dos ríos grandes y muy caudalosos con gran trabajo; su corriente es al Norte. otro día, 6 de enero, yendo caminando por la tierra adentro sin hallar poblado alguno, vinieron a dormir a la ribera de otro río caudaloso de grandes corrientes y de muchos cañaverales, donde la gente sacaba de los gusanos de las cañas para su comida, con que se sustentaron; y de allí partió el gobernador con su gente. Otro día siguiente fue caminando por tierra muy buena y de buenas aguas, y de mucha caza y puercos monteses y venados, y se mataban algunos y se repartían entre la gente: este día pasaron dos ríos pequeños. Plugo a Dios que no adolesció en este tiempo ningún cristiano, y todos iban caminando buenos con esperanzas de llegar presto a la ciudad de la Ascensión, donde estaban los españoles que iban a socorrer; desde 6 de enero hasta 10 del pasado mes pasaron por muchos pueblos de indios de la generación de los guaraníes, y todos muy pacíficos y alegremente salieron a rescebir al camino de cada pueblo su principal, y los otros indios con sus mujeres e hijos, cargados de bastimentos (de que se rescibió grande ayuda y beneficio para los españoles), aunque los frailes fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso, su compañero, se adelantaban a recoger y tomar los bastimentos, y cuando llegaba el gobernador con la gente no tenían los indios que dar; de lo cual la gente se querelló al gobernador, por haberlo hecho muchas veces, habiendo sido apercebidos por el gobernador que no lo hiciesen, y que no llevasen ciertas personas de indios, grandes y chicos, inútiles, a quien daban de comer; no lo quisieron hacer, de cuya causa toda la gente estuvo movida para los derramar[207] si el gobernador no se lo estorbara, por lo que tocaba al servicio de Dios y de Su Majestad; y al cabo los frailes se fueron y apartaron de la gente, y contra la voluntad del gobernador echaron por otro camino; después de esto, los hizo traer y recoger de ciertos lugares de indios donde se habían recogido, y es cierto que si no los mandara recoger y traer, se vieran en muy gran trabajo. En el día 10 de enero, yendo caminando, pasaron muchos ríos y arroyos y otros malos pasos de grandes sierras y montañas de cañaverales de mucha agua; cada sierra de las que pasaron tenía un valle de tierra muy excelente, y un río y otras fuentes y arboledas. En toda esta tierra hay muchas aguas, a causa de estar debajo del trópico: el camino y

derrota que hicieron estos dos días fue al oeste.

# CAPÍTULO X

***Del miedo que los indios tienen a los caballos***

A los 14 días del mes de enero, yendo caminando por entre lugares de indios de la generación de los guaraníes, todos los cuales los rescibieron con mucho placer, y los venían a ver y traer maíz, gallinas y miel y de los otros mantenimientos; y como el gobernador se lo pagaba tanta a su voluntad, traíanle tanto, que lo dejaban sobrado por los caminos.

Toda esta gente anda desnuda en cueros, así los hombres como las mujeres; tenían muy gran temor de los caballos, y rogaban al gobernador que les dijese a los caballos que no se enojasen, por los tener contentos los traían de comer; y así llegaron a un río ancho y caudaloso que se llama Iguatu[208], el cual es muy bueno y de buen pescado y arboledas, en la rebera del cual está un pueblo de indios de la generación de los guaraníes, los cuales siembran su maíz y cazabi como en todas las otras partes por donde habían pasado, y los salieron a recebir como hombres que tenían noticia de su venida y del buen tratamiento que les hacían; y les trujeron muchos bastimentos, porque los tienen. En toda aquella tierra hay muy grandes piñales de muchas maneras, y tienen las piñas como ya está dicho atrás. En toda esta tierra los indios servían, porque siempre el gobernador les había buen tratamiento. Este Iguatu está de la banda del oeste en 25 grados; será tan ancho como el Guadalquivir[209]. En la ribera del cual, según la relación hobieron de los naturales, y por lo que vio por vista de ojos, está muy poblado, y es la más rica gente de toda aquella tierra y provincia, de labrar y criar, porque crían muchas gallinas, patos y otras aves, y tienen mucha caza de puercos y venados, y dantas[210] y perdices, codornices y faisanes, y tienen en el río gran pesquería, y siembran y cogen mucho maíz, batatas, cazabi, mandubies[211], y tienen otras muchas frutas, y de los árboles cogen gran cantidad de mnel. Estando en este pueblo, el gobernador acordó de escribir a los oficiales de Su Majestad, y capitanes y gentes que residían en la ciudad de la Ascensión, haciéndoles saber cómo por mandado de Su Majestad los iba a socorrer, y envió dos indios

naturales de la tierra con la carta. Estando en este río del Piqueri[212], una noche mordió un perro en una pierna a un Francisco orejón, vecino de Avila, y también allí le adolescieron otros catorce españoles, fatigados del largo camino; los cuales se quedaron con el orejón que estaba mordido del perro, para venirse poco a poco; y el gobernador les encargó a los indios de la tierra que los favoresciesen y mirasen por ellos, y los encaminasen para que pudiesen venirse en su seguimiento estando buenos; y porque tuviesen voluntad de lo hacer dio al principal del pueblo y a otros indios naturales de la tierra y provincia muchos rescates, con que quedaron muy contentos los indios y su principal. En todo este camino y tierra por donde iba el gobernador y su gente haciendo el descubrimiento, hay grandes campiñas de tierras, y muy buenas aguas, ríos, arroyos y fuentes, y arboledas y sombras, y la más fértil tierra del mundo, muy aparejada para labrar y criar, y mucha parte de ella para ingenios de azúcar, y tierra de mucha caza, y la gente que vive en ella, de la generación de los guaraníes, comen carne humana, y todos son labradores y criadores de patos y gallinas, y toda gente muy doméstica y amiga de cristianos, y que con poco trabajo vernán en conoscimiento de nuestra santa fe católica, como se ha visto por experiencia; y según la manera de la tierra, se tiene por cierto que si minas de plata ha de haber, ha de ser allí.

# CAPÍTULO XI

***De cómo el gobernador caminó con canoas por el río de Iguazu, y por salvar un mal paso de un salto que el río hacía, llevó por tierras las canoas una legua a fuerza de brazos***

Habiendo dejado el gobernador los indios del río del Piqueri muy amigos y pacíficos, fue caminando con su gente por la tierra, pasando por muchos pueblos de indios de la generación de los guaraníes: todos los cuales les salían a recebir a los caminos con muchos bastimentos, mostrando grande placer y contentamiento con su venida, y a los indios principales señores de los pueblos les daba muchos rescates, y hasta las mujeres viejas y niños salían a ellos a los recebir, cargados de maíz y batatas, y asimismo de los otros pueblos de la tierra, que estaban a una jornada y a dos unos de otros, todos vinieron de la mesma forma a traer bastimentos; y antes de llegar con gran trecho a los pueblos por do habían de pasar, alimpiaban y desmontaban los caminos, y bailaban y hacían grandes regocijos de verlos; y lo que más acrescienta su placer y de que mayor contento resciben, es cuando las viejas se alegran, porque se gobiernan con lo que éstas les dicen y sonles muy obedientes, y no lo son tanto a los viejos[213]. A postrero día del dicho mes de enero, yendo caminando por la tierra y provincia, llegaron a un río que se llama Iguazu, y antes de llegar al río anduvieron ocho jornadas de tierra despoblada, sin hallar ningún lugar poblado de indios. Este río Iguazu es el primer río que pasaron al principio de la jornada cuando salieron de la costa del Brasil. Llámase también por aquella parte Iguazu; corre del Este-oeste; en él no hay poblado ninguno; tomóse el altura en 25 grados y medio. Llegados que fueron al río de Iguazu, fue informado de los indios naturales que el dicho río entra en el río del Paraná[214], que asimismo se llama el río de la Plata; y que entre río del Paraná y el río de Iguazu mataron los indios a los portugueses que Martín Alonso de Sosa[215] envió a descubrir aquella tierra; al tiempo que pasaban el río en canoas dieron los indios en ellos y los mataron. Algunos de estos indios de la ribera del río Paraná, que así

mataron a los portugueses, le avisaron al gobernador que los indios del río del Piqueri, que era mala gente, enemigos nuestros, y que les estaban aguardando para acometerlos y matarlos en el paso del río; y por esta causa acordó el gobernador, sobre acuerdo, de tomar y asegurar por dos partes el río, yendo él con parte de su gente en canoas por el río de Iguazu abajo y salirse a poner en el río del Paraná, y por la otra parte fuese el resto de la gente y caballos por tierra, y se pusiesen y confrontasen con la otra parte del río, para poner temor a los indios y pasar en las canoas toda la gente; lo cual fue así puesto en efecto; y en ciertas canoas que compró a los indios de la tierra se embarcó el gobernador con hasta ochenta hombres, y así se partieron por el río de Iguazu abajo, y el resto de la gente y caballos mandó que se fuesen a juntar en el río del Paraná. E yendo por el dicho río de Iguazu abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causó lo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas Peñas abajo muy altas[216], y da el agua en 1 bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos s oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza sube en alto dos lanzas y más, por manera que fue necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos; salvado aquel mal paso, volvieron a meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho río abajo hasta que llegaron al río del Paraná; y fue Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el gobernador que en ellas iban, llegaron todos a un tiempo, y en la ribera del río estaba muy gran número de indios de la misma generación de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almagrados, pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos, hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver. Como llegó el gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor a los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes a les hablar, y a derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy cobdiciosa y amiga de novedades, comenzáronse a sosegar y allegarse al gobernador y su gente, y

muchos de los indios les ayudaron a pasar de la otra parte del río; y como hubieron pasado, mandó el gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fue pasada toda la gente y caballos de la otra parte del río; en concordia de los naturales, ayudándoles ellos propios a los pasar. Este río del Paraná, por la parte que lo pasaron, era de ancho un gran tiro de ballesta; es muy hondable y lleva muy gran corriente, y al pasar del río se trastornó[217] una canoa con ciertos cristianos, uno de los cuales se ahogó porque la corriente lo llevó, que nunca más paresció. Hace este río muy grandes remolinos, con la gran fuerza del agua y gran hondura de él.

## CAPÍTULO XII

### *Que trata de las balsas que se hicieron para llevar los dolientes*

Habiendo pasado el gobernador y su gente el río del Paraná, estuvo muy confuso de que no fuesen llegados dos bergantines que había enviado a pedir a los capitanes que estaban en la ciudad de la Ascensión, avisándoles por su carta que les escribió dende el río del Paraná, para asegurar el paso por temor de los indios de él, como para recoger algunos enfermos y fatigados del largo camino que habían caminado; y porque tenían nueva de su venida y no haber llegado, púsole en mayor confusión, y porque los enfermos eran muchos y no podían caminar, ni era cosa segura detenerse allí donde tantos enemigos estaban, y estar entre ellos sería dar atrevimiento para hacer alguna traición, como es su costumbre; por lo cual acordó de enviar los enfermos por el río del Paraná abajo en las mismas balsas, encomendados a un indio principal del río, que había por nombre Iguaron, al cual dio rescates porque él se ofresció a ir con ellos hasta el lugar de Francisco, criado de Gonzalo de Acosta, en confianza de que en el camino encontrarían los bergantines, donde serían recebidos y recogidos, y entretanto serían favorescidos por el indio llamado Francisco que fue criado entre cristianos, que vive en la misma ribera del río del Paraná, a cuatro jornadas de donde lo pasaron, según fué informado por los naturales; y así los mandó embarcar, que serían hasta treinta hombres, y con ellos envió otros cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros para que les guardasen y defendiesen; y luego los hobo enviado se partió el gobernador con la otra gente por tierra para la ciudad de la Ascensión, hasta la cual, según le certificaron los indios del río del Paraná, habría hasta nueve jornadas y en el río del Paraná se tomó la posesión en nombre y por Su Majestad, y los pilotos tomaron el altura en 24 grados.

El gobernador con su gente fueron caminando por la tierra y provincia, por entre lugares de indios de la generación de los guaraníes, donde por todos ellos fué muy bien recebido, saliendo, como solían, a los caminos cargados de bastimentos, y en el camino pasaron unas ciénagas muy

grandes y otros malos pasos y ríos, donde en el hacer de los puentes para pasar la gente y caballos se pasaron grandes trabajos; y todos los indios de estos pueblos, pasado el río del Paraná les acompañaba de unos pueblos a otros, y les mostraban y tenían muy grande amor y voluntad, sirviéndoles y haciéndoles socorro en guiarles y darles de comer, todo lo cual pagaba y satisfacía muy bien el gobernador, con que quedaban muy contentos. Y caminando por la tierra y provincia, aportó a ellos un cristiano español que venía de la ciudad de la Ascensión a saber de la venida del gobernador, y llevar el aviso de ello a los cristianos y gente que en la ciudad estaban; porque, según la necesidad y deseo que tenían de verlo a él y su gente por ser socorridos, no podían creer que fuesen a hacerles tan gran beneficio hasta que lo viesen por vista de ojos, no embargante que habían recebido las cartas que el gobernador les había escripto. Este cristiano dijo e informó al gobernador del estado y gran peligro en que estaba la gente, y las muertes que habían suscedido, así en los que llevó Juan de Ayolas como otros muchos que los indios de la tierra habían muerto; por lo cual estaban muy atribulados y perdidos, mayormente por haber despoblado el puerto de Buenos Aires[218], que está asentado en el río del Paraná, donde habían de ser socorridos los navíos y gentes que de estos reinos de España fuesen a los socorrer; y por esta causa tenían perdida la esperanza de ser socorridos, pues el puerto se había despoblado, y por otros muchos daños que le habían sucedido en la tierra.

# CAPÍTULO XIII

***De cómo llegó el gobernador a la ciudad de la Ascensión, donde estaban los cristianos españoles que iba a socorrer***

Habiendo llegado, según dicho es, el cristiano español, y siendo bien informado el gobernador de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos que consigo llevó a hacer la entrada y descubrimiento de tierras, y de las otras muertes de los otros cristianos, y la demasiada necesidad que tenían de su ayuda los que estaban en la ciudad de Ascensión, y asimismo del despoblamiento del puerto de Buenos Aires, adonde el gobernador había mandado venir su nao capitana con las ciento cuarenta personas dende la isla de Santa Catalina, donde los había dejado para este efecto, considerando el gran peligro en que estarían por hallar yerma la tierra de cristianos, donde tantos enemigos indios había, y por los enviar con toda brevedad a socorrer y dar contentamiento a los de la Ascensión, y para sosegar los indios que tenían por amigos naturales de aquella tierra, vasallos de Su Majestad, con muy gran diligencia fué caminando por la tierra, pasando por muchos lugares de indios de la generación de los guaraníes, los cuales, y otros muy apartados de su camino, los venían a ver cargados de mantenimientos, porque corría la fama, según está dicho, de los buenos tratamientos que les hacía el gobernador y muchas dádivas que les daba, venían con tanta voluntad y amor a verlos y traerles bastimentos, y traían consigo las mujeres y niños, que era señal de gran confianza que de ellos tenían, y les limpiaban los caminos por do habían de pasar. Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento tienen sus casas de paja y madera, entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Ascensión, que todos, uno a uno, vinieron a hablar al gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron a todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada. Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la

Ascensión; y como el gobernador y su gente se iban acercando a ella, por los lugares por do pasaban antes de llegar a ellos, hacían lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponían en orden, como en proceśion, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan, y batatas, y gallinas y pescados, y miel, y venados, todo aderezado; lo cual daban y repartían graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las manos en alto, y en su lenguaje, y muchos en nuestro, decían que fuesen bien venidos el gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fueran naturales suyos, nascidos y criados en España. Y de esta manera caminando (según dicho es), fue nuestro Señor servido que a 11 días del mes de marzo sábado, a las nueve de la mañana, del año 1542, llegaron a la ciudad de la Ascensión, donde hallaron residiendo los españoles que iban a socorrer, la cual está asentada en la ribera del río del Paraguay, en 25 grados de la banda del Sur; y como llegaron cerca de la ciudad, salieron a recibirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, ansí por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no se haber hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos Aires, por do tenían alguna esperanza de ser socorridos, lo habían despoblado, y que por esto los indios naturales habían tomado grande osadía y atrevimiento de los acometer para los matar, mayormente habiendo visto que había pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española a la provincia. Y por el consiguiente, el gobernador se holgó con ellos y les habló y recibió con mucho amor, haciéndoles saber cómo iba a les dar socorro por mandado de Su Majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador en la dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Lora; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid; Pedro Dorantes, factor, natural de Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residían, las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y

soldados que en ella estaban, por virtud de las cuales rescibieron al gobernador y le dieron la obediencia como a tal capitán general de la provincia en nombre de Su Majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia, las cuales el gobernador dio y proveyó de nuevo en personas que en nombre de Su Majestad administrasen la ejecución de la justicia civil y criminal en la dicha provincia.

# CAPÍTULO XIV

## *De cómo llegaron a la ciudad de la Ascensión los españoles que quedaron malos en el río del Piqueri*

Estando el gobernador en la ciudad de la Ascensión, de la manera que he dicho, a cabo de treinta días que hobo llegado a la ciudad, vinieron al puerto los cristianos que había enviado en las balsas, así enfermos como sanos, dende el río del Paraná[219], y de ello supo el gobernador y fue certificado que los indios naturales del río habían hecho gran junta y llamamiento por toda la tierra, y por el río en canoas y por la ribera del río habían salido a ellos, yendo por el río abajo en sus balsas muy gran número y cantidad de los indios, y con grande grita y toque de atambores los habían acometido, tirándoles muchas flechas y muy espesas, juntándose a ellos con más de doscientas canoas por los entrar y tomar las bolsas, para los matar, y que catorce días con sus noches no habían cesado poco ni mucho de los dar el combate; y que los de tierra no dejaban de les tirar juntamente, según que los de las canoas, y que traían unos garfios grandes para, en juntándose las bolsas a tierra, echarles mano; y con esto, era tan grande la vocería y alaridos que daban los indios, que parescía que se juntaba el cielo con la tierra, y como los de las canoas y los de tierra se remudaban[220], y unos descansaban y otros peleaban, con tanta orden, que no dejaban de les dar siempre mucho trabajo; donde hobo de los españoles hasta veinte heridos de heridas pequeñas, no peligrosas; y en todo este tiempo las bolsas no dejaban de caminar por el río abajo, así de día como de noche, porque la corriente del río, como era grande, los llevaba, sin que la gente trabajase más de en gobernar para que no se llegasen a tierra, donde estaba todo el peligro, aunque algunos remolinos que el río hace les puso en gran peligro muchas veces, porque traía las balsas a la redonda remolinando; y si no fuera por la buena maña que se dieron los que gobernaban, los remolinos los hicieran ir a tierra, donde fueran tomados y muertos. E yendo de esta forma, sin que tuviesen remedio de ser socorridos ni amparados, los siguieron catorce días los indios con sus canoas,

flechándolos y peleando de día y de noche con ellos; se llegaron cerca de los lugares del dicho indio Francisco, que fue esclavo y criado de cristianos, el cual, con cierta gente suya, salió por el río arriba a recebir y socorrer los cristianos, y los trajo a una isla cerca de su propio pueblo, donde los proveyó y socorrió de bastimentos, porque del trabajo de la guerra continua que les habían dado venían fatigados y con mucha hambre, y allí se curaron y reformaron los heridos, y los enemigos se retiraron y no osaron tornarles acometer; y en este tiempo llegaron dos bergantines que en su socorro habían enviado, en los cuales fueron recogidos a la dicha ciudad de la Ascensión.

# CAPÍTULO XV

***De cómo el gobernador envió a socorrer la gente que venía en su nao capitana a Buenos Aires, y a que tornasen a poblar***

Con toda diligencia, el gobernador mandó aderezar dos bergantines, y cargados de bastimentos y cosas necesarias, con cierta gente de la que halló en la ciudad de la Ascensión, que habían sido pobladores del puerto de Buenos Aires, porque tenían experiencia del río del Paraná, los envió a socorrer los ciento cuarenta españoles que envió en la nao capitana donde la isla de Santa Catalina, por el gran peligro en que estarían por se haber despoblado el puerto de Buenos Aires, y para que se tornase luego a poblar nuevamente el pueblo en la parte más suficiente y aparejada que les paresciese a las personas a quien lo acometió y encargó, porque era cosa muy conveniente y necesaria hacerse la población y puerto, sin el cual toda la gente española que residía en la provincia y conquista, y la que adelante viniese, estaba en gran peligro y se perderían, porque las naos que a la provincia fuesen de rota batida[221] han de ir a tomar puerto en el dicho río, y allí hacer bergantines para subir trescientas cincuenta leguas el río arriba, que hay hasta la ciudad de la Ascensión, de navegación muy trabajosa y peligrosa; los cuales dos bergantines partieron a 16 días del mes de abril del dicho año, y luego mandó hacer de nuevo otros dos, que fornescidos[222] y cargados de bastimentos y gente, partieron a hacer el dicho socorro y a efectuar la fundación del puerto de Buenos Aires, y a los capitanes que el gobernador envió con los bergantines, les mandó y encargó que a los indios que habitaban en el río del Paraná, por donde habían de navegar, les hiciesen buenos tratamientos, y los trujesen de paz a la obediencia de Su Majestad, trayendo de lo que en ello hiciesen la razón y relación cierta, para avisar de todo a Su Majestad; y proveído que hobo lo susodicho, comenzó a entender en las cosas que convenían al servicio de Dios y de Su Majestad, y a la pacificación y sosiego de los naturales de la dicha provincia. Y para mejor servir a Dios y a su Majestad, el gobernador mandó llamar e hizo juntar los religiosos y clérigos que en la provincia

residían, y los que consigo había llevado, y delante de los oficiales de Su Majestad, capitanes y gente que para tal efecto mandó llamar y juntar, les rogó con buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de Su Majestad, y les mandó leer, y fueron leídos, ciertos capítulos de una carta acordada de Su Majestad, que habla sobre el tratamiento de los indios, y que los dichos frailes, clérigos y religiosos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para lo proveer y remediar, y que en todas las cosas que fuesen necesarias para tan santa obra, el gobernador se las daría y proveería; y asimismo para administrar los santos sacramentos en las iglesias y monsterios les proveería; y ansí, fueron proveídos de vino y harina, y les repartió los ornamentos que llevó, con que se servían las iglesias y el culto divino, y para ello les dio una bota de vino.

# CAPÍTULO XVI

***De cómo matan a sus enemigos que captivan, y se los comen***

Luego, dende a poco que hobo llegado el gobernador a la dicha ciudad de la Ascensión, los pobladores y conquistadores que en ella halló le dieron grandes querellas y clamores contra los oficiales de Su Majestad, y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de Su Majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento, diciéndoles cómo Su Majestad lo había enviado a los favorescer y dar a entender cómo habían de venir en conoscimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de su Majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serían mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habían sido; y allende de esto, les fue dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacían a Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y para les dar contentamiento, les dio y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, que se alegraron. Esta generación de los guaraníes es una gente que se entiende por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia[223], y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generación, si los captivan en las guerras, tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando, lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere a comer, y a sus mismas mujeres e hijas para *que* haga con ellas sus placeres, y de engordallo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mujeres de los indios, las más principales de ellas, las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumería y cuentas blancas, que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas, y en estando gordo, son los placeres, bailes y

cantos muy mayores, y juntos los indios, componen y aderezan tres mochachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por más valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana[224]; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desque ha bailado, llega y le da en los lomos con ambas manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontesce, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor[225] que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta a derribar un toro de un golpe, y al tal captivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabo, lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos o el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen a voces que sean valientes y se enseñen y tengan ánimo para matar sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquél ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y tiénenlo por cosa muy buena comer dél, y de allí adelante tornan a sus bailes y placeres, los cuales durante por otros muchos días, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo, que mató a sus parientes, que agora descansarán y tomarán por ello placer.

# CAPÍTULO XVII

***De la paz que el gobernador asentó con los indios agaces***

En la ribera de este río del Paraguay está una nasción de indios que se llaman agaces[226]; es una gente muy temida de todas las nasciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes y aun en propios parientes suyos por hacerse señores de toda la tierra; de manera que no se confían de ellos. Esta es una gente muy crescida, de grandes cuerpos y miembros como gigantes; andan hechos corsarios por el río en canoas; saltan en tierra a hacer robos y presas en los guaraníes, que tienen por principales enemigos; mantiénense de caza y pesquería del río y de la tierra, y no siembran, y tienen por costumbre de tomar captivos de los guaraníes, y tráenlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse a la propia tierra donde son naturales y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus padres e hijos, mujeres y deudos, les dan crueles azotes y les dicen que les trayan de comer, si no que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las armas; y se vuelven a sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque después que están hartos de traerlos en sus canoas y de azotarlos, los cortan las cabezas y las ponen por la ribera del río hincadas en unos palos muy altos. A estos indios, antes que fuese a la dicha provincia el gobernador, les hicieron guerra los españoles que en ella residían, y habían muerto a muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios, la cual quebrantaron, como lo acostumbraban, haciendo daños a la guaraníes muchas veces, llevando muchas provisiones; y cuando el gobernador llegó a la ciudad de la Ascensión había pocos días que los agaces habían roto las paces y habían salteado y robado ciertos pueblos de los guaraníes, y cada día venían a desasosegar y dar rebato a la ciudad de la Ascensión; y como los indios agaces supieron de la venida del gobernador, los hombres más principales de ellos, que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos,

acompañados de otros muchos de su generación, vinieron en sus canoas y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra, se vinieron a poner en presencia del gobernador, y dijeron que ellos venían a dar la obediencia a Su Majestad y a ser amigos de los españoles, y que si hasta allí no habían guardado la paz, había sido por atrevimiento de algunos mancebos locos que sin su licencia salían y daban causa a que se creyese que ellos quebraban y rompían la paz, que los tales habían sido castigados; y rogaron al gobernador los recebiese e hiciese paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarían y conservarían, estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de Su Majestad. Hecho su mensaje, el gobernador los recebió con todo buen amor y les dio por respuesta que era contento de los rescebir por vasallos de Su Majestad y por amigos de los cristianos, con tanto que guardasen las condiciones de la paz y no la rompiesen como otras veces lo habían hecho, con apercibimiento que los tendrían por enemigos capitales y les harían la guerra; y de esta manera se asentó la paz y quedaron por amigos de los españoles y de los naturales guaraníes, y de allí adelante los mandó favorescer y socorrer de mantenimientos; y las condiciones y posturas de la paz, para que fuese guardada y conservada, fue que los dichos indios agaces principales, ni los otros de su generación, todos juntos ni divididos, en manera alguna, cuando hobiesen de venir en sus canoas por la ribera del río Paraguay, entrando por tierra de los guaraníes, o hasta llegar al puerto de la ciudad de Ascensión, hobiese de ser y fuese de día claro y no de noche, y por la otra parte de la ribera del río, no por donde los otros indios guaraníes y españoles tienen sus pueblos y labranzas; y que no saltasen en tierra, y que cesase la guerra que tenían con los indios guaraníes y no les hiciesen ningún mal ni daño, por ser, como eran, vasallos de Su Majestad; que volviesen y restituyesen ciertos indios e indias de la dicha generación que habían captivado durante el tiempo de la paz, porque eran cristianos y se quejaban sus parientes, y que a los españoles e indios guaraníes que anduviesen por el río a pescar y por la tierra a cazar no les hiciesen daño ni les impidiesen la caza y pesquería, y que algunas mujeres, hijas y parientas de los agaces, que hablan traído a las doctrinar, que las dejasen permanescer en la santa obra

y no las llevasen ni hiciesen ir ni ausentar; y que guardando las condiciones los ternían por amigos, y donde no, por cualquier de ellas que así no guardasen, procederían contra ellos; y siendo por ellos bien entendidas las condiciones y apercibimientos, prometieron de las guardar; y de esta manera se asentó con ellos la paz y dieron la obediencia.

# CAPÍTULO XVIII

***De las querellas que dieron al gobernador los pobladores de los oficiales de su majestad***

Luego dende a pocos días que fue llegado a la ciudad de la Ascensión el gobernador, visto que había en ella muchos pobres y necesitados, los proveyó de ropas, camisas, calzones y otras cosas, con que fueron remediados, y proveyó a muchos de armas, que no las tenían; todo a su costa, sin interés alguno; y rogó a los oficiales de Su Majestad que no les hiciesen los agravios y vejaciones que hasta allí les habían hecho y hacían, de que se querellarían de ellos gravemente todos los conquistadores y pobladores, así sobre la cobrana de deudas debidas a Su Majestad, como derechos de una nueva imposición que inventaron y pusieron, de pescado y manteca, de la miel, maíz y otros mantenimientos y pellejos de que se vestían, y que habían y compraban de los indios naturales; sobre lo cual los oficiales hicieron al gobernador muchos requerimientos para proceder en la cobranza y el gobernador no se lo consintió, de donde le cobraron grande odio y enemistad, y por vías indirectas intentaron de hacerle todo el mal y daño que pudiesen, movidos con mal celo; de que resultó prenderlos y tenerlos presos por virtud de las informaciones que contra ellos se tomaron.

# CAPÍTULO XIX

### *Cómo se querellaron al gobernador de los indios guaycurúes*

Los indios principales de la ribera y comarca del río del Paraguay, y más cercanos a la ciudad de la Ascensión, vasallos de Su Majestad, y todos juntos parescieron ante el gobernador y se querellaron de una generación de indios que habitan cerca de sus confines, los cuales son muy guerreros y valientes, y se mantienen de la caza de los venados, mantecas y miel, y pescado del río, y puercos que ellos matan, y no comer otra cosa ellos y sus mujeres e hijos, y éstos cada día la matan y andan a cazar con su puro trabajo; y son tan ligeros y recios, que corren tanto tras los venados, y tanto les dura el aliento, y sufren tanto el trabajo de correr, que los cansan y toman a mano, y otros muchos matan con las flechas, y matan muchos tigres y otros animales bravos. Son muy amigos de tratar bien a las mujeres, no tan solamente las suyas propias, que entre ellos tienen muchas preeminencias; mas en las guerras que tienen, si captivan algunas mujeres, danles libertad y no les hacen daño ni mal; todas las otras generaciones les tienen gran temor; nunca están quedos de dos días arriba en un lugar; luego levantan sus casas, que son de esteras, y se van una legua o dos desviados de donde han tenido asiento, porque la caza, como es por ellos hostigada, huye y se va, y vanla siguiendo y matando. Esta generación y otras que se mantienen de las pesquerías y de unas algarrobas que hay en la tierra, a las cuales acuden por los montes donde están estos árboles, a coger como puercos que andan a montanera[227], todos en un tiempo, porque es cuando está madura el algarroba por el mes de noviembre a la entrada de diciembre, y de ella hacen harina y vino, el cual sale tan fuerte y recio, que con ello se emborrachan.

# CAPÍTULO XX

***Cómo el gobernador pidió información de la querella***

Asimismo se querellaron los indios principales al gobernador de los indios guaycurúes[228], que les habían desposeído de su propia tierra, y les habían muerto sus padres y hermanos y parientes; y pues ellos eran cristianos y vasallos de Su Majestad, los amparase y restituyese en las tierras que les tenían tomadas y ocupadas los indios, porque en los montes y en las lagunas y ríos de ellas tenían sus cazas y pesquerías, y sacaban miel, con que se mantenían ellos y sus hijos y mujeres, y lo traían a los cristianos porque después que a aquella tierra fue el gobernador se les habían hecho las dichas fuerzas y muertes. Vista por el gobernador la querella de los indios principales, los nombres de los cuales son: Pedro de Mendoza, y Juan de Salazar Cupirati, y Francisco Ruiz Mayraru, y Lorenzo Moquiraci, y Gonzalo Mayraru, y otros cristianos nuevamente convertidos, porque se supiese la verdad de lo contenido en su querella y se hiciese y procediese conforme a derecho, por las lenguas intérpretes el gobernador les dijo que trujesen información de lo que decían, lo cual dieron y presentaron de muchos testigos cristianos españoles, que habían visto y se hallaron presentes en la tierra cuando los indios guaycurúes les habían hecho los daños y les habían echado de la tierra, despoblando un pueblo que tenían muy grande y cercado de fuerte paliada, que se llama Caguazu, y recebida la dicha información, el gobernador mandó llamar y juntar los religiosos y clérigos que allí estaban, conviene a saber: el comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, y el bachiller Martín de Armenta y Francisco de Andrada, clérigos, para que viesen la información y diesen su parescer si la guerra se les podía hacer a los indios guaycurúes justamente. Y habiendo dado su parescer, firmado de sus nombres, que con mano armada podía ir contra los dichos indios a les hacer la guerra, pues eran enemigos capitales, el gobernador mandó que dos españoles que entendían la lengua de los indios guaycurúes, con un clérigo llamado Martín de Armenta, acompañados de cincuenta españoles,

fuesen a buscar los indios guaycurúes, y a les requerir diesen la obediencia a Su Majestad y se apartasen de la guerra que hacían a los indios guaraníes, y los dejasen andar libres por sus tierras, gozando de las cazas y pesquerías de ellas; y que de esta manera los ternía por amigos y los favorescería; y donde no, lo contrario haciendo, que les haría la guerra como a enemigos capitales. Y así se partieron los susodichos, encargándoles tuviesen especial cuidado de les hacer los apercibimientos una, y dos, y tres veces con toda templaza[229]. E idos, dende a ocho días volvieron, y dijeron y dieron fe que hicieron el dicho apercibimiento a los indios, y que hecho, se pusieron en arma contra ellos, diciendo que no querían dar la obediencia ni ser amigos de los españoles ni de los indios guaraníes, y que se fuesen luego de su tierra; y ansí, les tiraron muchas flechas, y vinieron de ellos heridos; y visto lo susodicho por el gobernador, mandó apercibir hasta doscientos hombres arcabuceros y ballesteros, y doce de caballo, y con ellos partió de la ciudad de la Ascensión, jueves 12 días del mes de julio de 1542 años. Y porque había de pasar de la otra parte del río Paraguay, mandó que fuesen dos bergantines para pasar la gente y caballos, y que aguardasen en un lugar de indios que está en la ribera del dicho río del Paraguay, de la generación de los guaraníes, que se llama Tapua, que su principal se llama Mormocen, un indio muy valiente y temido en aquella tierra, que era ya cristiano, y se llamaba Lorenzo, cuyo era el lugar de Caguazu, que los guaycurúes le habían tomado; y por tierra había de ir toda la gente y caballos hasta allí, y estaba de la ciudad de la Ascensión hasta cuatro leguas, y fueron caminando el dicho día, y por el camino pasaban grandes escuadrones de indios de la generación de los guaraníes, que se habían de juntar en el lugar de Tapua para ir en compañía del gobernador[230]. Era cosa muy de ver la orden que llevaban, y el aderezo de guerra, de muchas flechas, muy emplumados con plumas de papagayos, y sus arcos pintados de muchas maneras y con instrumentos de guerra, que usan entre ellos, de atabales y trompetas y cornetas, y de otras formas; y el dicho día llegaron con toda la gente de caballo y de a pie al lugar de Tapua[231], donde hallaron muy gran cantidad de los indios guaraníes, que estaban aposentados, así en el pueblo como fuera, por las arboledas de la

ribera del río; y el Mormocen, indio principal, con otros principales indios que allí estaban, parientes suyos, y con todos los demás, los salieron a recebir al camino un tiro de arco de su lugar, y tenían muerta y traída mucha caza de venados y avestruces, que los indios habían muerto aquel día y otro antes; y era tanto, que se dio a toda la gente, con que comieron y lo dejaron de sobra; y luego los indios principales, hecha su junta, dijeron que era necesario enviar indios y cristianos que fuesen a descubrir la tierra por donde habían de ir, y a ver el pueblo y asiento de los enemigos, para saber si habían traído noticia de la ida de los españoles, y si se velaban de noche; luego, paresciéndole al gobernador que convenía tomar los avisos, envió dos españoles con el mismo Mormocen, indio, y con otros indios valientes que sabían la tierra. E idos, volvieron otro día siguiente, viernes en la noche, y dijeron cómo los indios guaycurúes habían andado por los campos y montes cazando, como es costumbre suya, y poniendo fuego por muchas partes; y que a lo que habían podido reconoscer, aquel día mismo habían levantado su pueblo, y se iban cazando y caminando con sus hijos y mujeres, para asentar en otra parte, donde se pudiesen mantener de la caza y pesquerías, y que les parescía que no habían tenido hasta entonces noticia ni sentimiento de su ida, y que dende allí hasta donde los indios podían estar y asentar su pueblo habría cinco o seis leguas, porque se parescían los fuegos por donde andaban cazando.

# CAPÍTULO XXI

***Cómo el gobernador y su gente pasaron el río y se ahogaron dos cristianos***

Este mismo día viernes llegaron los bergantines allí para pasar las gentes y caballos de la otra parte del río, y los indios había traído muchas canoas; y bien informado el gobernador de lo que convenía hacerse, platicado con sus capitanes, fue acordado que luego el sábado siguiente por la mañana pasase la gente para proseguir la jornada e ir en demanda de los indios guaycurúes, y mandó que se hiciesen balsas de las canoas para poder pasar los caballos; y en siendo de día, toda la gente puesta en orden, comenzaron a embarcarse y pasar en los navíos y en las balsas, y los indios en las canoas: era tanta la priesa del pasar y la grita de los indios, como era tanta gente, que era cosa muy de ver; tardaron en pasar dende las seis de la mañana hasta las dos horas después de mediodía, no embargante que había bien doscientas canoas, en que pasaron. Allí suscedió un caso de mucha lástima, que como los españoles procuraban de embarcarse primero unos que otros, cargando en una barca mucha gente al un bordo, hizo balance y se trastornó de manera que volvió la quilla arriba y tomó debajo toda la gente, y si no fueran también socorridos, todos se ahogaran; porque, como había muchos indios en la ribera, echáronse al agua y volcaron el navío; y como en aquella parte había mucha corriente, se llevó dos cristianos, que no pudieron ser socorridos, y los fueron a hallar el río abajo ahogados; el uno se llamaba Diego de Blas, vecino de Málaga, y el otro Juan de Valdés, vecino de Palencia. Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del río, los indios principales vinieron a decir al gobernador que en su costumbre que cuando iban a hacer alguna guerra hacían su presente al capitán suyo, a que así ellos, guardando su costumbre, lo querían hacer; que le rogaban lo recebiese; y el gobernador, por les hacer placer, lo aceptó; y todos los principales, uno a uno, le dieron una flecha y un arco pintado muy galán, y tras de ellos, todos los indios, cada uno trujo una flecha pintada y emplumada con plumas de papagayos, y estuvieron en hacer los dichos

presentes hasta que fue de noche, y fue necesario quedarse allí en la ribera del río a dormir aquella noche, con buena guarda y centinela que hicieron.

# CAPÍTULO XXII

## *Cómo fueron las espías por mandado del gobernador en seguimiento de los indios guaycurúes*

El dicho sábado fue acordado por el gobernador, con parescer de sus capitanes y religiosos, que, antes que comenzasen a marchar por la tierra, fuesen los adalides a descubrir y saber a qué parte los indios guaycurúes habían pasado y asentado pueblo, y de la manera que estaban, para poderles acometer y echar de la tierra de los indios guaraníes; y así, se partieron los indios, espías y cristianos, y al cuarto de la modorra[232], vinieron, y dijeron que los indios habían todo el día cazado, y que delante iban caminando sus mujeres e hijos, y que no sabían adónde irían a tomar asiento; y sabido lo susodicho, en la misma hora fue acordado que marchasen lo más encubiertamente que pudiesen, caminando tras de los indios, y que no se hiciesen fuegos de día, porque no fuese descubierto el ejército, ni se desmandasen los indios que allí iban a cazar ni a otra cosa alguna; y acordado sobre esto, domingo de mañana partieron con buena orden, y fueron caminando por unos llanos y por entre arboledas, por ir más encubierto; y de esta manera fueron caminando, llevando siempre delante indios que descubrían la tierra, muy ligeros y corredores, escogidos para aquel efecto, los cuales siempre venían a dar aviso; y demás de esto, iban las espías con todo cuidado en seguimiento de los enemigos, para tener aviso cuando hobiesen asentado su pueblo, y la orden que el gobernador dio para marchar el campo fue que todos los indios que consigo llevaban iban hechos un escuadrón, que duraba bien una legua, todos con sus plumajes de papagayos muy galanes y pintados, y con sus arcos y flechas, con mucha orden y concierto; los cuales llevaban el avanguardia, y tras de ellos, en el cuerpo de la batalla, iban el gobernador con la gente de caballo, y luego la infantería de los españoles, arcabuceros y ballesteros, con el carruaje de las mujeres que llevaban la munición y bastimentos de los españoles, y los indios llevaban su carruaje en medio de ellos; y de esta forma y manera fueron caminando hasta el mediodía, que fueron a reposar

debajo de unas grandes arboledas; y habiendo allí comido y reposado toda la gente e indios, tornaron a caminar por las veredas, que iban seguidas por vera de los montes y arboledas, por donde los indios, que sabían la tierra, los guiaban; y en todo el camino y campos que llevaron a su vista, había tanta caza de venados y avestruces, que era cosa de ver; pero los indios ni los españoles no salían a la caza, por no ser descubiertos ni vistos por los enemigos; y con la orden iban caminando, llevando los indios guaraníes la vanguardia, según está dicho, todos hechos un escuadrón, en buena orden, en que habría bien diez mil hombres, que era cosa muy de ver cómo iban todos pintados de almagra y otras colores, y con tantas cuentas blancas por los cuellos, y sus penachos, y con muchas planchas de cobre, que, como el sol reverberaba en ellas, daban de sí tanto resplandor, que era maravilla de ver, los cuales iban preveídos de muchas flechas y arcos.

# CAPÍTULO XXIII

***Cómo, yendo siguiendo los enemigos, fue avisado el gobernador como iban delante***

Caminando el gobernador y su gente por la orden ya dicha todo aquel día, después de puesto el sol a hora del Ave María, sucedió un escándalo y alboroto entre los in dios que iban en la hueste; y fue el caso que se vinieron apretar los unos con los otros, y se alborotaron con la venida de un espía que vino de los indios guaycurúes, que los puso en sospecha que se querían retirar de miedo de ellos, la cual les dijo que iban adelante, y que los había visto todo el día cruzar por toda la tierra, y que todavía iban adelante caminando sus mujeres e hijos, y que creían que aquella noche asentarían su pueblo, y que los indios guaraníes habían sido avisados de unas esclavas que ellos habían captivado pocos días había, de que otra generación de indios que se llaman merchireses[233] y que ellos habían oído decir a los de su generación que los guayacurúes tenían guerra con la generación de los indios que se llaman guatataes, y que creían que iban a hacerlos daño a su pueblo, y que a esta causa iban caminando a tanta priesa por la tierra; y porque las espías iban tras de ellos caminando hasta los ver a donde hacían parada y asiento, para dar el aviso dello; y sabido por el gobernador lo que la espía dijo, visto que aquella noche había buena luna clara, mandó que por la misma orden todavía fuesen caminando todos adelante sobre aviso, los ballesteros con sus ballestas armadas, y los arcabuceros cargados los arcabuces y las mechas encendidos (según que en tal caso convenía); porque, aunque los indios guaraníes iban en su compañía y eran también sus amigos, tenían todo cuidado de recatarse y guardarse de ellos tanto como de los enemigos, porque suelen hacer mayores traiciones y maldades si con ellos se tiene algún descuido y confianza; y así suelen hacer de las suyas.

# CAPÍTULO XXIV

***De un escándalo que causó un tigre entre los españoles y los indios***

Caminando el gobernador y su gente por la vera de unas arboledas muy espesas, ya que quería anochecer atravesóse un tigre por medio de los indios, de lo cual hobo entre ellos tan grande escándalo y alboroto, que hicieron a los españoles tocar alarma, y los españoles, creyendo que se querían volver contra ellos, dieron en los indios con apellido de Santiago, y de aquella refriega hirieron algunos indios; y visto por los indios, se metieron por el monte adentro huyendo, y hobieran herido con dos arcabucazos al gobernador, porque le pasaron las pelotas a raíz de la cara; los cuales se tuvo por cierto que le tiraron maliciosamente por lo matar, por complacer a Domingo de Irala, porque le había quitado el mandar de la tierra, como solía[234]. Y visto por el gobernador que los indios se habían metido por los montes, y que convenía remediar y apaciguar tan grandes escándalos y alboroto, se apeó solo y se lanzó en el monte con los indios, animándolos y diciéndoles que no era nada, sino que aquel tigre había causado aquel alboroto, y que él y la gente española eran sus amigos y hermanos, vasallos de Su Majestad, y que fuesen todos con él adelante a echar los enemigos de la tierra, pues que los tenían muy cerca. Y como ver los indios al gobernador en persona entre ellos, y con las cosas que les dijo, ellos se sosegaron, y salieron del monte con él; y es cierto que en aquel trance estuvo la cosa en punto de perderse todo el campo, porque si los dichos indios huían y se volvían a sus casas, nunca se aseguraran ni fiaran de los españoles, ni sus amigos y parientes; y ansí, se salieron, llamando el gobernador a todos los principales por sus nombres que se habían metido en los montes con los otros, los cuales estaban muy atemorizados, y les dijo y aseguró que viniesen con él seguros, sin ningún miedo ni temor; y que a los españoles los habían querido matar, ellos habían sido la causa, porque se habían puesto en arma, dando a entender que los querían matar, porque bien entendido tenían que había sido la causa aquel tigre que pasó entre ellos y que había puesto el temor a todos, y que pues eran amigos, se

tornasen a juntar, pues sabían que la guerra que iban a hacer era y tocaba a ellos mismos, y por su respecto se la hacía, porque los indios guaycurúes nunca les habían visto ni conoscido los españoles, ni hecho ningún enojo ni daño, y que por amparar y defender a ellos, y que no les fuesen hechos daños algunos, iban contra los dichos indios.

Siendo tan rogados y persuadidos por el gobernador por buenas palabras, salieron todos a ponerse en su mano muy aterrorizados, diciendo que ellos se habían escandalizado yendo caminando, pensando que del monte salían sus enemigos, los que iban a buscar, y que iban huyendo a se amparar con los españoles, y que no era otra la causa de su alteración; y como fueron sosegados los indios principales, luego los otros de su generación se juntaron, y sin que hobiese ningún muerto; y ansí juntos, el gobernador mandó que todos los indios allí adelante fuesen a la retaguardia, y los españoles en el avanguardia, y la gente de a caballo delante de toda la gente de los indios españoles; y mandó que todavía caminasen como iban en la orden por dar más contento a los indios, y viesen la voluntad con que iban contra sus enemigos, y perdiesen el temor de lo pasado, porque, si se rompiera con los indios, y no se pusiera remedio, todos los españoles que estaban en la provincia no se pudieran sustentar ni vivir en ella, y la habían de desamparar forzosamente; y así fue caminando hasta dos horas de la noche, que paró con toda la gente, a do cenaron de lo que llevaban, debajo de unos árboles.

# CAPÍTULO XXV

### *De cómo el gobernador y su gente alcanzaron a los enemigos*

A hora de las once de la noche, después de haber reposado los indios y españoles que estaban en el campo, sin consentir que hiciesen lumbre ni fuego ninguno, porque no fuesen sentidos de los enemigos, a la hora llegó una de las espías y descubridores que el gobernador había enviado para saber de los enemigos, y dijo que los dejaba asentando su pueblo; lo cual holgó mucho de oír el gobernador, porque tenía temor que hobiesen oído los arcabuces al tiempo que los dispararon en el alboroto y escándalo de aquella noche; y haciéndole preguntar a la espía a do quedaban los indios, le dijo que quedarían tres leguas de allí; y sabido esto por el gobernador, mandó levantar el campo, y caminó luego toda la gente, yendo con ella poco a poco, por detenerse en el camino y llegar a dar en ellos al reír[235] del alba, lo cual ansí convenía para seguridad de los indios amigos que consigo llevaban, y les dio por señal unas cruces de yeso, en los pechos puestas y señaladas, y en las espaldas también, porque fuesen conoscidos de los españoles y no los matasen pensando que eran los enemigos. Mas, aunque esto llevaban para remedio de su seguridad y peligro, entrando de noche en las casas, no bastaban para la fuga de las espadas; porque también se hieren y matan los amigos como los enemigos; y ansí caminaron hasta que el alba comenzó a romper, al tiempo que estaban cerca de las casas y pueblo de los enemigos esperando que aclarase el día para darles la batalla. Y porque no fuesen entendidos ni sentidos de ellos, mandó que hinchesen a los caballos las bocas de yerba sobre los frenos, porque no pudiesen relinchar; y mandó a los indios que tuviesen cercado el pueblo de los enemigos, y les dejasen una salida por donde pudiesen huir al monte, por no hacer mucha carnecería en ellos. Y estando así esperando, los indios guaraníes que consigo traía el gobernador se morían de miedo de ellos, y nunca pudo acabar con ellos que acometiesen a los enemigos. Y estándoles el gobernador rogando y persuadiendo a ello, oyeron los atambores que tañían los indios guaycurúes, los cuales estaban cantando y llamando todas

las nasciones, diciendo que viniesen a ellos, porque ellos eran pocos y más valientes que todas las otras nasciones de la tierra, y eran señores de ella y de los venados y de todos los otros animales de los campos, y eran señores de los ríos, y de los pesces que andaban en ellos, porque lo tal tienen de costumbre aquella nasción, que todas las noches del mundo se velan de esta manera; y al tiempo que ya se venía el día, salieron un poco adelante, y echáronse en el suelo; y estando así vieron el bulto de la gente y las mechas de los arcabuces; y como los enemigos reconoscieron tanto bulto de gentes y muchas lumbres de las muchas, hablaron alto, diciendo: «¿Quién sois vosotros, que osáis venir a nuestras casas?» Y respondióles un cristiano que sabía su lengua, y díjoles: «Yo soy Héctor (que así se llamaba la lengua que lo dijo), y vengo con los míos a hacer el trueque (que en su lengua quiere decir venganza) de la muerte de los batates que vosotros matastes». Entonces respondieron los enemigos: «Vengáis mucho en mal hora; que también habrá para vosotros como hobo para ellos». Y acabado de decir esto, arrojaron a los españoles los tizones de fuego que traían en las manos, y volvieron corriendo a sus casas y tomaron sus arcos y flechas, y volvieron contra el gobernador y su gente con tanto ímpetu y braveza, que parescía que no los tenían en nada: los indios que llevaba consigo el gobernador se retiraron y huyeran si osaran. Y visto esto por el gobernador, encomendó el artillería de campo que llevaba a don Diego de Barba, y al capitán Salazar la infantería de todos los españoles e indios, hechos dos escuadrones, y mandó echar los pretales de los cascabeles a los caballos, y puesta la gente en orden, arremetieron contra los enemigos con el apellido y nombre del Señor Santiago, el gobernador delante en su caballo, atropellando cuantos hallaba delante; y como vieron los indios enemigos los caballos, que nunca los habían visto, fue tanto el espanto que tomaron de ellos, que huyeron para los montes cuanto pudieron, hasta meterse en ellos, y al pasar por su pueblo pusieron fuego a una casa; y como son de esteras, de juncos y de enea, comenzó a arder, y a esta causa se emprendió el fuego por todas las otras, que serían hasta veinte casas levadizas, y cada casa era de quinientos pasos. Habría en esta gente hasta cuatro mil hombres de guerra, los cuales se retiraron detrás del humo que

los fuegos de las casas hacían; y estando así cubiertos con el humo mataron dos cristianos y descabezaron doce indios, de los que consigo llevaban, de esta manera, tomándolos por los cabellos, y con unos tres o cuatro dientes que traen en un palillo, que son de un pescado que se dice palometa. Este pescado corta los anzuelos con ellos, y teniendo a los prisioneros por los cabellos, con tres o cuatro refregones que les dan, corriendo la mano por el pescuezo y torciéndola un poco, se lo cortan, y quitan la cabeza, y se llevan en la mano, asida por los cabellos; y aunque van corriendo, muchas veces lo suelen hacer así tan fácilmente como si fuese otra cosa más ligera.

# CAPÍTULO XXVI

***Cómo el gobernador rompió los enemigos***

Rompidos y desbaratados los indios, y yendo en su seguimiento el gobernador y su gente, uno de a caballo que iba con el gobernador, que se halló muy junto a un indio de los enemigos, el cual indio se abrazó al pescuezo de la yegua en que iba el caballero, y con tres flechas que llevaba en la mano dio por el pescuezo a la yegua, que se lo pasó por tres partes, y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron; y si no se hallara presente el gobernador, la victoria por nuestra parte estuviera dudosa. Esta gente de estos indios son muy grandes y muy ligeros; son muy valientes y de grandes fueras; viven gentílicamente, no tienen casas de asiento, mantiénense de montería y de pesquería; ninguna nasción los venció si no fueron españoles. Tienen por costumbre que si alguno los venciese, se les darían por esclavos. Las mujeres tienen por costumbre y libertad que si a cualquier hombre que los suyos hobieren prendido y captivado, queriéndolo matar, la primera mujer que lo viera lo liberta, y no puede morir ni menos ser captivo; y queriendo estar entre ellos el tal captivo, lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. Y es cierto que las mujeres tienen más libertad que la que dio la reina doña Isabel, nuestra señora, a las mujeres de España; y cansado el gobernador y su gente de seguir al enemigo, se volvió al real, y recogida la gente con buena orden, comenzó a caminar, volviéndose a la ciudad de la Ascensión; e yendo por el camino, los indios guaycurúes por muchas veces los siguieron y dieron arma lo cual dio causa a que el gobernador tuviese mucho trabajo en traer recogidos los indios que consigo llevó, porque no se los matasen los enemigos que habían escapado de la batalla; porque los indios guaraníes que habían ido en su servicio tienen por costumbre que, en habiendo una pluma o una flecha o una estera de cualquiera de los enemigos, se vienen con ella para su tierra solos, sin aguardar otro ninguno; y así acontesció matar veinte guaycurúes a mil guaraníes, tomándolos solos y dividos; tomaron en aquella jornada el gobernador y su gente hasta cuatrocientos prisioneros,

entre hombres y mujeres y mochachos, y caminando por el camino, la gente de a caballo alancearon y mataron muchos venados, de que los indios se maravillaban mucho de ver que los caballos fuesen tan ligeros que los pudiesen alcanzar. También los indios mataron con flechas y arcos muchos venados; y a hora de las cuatro de la tarde vinieron a reposar debajo de unas grandes arboledas, donde dormieron aquella noche, puestas centinelas y a buen recaudo.

# CAPÍTULO XXVII

### *De cómo el gobernador volvió a la ciudad de la Ascensión con toda su gente*

Otro día siguiente, siendo de día claro, partieron en buena orden, y fueron caminando y cazando, así los españoles de a caballo como los indios guaraníes, y se mataron muchos venados y avestruces, y ansimismo la gente española con las espadas mataron algunos venados que venían a dar al escuadrón huyendo de la gente de a caballo y de los indios, que era cosa de ver y de muy gran placer ver la caza que se hizo el dicho día; y hora y media antes que anocheciese llegaron a la ribera del río del Paraguay, donde habían dejado el gobernador los dos bergantines y canoas, y este día comenzó a pasar alguna de la gente y caballos; y otro día siguiente, dende la mañana hasta el mediodía, se acabó todo de pasar; y caminando, llegó a la ciudad de la Ascensión con su gente, donde había dejado para su guardia doscientos cincuenta hombres, y por capitán a Gonzalo de Mendoza, el cual tenía presos seis indios de una generación que se llaman yapirúes[236], la cual es una gente crescida, de grandes estaturas, valientes hombres, guerreros y grandes corredores, y no labran ni crían; mantiénense de la caza y pesquería; son enemigos de los indios guaraníes y de los guaycurúes. Y habiendo hablado Gonzalo de Mendoza al gobernador, le informó y dijo que el día antes habían venido los indios y pasado el río del Paraguay, y diciendo que los de su generación habían sabido de la guerra que habían ido a hacer y se había hecho a los indios guaycurúes, y que ellos y todas las otras generaciones estaban por ello atemorizados, y que su principal los enviaba a hacer saber cómo deseaban ser amigos de los cristianos; y que si ayuda fuese menester contra los guaycurúes, que vernían; y que él había sospechado que los indios venían a hacer alguna traición y a ver su real, debajo de aquellos ofrecimientos, y que por esta razón los había preso hasta tanto que se pudiese bien informar y saber la verdad; y sabido lo susodicho por el gobernador, los mandó luego soltar y que fuesen traídos ante él; los cuales fueron luego traídos, y

les mandó hablar con una lengua intérprete español que entendía su lengua, y les mandó preguntar la causa de su venida a cada uno por él. Y entendiendo que de ello redundara provecho y servicio de Su Majestad, les hizo buen tratamiento y les dio muchas cosas de rescates para ellos y para su principal, diciéndoles cómo él los recebía por amigos y por vasallos de Su Majestad, y que del gobernador serían bien tratados y favorecidos, con tanto que se apartasen de la guerra que solían tener con los guaraníes, que eran vasallos de Su Majestad, y de hacerles daño; porque les hacía saber que ésta había sido la causa principal por que les había hecho guerra a los indios guaycurúes; y ansí los despidió y se partieron muy alegres y contentos.

# CAPÍTULO XXVIII

### *De cómo los indios agaces rompieron las paces*

Demás de lo que Gonzalo de Mendoza dijo y avisó al gobernador, de que se hace mención en el capítulo antes que éste, le dijo que los indios de la generación de los agaces, con quien se habían hecho y asentado las paces la noche del proprio día que partió de la ciudad de la Ascensión a hacer la guerra a los guaycurúes, habían venido con mano armada a poner fuego a la ciudad y hacerles la guerra, y que habían sido sentidos por las centinelas, que tocaron al arma; y ellos, conosciendo que eran sentidos, se fueron huyendo, y dieron en las labranzas y caserías de los cristianos, de los cuales tomaron muchas mujeres de la generación de los guaraníes, de cristianas nuevamente convertidas, y que de allí adelante habían venido cada noche a saltear y robar la tierra, y habían hecho muchos daños a los naturales por haber rompido la paz; y las mujeres que habían dado en rehenes, que eran de su generación, para que guardarían la paz, la misma noche que ellos vinieron habían huído, y les habían dado aviso cómo el pueblo quedaba con poca gente, y que era buen tiempo para matar los cristianos; y por aviso de ellas vinieron a quebrantar la paz y hacer la guerra, como lo acostumbran; y habían robado las caserías de los españoles, donde tenían sus mantenimientos, y se los habían llevado, con más de treinta mujeres de los guaraníes. Y oído esto por el gobernador, y tomada información de ello, mandó llamar los religiosos y clérigos, y a los oficiales de Su Majestad y a los capitanes, a los cuales dio cuenta de lo que los agaces habían hecho en rompimiento de las paces, y les rogó, y de parte de Su Majestad les mandó, que diesen su parescer (como Su Majestad lo mandó, que lo tomase, y con él hiciese lo que conviniese), firmándolo todos ellos de sus nombres y mano, y siendo conformes a una cosa, hiciese lo que ellos le aconsejasen; y platicado el negocio entre todos ellos, y muy bien mirado, fueron de acuerdo y le dieron por parescer que les hiciese la guerra a fuego y sangre, por castigarlos de los males y daños que continuo hacían en la tierra; y siendo éste su parescer, estando conformes, lo

firmaron de sus nombres. Y para más justificación de sus delitos, el gobernador mandó hacer proceso contra ellos, y hecho, lo mandó juntar y acumular con otros cuatro procesos que habían hecho contra ellos; antes que el gobernador fuese los cristianos que antes en la tierra estaban habían muerto más de mil de ellos por los males que en la tierra continuamente hacían.

# CAPÍTULO XXIX

## *De cómo el gobernador soltó uno de los prisioneros guaycurúes, y envió a llamar los otros*

Después de haber hecho lo que dicho es contra los agaces, mandó el gobernador llamar a los indios principales guaraníes que se hallaron en la guerra de los guaycurúes, y les mandó que le trujesen todos los prisioneros que habían habido y traído de la guerra de los guaycurúes, y les mandó que no consintiesen que los guaraníes escondiesen ni traspusiesen ninguno de los dichos prisioneros, so pena que el que lo hiciese sería muy bien castigado; y así trujeron los españoles los que habían habido, y a todos juntos les dijo que Su Majestad tenía mandado que ninguno de aquellos guaycurúes no fuese esclavo, porque no se habían hecho con ellos las diligencias que se habían de hacer, y antes era más servido que se les diese libertad; y entre los tales indios prisioneros estaba uno muy gentil hombre y de muy buena proporción, y por ello el gobernador lo mandó soltar y poner en libertad, y le mandó que fuese a llamar los otros todos de su generación; que él quería hablarles de parte de Su Majestad y recebirlos en su nombre por vasallos, y que, siéndolo, él los ampararía y defendería, y les daría siempre rescates y otras cosas; y dióle algunos rescates, con que se partió muy contento para los suyos, y ansí se fue, y dende a cuatro días volvió y trujo consigo a todos los de su generación, los cuales muchos de ellos estaban malheridos; y así como estaban vinieron todos, sin faltar ninguno.

# CAPÍTULO XXX

***Cómo vinieron a dar la obediencia los indios guaycurúes a su majestad***

Dende a cuatro días que el prisionero se partió del real, un lunes por la mañana llegó a la orilla del río con toda la gente de su nasción, los cuales estaban debajo de una arboleda a la orilla del río Paraguay; y sabido por el gobernador, mandó pasar muchas canoas con algunos cristianos y algunas lenguas con ellas, para que los pasasen a la ciudad, para saber y entender qué gente eran; y pasadas de la otra parte las canoas, y en ellas hasta veinte hombres de su nasción, vinieron ante el gobernador, y en su presencia se sentaron sobre un pie como es costumbre entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos eran principales de su nasción de guaycurúes, y que ellos y sus antepasados habían tenido guerras con todas las generaciones de aquella tierra, así de los guaraníes como de los imperúes y agaces y guatataes y naperúes y mayaes[237], y otras muchas generaciones, y que siempre les habían vencido y maltratado, y ellos no habían sido vencidos y maltratados, y ellos no habían sido vencidos de ninguna generación ni lo pensaron ser; y que pues habían hallado otros más valientes que ellos, que se venían a poner en su poder y a ser sus esclavos, para servir a los españoles; y pues el gobernador, con quien hablaban, era el principal de ellos, que les mandase lo que habían de hacer como a tales sus sujetos y obedientes; y que bien sabían los indios guaraníes que no bastaban ellos a hacerles la guerra, porque ellos no los temían ni tenían en nada, ni se atreverían a los ir a buscar y hacer la guerra si no fuera por los españoles; y que sus mujeres e hijos quedaban de la otra parte del río, y venían a dar la obediencia y hacer lo mismo que ellos; y que por ellos, y en nombre de todos, se venían a ofrescer al servicio de Su Majestad[238].

# CAPÍTULO XXXI

***De cómo el gobernador, hechas las paces con los guaycurúes, les entregó los prisioneros***

Y visto por el gobernador lo que los indios guaycurúes dijeron por su mensaje, y que una gente que tan temida era en toda la tierra venían con tanta humildad a ofrecerse y ponerse en su poder (lo cual puso grande espanto y temor en toda la tierra), les mandó decir por las lenguas intérpretes que él era allí venido por mandado de Su Majestad, y para que todos los naturales viniesen en conoscimiento de Dios Nuestro Señor, y fuesen cristianos y vasallos de Su Majestad, y a ponerlos en paz y sosiego, y a favorescerlos y hacerlos buenas tratamientos y que si ellos se apartaban de las guerras y daños que hacían a los indios guaraníes, que él los ampararía y defendería y tendría por amigos, y siempre serían mejor tratados que las otras generaciones, y que les darían y entregarían los prisioneros que en la guerra habían tomado, así los que él tenía como los que tenían los cristianos en su poder, y los otros todos que tenían los guaraníes que en su compañía habían llevado (que tenían muchos de ellos); y poniéndolo en efecto, los prisioneros que en su poder estaban y los que los dichos guaraníes tenían, los trajeron todos ante el gobernador, y se los dio y entregó; y como los hobieron recebido, dijeron y afirmaron otra vez que ellos querían ser vasallos de Su Majestad, y dende entonces daban la obediencia y vasallaje, y se apartaban de la guerra de los guaraníes; y que dende en adelante vernían a traer en la ciudad todo lo que tomasen, para provisión de los españoles; y el gobernador se lo agradesció, y les repartió a los principales muchas joyas y rescates, y quedaron concertadas las paces, y de allí adelante siempre las guardaron, y vinieron todas las veces que el gobernador los envió a llamar, y fueron muy odedientes en sus mandamientos, y su venida era de ocho a ocho días a la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asada en barbacoa. Esta barbacoa es como unas parrillas, y están a dos palmos altas del suelo, y son de palos delgados, y echan la carne escalad encima, y así la asan; y traen mucho

pescado y otros muchos mantenimientos, mantecas y otras cosas, y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos, las cuales hacen muy pintadas; y asimismo muchos cueros de tigres y de antes y de venados, y de otros animales que matan; y cuando así vienen, dura la contratación de los tales mantenimientos dos días, y contratan los de la otra parte del río que están con sus ranchos; la cual contratación es muy grande, y son muy apacibles para los guaraníes, los cuales les dan, en trueque de lo que traen, mucho maís y mandioca y mandubis[239], que es una fruta como avellanas o chufas, que se cría debajo de la tierra; también les dan y truecan arcos y flechas; y pasan el río a esta contratación doscientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la más hermosa cosa del mundo verlas ir; y como van con tanta priesa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mercaduría y ellas con al agua; y los indios a quien acontesce lo tal, y los otros que están en tierra esperándolos, toman tan gran risa, que en dos días no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir a contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por río abajo, y mueren por llegar con sus canoas unos primero que otros, y ésta es la causa por donde se encuentran muchas veces; y en la contratación tienen tanta vocería, que no se oyen los unos a los otros, y todos están muy alegres y regocijados.

# CAPÍTULO XXXII

***Cómo vinieron los indios aperúes a hacer paz y dar la obediencia***

Dende a pocos días que los seis indios aperúes se volvieron para los suyos, después que los mandó soltar el gobernador para que fuesen a asegurar a los otros indios de su generación, un domingo de mañana llegaron a la ribera del Paraguay, de la otra parte, a vista de la ciudad de la Ascensión, hechos un escuadrón; los cuales hicieron seña a los de la ciudad, diciendo que querían pasar a ella; y sabido por el gobernador, luego mandó ir canoas a saber qué gente eran; y como llegaron a tierra, los dichos indios se metieron en ellas y pasaron de esta otra parte hacia la ciudad; y venidos delante del gobernador, dijeron como eran gente de paz, según su costumbre; y sentados, dijeron que eran los principales de aquella generación llamada aperúes, y que venían a conoscerse con el principal de los cristianos y a lo tener por amigo y hacer lo que él les mandase; y que la guerra que se habla hecho a los indios guaycurúes la habían sabido por toda la tierra, y que por razón de ello todas las generaciones estaban muy temerosas y espantadas de que los dichos indios, siendo los más valientes y temidos, fuesen acometidos y vencidos y desbaratados por los cristianos; y que en señal de la paz y amistad que querían tener y conservar con los cristianos, trujeron consigo ciertas hijas suyas, y rogaron al gobernador que las recebiese, y para que ellos estuviesen más cierto y seguros y los tuviesen por amigos, las daban en rehenes; y estando presentes a ello los capitanes y religiosos que consigo traía el gobernador, y ansimismo en presencia de los oficiales de Su Majestad, dijo que él era venido a aquella tierra a dar a entender a los naturales de ella cómo habían de ser cristianos y enseñados en la fe, y que diesen la obediencia a Su Majestad, y tuviesen paz y amistad con los indios guaraníes, pues eran naturales de aquella tierra y vasallos de Su Majestad, y que, guardando ellos el amistad y otras cosas que les mandó de parte de Su Majestad, los recebiría por sus vasallos y como a tales los ampararía y defendería de todos, guardando la paz y amistad con todos los naturales de aquella tierra, y mandaría a todos los

indios que los favoresciesen y tuviesen por amigos y dende allí los tuviesen por tales, y que cada y cuando que quisiesen pudiesen venir seguros a la ciudad de la Ascensión a rescatar y contratar con los cristianos e indios que en ella residían, como lo hacían los guaycurúes después que asentó la paz con ellos; y para tener seguros de ellos, el gobernador recebió las mujeres e hijos que le dieron, y también porque no se enojasen, creyendo que, pues no los tomaba, no los admitía; las cuales mujeres y muchachos el gobernador dio a los religiosos y clérigos para que los doctrinasen y enseñasen la doctrina cristiana, y los pusiesen en buenos usos y costumbres; y los indios se holgaron mucho de ello, y quedaron muy contentos y alegres por haber quedado por vasallos de Su Majestad, y dende luego como tales le obedescieron y propusieron de cumplir lo que por parte del gobernador les fue mandado; y habiéndoles dado muchos rescates, con que se alegraron y contentaron mucho, se fueron muy alegres. Estos indios de que se ha tratado nunca están quedos de tres días arriba en un asiento; siempre se mudan de tres a tres días, y andan buscando la caza y monterías y pesquerías para sustentarse, y traen consigo sus mujeres e hijos, y deseoso el gobernador de atraerlos a nuestra santa fe católica, preguntó a los clérigos y religiosos si había manera para poder industriar y doctrinar aquellos indios. Y le respondieron que no podía ser, por no tener los dichos indios asiento cierto, y porque se las pasaban los días y gastaban el tiempo en buscar de comer; y que por ser la necesidad tan grande de los mantenimientos, que no podían dejar de andar todo el día a buscarlos con sus mujeres e hijos; y si otra cosa en contrario quisiesen hacer, morirían de hambre; y que sería por demás el trabajo que en ello se pusiese, porque no podrían venir ni sus mujeres e hijos a la doctrina, ni los religiosos estar entre ellos, porque había poca seguridad y menos confianza.

# CAPÍTULO XXXIII

***De la sentencia que se dio contra los agaces, con parescer de los religiosos y capitanes y oficiales de Su Majestad***

Después de haber rescebido el gobernador a obediencia de Su Majestad los indios (como habéis oído), mandó que le mostrasen el proceso y probanza que se había hecho contra los indios agaces; y visto por él y por los otros procesos que contra ellos se había hecho, paresció por ellos ser culpados por los robos y muertes que por toda la tierra habían hecho, mostró el proceso de sus culpas y la instrucción que tenía de Su Majestad a los clérigos y religiosos, estando presentes los capitanes y oficiales de Su Majestad; y habiéndolo muy bien visto todos juntamente, sin discrepar en ninguna cosa, le dieron por parescer que les hiciese la guerra a fuego y a sangre, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad; y por lo que resultaba por el proceso de sus culpas, conforme a derecho, los condenó a muerte a trece o catorce de su generación que tenía presos; y entrando en la cárcel su alcalde mayor a sacarlos, con unos cuchillos que tenían escondidos dieron ciertas puñaladas a personas que entraron con el alcalde, y los mataran si no fuera por otra gente que con ellos iban, que los socorrieron; y defendiéndose de ellos, fuéles forzado meter mano a las espadas que llevaban; y metiénronlos en tanta necesidad, que mataron dos de ellos y sacaron los otros a ahorcar en ejecución de la sentencia.

# CAPÍTULO XXXIV

### *De cómo el gobernador tornó a socorrer a los que estaban en Buenos Aires*

Como las cosas estaban en paz y quietud, envió el gobernador a socorrer la gente que estaba en Buenos Aires, y al capitán Juan Romero, que había enviado a hacer el mismo socorro con dos bergantines y gente; para el cual socorro acordó enviar al capitán Gonzalo de Mendoza con otros dos bergantines cargados de bastimentos y cien hombres; y esto hecho, mandó llamar los religiosos y clérigos y oficiales de Vuestra Majestad, a los cuales dijo que pues no había cosa que impidiese el descubrimiento de aquella provincia, que se debía de buscar lumbre y camino por donde sin peligro y menos pérdida de gente se pusiese en efecto la entrada por tierra, por donde hubiese poblaciones de indios y que tuviesen bastimentos, apartándose de los despoblados y desiertos (porque había muchos en la tierra), y que les rogaba y encomendaba de parte de Su Majestad mirasen lo que más útil y provechoso fuese y les paresciese, y que sobre ello le diesen su parescer, los cuales religiosos y clérigos, y el comisario fray Bernaldo de Armenta, y fray Alonso Lebrón, de la orden del señor Sant Francisco; y fray Juan de Salazar, de la orden de la Merced; y fray Luois de Herrezuelo, de la orden de Sant Hierónimo; y Francisco de Andrada, el bachiller Martín de Almenza, y el bachiller Martínez, y Juan Gabriel de Lezcano, clérigos y capellanes de la iglesia de la ciudad de la Ascensión. Asimismo pidió parescer a los oficiales de Su Majestad y a los capitanes; y habiendo platicado entre todos sobre ello, todos conformes dijeron que su parescer era que luego con toda brevedad se enviase a buscar tierra poblada por donde se pudiese ir a hacer la entrada y descubrimiento, por las causas y razones que el gobernador había dicho y propuesto, y así quedó aquel día sentado y concertado; y para que mejor se pudiese hacer el descubrimiento, y con más brevedad, mandó el gobernador llamar los indios más principales de la tierra y más antiguos de los guaraníes, y les dijo cómo él quería ir a descubrir las poblaciones a

aquella provincia, de las cuales ellos le habían dado relación muchas veces; y que antes de lo poner en efecto quería enviar algunos cristianos a que por vista de ojos viesen el camino por donde habían de ir; y que pues ellos eran cristianos y vasallos de Su Majestad, tuviesen por bien de dar indios de su generación que supiesen el camino para los llevar y guiar de manera que se pudiesen traer buena relación, y a Vuestra Majestad harían servicio y a ellos mucho provecho, allende que les sería pagado y gratificado; y los indios principales dijeron que ellos se iban, y proveerían de la gente que fuese menester cuando se la pidiesen, y allí se ofrescieron muchos de ir con los cristianos; el primero fue un indio principal del río arriba que se llamaba Aracare, y otros señalados que adelante se dirá y vista la voluntad de los indios, se partieron con ellos tres cristianos lenguas, hombres pláticos en la tierra, e iban con ellos los indios que se le habían ofrescido muchas veces, de guaraníes y otras generaciones, los cuales habían pedido les diesen la empresa del descubrimiento; a los cuales encomendó que con toda diligencia y fidelidad y descubriesen aquel camino, adonde tanto servicio harían a Dios y a Vuestra Majestad; y entre tanto que los cristianos e indios ponían en efecto el camino, mandó adereszar tres bergantines y bastimentos y cosas necesarias, y con noventa cristianos envió al capitán Domingo de Irala[240], vizcaíno, por capitán de ellos, para que subiesen por el río del Paraguay arriba todo lo que pudiesen navegar y descubrir en tiempo de tres meses y medio, y viesen si en la ribera del río había algunas poblaciones de indios, de los cuales se tomase relación y aviso de las poblaciones y gente de la provincia. Partiéronse estos tres navíos de cristianos a 20 días del mes de noviembre, año de 1542. En ellos iban los tres españoles con los indios que habían de descubrir por tierra, a do habían de hacer el descubrimiento por el puerto que dicen de las Piedras, setenta leguas de la ciudad de la Ascensión, yendo por el río del Paraguay arriba. Partidos los navíos que iban a hacer el descubrimiento de la tierra, dende a ocho días escribió una carta el capitán Vergara cómo los tres españoles se habían partido con número de más de ochocientos indios por el puerto de las Piedras[241], debajo del trópico en 24 grados, a proseguir su camino y descubrimiento, y que los indios iban

muy alegres y deseosos de enseñar a los españoles el dicho camino; y habiéndoles encargado y encomendado a los indios se partía para el río arriba a hacer el descubrimiento.

# CAPÍTULO XXXV

***Cómo se volvieron de la entrada los tres cristianos e indios que iban a descubrir***

Pasados veinte días que los tres españoles hobieron partido de la ciudad de la Ascensión a ver el camino que los indios se ofrescieron a les enseñar, volvieron a la ciudad, y dijeron que llevando por guía principal Aracare, indio principal de la tierra, habían entrado por el que dicen puerto de las Piedras, y con ellos hasta ochocientos indios, poco más o menos; y habiendo caminado cuatro jornadas por la tierra por donde los dichos indios iban, guiando el indio Aracare, principal, como hombre que los indios le temían y acataban con mucho respeto, les mandó, desde el principio de su entrada, fuesen poniendo fuego por los campos por donde iban caminando, que era dar grandes aviso a los indios de aquella tierra, enemigos, para que saliesen a ellos al camino y los matasen; lo cual hacían contra la costumbre y orden que tienen los que van a entrar y a descubrir por semejantes tierras y entre los indios se acostumbraba; y allende de esto, el Aracare públicamente iba diciendo a los indios que se volviesen y no fuese con ellos a les enseñar el camino de las poblaciones de la tierra, porque los cristianos eran muy malos, y otras palabras muy malas y ásperas, con las cuales escandalizó a los indios; y no embargantes que por ellos fueron rogados e importunados siguiesen su camino y dejasen de quemar los campos, no lo quisieron hacer; antes al cabo de las cuatro jornadas se volvieron, dejándoles desamparados y perdidos en la tierra, y en muy gran peligro, por lo cual les fue forzado volverse, visto que todos los indios y las guías se habían vuelto.

# CAPÍTULO XXXVI

***Cómo se hizo tablazón para los bergantines y una carabela***

En este tiempo el gobernador mandó que se buscase madera para aserrar y hacer tablazón y ligazón, así para hacer bergantines para el descubrimiento de la tierra como para hacer una carabela que tenía acordado de enviar a este reino para dar cuenta a Su Majestad de las cosas sucedidas en la provincia en el descubrimiento y conquista de ella; y el gobernador personalmente fue por los montes y campos de la tierra con los oficiales y maestros de bergantines y aserradores; los cuales en tiempo de tres meses aserraron toda la madera que les paresció que bastaría para hacer la carabela y diez navíos de remos para la navegación del río y descubrimiento de él; la cual se trajo a la ciudad de la Ascensión por los indios naturales, a los cuales mandó pagar sus trabajos, y de la madera con toda diligencia se comenzaron a hacer los dichos bergantines.

# CAPÍTULO XXXVII

## *De cómo los indios de la tierra se tornaron a ofrescer*

Y visto que los cristianos que había enviado a descubrir y buscar camino para hacer la entrada y descubrimiento de la provincia se habían vuelto sin traer relación ni aviso de lo que convenía, y que al presente se ofrescían ciertos indios principales naturales de esta ribera, algunos de los cristianos nuevamente convertidos y otros muchos indios, ir a descubrir las poblaciones de la tierra adentro, y que llevarían consigo algunos españoles que lo viesen, y trujesen relación del camino que ansí descubriesen, habiendo hablado y platicado con los indios principales que a ello se ofrecieron, que se llamaban Juan de Salazar Cupirati, y Lorenzo Moquiraci, y Timbuay, y Gonzalo Mayrairu, y otros; y vista su voluntad y buen celo con que se movían a descubrir la tierra, se lo agradeció y ofresció que Su Majestad, y él en su real nombre, se lo pagarían y gratificarían; y a esta sazón le pidieran cuatro españoles, hombres pláticos en aquella tierra, les diese la empresa del descubrimiento, porque ellos irían con los indios y pornían en descubrir el camino toda la diligencia que para tal caso se requería; y él, visto que de su voluntad se ofrescían, el gobernador se lo concedió. Estos cristianos que se ofrescieron a descubrir este camino, y los indios principales con hasta mil y quinientos indios que llamaron y juntaron de la tierra, se partieron a 15 días del mes de diciembre del año de 1542 años, y fueron navegando con canoas por el río del Paraguay arriba, y otros fueron por tierra hasta el puerto de las Piedras, por donde se había de hacer la entrada al descubrimiento de la tierra, habían de pasar por la tierra y lugares de Aracare, que estorbaba que no se descubriese el camino pasado a los indios, que nuevamente iban, que no fuesen induciéndoles con palabras de motín; y no lo queriendo hacer los indios, se lo quisieron hacer dejar descubrir por fuerza, y todavía pasaron delante; y llegados al puerto de las Piedras los españoles, llevando consigo los indios y algunos que dijeron que sabían el camino por guías, caminaron treinta días contino por tierra despoblada, donde pasaron grandes hambres

y sed; en tal manera, que murieron algunos indios, y los cristianos con ellos se vieron tan desatinados y perdidos de sed y hambre, que perdieron el tino y no sabían por dónde habían de caminar; y de esta causa se acordaron de volver y se volvieron, comiendo por todo el camino cardos salvajes, y para beber sacaban zumo de los cardos y de otras yerbas, y a cabo de cuarenta y cinco días volvieron a la ciudad de la Ascensión; y venido por el río abajo, el dicho Aracare les salió al camino y les hizo mucho daño, mostrándose enemigo capital de los cristianos y de los indios que eran amigos, haciendo guerra a todos; y los indios y cristianos llegaron flacos y muy trabajados. Y vistos los daños tan notorios que el dicho Aracare indio había hecho y hacía, y cómo estaba declarado por enemigo capital, con parescer de los oficiales de Vuestra Majestad y religiosos, mandó el gobernador proceder contra él, y se hizo el proceso, y mandó que a Aracare le fuesen notificados los autos, y así se lo notificaron, con gran peligro y trabajo de los españoles que para ello envió, porque Aracare los salió a matar con mano armada, levantando y apellidando todos sus parientes y amigos para ello; y hecho y fulminado el proceso conforme a derecho, fue sentenciado a pena de muerte corporal, la cual fue ejecutada en el dicho Aracare indio[242], y a los indios naturales les fue dicho y dado a entender las razones y causas justas que para ello había habido. A 20 días del mes de diciembre vinieron a surgir al puerto de la ciudad de la Ascensión los cuatro bergantines que el gobernador había enviado al río del Paraná a socorrer los españoles que venían en la nao que envió dende la isla de Santa Catalina, y con ellos el batel de la nao, y en todos cinco navíos vino toda la gente, y luego todos desembarcaron. Pedro Destopiñán Cabeza de Vaca, a quien dejó por capitán de la nao y gente, el cual dijo que llegó con la nao al río del Paraná, y que luego fue en demanda del puerto de Buenos Aires; y en la entrada del puerto, junto donde estaba asentado el pueblo, halló un mástel enarbolado hincado en tierra, con unas letras cavadas que decían: «Aquí está una carta»; y fue hallada en unos barrenos que se dieron; la cual abierta, estaba firmada de Alonso Cabrera, veedor de fundiciones, y de Domingo de Irala, vizcaíno, que se decía y nombraba teniente de gobernador de la provincia; y decía dentro de ella cómo habían

despoblado el pueblo del puerto de Buenos Aires y llevado la gente que en él residía a la ciudad de la Ascensión por causas que en la parte se contenían[243]; y que de causa de hallar el pueblo alzado y levantado, había estado muy cerca de ser perdida toda la gente que en la nao venía, así de hambre como por guerra que los indios guaraníes les daban; y que por tierra, en un esquife de la nao, se le habían ido veinticinco cristianos huyendo de hambre, y que iban a la costa del Brasil; y que si tan brevemente no fueran socorridos, y a tardarse el socorro un día sólo, a todos los mataron los indios, porque la propia noche que llegó el socorro, porque con haberles venido ciento cincuenta españoles prácticos en la tierra a socorrerlos, los habían acometido los indios al cuarto de alba y puesto fuego a su real, y les mataron e hirieron cinco o seis españoles; y con hallar tan gran resistencia de navíos y de gentes, los pusieron los indios en muy gran peligro; y así, se tuvo por muy cierto que los indios mataran toda la gente española de la nao si no se hallan allí el socorro, con el cual se reformaron y esforzaron para salvar la gente; y que allende de esto, se puso grande diligencia a tornar, a fundar y asentar de nuevo el pueblo y puerto de Buenos Aires, en el río del Paraná, en un río que se llama el río de San Juan, y no se pudo asentar ni hacer a causa que era a la sazón invierno, tiempo trabajoso, y las tapias que se hacían las aguas las derribaban. Por manera que le fue forzado dejarlo de hacer, y fue acordado que toda la gente se subiese por el río arriba y traerla a esta ciudad de la Ascensión[244]. A este capitán Gonzalo de Mendoza, siempre la víspera día de Todos los Santos le acontescía un caso desastrado, y a la boca del río, el mismo día, se le perdió una nao cargada de bastimento y se le ahogó gente harta; y viniendo navegando acontesció un acaso extraño. Estando la víspera de Todos Santos surtos los navíos en la ribera del río junto a unas barraqueras altas, y estando amarrada a un árbol la galera que traía Gonzalo de Mendoza, tembló la tierra, y levantada la misma tierra se vino arrollada como un golpe de mar hasta la barranca, y los árboles cayeron en el río, y la barranca dio sobre los bergantines, y el árbol do estaba amarrada la galera dio tan gran golpe sobre ella, que la volvió de abajo arriba, y así la llevó más de media legua, llevando el mástel debajo y la

quilla encima; y de esta tormenta se le ahogaron en la galera y otros navíos catorce personas entre hombres y mujeres; y según lo dijeron los que se hallaron presentes, fue la cosa más temerosa que jamás pasó; y con este trabajo llegaron a la ciudad de la Ascensión, donde fueron bien aposentados y proveídos de todo lo necesario; y el gobernador, con toda la gente, dieron gracias a Dios por haberlos traído a salvamiento y escapado de tantos peligros como por aquel río hay y pasaron.

# CAPÍTULO XXXVIII

## *De cómo se quemó el pueblo de la Ascensión*

A 4 días del mes de febrero del año siguiente de 543 años, un domingo de madrugada, tres horas antes que amaneciese, se puso fuego a una casa pajiza dentro de la ciudad de la Ascensión, y de allí saltó a otras muchas casas; y como había viento fresco andaba el fuego con tanta fuerza, que era espanto de lo ver, y puso grande alteración y desasosiego a los españoles, creyendo que los indios por les echar de la tierra lo habían hecho. El gobernador a la sazón hizo dar alarma para que acudiesen a ella y sacasen sus armas, y quedasen armados para se defender y sustentar en la tierra; y por salir los cristianos con sus armas, las escaparon, y quemóseles toda su ropa, y quemáronse más de doscientas casas, y no les quedaron más de cincuenta casas, las cuales escaparon por estar en medio un arroyo de agua, y quemáronseles más de cuatro o cinco mil fanegas de maíz en grano, que es el trigo de la tierra, y mucha harina de ello, y muchos otros mantenimientos de gallinas y puercos en gran cantidad, y quedaron los españoles tan perdidos y destruidos y tan desnudos, que no les quedó con que se cubrir las carnes; y fue tan grande el fuego, que duró cuatro días; hasta una braza debajo de la tierra se quemó, y las paredes de las casas con la fortaleza de él se cayeron. Averiguóse que una india de un cristiano había puesto el fuego, sacudiendo una hamaca que se le quemaba, dio una morcella[245] en la paja de la casa; como las paredes son de paja, se quemó; y visto que los españoles quedaban perdidos y sus casas y haciendas asoladas, de lo que el gobernador tenía de su propria hacienda los remedió, y daba de comer a los que no lo tenían, mercando de su hacienda los mantenimientos, y con toda diligencia los ayudó y les hizo hacer sus casas, haciéndolas de tapias, por quitar la ocasión que tan fácilmente no se quemasen cada día; y puestos en ello, y con la gran necesidad que tenían de ellas, en pocos días las hicieron.

# CAPÍTULO XXXIX

***Cómo vino Domingo de Irala***

A 15 días del mes de febrero vino a surgir a este pueblo de la Ascensión Domingo de Irala, con los tres bergantines que llevó al descubrimiento del río del Paraguay; el cual salió en tierra a dar relación al gobernador de su descubrimiento; y dijo que dende 20 de octubre, que partió del puerto de la Ascensión, hasta el de los Reyes, 6 días del mes de enero, había subido por el río del Paraguay arriba, contratando y tomando aviso de los indios naturales que están en la ribera del río hasta aquel dicho día; que había llegado a una tierra de una generación de indios labradores y criadores de gallinas y patos, los cuales crían estos indios para defenderse con ellos de la importuidad y daño que les hacen los grillos, porque cuantas mantas tienen se las roen y comen; críanse estos grillos en la paja con que están cubiertas sus casas, y para guardar sus ropas tienen muchas tinajas, en las cuales meten sus mantas y cueros dentro, y tápanlas con unos tapaderos de barro, y de esta manera defienden sus ropas, porque de la cumbre de las casas caen muchos de ellos a buscar qué roer, y entonces dan los patos con ellos con tanta priesa, que se los comen todos; y esto hacen dos o tres veces cada día que ellos salen a comer, que es hermosa cosa de ver la montanera con ellos; y estos indios habitan y tienen sus casas dentro de unas lagunas y cercados de otras; llámanse cacocies chaneses; y que de los indios habían tenido aviso que por la tierra era el camino para ir a las poblaciones de la tierra adentro; y que él había entrado tres jornadas, y que le había parescido la tierra muy buena, y que la relación de dentro de ella le habían dado los indios; y allende de esto, en estos pueblos de los indios de esta tierra habían grandes bastimentos, adonde se podían fornescer para poder hacer por allí la entrada de la tierra y conquista; y que había visto entre los indios muestra de oro y plata, y se habían ofrescido a le guiar y enseñar el camino, y que en todo su descubrimiento que había hecho por todo el río, no había hallado ni tenido nueva de tierra más aparejada para hacer la entrada que determinaba hacer; y que teniéndolo por tal, había

entrado por la tierra adentro por aquella parte, que por haber llegado en el mismo día de los Reyes a ella, le había puesto por nombre el puerto de los Reyes[246], y dejaba los naturales de con gran deseo de ver los españoles, y que el gobernador fuese a los conoscer; y luego como Domingo de Irala hobo dado la relación al gobernador de lo que había hallado y traía, mandó llamar y juntar a los religiosos y clérigos y a los oficiales de Su Majestad y a los capitanes y estando juntos, les mandó leer la relación que había traído Domingo de Irala, y les rogó que sobre ello hobiesen su acuerdo, y le diesen su parescer de lo que se había de hacer para descubrir aquella tierra, como convenía al servicio de Dios y de Su Majestad, como otra vez lo tenía pedido y rogado; porque así convenía a servicio de Su Majestad, pues teníán camino cierto descubierto, y era el mejor que hasta entonces habían hallado; y todos juntos, sin discrepar ninguno, dieron su parescer, diciendo que convenía mucho al servicio de Su Majestad que con toda presteza se hiciese la entrada por el puerto de los Reyes, y que así convenía y lo daban por su parescer, y lo firmaban de sus nombres; y que luego, sin dilación ninguna se había de poner en efecto la entrada, pues la tierra era poblada de mantenimientos y otras cosas necesarias para el descubrimiento de ello. Visto los paresceres de los religiosos, clérigos y capitanes, y conformándose con ellos el gobernador, paresciéndole ser así cumplidero al servicio de Su Majestad, mandó aderezar y poner a punto los diez bergantines que él tenía hechos para el mismo descubrimiento, y mandó a los indios guaraníes que le vendiesen los bastimentos que tenían, para cargar y fornescer de ellos los bergantines y canoas que estaban prestos para el viaje y descubrimiento, porque el fuego que habían pasado antes le había quemado todos los bastimentos que él tenía, y por esto le fue forzado comprar de su hacienda a los indios muchos rescates por ellos, por no aguardar a que viniesen otros frutos, para despachar y proveer con toda brevedad; y para que más brevemente se hiciese y le trajesen los bastimentos sin que los indios viniesen cargados con ellos, envió al capitán Gonzalo de Mendoza con tres bergantines por el Paraguay arriba a la tierra y lugares de los indios sus amigos y vasallos de Su Majestad que les tomase los bastimentos, y mandó que los pagase a los indios y les hiciese

muy buenos tratamientos, y que los contentase con rescates, que llevaban mucha copia de ellos; y que mandase y apercibiese a las lenguas que habían de pagar a los indios los bastimentos, los tratasen bien y no les hiciesen agravios y fuerzas, so pena que serían castigados, y que así lo guardasen y cumpliesen.

# CAPÍTULO XL

### *De lo que escribió Gonzalo de Mendoza*

Dende a pocos días que Gonzalo de Mendoza se hobo partido con los tres navíos, escribió una carta al gobernador, por la cual le hacía saber cómo él había llegado al puerto que dicen de Giguy, y había enviado por la tierra adentro a los lugares donde le habían de dar los bastimentos, y que muchos indios principales que le habían venido a ver y comenzado a traer los bastimentos; y que las lenguas habían venido huyendo a se recoger a los bergantines porque los habían querido matar los amigos y parientes de un indio que andaba alzado y andaba alborotando la tierra contra los cristianos y contra los indios que eran nuestros amigos; que decían que no les diesen bastimentos, y que muchos indios principales que habían venido a pedirle ayuda y socorro para defender y amparar sus pueblos de dos indios principales, que se decían Guazani y Atabare, con todos sus parientes y valedores, y les hacían la guerra crudamente a fuego y a sangre, y les quemaban sus pueblos, y les corrían la tierra diciendo que los matarían y destruirían si no se juntaban con ellos para matar y destruir y echar de la tierra a los cristianos; y que él andaba entreteniendo y temporizando con los indios hasta le hacer saber lo que pasaba, para que proveyese en ello lo que conviniese; porque allende de lo susodicho, los indios no le traían ningún bastimento por tenerles tomados los contrarios los pasos; y los españoles que estaban en los navíos padescían mucha hambre.

Y vista la carta de Gonzalo de Mendoza, mandó el gobernador llamar a los frailes y clérigos y oficiales de Su Majestad y a los capitanes, los cuales fueron juntos, y les hizo leer la carta; y vista, les pidió que le diesen parescer lo que sobre ello les parescía que se debía de hacer, conformándose con la instrucción de Su Majestad, la cual les fue leída en su presencia; y que conformándose con ella, le diesen su parescer de lo que debía de hacer y que más conviniese al servicio de Su Majestad; los cuales dijeron que, pues los dichos indios hacían la guerra contra los cristianos y

contra los naturales vasallos de Su Majestad, que su parescer de ellos era, y así lo daban, y dieron y firmaron de sus nombres, que debía mandar enviar gente de guerra contra ellos, y requerirlos primero con la paz, apercibiéndolos que se volviesen a la obediencia de Su Majestad; que si no lo quisiesen hacer, se lo requiriesen una, y dos, y tres veces, y más cuantas pudiesen protestándoles que todas las muertes y quemas y daños que en la tierra se hiciesen fuesen a su cargo y cuenta de ellos; y cuando no quisiesen venir a dar la obediencia, que les hiciese la guerra como contra enemigos, y amparando y defendiendo a los indios amigos que estaban en la tierra.

Dense a pocos días que los religiosos y clérigos y los demás dieron su parescer, el mismo capitán Gonzalo de Mendoza tornó a escribir otra carta al gobernador, en la cual le hacía saber cómo los indios Guazani y Tabere, principales, hacían cruel guerra a los indios amigos, corriéndoles la tierra, matándolos y robándolos, hasta llegar al puerto donde estaban los cristianos que habían venido defendiendo los bastimentos; y que los indios amigos estaban muy fatigados, pidiendo cada día socorro a Gonzalo de Mendoza, y diciéndole que si brevemente no los socorría, todos los indios se alzarían, por excusar la guerra y daños que tan cruel guerra les hacía de continuo.

# CAPÍTULO XLI

***De cómo el gobernador socorrió a los que estaban con Gonzalo de Mendoza***

Vista esta segunda carta, y las demás querellas que daban los naturales, el gobernador tornó a comunicar con los religiosos, clérigos y oficiales, y con su parescer mandó que fuese el capitán Domingo de Irala a favorescer los indios amigos, y a poner en paz la guerra que se había comenzado, favoresciendo los naturales que recebían daño de los enemigos; y para ello envió cuatro bergantines, con ciento cincuenta hombres, demás de los que tenía el capitán Gonzalo de Mendoza allá; y mandó que Domingo de Irala con la gente que fuesen derechos a los lugares y puertos de Guazani y Tabere y les requiriese de parte de Su Majestad que dejasen la guerra y se apartasen de hacerla, y volviesen y diesen la obediencia a Su Majestad; que fuesen amigos de los españoles; y que cuando siendo así requeridos y amonestados una, y dos, y tres veces, y cuantas más debiesen y pudiesen, con el menor daño que pudiesen les hiciesen guerra, excusando muertes y robos y otros males, y los constriñesen apretándolos para que dejasen la guerra y tornasen a la paz y amistad que antes solían tener, y lo procurase por todas las vías que pudiese.

# CAPÍTULO XLII

***De cómo en la guerra murieron cuatro cristianos que hirieron***

Partido Domingo de Irala y llegado en la tierra y lugares de los indios, envió a requerir y amonestar a Tabere y a Guazani, indios principales de la guerra, y con ellos estaba gran copia[247] de gente esperando la guerra, y como las lenguas llegaron a requerirlos, no los habían querido oír, antes enviaron a desafiar a los indios amigos, y les robaban y les hacían muy grandes daños, que defendiéndolos y apartándolos habían habido con ellos muchas escaramuzas, de las cuales habían salido heridos algunos cristianos, los cuales envió para que fuesen curados en la ciudad de la Ascensión, y cuatro o cinco murieron de los que vinieron heridos, por culpa suya y por excesos que hicieron, porque las heridas eran muy pequeñas y no eran de muerte ni de peligro; porque el uno de ellos, no sólo un rascuño que le hicieron con una flecha en la nariz, en soslayo, murió, porque las flechas traían hierba[248], y cuando los que son heridos de ella no se guardan mucho de tener excesos con mujeres, porque en los demás no hay de qué temer la hierba de aquella tierra. El gobernador tornó a escribir a Domingo de Irala mandándole que por todas las vías y formas que él pudiese trabajase por hacer la paz y amistad con los indios enemigos, porque así convenía al servicio de Su Majestad; porque entretanto que la tierra estuviese en guerra, no podían dejar de haber alborotos y escándalos y muertes y robos y desasosiegos en ella, de los cuales Dios y Su Majestad serían deservidos; y con esto que le envió a mandar, le envió muchos rescates para que diese y repartiese entre los indios que habían servido, y con los demás que le paresciese que podrían asentar y perpetuar la paz; y estando las cosas en este estado, Domingo de Irala procuró de hacer las paces; y como ellos estuviesen muy fatigados y trabajados de la guerra tan brava como los cristianos les habían hecho y hacían, deseaban tener ya paz con ellos; y con las muchas dádivas que el capitán general les envió, con muchos ofrescimientos nuevos que de su parte se les hizo, vinieron a asentar la paz y dieron de nuevo la obediencia

a Su Majestad, y se conformaron con todos los indios de la tierra; y los indios principales Guazani y Tabere, y otros muchos juntamente en amistad y servicio de Su Majestad, fueron ante el gobernador a confirmar las paces, y él dijo a los de la parte de Guazani y Tabere, que en se apartar de la guerra habían hecho lo que debían, y que en nombre de Su Majestad les perdonaba el desacato y desobediencia pasada, y que si otra vez lo hiciesen que serían castigados con todo rigor, sin tener de ellos ninguna piedad; y tras de esto, les dio rescates y se fueron muy alegres y contentos. Y viendo que aquella tierra y naturales de ella estaban en paz y concordia, mandó poner gran diligencia en traer los bastimentos y las otras cosas necesarias para fornescer y cargar los navíos que habían de ir a la entrada y descubrimiento de la tierra por el puerto de los Reyes, por do estaba concertado y determinado que se prosiguiese; en pocos días le trujeron los indios naturales más de tres mil quintales de harina de mandioca y maíz, y con ellos acabó de cargar todos los navíos de bastimentos, los cuales les pagó mucho a su voluntad y contento, y proveyó de armas a los españoles que no las tenían y de las otras cosas necesarias que eran menester.

# CAPÍTULO XLIII

## *De cómo los frailes se iban huidos*

Estando a punto apercebidos y aparejados los bergantines, y cargados los bastimentos y las otras cosas que convenía para la entrada y descubrimiento de la tierra como estaba concertado, y los oficiales de Su Majestad y religiosos y clérigos lo habían dado por parescer, callada y encubiertamente inducieron y levantaron al comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebrón, su compañero, de la orden de Sant Francisco, que se fuesen por el camino que el gobernador descubrió, dende la costa del Brasil por entre los lugares de los indios, y que se volviesen a la costa y llevasen ciertas cartas para Su Majestad, dándole a entender por ellas que el gobernador usaba mal de la gobernación que Su Majestad le había hecho merced, movidos con mal celo por el odio y enemistad que le tenían, por impedir y estorbar la entrada y descubrimiento de la tierra que iba a descubrir, como dicho tengo; lo cual hacían porque el gobernador no sirviese a Su Majestad ni diese ser ni descubriese aquella tierra; y la causa de esto había sido porque cuando el gobernador llegó a la tierra la halló pobre y desarmados los cristianos, y rotos los que en ella servían a Su Majestad; y los que en ella residían se le querellaron de los agravios y malos tratamientos que los oficiales de Su Majestad les hacían, y que por su proprio interés particular habían echado un tributo y nueva imposición muy contra justicia, a la cual imposición pusieron nombre de quinto, de lo cual está hecha memoria en esta relación, y por esto querían impedir la entrada, y el secreto de esto de que se querían ir los frailes, andaba el uno de ellos con un crucifijo debajo del manto, y hacían que pusiesen la mano en el crucifijo y jurasen de guardar el secreto de su ida de la tierra para el Brasil; y como esto supieron los indios principales de la tierra, parescieron ante el gobernador y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habían dado a los dichos frailes para que se las industriasen en la doctrina cristiana; y que entonces habían oído decir que los frailes se querían ir a la costa del Brasil y que les llevaban por fuerza sus hijas, y que

antes que llegasen allá se solían morir todos los que allá iban; y porque las indias no querían ir y huían y que los frailes las tenían muy sujetas y aprisionadas. Cuando el gobernador vino a saber esto, ya los frailes eran dos, y envió tras de ellos y los alcanzaron dos leguas de allí y los hizo volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco; y ansimismo envió tras de otros cristianos que los frailes habían levantado, y los alcanzaron y trujeron, y esto causó grande alboroto y escándalo, así entre los españoles como en toda la tierra de los indios, y por ello los principales de toda la tierra dieron grandes querellas por llevalles sus hijas; y así, llevaron al gobernador un indio de la costa del Brasil, que se llama Domingo, muy importante al servicio de Su Majestad en aquella tierra; y habida información contra los frailes y oficiales, mandó prender a los oficiales y mandó proceder contra ellos por el delito que contra Su Majestad habían cometido; y por no detenerse el gobernador con ellos, sometió la causa a un juez para que conociese los dos de ellos consigo, dejando los otros presos en la ciudad, y suspendidos los oficios, hasta tanto que Su Majestad proveyese en ello lo que más fuese servido[249].

# CAPÍTULO XLIV

***De cómo el gobernador llevó a la entrada cuatrocientos hombres***

A esta sazón ya todas las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento estaban aparejadas y puestas a punto, y los diez bergantines cargados de bastimentos y otras municiones; por lo cual el gobernador mandó señalar y escoger cuatrocientos hombres arcabuceros y ballesteros para que fuesen en el viaje, y la mitad de ellos se embarcaron en los bergantines, y los otros, con doce de caballo, fueron por tierra cerca del río hasta que fuesen en el puerto que dicen de Guaviaño, yendo siempre la gente por los pueblos y lugares de los indios guaraníes, nuestros amigos, porque por allí era mejor; embarcaron los caballos, y porque no se detuviesen en los navíos esperándolos, los mandó partir ocho días antes, por que fuesen manteniéndose por tierra y no gastasen tanto mantenimiento por el río, y fue con ellos el factor Pedro Dorantes y el contador Felipe de Cáceres[250], y dende a ocho días adelante el gobernador se embarcó, después de haber dejado por su lugarteniente de capitán general a Juan de Salazar de Espinosa, para que en nombre de Su Majestad sustentase y gobernase en paz y justicia aquella tierra, y quedando en ella doscientos y tantos hombres de guerra, arcabuceros y ballesteros, y todo lo necesario que era menester para la guarda de ella; y seis de caballo entre ellos; y día de Nuestra Señora de Septiembre, dejó hecha la iglesia, muy buena, que el gobernador trabajó con su persona en ella siempre, que se había quemado. Partió del puerto con los diez bergantines y ciento veinte canoas, y llevaban mil y doscientos indios en ella, todos hombres de guerra, que parecían extrañamente bien verlos ir navegando en ellas, con tanta munición de arcos y flechas; iban muy pintados, con muchos penachos y plumería, con muchas planchas de metal en la frente, muy lucias, que cuando les daba el sol resplandecían mucho, y se dicen ellos que las traen porque aquel resplandor quita la vista a sus enemigos, y van con la mayor grita y placer del mundo; y cuando el gobernador partió de la ciudad, dejó mandado al capitán Salazar que, con la mayor diligencia que

pudiese hiciese dar priesa, y que se acabase de hacer la carabela que él mandó hacer, porque estuviese hecha para cuando volviese de la entrada, y pudiese dar con ella aviso a Su Majestad de la entrada y de todo lo sucedido en la tierra, y para ello dejó todo recaudo muy cumplidamente, y con buen tiempo llegó al puerto de Tapua, a do vinieron los principales a recebir al gobernador; y él les dijo cómo iba en descubrimiento de la tierra, por lo cual les rogaba, y de parte de Su Majestad les mandaba, que por su parte estuviesen siempre en paz, y así lo procurasen siempre estar con toda concordia y amistad, como siempre lo habían estado; y haciéndolo así, el gobernador les prometían de les hacer siempre buenos tratamientos y les aprovechar, como siempre lo había hecho; y luego les dio y repartió a ellos y a sus hijos y parientes muchos rescates de lo que llevaba, graciosamente, sin ningún interés; y ansí, quedaron contentos y alegres.

# CAPÍTULO XLV

***De cómo el gobernador dejó de los bastimentos que llevaba***

En este puerto de Tapua, porque iban muy cargados de bastimentos los navíos, tanto, que no lo podían sufrir, por asegurar la carga, dejó allí más de doscientos quintales de bastimentos; y acabados de dejar, se hicieron a la vela, y fueron navegando prósperamente hasta que llegaron a un puerto que los indios llaman Juriquizaba, y llegó a él a un hora de la noche; y por hablar a los indios naturales dél estuvieron hasta tercero día, en el cual tiempo le vinieron a ver muchos indios cargados de bastimentos, que dieron así entre los españoles que allí iban como entre los indios guaraníes que llevaba en su compañía; y el gobernador los recibió a todos con buenas palabras, porque siempre fueron éstos amigos de los cristianos y guardaron amistad; y a los principales y a los demás que trujeron bastimentos les dio rescates, y les dijo cómo iba a hacer el descubrimiento de la tierra, lo cual era bien y provecho de todos ellos, y que entretanto que el gobernador tornaba, les rogaba siempre tuviesen paz y guardasen paz a los españoles que quedaban en la ciudad de la Ascensión, y así se lo prometieron de lo hacer; y dejándolos muy contentos y alegres, navegaron con buen tiempo río arriba.

# CAPÍTULO XLVI

## *Cómo paró por hablar a los naturales de la tierra de aquel puerto*

A 12 días del mes llegó a otro puerto que se dice Itaqui, en el cual hizo surgir y parar los bergantines por hablar a los naturales del puerto, que son guaraníes y vasallos de Su Majestad; y el mismo día vinieron al puerto gran número de indios cargados de bastimentos para la gente, y con ellos sus principales, a los cuales el gobernador dio cuenta, como a los pasados, cómo iba a hacer el descubrimiento de la tierra, y que en el entretanto que volvía, les rogaba y mandaba que tuviesen mucha paz y concordia con los cristianos españoles que quedaban en la ciudad de la Ascensión; y demás de pagarles los bastimentos que habían traído, dio y repartió entre los más principales y los demás sus parientes muchos rescates graciosos, de lo cual ellos quedaron muy contentos y bien pagados; estuvo con ellos aquí dos días, y el mismo día se partió y llegó otro día a otro puerto que llaman Itaqui, y pasó por él, y fue a surgir al puerto que dicen de Guazani, que es el que se había levantado con Tabere para hacernos la guerra que he dicho, los cuales vivían en paz y concordia; y luego como supieron que estaba allí, vinieron a ver al gobernador, con muchos indios, otros de su liga y parcialidad, los cuales el gobernador recebió con mucho amor, porque cumplían las paces que habían hecho, y toda la gente que con ellos venía venían alegres y seguros, porque esto dos, estando en nuestra paz y amistad, con tenerlos a ellos solos, toda la tierra estaba segura y quedaba pacífica; y otro día que vinieron les mostró mucho amor y les dio muchos rescates graciosos, y lo mismo hizo con sus parientes y amigos, demás de pagar los bastimentos a todos aquellos que los trujeron; de manera que ellos quedaron contentos; y como ellos son la cabeza principal de los naturales de aquella tierra, el gobernador les habló lo más amorosamente que pudo, y les encomendó y rogó que se acordasen de tener en paz y concordia toda aquella tierra, y tuviesen cuidado de servir y visitar a los españoles cristianos que quedaban en la ciudad de la Ascensión, y siempre obedeciesen los mandamientos que mandasen de nombre de Su Majestad; a

lo cual respondieron que después que ellos habían hecho la paz y tornado a dar la obediencia a Su Majestad estaban determinados de lo guardar y hacer ansí, como él lo vería; y para que más se creyese de ellos, que el Tabere quería ir con él, como hombre más usado en la guerra, y que el Guazani convenía que quedase en la tierra en guarda de ella, para que siempre estuviese en paz y concordia; y el gobernador le paresció bien y tuvo en mucho su ofrescimiento, porque le paresció que era, buena prenda para que cumplieran lo que ofrescían, y la tierra quedaba muy pacífica y segura con ir Tabere en su compañía, y él se lo agradeció mucho, y aceptó su idea, y le dio más rescates que a otro ninguno de los principales de aquel río; y es cierto que teniendo a éste contento toda la tierra quedaría en paz y no se osaría levantar ninguno, de miedo dél; y encomendó a Guazani mucho los cristianos, y él lo prometió de lo hacer y cumplir como se lo prometía; y así, estuvo allí cuatro días hablándolos, contentándolos y dándoles de lo que llevaba, con que los dejó muy contentos. Estándose despachando en este puerto, se le murió el caballo al factor Pedro Dorantes; y dijo al gobernador que no se le hallaba en disposición para seguir el descubrimiento y conquista de la dicha provincia sin caballo; por tanto, que él se quería volver a la ciudad de la Ascensión, y que en su lugar dejaba y nombraba, para que sirviese en el oficio de factor, a su hijo Pedro Dorantes, el cual por el gobernador y por el contador, que iba en su compañía, fue recebido y admitido al oficio de factor, para que se hallase en el descubrimiento y conquista en lugar de su padre; y así, se partió en su compañía el dicho Tabere (indio principal), con hasta treinta indios parientes y criados suyos, en tres canoas. El gobernador se hizo a la vela del puerto de Guazani, fue navegando por el río del Paraguay arriba, y viernes 24 días del mes de septiembre llegó al puerto que dicen de Ipananie, en el cual mandó surgir y parar los bergantines, así para hablar a los indios naturales de esta tierra, que son vasallos de Su Majestad, como porque le informaron que entre los indios del puerto estaba uno de la generación de los guaraníes, que había estado captivo mucho tiempo en poder de los indios payaguaes, y sabía su lengua, y sabía su tierra y asiento donde tenían sus pueblos, y por lo traer consigo para hablar con los indios

payaguaes, que fueron los que mataron a Juan de Ayolas, y cristianos, y por vía de paz haber de ellos el oro y plata que le tomaron y robaron; y como llegó al puerto, luego salieron los naturales dél con mucho placer, cargados de muchos bastimentos, y el gobernador los recebió e hizo buenos tratamientos, y les mandó pagar todo lo que trujeron, y a los indios principales les dio graciosamente muchos rescates; y habiendo hablado y platicado con ellos, les dijo la necesidad que tenía del indio que había sido captivo de los indios payaguaes, para lo llevar por lengua e intérprete de los indios, para los atraer a paz y concordia, y para que encaminase el armada donde tenía asentados sus pueblos; los cuales indios luego enviaron por la tierra adentro a ciertos lugares de indios a llamar el indio con gran diligencia.

# CAPÍTULO XLVII

## *De cómo envió por una lengua para los payaguaes*

Dende a tres días que los naturales del puerto de Ipananie enviaron a llamar el indio, vino donde estaba el gobernador, y se ofresció a ir en su compañía y enseñarle la tierra de los indios payaguaes[251], y habiendo contentado los indios del puerto, se hizo a la vela por el río del Paraguay arriba, y llegó dentro de cuatro días al puerto que dicen de Guayviaño, que es donde acaba la población de los indios guaraníes, en el cual puerto mandó surgir, para hablar a los indios naturales, los cuales vinieron, y trujeron los principales muchos bastimentos, y alegremente los recebieron, y el gobernador les hizo buenos tratamientos, y mandó pagar sus bastimentos, y les dio a los principales graciosamente muchos rescates y otras cosas; y luego le informaron que la gente de a caballo iba por la tierra adentro y había llegado a sus pueblos, los cuales habían sido bien recebidos, y les habían proveído de las cosas necesarias, y les habían guiado y encaminado, e iban muy adelante cerca del puerto de Itabitan, donde decían que habían de esperar el armada de los bergantines. Sabida esta nueva, luego con mucha presteza mandó dar vela, y se partió del puerto Guayviaño, y fue navegando por el río arriba con buen viento de vela; y el propio día, a las nueve de la mañana, llegó al puerto de Itabitan, donde halló haber llegado la gente de caballo todos muy buenos, y le informaron haber pasado con mucha paz y concordia por todos los pueblos de la tierra, donde a todos habían dado muchas dádivas de los rescates que les dieron para el camino.

# CAPÍTULO XLVIII

### *De cómo en este puerto se embarcaron los caballos*

En este puerto de Itabitan estuvo dos días, en los cuales se embarcaron los caballos y se pusieron todas las cosas del armada en la orden que convenía; y porque la tierra donde estaban y residían los indios payaguaes estaba muy cerca de allí adelante, mandó que el indio del puerto de Ipananie, que sabía la lengua de los indios payaguaes y su tierra, se embarcase en el bergantín que iba por capitán de los otros, para haber siempre aviso de lo que se había de hacer, y con buen viento de vela partió del puerto; y por que los indios payaguaes no hiciesen algún daño en los indios guaraníes que llevaba en su compañía, les mandó que todos fuesen juntos hechos en un cuerpo, y no se apartasen de los bergantines, y por mucha orden fuesen siguiendo el viaje, y de noche mandó surgir por la ribera del río a toda la gente, y con buena guarda durmió en tierra, y los indios guaraníes ponían sus canoas junto a los bergantines, y los españoles y los indios tomaban y ocupaban una gran lengua de tierra por el río abajo, y eran tantas las lumbres y fuegos que hacían, que era gran placer de verlos; y en todo tiempo de la navegación el gobernador daba de comer así a los españoles como a los indios, e iban tan proveídos y hartos, que era gran cosa de ver, y grande la abundancia de las pesquerías y caza que mataban; que lo dejaban sobrado, y en ello había una montería de unos puercos que andan contino en el agua, mayores que los de España; éstos tienen el hocico romo y mayor que estos otros de acá de España; llámanlos de agua; de noche se mantienen en la tierra y de día andan siempre en el agua, y en viendo la gente dan una zambullida por el río, y métense en lo hondo, y están mucho debajo del agua, y cuando salen encima, están un tiro de ballesta de donde se zambulleron; y no pueden andar a caza y montería de los puercos menos que media docena de canoas con indios, las cuales, como ellos se zambullen, las tres van para arriba y las tres para abajo, y están repartidas en tercios, y en los arcos puestas sus flechas, para que en saliendo que salen encima del agua, le dan tres o cuatro flechazos con tanta

presteza, antes que se torne a meter debajo, y de esta manera los siguen, hasta que ellos salen de bajo del agua, muertos con las heridas; tienen mucho carne de comer, la cual tienen por buena los cristianos, aunque no tenían necesidad de ella; y por muchos lugares de este río hay muchos puertos de éstos; iba toda la gente en este viaje tan gorda y recia que parescía que salían entonces de España. Los caballos iban gordos, y muchos días los sacaban en tierra a cazar y montear con ellos, porque había muchos venados y antas, y otros animales, y salvajinas, y muchas nutrias.

## CAPÍTULO XLIX

### *Cómo por este puerto entró Juan de Ayolas cuando le mataron a él y sus compañeros*

A 12 días del mes de octubre llegó al puerto que dicen de la Candelaria[252], que es tierra de los indios payaguaes, y por este puerto entró con su gente el capitán Juan de Ayolas, e hizo su entrada con los españoles que llevaba, y en el mismo puerto, cuando volvió de la entrada que hizo, y dejó allí que le esperase a Domingo de Irala con los bergantines que habían traído, y cuando volvió no halló a los bergantines; y estándolos esperando tardó allí más de cuatro meses, y en este tiempo padesció muy grande hambre; y conoscido por los payaguaes su gran flaqueza y falta de sus armas, se comenzaron a tratar con ellos familiarmente, y como amigos los dijeron que los querían llevar a sus casas para mantenerlos en ellas; y atravesándolos por unos pajonales[253], cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes y diéronles tantos palos en las cabezas, que de esta manera mataron al capitán Juan de Ayolas y a ochenta hombres que le habían quedado de ciento cincuenta que traía cuando entró la tierra adentro; y la culpa de la muerte de éstos tuvo el que quedó con los bergantines y gente aguardando allí, el cual desamparó el puerto y se fue río abajo por do quiso. Y si Juan de Ayolas los hallara adonde los dejó, él se embarcara y los otros cristianos y los indios no los mataran: lo cual hizo el Domingo de Irala con mala intención, y por que los indios los matasen, como los mataron, por alzarse con la tierra, como después paresció que lo hizo contra Dios y contra su Rey, y hasta hoy está alzado, y ha destruido y asolado toda aquella tierra, y ha doce años que la tiene tiránicamente. Aquí tomaron los pilotos el altura, y dijeron que el puerto estaba en 21 grados menos un tercio.

Llegados a este puerto, toda la gente de la armada estaba recogida por ver si podrían haber plática con los indios payaguaes y saber de ellos dónde tenían sus pueblos; y otro día siguiente, a las ocho de la mañana, parescieron a riberas del río hasta siete indios de los payaguaes, y mandó el

gobernador que solamente les fuesen a hablar otros tantos españoles, con la lengua que traía para ellos, que para aquel efecto era muy buena; y ansí llegaron adonde estaban, cerca de ellos que se podían hablar y entender unos a otros, y la lengua les dijo que se llegasen más, que se pudiesen platicar, porque querían hablarles y asentar la paz con ellos, y que aquel capitán de aquella gente no era venido a otra cosa; y habiendo platicado en esto, los indios preguntaron si los cristianos que agora nuevamente venían en los bergantines si eran de los mismos que en el tiempo pasado solían andar por la tierra; y como estaban avisados los españoles, dijeron que no eran los que en el tiempo pasado andaban por la tierra, y que nuevamente venían; y por esto que oyeron, se juntó con los cristianos uno de los payaguaes y fue luego traído ante el gobernador, y allí, con las lenguas le preguntó por cuyo mandado era venido allí, y dijo que su principal había sabido de la venida de los españoles, y le había enviado a él y a los otros sus compañeros a saber si era verdad que eran los que anduvieron en el tiempo pasado, y les dijese de su parte que él deseaba ser su amigo, y que todo lo que había tomado a Juan de Ayolas y los cristianos él lo tenía recogido y guardado para darlo al principal de los cristianos porque hiciese paz y le perdonase la muerte de Juan de Ayolas y de los otros cristianos, pues que los habían muerto en la guerra; y el gobernador le preguntó por la lengua qué tanta cantidad de oro y plata sería la que tomaron a Juan de Ayolas y cristianos, y señaló que sería hasta sesenta y seis cargas que traían los indios chaneses[254], y que todo venía en planchas y en brazaletes, y coronas y hachetas, y vasijas pequeñas de oro y plata; y dijo al indio por la lengua que dijese a su principal que Su Majestad le había mandado que fuese en aquella tierra a asentar la paz con ellos y con las otras gentes que la quisiesen, y que las guerras ya pasadas les fuesen perdonadas; y pues su principal quería ser amigo y restituir lo que había tomado a los españoles, que viniese a verle y hablarle, porque él tenía muy gran deseo de lo ver y haber tratamiento, y asentarían la paz y le recebiría por vasallo de Su Majestad; y que dende luego viniese, que le sería hecho muy buen tratamiento, y para en señal de paz le envió muchos rescates y otras cosas, para que le llevasen, y al mismo indio le dio muchos rescates y

le preguntó cuándo volvería él y su principal. Este principal, aunque es pescador y señor de esta captiva gente (porque todos son pescadores), es muy grave y su gente le teme y le tiene en mucho; y si alguno de los suyos le enoja en algo, toma un arco y le da dos y tres flechazos, y muerto, envía a llamar a su mujer (si la tiene) y dale una cuenta, y con esto le quita el enojo de la muerte. Si no tiene cuenta, dale dos plumas; y cuando este principal ha de escupir, el que más cerca de él se halla pone las manos juntas, en que escupe. Estas borracherías y otras de esta manera tiene este principal, y en todo el río no hay ningún indio que tenga las cosas que éste tiene. La lengua de éste le respondió que él y su principal serían allí otro día de mañana, y en aquella parte le quedó esperando.

# CAPÍTULO L

### *Cómo no tornó la lengua ni los demás que habían de tornar*

Pasó aquel día y otros cuatro, y visto que no volvían, mandó llamar la lengua que el gobernador llevaba de ellos, y le preguntó qué le parescía de la tardanza del indio. Y dijo que él tenía por cierto que nunca más volvería, porque los indios payaguaes eran muy mañosos y cautelosos, y que habían dicho que su principal quería paz y quería tentar y entretener los cristianos e indios guaraníes que no pasasen adelante a buscarlos en sus pueblos, y porque entre tanto que esperaban a su principal, ellos alzasen sus pueblos, mujeres e hijos; y que así, creían que se habían ido huyendo a esconder por el río arriba a alguna parte, y que les parescía que luego había de partir en su seguimiento, que tenía por cierto que los alcanzaría, porque iban muy embarazados y cargados; y que lo que a él le parescía, como hombre que sabe aquella tierra, que los indios payaguaes no pararían hasta la laguna de una generación que se llama los mataraes, a los cuales mataron y destruyeron estos indios payaguaes, y se habían apoderado de su tierra, por ser muy abundosa y de grandes pesquerías; y luego mandó al gobernador alzar los bergantines con todas las canoas, y fue navegando por el río arriba, y en las partes donde surgía parescía que por la ribera del río iba gran rastro de la gente de los payaguaes que iban por tierra (y, según la lengua dijo), que ellos y las mujeres e hijos iban por tierra por no caber en las canoas.

A cabo de ocho días que fueron navegando, llegó a la laguna de los mataraes[255], y entró por ella sin hallar allí los indios, y entró con la mitad de la gente por tierra para los buscar y tratar con ellos las paces; y otro día siguiente, visto que no parescían, y por no gastar más bastimentos en balde, mandó recoger todos los cristianos e indios guaraníes, los cuales habían hallado ciertas canoas y palas de ellas, que habían dejado debajo del agua escondidas, y vieron el rastro por donde iban; y por no detenerse, el gobernador, recogida la gente, siguió su viaje llevando las canoas junto con los bergantines; fue navegando por el río arriba, unas veces a la vela y

otras al remo y otras a la sirga, a causa de las muchas vueltas del río, hasta que llegó a la ribera, donde hay muchos árboles de cañafístola, los cuales son muy grandes y muy poderosos, y la cañafístola es de casi palmo y medio, y es tan gruesa como tres dedos. La gente comía mucho de ella, y de dentro es muy melosa; no hay diferencia nada a la que se trae de las otras partes a España, salvo ser más gruesa y algo áspera en el gusto, y cáusalo como no se labra; y de estos árboles hay más de ochenta juntos en la ribera de este río del Paraguay.

Por do fue navegando hay muchas frutas salvajes que los españoles e indios comían; entre las cuales hay una como un limón ceutí muy pequeño, así en el color como cáscara; en el agrio y en el olor no difieren al limón ceutí de España, que será como un huevo de paloma; esta fruta es en la hoja como del limón. Hay gran diversidad de árboles y frutas, y en la diversidad y extrañeza de los pescados grandes diferencias; y los indios y españoles mataban en el río cosa que no se puede creer de ellos todos los días que no hacía tiempo para navegar a la vela; y como las canoas son ligeras y andan mucho al remo, tenían lugar de andar en ellas cazando de aquellos puercos de agua y nutrias (que hay muy grande abundancia de ellas); lo cual era muy gran pasatiempo.

Y porque le paresció al gobernador que a pocas jornadas llegaríamos a la tierra de una generación de indios que se llaman guaxarapos, que están en la ribera del río Paraguay, y éstos son vecinos que contratan con los indios del puerto de los Reyes, donde íbamos, que para ir allí con tanta gente de navíos y canoas e indios se escandalizarían y meterían por la tierra adentro; y por los pacificar y sosegar, partió la gente del armada en dos partes, y el gobernador tomó cinco bergantines y la mitad de las canoas e indios que en ellas venían, y con ello acordó de se adelantar, y mandó al capitán Gonzalo de Mendoza que con los otros bergantines y las otras canoas y gente viniese en su seguimiento poco a poco, y mandó al capitán que gobernase toda la gente, españoles e indios, mansa y graciosamente, y no consintiese que se desmandase ningún español ni indio; y así por el río como por la tierra no consintiese a ningún natural hacer agravio ni fuerza, e hiciese pagar los mantenimientos y otras cosas que los indios naturales

contratasen con los españoles y con los indios guaraníes, por manera que se conservase toda la paz que convenía al servicio de Su Majestad y bien de la tierra.

El gobernador se partió con los cinco bergantines y las canoas que dicho tengo; y así fue navegando, hosta que un día, a 18 de octubre, llegó a tierra de los indios guaxarapos[256], y salieron hasta treinta indios, y pararon allí los bergantines y canoas hasta hablar aquellos indios y asegurarlos y tomar de ellos aviso de las generaciones de adelante; y salieron en tierra algunos cristianos por su mandado, porque los indios de la tierra los llamaban y se venían para ellos; y llegados a los bergantines, entraron en ellos hasta seis de los mismos guaxarapos, a los cuales habló con la lengua y les dijo lo que había dicho a los otros del río abajo, para que diesen la obediencia a Su Majestad; y que dándola, él los ternía por amigos, y ansí la dieron todos, y entre ellos había un principal, y por ello el gobernador les dio de sus recates y les ofreció que harían por ellos todo lo que pudiesen; y cerca de estos indios, en aquel paraje do el gobernador estaba con los indios, estaba otro río que venía por la tierra adentro, que sería tan ancho como la mitad del río Paraguay, mas corría con tanta fuerza el agua, que era espanto; y este río desaguaba en el Paraguay, que venía de hacia el Brasil, y era por donde dicen los antiguos que vino García el portugués e hizo guerra por aquella tierra, y había entrado por ella con muchos indios, y le habían hecho muy gran guerra en ella y destruido muchas poblaciones, y traía consigo más de cinco cristianos, y toda la otra eran indios; y los indios dijeron que nunca más lo habían visto volver; y traía consigo un mulato que se llamaba Pacheco, el cual volvió a la tierra de Guazani, y el mismo Guazani le mató allí, y el García se volvió al Brasil[257]; y que de estos guaraníes que fueron con García habían quedado muchos perdidos por la tierra adentro, y que por allí hallaría muchos de ellos, de quien podría ser informado de lo que García había hecho y de lo que era la tierra, y que por aquella tierra habitaban unos indios que se llamaban chaneses, los cuales habían venido huyendo y se habían juntado con los indios sococíes y xaquetes, los cuales habitan cerca del puerto de los Reyes. Y vista esta relación del indio, el gobernador se pasó adelante a

ver el río por donde había salido García, el cual estaba muy cerca donde los indios guaxarapos se le mostraron y hablaron; y llegado a la boca del río, que se llama Yapaneme[258], mandó sondar la boca, la cual halló muy honda, y ansí lo era dentro, y traía muy gran corriente, y de una bondad y otra tenía muchas arboledas, y mandó subir por él una legua arriba un bergantín que iba siempre, sondando, y siempre lo hallaba más hondo, y los indios guaxarapos le dijeron que por la ribera del río estaba todo muy poblado, de muchas generaciones diversas, y eran todos indios que sembraban maíz y manduca, y tenían muy grandes pesquerías del río, y tenían tanto pescado cuanto querían comer, y que del pescado tienen mucha manteca, y mucha caza; y vueltos los que fueron a descubrir el río, dijeron que habían visto muchos humos por la tierra en la ribera del río, por do paresce estar la ribera del río muy poblada; y porque era ya tarde, mandó surgir aquella noche frontero de la boca de este río, a la falta de una sierra que se llama Santa Lucía, que es por donde había atravesado García; y otro día de mañana mandó a los pilotos que consigo llevaba que tomasen el altura de la boca del río, y está en 18 grados y un tercio. Aquella noche tuvimos allí muy gran trabajo con un aguacero que vino de muy grande agua y viento muy recio; y la gente hicieron muy grandes fuegos, y durmieron muchos en tierra, y otros en los bergantines, que estaban bien toldados de esteras y cueros de venados y antas.

# CAPÍTULO LI

## *De cómo hablaron los guaxarapos al gobernador*

Otro día por la mañana vinieron los indios guaxarapos que el día antes habían estado con el gobernador, y venían en dos canoas; trujeron pescado y carne, que dieron a la gente; y después que hobieron hablado con el gobernador, les pagó de sus rescates y se despidió de ellos, diciéndoles que siempre los ternía por amigos y les favorescería en todo lo que pudiese; y porque el gobernador dejaba otros navíos con gente y muchas canoas con indios guaraníes sus amigos, él los rogaba que cuando allí llegasen, fuesen de ellos bien recebidos y bien tratados, porque haciéndolo así, los cristianos e indios no les harían mal ni daño ninguno; y ellos se lo prometieron ansí, aunque no lo cumplieron. Y túvose por cierto que un cristiano dio la causa y tuvo la culpa, como diré adelante; y ansí se partió de estos indios, y fue navegando por el río arriba todo aquel día con buen viento de vela, y a la puesta del sol llegóse a unos pueblos de indios de la misma generación, que estaban asentados en la ribera junto al agua; y por no perder el tiempo, que era bueno, pasó por ellos sin se detenerse; son labradores y siembran maíz y otras raíces, y danse muchos a la pesquería y caza, porque hay mucha gente en grande abundancia; andan en cueros ellos y sus mujeres, excepto algunas, que andan tapadas sus vergüenzas; lábranse las caras con unas púas de rayas, y los bezos[259] y las orejas traen horadados; andan por los ríos en canoas; no caben en ellas más de dos o tres personas; son tan ligeras y ellos tan diestros, y al remo andan tan recio río abajo y río arriba, que paresce que van volando, y un bergantín, aunque allá son hechos de cedro, al remo y a la vela, por ligero que sea y por buen tiempo que haga, aunque no lleve la canoa más de dos remos y el bergantín lleve una docena, no la puede alcanzar; y hácense guerra por el río en canoas, y por la tierra, y todavía entre ellos tienen sus contrataciones, y los guaxarapos les dan canoas, y los payaguaes se las dan también, porque ellos les dan arcos y flechas cuantos han menester, y todas las otras cosas que ellos tienen de contratación; y ansí, en tiempos son amigos y en otros

tienen sus guerras y enemistades[260].

# CAPÍTULO LII

### *De cómo los indios de la tierra vienen a vivir en la costa del río*

Cuando las aguas están bajas los naturales de la tierra adentro se vienen a vivir a la ribera con sus hijos y mujeres a gozar de las pesquerías, porque es mucho el pexe que matan, y está muy gordo; están en esta buena vida bailando y cantando todos los días y las noches, como gente que tienen seguro el comer; y como las aguas comienzan a crescer, que es por enero, vuélvense a recoger a partes seguras, porque las aguas crescen seis brazas en alto encima de las barrancas, y por aquella tierra se extienden por unos llanos adelante más de cien leguas la tierra adentro, que paresce mar, y cubre los árboles y palmas que por la tierra están, y pasan los navíos por encima de ellos; y esto acontesce todos los años del mundo ordinariamente, y pasa esto en el tiempo y coyuntura cuando el sol parte del trópico de allá y viene para el trópico que está acá, que está sobre la boca del río del oro; y los naturales del río, cuando el agua llega encima de las barrancas, ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes para este tiempo, y en medio de las canoas echan dos o tres cargas de barro, y hacen un fogón; y hecho, métese el indio en ella con su mujer e hijo y casa, y vanse con la cresciente del agua donde quieren, y sobre aquel fogón hacen fuego y guisan de comer y se calientan, y ansí andan cuatro meses del año que dura esta cresciente de las aguas; y como las aguas andan crescidas, saltan en algunas tierras que quedan descubiertas, y allí matan venados y antas y otras salvajinas que van huyendo del agua; y como las aguas hacen repunta[261] para volver a su curso, ellos se vuelven cazando y pescando como han ido, y no salen de sus canoas hasta que las barrancas están descubiertas donde ellos suelen tener sus casas; y es cosa de ver, cuando las aguas vienen bajando, la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco; y cuando esto acaesce, que es en fin de marzo y abril, todo este tiempo hiede aquella tierra muy mal, por estar la tierra emponzoñada; en este tiempo todos los de la tierra, y nosotros con ellos, estuvimos malos, que pensamos morir; y como entonces es verano en

aquella tierra e incomportable de sufrir; y siendo el mes de abril comienzan a estar buenos todos los que han enfermado.

Todos estos indios sacan el hilado que han menester para hacer sus redes de unos cardos; machácanlos y échánlos en un ciénago, y después que está quince días allí, ráenlos con unas conchas de almejones, y sale curado, y queda más blanco que la nieve.

Esta gente no tenía principal, puesto que en la tierra los hay entre todos ellos; mas éstos son pescadores, salvajes y salteadores; es gente de frontera, todos los cuales, y otros pueblos que están a la lengua del agua por do el gobernador pasé, no consintió que ningún español ni indio guaraní saliese en tierra, por que no se revolviesen con ellos, por los dejar en paz y contentos; y les repartió graciosamente muchos rescates, y les avisó que venían otros navíos de cristianos y de indios guaraníes, amigos suyos; que los tuviesen por amigos y que tratasen bien.

Yendo caminando un viernes de mañana, llegóse a una muy gran corriente del río, que pasa por entre unas penas cortadas, y por aquella corriente pasan tan gran cantidad de pexes que se llaman dorados[262], que es infinito número de ellos los que contino pasan, y aquí es la mayor corriente que hallaron en este río, la cual pasamos con los navíos a la vela y al remo. Aquí mataron los españoles e indios en obra de una obra muy gran cantidad de dorados, que hobo cristiano que mató él solo cuarenta dorados; son tamaños que pesan media arroba cada uno, y algunos pesan arroba; es muy hermoso pescado para comer, y el mejor bocado de él es la cabeza; es muy graso y sacan de él mucha manteca, y los que lo comen con ella andan siempre muy gordos y lucios, y bebiendo el caldo de ellos, en un mes los que lo comen se despojan de cualquier sarna y lepra que tengan; de esta manera fue navegando con buen viento de vela que nos hizo. Un día en la tarde, a 25 días del mes de octubre, llegó a una división y apartamiento que el río hacía, que se hacían tres brazos de río: el uno de los brazos era una grande laguna, a la cual llaman los indios río Negro[263], y este río Negro corre hacia el Norte por la tierra adentro, y los otros brazos el agua de ellos es de buena color, y un poco más abajo se vienen a juntar; y ansí, fue siguiendo su navegación hasta que llegó a la boca de un río que entra

por la tierra adentro, a la mano izquierda, a la parte del Poniente, donde se pierde el remate del río del Paraguay, a causa de otros muchos ríos y grandes lagunas que en esta parte están divididos y apartados[264], de manera que son tantas las bocas y entradas de ellos, que aun los indios naturales que andan siempre en ellas con sus canoas, con dificultad las conoscen, y se pierden muchas veces por ellas; este río por donde entró el gobernador le llaman los indios naturales de aquella tierra Iguatu, que quiere decir agua buena, y corre a la laguna en nuestro favor; y como hasta entonces habíamos ido agua arriba, entrados en esta laguna íbamos agua abajo.

# CAPÍTULO LIII

***Cómo a la boca de este río pusieron tres cruces***

En la boca de este río mandó el gobernador poner muchas señales de árboles cortados, e hizo poner tres cruces altas para que los navíos entrasen por allí tras él y no errasen la entrada por este río. Fuimos navegando a remo tres días, a cabo de los cuales salió del río y fue navegando por otros dos brazos del río que salen de la laguna, muy grandes; y a ocho días del mes, una hora antes del día, llegaron a dar en unas sierras que están en medio del río, muy altas y redondas, que la hechura de ellas era como una campana, y siempre yendo para arriba ensangostándose[265]. Estas sierras están peladas, y no crían yerba ni árbol ninguno, y son bermejas; creemos que tienen mucho metal, porque la otra tierra que está fuera del río, en la comarca y parajes de la tierra, es muy montuosa, de grandes árboles y de mucha yerba; y porque las sierras que están en el río no tienen nada de esto, paresce señal que tienen mucho metal[266], y ansí, donde lo hay, no cría árbol ni yerba; y los indios nos decían que en otros tiempos pasados sacaban de allí el metal blanco, y por no llevar aparejo de mineros ni fundidores, ni las herramientas que eran menester para catar y buscar la tierra, y por la gran enfermedad que dio en la gente, no hizo el gobernador buscar el metal, y también lo dejó para cuando otra vez volviese por allí porque estas sierras caen cerca del puerto de los Reyes, tomándolas por la tierra. Yendo caminando por el río arriba, entramos por otra boca de otra laguna que tiene más de una legua y media de ancho[267] y salimos por otra boca de la misma laguna, y fuimos por un brazo de ella junto la Tierra Firme, y fuímonos a poner aquel día, a las diez horas de la mañana, a la entrada de otra laguna donde tienen su asiento y pueblo los indios sacocies y saquexes y chaneses; y no quiso el gobernador pasar de allí adelante, porque le paresció que debía enviar a hacer haber a los indios su venida y les avisar; y luego envió en una canoa a una lengua con unos cristianos para que les hablasen de su parte y les rogasen que le viniesen a ver y a hablar; y luego se partió la canoa con la lengua y cristianos, y a las cinco

de la tarde volvieron, y dijeron que los indios de los pueblos los habían salido a recebir mostrando muy gran placer, y dijeron a la lengua cómo ya ellos sabían cómo venían, y que deseaban mucho ver al gobernador y a los cristianos; y dijeron entonces que las aguas habían bajado mucho, y que por aquello la canoa había llegado con mucho trabajo, y que era necesario que, para que los navíos pasasen aquellos bajos que había hasta llegar al puerto de los Reyes, los descargasen y alijasen para pasar, porque de otra manera no podían pasar, porque no había agua poco más de un palmo, y cargados, pedían los navíos cinco o seis palmos de agua para poder navegar; y este banco y bajo estaba cerca del puerto de los Reyes.

Otro día de mañana el gobernador mandó partir los navíos, gente, indios y cristianos, y que fuesen navegando al remo hasta llegar al bajo que habían de pasar los navíos, y mandó salir toda la gente y que saltasen al agua, la cual no les daba a la rodilla; y puestos los indios y cristianos a los bordos y lados del bergantín que se llamaba *Sant Marcos*, toda la gente que podía caber por los lados del bergantín lo pasaron a hombro y casi en peso y fuerza de brazos, sin que lo descargase; y duró más de un tiro y medio de arcabuz; fue muy gran trabajo pasarlo a fuerza de brazos, y después de pasado, los mismos indios y cristianos pasaron los otros bergantines, con menos trabajo que el primero, porque no eran tan grandes como el primero; y después de puestos en el hondo, nos fuimos a desembarcar en el puerto de los Reyes, en el cual hallamos en la ribera muy gran copia de gente de los naturales, que sus mujeres e hijos y ellos estaban esperando; y así salió el gobernador con toda la gente, y todos ellos se vinieron a él, y él les informó cómo Su Majestad le enviaba para que les apercibiese y amonestase que fuesen cristianos, y recebiesen la doctrina cristiana, y creyesen en Dios, Criador del Cielo y de la Tierra, y a ser vasallos de Su Majestad, y siéndolo, serían amparados y defendidos por el gobernador y por los que traía, de sus enemigos y de quien les quisiese hacer mal, y que siempre serían bien tratados y mirados, como Su Majestad lo mandaba que lo hiciese; y siendo buenos, les daría siempre de sus rescates, como siempre lo hacía a todos los que lo eran; y luego mandó llamar a los clérigos y les dijo cómo quería luego hacer una iglesia donde le dijesen

misa y los otros oficios divinos, para ejemplo y consolación de los otros cristianos, y que ellos tuviesen especial cuidado de ellos. E hizo hacer una cruz de madera grande, la cual mandó hincar junto a la ribera, debajo de unas palmas altas, en presencia de los oficiales de Su Majestad y de otra mucha gente que allí se halló presente; y ante el escribano de la provincia tomó posesión de la tierra en nombre de Su Majestad, como tierra que nuevamente se descubría; y habiendo pacificado los naturales, dándoles de sus rescates y otras cosas, mandó aposentar los españoles en la ribera de la laguna, y junto con ella los indios guaraníes, a todos los cuales dijo y apercibió que no hiciesen daño ni fuerza ni otro mal ninguno a los indios y naturales de aquel puerto, pues eran amigos y vasallos de Su Majestad, y les mandó y defendió no fuesen sus pueblos y casas, porque la cosa que los indios más sienten y por que se alteran es ver que los indios y cristianos van a sus casas, y les revuelven y toman las cosillas que tienen en ellas; y que si tratasen y rescatasen con ellos, les pagasen lo que trujesen y tomasen de sus rescates; y si otra cosa hicieren, serían castigados.

# CAPÍTULO LIV

### *De cómo los indios del puerto de los Reyes son labradores*

Los indios de este puerto de los Reyes son labradores; siembran maíz y mandioca (que es el cazabi de las Indias), siembran mandubies (que son como avellanas), y de esta fruta hay gran abundancia, y siembran dos veces en el año; es tierra fértil y abundosa, así de mantenimientos de caza y pesquerías; crían los indios muchos patos en gran cantidad para defenderse de los grillos (como tengo dicho). Crían gallinas, las cuales encierran de noche, por miedo de los murciélagos, que les cortan las crestas, y cortadas, las gallinas se mueren luego. Estos murciélagos son una mala sabandija[268], y hay muchos por el río que son tamaños y mayores que tórtolas de esta tierra, y cortan tan dulcemente con los dientes, que al que muerden no lo siente; y nunca muerden al hombre si no es en las lumbres[269] de los dedos de los pies o de las manos, o en el pico de la nariz, y el que una vez muerde, aunque haya otros muchos, no morderá sino al que comenzó a morder; y éstos muerden de noche y no parescen de día; tenemos que hacer en defenderles las orejas de los caballos; son muy amigos de ir a morder en ellas, y en entrando unos murciélagos donde están los caballos, se desasosiegan tanto, que despiertan a toda la gente que hay en la casa, y hasta que los matan o echan de la caballeriza, nunca se sosiegan; y al gobernador le mordió un murciélago estando durmiendo en un bergantín, que tenía un pie descubierto, y le mordió en la lumbre de un dedo del pie, y toda la noche estaba corriendo sangre hasta la mañana, que recordó con el frío que sintió en la pierna y la cama bañada en sangre, que creyó que le habían herido; y buscando dónde tenía la herida, los que estaban en el bergantín se reían de ello, porque conoscían y tenían experiencia de que era mordedura de murciélago, y el gobernador halló que le había llevado una rebanada de la lumbre del dedo del pie. Estos murciélagos no muerden sino adonde hay vena, y éstos hicieron una muy mala obra, y fue que llevábamos a la entrada seis cochinas preñadas para que con ellas hiciésemos casta, y cuando vinieron a parir, los cochinos que

parieron, cuando fueron a tomar las tetas, no hallaron pezones, que se los habían comido todos los murciélagos, y por esta causa se murieron los cochinos, y nos comimos las puercas por no poder criar lo que pariesen. También hay en esta tierra otras malas sabandijas, y son unas hormigas muy grandes, las cuales son de dos maneras: las unas son bermejas, y las otras son muy negras[270]; doquiera que muerden cualquiera de ellas, el que es mordido está veinticuatro horas dando voces y revolcándose por tierra, que es la mayor lástima del mundo de lo ver; hasta que pasan las veinticuatro horas no tienen remedio ninguno, y pasadas, se quita el dolor; y en este puerto de los Reyes, en las lagunas, hay muchas rayas, y muchas veces los que andan a pescar en el agua, como las ven, huéllanlas, y entonces vuelven con la cola, y hieren con una púa que tienen en la cola, la cual es más larga que un dedo; y si la raya es grande, es como un geme, y la púa es como una sierra; y si da en el pie, lo pasa de parte a parte, y es tan grandísimo el dolor como el que pasa el que es mordido de hormigas; mas tiene un remedio para que luego se quite el dolor, y es que los indios conoscen una yerba que luego como el hombre es mordido la toman, y majada, la ponen sobre la herida de la raya, y en poniéndola se quita el dolor; mas tiene más de un mes que curar en la herida. Los indios de esta tierra son medianos de cuerpo, andan desnudos en cueros, y sus vergüenzas de fuera; las orejas tienen horadadas y tan grandes, que por los agujeros que tienen en ellas les cabe un puño cerrado, y traen metidas por ellas unas calabazuelas medianas, y continuo van sacando aquéllas y metiendo otras mayores; y ansí las hacen tan grandes, que casi llegan cerca de los hombros, y por esto les llaman los otros indios comarcanos orejones, y se llaman como los ingas del Perú, que se llaman orejones[271]. Estos cuando pelean se quitan las calabazas o rodajas que traen en las orejas, y revuélvense en ellas mismas, de manera que las encogen allí, y si no quieren hacer esto, anúdanlas atrás, debajo del colodrillo. Las mujeres de éstos no andan tapadas sus vergüenzas; viven cada uno por sí con su mujer e hijos; las mujeres tienen cargo de hilar algodón, y ellos van a sembrar sus heredades, y cuando viene la tarde, vienen a sus casas, y hallan la comida aderezada; todo lo demás no tienen cuidado de trabajar en sus casas, sino

solamente cuando están los maíces para coger; entonces ellas lo han de coger y acarrear a cuestas y traer a sus casas.

Dende aquí comienzan estos indios a tener idolatría, y adoran ídolos que ellos hacen de madera; y según informaron al gobernador adelante la tierra adentro tienen los indios ídolos de oro y de plata, y procuró con buenas palabras apartarlos de la idolatría, diciéndoles que los quemasen y quitasen de sí, y creyesen en Dios verdadero, que era el que había criado el Cielo y la Tierra, y a los hombres, y a la agua, y a los peces, y a las otras cosas, y que lo que ellos adoraban era el diablo, que los tenía engañados; y así, quemaron muchos de ellos, aunque los principales de los indios andaban atemorizados, diciendo que los mataría el diablo, que se mostraba muy enojado; y luego que se hizo la iglesia y se dijo misa, el diablo huyó de allí, y los indios andaban asegurados, sin temor. Estaba el primer pueblo del campo hasta poco más de media legua, el cual era de ochocientas casas, y vecinos todos labradores.

# CAPÍTULO LV

## *Cómo poblaron aquí los indios de García*

A media legua estaba otro pueblo más pequeño, de hasta setenta casas, de la misma generación de los sacocies, y a cuatro leguas están otros dos pueblos de los chaneses que poblaron aquella tierra, de los que atrás dije que trujo García de la tierra adentro; y tomaron mujeres en aquella tierra, que muchos de ellos vinieron a ver y conoscer, diciendo que ellos eran muy alegres y muy amigos de cristianos, por el buen tratamiento que les había hecho García cuando los trujo de su tierra. Algunos de estos indios traían cuentas, margaritas y otras cosas, que dijeron haberles dado García cuando con él vinieron. Todos estos indios son labradores, criadores de patos y gallinas; las gallinas son como las de España, y los patos también. El gobernador hizo a estos indios muy buenos tratamientos, y les dio de sus rescates, y los recebió por vasallos de Su Majestad, y los rogó y apercibió, diciéndoles que fuesen buenos y leales a Su Majestad y a los cristianos; y que haciéndolo así, serían favorecidos y muy bien tratados, mejor que lo habían sido antes.

# CAPÍTULO LVI

## *De cómo habló con los chaneses*

De estos indios chaneses se quiso el gobernador informar de las cosas de la tierra adentro y de las poblaciones de ella, y cuántos días habría de camino dende aquel puerto de los Reyes hasta llegar a la primera población. El principal de los indios chaneses, que sería de edad de cincuenta años, dijo que cuando García los trujo de su tierra vinieron con él por tierras de los indios mayaes, y salieron a tierra de los guaraníes, donde mataran los indios que traía, y que este indio chanés y otros de su generación, que se escaparon, se vinieron huyendo por la ribera del Paraguay arriba, hasta llegar al pueblo de estos sacocies, donde fueron de ellos recogidos, y que no osaron ir por el propio camino que habían venido con García, porque los guaraníes los alcanzaran y mataran; y a esta causa no saben si están lejos ni cerca de las poblaciones de la tierra adentro, y que por no lo saber, ni saber el camino, nunca más se han vuelto a su tierra; y los indios guaraníes que habitan en las montañas de esta tierra saben el camino por donde van a la tierra; los cuales lo podían bien enseñar, porque van y vienen a la guerra contra los indios de la tierra adentro. Fue preguntado qué pueblos de indios hay en su tierra y de otras generaciones, y qué otros mantenimientos tienen, y que con qué armas pelean. Dijo que en su tierra los de su generación tienen un solo principal que los manda a todos, y de todos es obedescido, y que hay muchos pueblos de muchas gentes de los de su generación, que tienen guerra con los indios que se llaman chimeneos y con otras generaciones de indios que se llaman carcaraes[272], y que otras muchas gentes hay en la tierra, que tienen grandes pueblos, que se llaman gorgotoquies y payzuñoes y estarapecocies y candirees, que tienen sus principales, y todos tienen guerra unos con otros, y pelean con arcos y flechas, y todos generalmente son labradores y criadores, que siembran maíz y mandiocas y batatas y mandubies en mucha abundancia, y crían patos y gallinas como los de España; crían ovejas grandes, y todas las generaciones tienen guerras unos con otros, y los

indios contratan arcos y flechas y mantas y otras cosas por arcos y flechas, y por mujeres que les dan por ellos. Habida esta relación, los indios se fueron muy alegres y contentos, y el principal de ellos se ofresció irse con el gobernador a la entrada y descubrimiento de la tierra, diciendo que se iría con su mujer e hijos a vivir a su tierra, que era lo que él más deseaba.

## CAPÍTULO LVII

### *Cómo el gobernador envió a buscar los indios de García*

Habida la relación del indio, el gobernador mandó luego que con algunos naturales de la tierra fuesen algunos españoles a buscar los indios guaraníes que estaban en aquella tierra, para informarse de ellos y llevarlos por guías del descubrimiento de la tierra, y también fueron con los españoles algunos indios guaraníes de los que traía en su compañía, los cuales se partieron y fueron por donde las guías los llevaron; y al cabo de seis días volvieron, y dijeron que los indios guaraníes se habían ido de la tierra, porque sus pueblos y casas estaban despoblados, y toda la tierra así lo parescía, porque diez leguas a la redonda lo habían mirado y no habían hallado persona. Sabido lo susodicho, el gobernador se informó de los indios chaneses si sabían a qué parte se podían haber ido los indios guaraníes; los cuales le dijeron y avisaron que los indios naturales de aquel puerto con los de aquella isla se habían juntado, y les habían ido a hacer guerra, y habían muerto muchos de los indios guaraníes, y los que quedaron se habían ido huyendo por la tierra adentro, y creían que se irían a juntar con otros pueblos de guaraníes que estaban en frontera de una generación de indios que se llaman xarayes, con los cuales y con otras generaciones tienen guerra; y que los indios xarayes es gente que tienen alguna plata y oro, que les dan los indios de tierra adentro, y que por allí es todo tierra poblada, que puede ir a las poblaciones; y los xarayes son labradores, que siembran maíz y otras simientes en gran cantidad, y crían patos y gallinas como las de España. Fuéles preguntado qué tantas jornadas de aquel puerto estaba la tierra de los indios xarayes; dijo que por tierra podían ir, pero que era el camino muy malo y trabajoso, a causa de las muchas ciénagas que había, y muy gran falta de agua, y que podían ir en cuatro o cinco días, y que si quisiesen ir por agua en canoas, por el río arriba, ocho o diez días.

# CAPÍTULO LVIII

***De cómo el gobernador habló a los oficiales y les dio aviso de lo que pasaba***

Luego el gobernador mandó juntar los oficiales y clérigos, y siendo informados de la relación de los indios xarayes y de los guaraníes que están en su frontera, fue acordado que con algunos indios naturales de este puerto, para más seguridad, fuesen dos españoles y dos indios guaraníes a hablar los indios xarayes, y viesen la manera de su tierra y pueblos, y se informasen de ellos de los pueblos y gentes de la tierra adentro, y del camino que iban dende su tierra hasta llegar a ellos, y tuviesen manera cómo hablasen con los indios guaraníes, porque de ellos más abiertamente y con más certeza podrían ser avisados y saber la verdad.

Este mismo día se partieron los dos españoles, que fueron Héctor de Acuña y Antonio Correa, lenguas e intérpretes de los guaraníes, con hasta diez indios sacocies y dos indios guaraníes, a los cuales el gobernador mandó que hablasen al principal de los xarayes, y le dijesen cómo el gobernador los enviaba para que de su parte le hablasen y conosciesen, y tuviesen por amigo a él y a los suyos; y que le rogaba le viniesen a ver, porque le quería hablar, y que a los españoles los informase de las poblaciones y gentes de la tierra adentro y el camino que iba dende su tierra para llegar a ellas; y dio a los españoles muchos rescates y un bonete de grana para que diesen al principal de los dichos xarayes; y otro tanto para el principal de los guaraníes, que les dijesen lo mismo que enviaba a decir al principal de los xarayes.

Otro día después llegó al puerto el capitán Gonzalo de Mendoza con su gente y navíos, y le informaron que la víspera de Todos Santos, viniendo navegando por tierra de los guaxarapos y habiéndoles hablado y dádose por amigos, diciendo haberlo hecho así con los navíos que primero habían subido, porque el tiempo de vela era contrario, habían salido a surgir los españoles que iban en los bergantines, y al doblar de un torno a vuelta del río, donde se pudo dar vela con los cinco que iban delanteros, el que quedó

detrás, que fue un bergantín donde venía por capitán Agustín de Campos, viniendo toda la gente de él por tierra sirgando[273], salieron los indios guaxarapos y dieron en ellos, y mataron cinco cristianos, y se ahogó Juan de Bolaños por acogerse a un navío, viniendo salvos y seguros, teniendo los indios por amigos, fiándose y no se guardando de ellos; y que si no se recogieran los otros cristianos al bergantín, a todos los mataran, porque no tenían ningunas armas con que se defender ni ofender. La muerte de los cristianos fue muy gran daño para nuestra reputación, porque los indios guaxarapos venían en sus canoas a hablar y comunicar con los indios del puerto de los Reyes, que tenían por amigos, y les dijeron cómo ellos habían muerto a los cristianos, y que no éramos valientes, y que teníamos las cabezas tiernas, y que nos procurasen matar y que ellos los ayudarían para ello; y de allí adelante los comenzaron a levantar y poner malos pensamientos a los indios del puerto de los Reyes.

# CAPÍTULO LIX

### *Cómo el gobernador envió a los xarayes*

Desde a ocho días que Antón Correa y Héctor de Acuña, con los indios que llevaban por guías, hobieron partido, como dicho es, para la tierra y pueblos de los indios xarayes a les hablar de parte del gobernado vinieron al puerto a le dar aviso de lo que habían hecho, sabido y en tendido de la tierra y naturales y del principal de los indios, y visto por vista de ojos; y trujeron consigo un indio que el principal de los xarayes enviaba por que fuese guía del descubrimiento de la tierra; y Antón Correa y Héctor de Acuña dijeron que el propio día que partieron del puerto de los Reyes con los guías habían llegado a unos pueblos de unos indios que se llaman artaneses, que es una gente crescida de cuerpos y andan desnudas, en cueros; son labradores siembran poco a causa que alcanzan poca tierra que sea buena para sembrar, porque la mayor parte es anegadizos arenales muy secos; son pobres, y mantiénense la mayor parte del año de pesquerías de las lagunas que tienen junto de sus pueblos; las mujeres de estos indios son muy feas de rostros, porque se los labran y hacen muchas rayas con sus púas de rayas que para aquello tienen, y traen cubiertas sus vergüenzas; estos indios son muy feos de rostros porque se horadan el labio bajo y en él se ponen una cáscara de una fruta de unos árboles; que es tamaña[274] y tan redonda como un gran tortero[275], y ésta les apesga[276] hace alargar el labio tanto, que paresce una cosa muy fea[277], y que los indios artaneses los habían recebido muy bien en sus casas y dado de comer de lo que tenían; y otro día había salido con ellos un indio de la generación a les guiar, y habían sacado agua para beber en el camino en calabazos, y que todo el día habían caminado por ciénagas con grandísimo trabajo, en tal manera, que en poniendo el pie zahondaban hasta la rodilla, y luego metían el otro y con mucha premia los sacaban; y estaba el cieno tan caliente, y hervía con la fuerza del sol tanto, que les abrasaba las piernas y les hacía llagas en ellas, de que pasaban mucho dolor; y allende de esto, tuvieron por cierto de morir el dicho día de ser, porque el agua que los indios llevaban

en calabazos no les bastó para la mitad de la jornada del día, y aquella noche durmieron en el campo entre aquellas ciénagas con mucho trabajo y sed y cansancio y hambre. Otro día siguiente, a las ocho de la mañana, llegaron a una laguna pequeña de agua, donde bebieron el agua de ella, que era muy sucia, y hincheron los calabazos que los indios llevaban, y todo el día caminaron por anegadizos, como el día antes habían hecho, salvo que habían hallado en algunas partes agua de lagunas, donde se refrescaron, y un árbol que hacía una poca de sombra, donde sestearon y comieron lo que llevaban, sin les quedar cosa ninguna para adelante; y las guías les dijeron que les quedaba una jornada para llegar a los pueblos de los indios xarayes. Y la noche venida, reposaron, hasta que venido el día, comenzaron a caminar, y dieron luego en otras ciénagas, de las cuales no pensaron salir, según el aspereza y dificultad que en ellas hallaron, que demás de abrasarles las piernas, porque metiendo el pie se hundían hasta la cinta y no lo podían tornar a sacar; pero que sería una legua poco más lo que duraron las ciénagas, y luego hallaron el camino mejor y más asentado; y el mismo día, a la hora después de mediodía, sin haber comido cosa ninguna ni tener qué, vieron por el camino por donde ellos iban que venían hacia ellos hasta veinte indios, los cuales llegaron con mucho placer y regocijo, cargados de pan de maíz, y de patos cocidos, y pescado, y vino de maíz, y les dijeron que su principal había sabido cómo venían a su tierra por el camino, y les había mandado que viniesen a les traer de comer y les hablar de su parte, y llevarlos donde estaba él y todos los suyos muy alegres con su venida; con lo que estos indios les trujeron se remediaron de la falta que habían tenido de mantenimiento.

Este día, una hora antes que anocheciese, llegaron a los pueblos de los indios; y antes de llegar a ellos con un tiro de ballesta, salieron más de quinientos indios de los xarayes a los recibir con mucho placer, todos muy galanes, compuestos con muchas plumas de papagayos y avantales[278] de cuentas blancas, con que cubrían sus vergüenzas, y los tomaron en medio y los metieron en el pueblo, a la entrada del cual estaban muy gran número de mujeres y niños esperándolos, las mujeres todas cubiertas sus vergüenzas, y muchas cubiertas con unas ropas largas de algodón que usan

entre ellos, que llaman tipoes; y entrando por el pueblo, llegaron donde estaba el principal de los xarayes[279], acompañado de hasta trescientos indios muy bien dispuestos, los más de ellos hombres ancianos; el cual estaba asentado en una red de algodón en medio de una gran plaza, y todos los suyos estaban en pie y lo tenían en medio; y como llegaron todos, los indios hicieron una calle por donde pasasen, y llegando donde estaba el principal, le trujeron dos banquillos de palo, en que les dijo por señas que se sentasen; y habiéndose sentado, mandó venir allí un indio de la generación de los guaranfes que había mucho tiempo que estaba entre ellos y estaba casado allí con una india de la generación de los xarayes, y lo querían muy bien y lo tenían por natural. Con el cual el dicho indio principal les había dicho que fuesen bien venidos y que se holgaba mucho de verlos, porque muchos tiempos había que deseaba ver los cristianos; y que dende el tiempo que García había andado por aquellas tierras tenía noticia de ellos, y que los tenía por sus parientes y amigos; y que ansimesmo deseaba mucho ver al principal de los cristianos, porque había sabido que era bueno y muy amigo de los indios, y que les daba de sus cosas y no era escaso, y les dijesen si les enviaba por alguna cosa de su tierra, que él se lo daría; y por lengua del intérprete le dijeron y declararon cómo el gobernador los enviaba para que dijese y declarase el camino que había dende allí hasta las poblaciones de la tierra, y los pueblos y gente que había dende allí a ellos, y en qué tantos días se podría llegar donde estaban los indios que tenían oro y plata; y allende de esto, para que supiese que lo quería conoscer y tener por amigo, con otras particularidades que el gobernador les mandó que le dijesen; a lo cual el indio respondió que él se holgaba de tenerlos por amigos, y que él y los suyos le tenían por señor, y que los mandase; y que en lo que tocaba al camino para ir a las poblaciones de la tierra, que por allí no sabían ni tenían noticia que hobiese tal camino, ni ellos habían ido la tierra adentro, a causa que toda la tierra se anegaba al tiempo de las avenidas, dende a dos lunas; y pasadas todas las aguas, toda la tierra quedaba tal, que no podían andar por ella; pero que el propio indio con quien les hablaba, que era de la generación de los guaraníes, había ido a las poblaciones de la tierra adentro y sabía el camino por donde habían de

ir, que por hacer placer al principal de los cristianos se lo enviaría para que fuese a enseñarle el camino, y luego en presencia de los españoles le mandó al indio guaraní se viniese con ellos, y ansí lo hizo con mucha voluntad; y visto por los cristianos que el principal había negado el camino con tan buenas cautelas y razones, paresciéndoles a ellos, por lo que de la tierra habían visto y andado, que podía ser ansí verdad, lo creyeron, y le rogaron que los mandase guiar a los pueblos de los guaranfes, porque los querían ver y hablar, de lo cual el indio se alteró y escandalizó mucho; y que con buen semblante y disimulado continente había respondido que los indios guaranfes eran sus enemigos y tenían guerra con ellos, y cada día se mataban unos a otros, que pues él era amigo de los cristianos, que no fuesen a buscar sus enemigos para tenerlos por amigos; y que si todavía quisiesen ir a ver los dichos indios guaraníes, que otro día de mañana lo llevarían los suyos para que los hablasen. Ya porque era noche, el mismo principal los llevó consigo a su casa, y allí les mandó dar de comer y sendas redes de algodón en que durmiesen, y les convidó que si quisiese cada uno su moza, que se la darían; pero no las quisieron, diciendo que venían cansados; y otro día, una hora antes del alba, comienzan tan gran ruido de atambores y bocinas, que parescía que se hundía el pueblo, y en aquella plaza que estaba delante de la casa principal se juntaron todos los indios, muy emplumados y aderezados a punto de guerra, con sus arcos y muchas flechas, y luego el principal mandó abrir la puerta de su casa para que los viese, y habría bien seiscientos indios de guerra; y el principal les dijo: «Cristianos, mira mi gente que de esta manera van a los pueblos de los guaranfes; id con ellos, que ellos os llevarán y os volverán, porque si fuésedes solos, mataros hían sabiendo que habéis estado en mi tierra y que sois mis amigos». Y los españoles, visto que de aquella manera no podrían hablar al principal de los guaraníes, y que sería ocasión de perder la amistad de los dichos xarayes, le dijeron que tenían determinado volverse a dar cuenta de todo a su principal, y que verían lo que les mandaría, y volverían a se lo decir; y de esta manera se sosegaron los indios; y aquel día todo estuvieron en el pueblo de los xarayes, el cual seria de hasta mil vecinos; y a media legua y a una de allí había otro cuatro pueblos de la

generación, que todos obedescían al dicho principal, el cual se llamaba Camire. Estos indios xarayes es gente crescida, de buena disposición[280]; son labradores, y siembran y cogen dos veces en el año maíz y batatas y mandioca y mandubies; crían patos en gran cantidad y algunas gallinas como las de nuestra España; horádanse los labios como los artaneses, cada uno tiene su casa por sí, donde viven con su mujer e hijos; ellos labran y siembran, las mujeres lo cogen y lo traen a sus casas, y son grandes hilanderas de algodón; estos indios crían muchos patos para que maten y coman los grillos, como digo antes de esto.

# CAPÍTULO LX

## *De cómo volvieron las lenguas de los indios xarayes*

Estos indios xarayes alcanzan grandes pesquerías, así del río como de lagunas, y mucha caza de venados. Habiendo estado los españoles con el indio principal todo el día, le dieron los rescates y bonete de grana que el gobernador le enviaba, con lo cual se holgó mucho y lo recebió con tanto sosiego, que fue cosa de ver y maravillar; y luego el indio principal mandó traer allí muchos penachos de plumas de papagayos y otros penachos, y los dio a los cristianos para que los trujesen al gobernador; los cuales eran muy galanes, y luego se despidieron del Camire para venirse, el cual mandó a veinte indios de los suyos que acompañasen a los cristianos; y así se salieron y los acompañaron hasta los pueblos de los indios artaneses, y de allí se volvieron a su tierra y quedó con ellos el guía que el principal les dio; el cual el gobernador recebió y le mostró mucho cariño; y luego con intérpretes de la guía guaraní quiso preguntar e interrogar al indio, para saber si sabía el camino de las poblaciones de la tierra, y le preguntó de qué generación era y de dónde era natural.

Dijo que era de la generación de los guaraníes y natural de Itati, que es en el río del Paraguay; y que siendo él muy mozo, los de su generación hicieron gran llamamiento y junta de indios de toda la tierra, y pasaron a la tierra y población de la tierra adentro, y él fue con su padre y parientes para hacer guerra a los naturales de ella, y les tomaron y robaron las planchas y joyas que tenían de oro y plata; y habiendo llegado a las primeras poblaciones, comenzaron luego a hacer guerra y matar muchos indios, y se despoblaron muchos pueblos y se fueron huyendo a recogerse a los pueblos de más adentro; y luego se juntaron las generaciones de toda aquella tierra y vinieron contra los de su generación, y desbarataron y mataron muchos de ellos, y otros se fueron huyendo por muchas partes y los indios enemigos los siguieron y tomaron los pasos y mataron a todos, que no escaparon (a lo que señaló) doscientos indios de tantos como eran, que cubrían los campos, y que entre los que escaparon se salvó este indio, y

que la mayor parte se quedaron en aquellas montañas por donde habían pasado, para vivir en ellas, porque no habían osado pasar por temor que los matarían los guaxarapos y guatos y otras generaciones que estaban por donde habían de pasar; y que este indio no quiso quedar con éstos, y se fue con los que quisieron pasar adelante, a su tierra, y que en el camino habían sido sentidos de las generaciones, y una noche habían dado en ellos y los habían muerto a todos, y que este indio se había, escapado por lo espeso de los montes, y caminando por ellos había venido a tierra de los xarayes, los cuales lo habían tenido en su poder y lo habían criado mucho tiempo, hasta que, teniéndole mucho amor, y él a ellos, le habían casado con una mujer de su generación.

Fue preguntado que si sabía bien el camino por donde él y los de su generación fueron a las poblaciones de la tierra adentro. Dijo que había mucho tiempo que anduvo por el camino, y cuando los de su generación pasaron, que iban abriendo camino y cortando árboles y desmontando la tierra, que estaba muy fragosa, y que ya aquellos caminos le paresce que serán tornados a cerrar del monte y yerba, porque nunca más los tornó a ver, ni andar por ellos; pero que le paresce que comenzado a ir por el camino lo sabrá seguir e ir por él, y que dende una montaña alta, redonda, que está a la vista de este puerto de los Reyes, se toma el camino. Fue preguntado en cuántos días de camino podrán llegar a la primera población. Dijo que, a lo que se acuerda, en cinco días se llegará a la primera tierra poblada, donde tienen mantenimientos muchos; que son grandes labradores, aunque cuando los de su generación fueron a la guerra los destruyeron y despoblaron muchos pueblos; pero que ya estaban tornados a poblar. Y fuéle preguntado si en el camino hay ríos caudalosos o fuentes. Dijo que vio ríos, pero que no son muy caudalosos, y que hay otros muy caudalosos, y fuentes, lagunas y cazas de venados y antas, mucha miel y fruta. Fue preguntado si al tiempo que los de su generación hicieron guerra a los naturales de la tierra, si vio que tenían oro o plata. Dijo que en los pueblos que saquearon había habido muchas planchas de plata y oro, y barbotes[281], y orejeras, y brazaletes, y coronas, y hachuelas, y vasijas pequeñas, y que todo se lo tornaron a tomar cuando los desbarataron, y que

los que se escaparon trujeron algunas planchas de plata, y cuentas y barbotes, y se lo robaron los guaxarapos cuando pasaron por su tierra, y los mataron, y los que quedaron en las montañas tenían, y les quedó asimismo alguna cantidad de ello, y que ha oído decir que lo tienen los xarayes, y cuando los xarayes van a la guerra contra los indios, les ha visto sacar planchas de plata de las que trujeron y les quedó de la tierra adentro. Fue preguntado si tiene voluntad de irse en su compañía. Dijo que sí, que de buena voluntad lo quiere hacer, y que para lo hacer lo envió su principal. El gobernador le apercibió y dijo que mirase que dijese la verdad de lo que sabía del camino, y no dijese otra cosa, porque de ello le podría venir mucho daño; y diciendo la verdad, mucho bien y provecho; el cual dijo que él había dicho la verdad de lo que sabía del camino, y que para lo enseñar y descubrir a los cristianos quería irse con ellos.

# CAPÍTULO LXI

***Cómo se determinó de hacer la entrada el gobernador***

Habida esta relación, con el parescer de los oficiales de Su Majestad y de los clérigos y capitanes, determinó el gobernador de ir a hacer la entrada y descubrir las poblaciones de la tierra, y para ello señaló trescientos hombres arcabuceros y ballesteros, y para la tierra que se había de pasar despoblada hasta llegar al poblado, mandó que se proveyesen de bastimentos para veinte días, y en el puerto mandó quedar cien hombres cristianos de guardia de los bergantines con hasta doscientos indios guaraníes, y por capitán de ellos un Juan Romero, por ser plático de la tierra; y partió del puerto de los Reyes a 26 días del mes de noviembre del año de 43 años, y aquel día todo, hasta las cuatro de la tarde, fuimos caminando por entre unas arboledas, tierra fresca y bien asombrada, por un camino poco seguido, por donde la guía nos llevó, y aquella noche reposamos junto a unos manantiales de agua, hasta que otro día, una hora antes que amaneciese, comenzamos a caminar, llevando delante con la guía hasta veinte hombres que iban abriendo el camino, porque cuanto más íbamos por él lo hallábamos mas cerrado de árboles y yerbas muy altas y espesas, y de esta causa se caminaba por la tierra con muy gran trabajo; y el dicho día, a hora de las cinco de la tarde, junto a una gran laguna donde los indios y cristianos tomaron a manos pescado, reposamos aquella noche; y a la guía que traía para el descubrimiento le mandaban, cuando íbamos caminando, subir por los árboles y por las montañas para que reconociese y descubriese el camino y mirase no fuese errado, y certificó ser aquel camino para la tierra poblada.

Los indios guaraníes que llevaba el gobernador en su compañía se mantenían de lo que él les mandaba dar del bastimento que llevaba de respeto, y de la miel que sacaban de los árboles, y de alguna caza que mataban de puercos y antas y venados, de que parescía haber muy gran abundancia por aquella tierra; pero como la gente que iba era mucha e iban haciendo gran ruido, huía la caza, y de esta causa no se mataba mucha; y

también los indios y los españoles comían de las frutas de los árboles salvajes, que había muchos; y de esta manera nunca les hizo mal ninguna fruta de las que comieron, sino fue una de unos árboles que naturalmente parescían arrayanes, y la fruta de la misma manera que la echa el arrayán en España, que se dice murta, excepto que ésta era un poco más gruesa y de muy buen sabor; la cual, a todos los que la comieron, les hizo a unos gomitar, a otros cámaras, y esto les duró muy poco y no les hizo otro daño; también se aprovechaban de fruta de las palmas, que hay gran cantidad de ellas en aquella tierra, y no se comen los dátiles, salvo partido el cuesco[282], lo de dentro, que es redondo, es casi como una almendra dulce, y de esto hacen los indios harina para su mantenimiento, y es muy buena cosa; y también los palmitos de las palmas, que son muy buenos.

# CAPÍTULO LXII

***De cómo llegó el gobernador al río Caliente***

Al quinto día que fue caminando por la tierra por donde la guía nos llevaba, yendo siempre abriendo camino con harto trabajo, llegamos a un río pequeño que sale de una montaña, y el agua de él venía muy caliente y clara y muy buena; y algunos de los españoles se pusieron a pescar en él y sacaron pexe de él; es este río del agua caliente comenzó a desatinar la guía, diciéndoles que, como había tanto tiempo que no había andado el camino, lo desconocía, y no sabía por dónde había de guiar, porque los caminos viejos no se parescían; y otro día se partió el gobernador del río del agua caliente, y fue caminando por donde la guía los llevó con mucho trabajo, abriendo camino por los bosques y arboledas y maleza de la tierra; el mismo día, a las diez horas de la mañana, le salieron a hablar al gobernador dos indios de la generación de los guaraníes, los cuales le dijeron ser de los que quedaron en aquellos desiertos cuando las guerras pasadas que los de su generación tuvieron con los indios de la población de la tierra adentro, a do fueron desbaratados y muertos, y ellos se habían quedado por allí; y que ellos y sus mujeres e hijos, por temor de los naturales de la tierra, se andaban por lo más espeso y montuoso escondiéndose; y todos los que por allí andaban serían hasta catorce personas, y afirmaron lo mismo que los de atrás, que dos jornadas de allí estaba otra casilla de los mismos, y que habría hasta diez personas en ellas, y que allí había un cuñado suyo, y que en la tierra de los indios xarayes había otros indios guaraníes de su generación, y que éstos tenían guerra con los indios xarayes; y porque los indios estaban temerosos de ver los cristianos y caballos, y mandó el gobernador a la lengua que los asegurase y asosegase, y que les preguntase dónde tenían su casa, los cuales respondieron que muy cerca de allí; y luego vinieron sus mujeres e hijos y otros sus parientes, que todos serían hasta catorce personas, a los cuales mandó que dijesen que de qué se mantenían en aquella tierra, y qué tanto había que estaban en ella; y dijeron que ellos sembraban maíz, que comían,

y también se mantenían de su caza y miel y frutas salvajes de los árboles, que había por aquella tierra mucha cantidad, y que al mismo tiempo que sus padres fueron muertos y desbaratados, ellos habían quedado muy pequeños; lo cual declararon los indios más ancianos, que al parescer serían de edad de treinta y cinco años cada uno. Fueron preguntados si sabían el camino que había de allí para ir a las poblaciones de la tierra adentro, y qué tiempo se podían tardar en llegar a la tierra poblada; dijeron que, como ellos eran muy pequeños cuando anduvieron el dicho camino, nunca más anduvieron por él, ni lo han visto, ni saben ni se acuerdan de él, ni por dónde le han de tomar ni en qué tanto tiempo se llegará allá; mas que su cuñado, que vive y está en la otra casa, dos jornadas de esta suya, ha ido muchas veces por él, y lo sabe, y dirá por dónde han de ir por él; y visto que estos indios no sabían el camino para seguir el descubrimiento, los mandó el gobernador volver a su casa; a todos les dio rescate, a ellos y a sus mujeres e hijos, y con ellos se volvieron a sus casas muy contentos.

# CAPÍTULO LXIII

***De cómo el gobernador envió a buscar la casa que estaba adelante***

Otro día mandó el gobernador a una lengua que fuese con dos españoles y con dos indios (de la casa que decían que estaban adelante) para que supiesen de ellos si sabían el camino y el tiempo que se podía tardar en llegar a la primera tierra poblada, y que con mucha presteza le avisasen de todo lo que se informase, para que, sabido, se proveyese lo que más conviniese; y partidos, otro día mandó caminar la gente poco a poco por el mismo camino que llevaba la lengua y los otros. E yendo así caminando, al tercero día que partieron llegó al gobernador un indio que le enviaron, el cual le dio una carta de la lengua, por la cual le hacía saber cómo habían llegado a la casa de los dichos indios, y que habían hablado con el indio que sabía el camino de la tierra adentro; y decía que dende aquella casa hasta la primera población de adelante, que estaba cabe aquel cerro que llamaban Tapuaguazu, que es una pena alta, que subido en ella se paresce mucha tierra poblada; y que dende allí hasta llegar a Tapuaguazu habrá dieciséis jornadas de despoblados, y que era el camino muy trabajoso, por estar muy cerrado el camino de arboledas y yerbas muy altas y muy grandes malezas; y que el camino por donde habían ido después que del gobernador partieron, hasta llegar a la casa de este indio, estaba ansimismo tan cerrado y dificultoso, que en lo pasar habían llevado muy gran trabajo, y a gatas habían pasado la mayor parte del camino, y que el indio decía de él que era muy peor el camino que habían de pasar que el que habían traído hasta allí, y que ellos traerían consigo el indio para que el gobernador se informase de él; y vista esta carta, partió para do el indio venía, y halló los caminos tan espesos y montuosos, de tan grandes arboledas y malezas, que lo que iban cortando no podían cortar en todo un día tanto camino como un tiro de ballesta; y porque a esta sazón vino muy grande agua, y por que la gente y municiones no se le mojasen y perdiesen, hizo retirar la gente para los ranchos que habían dejado a la mañana, en los cuales había reparos de chozas.

# CAPÍTULO LXIV

### *De cómo vino la lengua de la casilla*

Otro día, a las tres horas de la tarde, vino la lengua y trujo consigo el indio que dijo que sabía el camino, al cual recebió y habló muy alegremente, y le dio de sus rescates, con que él se contentó; y el gobernador mandó a la lengua que de su parte le dijese y rogase que con toda verdad le descubriese el camino de la tierra poblada. El dijo que había muchos días que no había ido por él, pero que él lo sabía y lo había andado muchas veces yendo a Tapuaguazu, y que de allí se parescen los humos de toda la población de la tierra; y que iba él a Tapua por flechas, que las hay en aquella parte, y que ha dejado muchos días de ir por ellas, porque yendo a Tapua vio antes de llegar humos que se hacían por los indios, por lo cual conosció que se comenzaban a venir a poblar aquella tierra los que solían vivir en ella, que la dejaron despoblada en tiempo de las guerras, y por que no lo matasen no había osado ir por el camino, el cual está ya tan cerrado, que con muy gran trabajo se puede ir por él, y que le paresce que en dieciséis días iban hasta Tapua yendo cortando los árboles y abriendo camino.

Fue preguntado si quería ir con los cristianos a les enseñar el camino, y dijo que sí iría de buena voluntad, aunque tenía gran miedo a los indios de la tierra; y vista la relación que dio el indio, y la dificultad y el inconveniente que decía del camino, mandó el gobernador juntar los oficiales de Su Majestad y a los clérigos y capitanes para tomar parescer con ellos de lo que se debía hacer sobre el descubrimiento, platicado con ellos lo que el indio decía; dijeron que ellos hablan visto que a la mayor parte de los españoles les faltaba el bastimento, y que tres días había que no tenían qué comer, y que no lo osaban pedir por la desorden que en lo gastar había habido y tenido, y viendo que la primera guía que habíamos traído que había certificado que al quinto día hallarían de comer y tierra muy poblada y muchos bastimentos; y debajo de esta seguridad, y creyendo ser así verdad, habían puesto los cristianos e indios poco recaudo

y menos guarda en los bastimentos que habían traído, porque cada cristiano y traía para sí dos arrobas de harina; y que mirase que en el bastimento que quedaba no les bastaba para seis días; y que pasados éstos, la gente no tenía qué comer, y que les parescía que sería caso muy peligroso pasar adelante sin bastimentos con que se sustentar, mayormente que los indios nunca dicen cosa cierta; que podría ser que donde dice la guía que hay dieciséis jornadas hobiese muchas más, y que cuando la gente hobiese de dar la vuelta no pudiesen, y de hambre se muriesen todos, como ha acaescido muchas veces en los descubrimientos nuevos que en todas estas partes se han hecho, y que les parescía que por la seguridad y vida de estos cristianos e indios que traía, se debía de volver con ellos al puerto de los Reyes, donde había salido y dejado los navíos, y que allí se podrían tornar a fornescer y proveer de más bastimentos para proseguir la entrada; y que esto era su parescer, y que si necesario fuera, se lo requerían de parte de Su Majestad.

# CAPÍTULO LXV

## *De cómo el gobernador y gente se volvió al puerto*

Y visto el parescer de los clérigos y oficiales y capitanes, y la necesidad de la gente, y la voluntad que todos tenían de dar la vuelta[283], aunque el gobernador les puso delante el grande daño que de ello resultaba, y que en el puerto de los Reyes era imposible hallarse bastimentos para sustentar tanta gente y para fornecello de nuevo, y que los maíces no estaban para los coger, ni los indios tenían que les dar, y que se acordasen que los naturales de la tierra les decían que presto vernía la cresciente de las aguas, las cuales pondrían en mucho trabajo a nosotros y a ellos; no bastó esto y otras cosas que les dijo para que todavía no fuese persuadido que se volviese. Conoscida su demasiada voluntad, lo hobo de hacer, por no dar lugar a que hobiese algún desacato por do hobiese de castigar a algunos; y así, los hobo de complacer, y mandó apercebir para que otro día se volviesen desde allí para el puerto de los Reyes; y otro día de mañana envió dende allí al capitán Francisco de Ribera, que se ofresció con seis cristianos y con la guía que sabía el camino, para que él y los seis cristianos y once indios principales fuesen con él, y los aguardasen y acompañasen, y no los dejasen hasta que los volviesen donde el gobernador estaba, y les apercibió que si los dejaba que los mandaría castigar; y así, se partieron para Tapua, llevando consigo la guía que sabía el camino; y el gobernador se partió también en aquel punto para el puerto de los Reyes con toda la gente; y así se vino en ocho días al puerto, bien descontento por no haber pasado adelante.

# CAPÍTULO LXVI

***De cómo querían matar a los que quedaron en el puerto de los Reyes***

Vuelto al puerto de los Reyes, el capitán Juan Romero, que había allí quedado por su teniente, le dijo y certificó que dende a poco que el gobernador había partido del puerto, los indios naturales de él y de la isla que está a una legua del puerto, trataban de matar todos los cristianos que allí habían quedado, y tomarles los bergantines, y que para ello hacían llamamiento de indios por toda la tierra, y estaban juntos ya los guaxarapos, que son nuestros enemigos, y con otras muchas generaciones de otros indios, y que tenían acordado de dar en ellos de noche, y que los habían venido a ver y a tentar so color de venir a rescatar, y no les traían bastimentos, como solían, y cuando venían con ellos era para espiarlos; y claramente le habían dicho que le habían de venir a matar y destruir los cristianos; y sabido esto, el gobernador mandó juntar a los indios principales de la tierra, y les mandó hablar y amonestar de parte de Su Majestad, que asosegasen y no quebrantasen la paz que ellos habían dado y asentado, pues el gobernador y todos los cristianos le habían hecho y hacían buenas obras como amigos, y no les habían hecho ningún enojo ni desplacer, y el gobernador les había dado muchas cosas, y los defendería de sus enemigos; y que si otra cosa hiciesen, los ternían por enemigos y les haría guerra; lo cual les apercibió y dijo estando presentes los clérigos y oficiales, y luego les dio bonetes colorados y otras cosas, y prometieron de nuevo de tener por amigos a los cristianos, y echar de su tierra a los indios que habían venido contra ellos.

Dende a dos días que el gobernador hobo llegado al puerto de los Reyes, como se halló con tanta gente de españoles e indios, y esperaba con ellos tener gran necesidad de hambre, porque a todos había de dar de comer, en toda la tierra no había más bastimento de lo que él tenía en los bergantines que estaban en el puerto, lo cual estaba muy tasado, y no había para más de diez o doce días para toda la gente, que eran, entre cristianos e indios, más de tres mil; y visto tan gran necesidad y peligro de morírseles

toda la gente, mandó llamar todas las lenguas, y mandólas que por lugares cercanos a ellos les fuesen a buscar algunos bastimentos mercados por sus rescates, y para ello les dio muchos; los cuales fueron, y no hallaron ningunos; y visto esto, mandó llamar a los indios principales de la tierra, y preguntóles adónde habrían, por sus rescates, bastimentos; los cuales dijeron que a nueve leguas de allí estaban en la ribera de unas grandes lagunas unos indios que se llaman arrianicosies, y que éstos tienen muchos bastimentos en gran abundancia, y que estos darían lo que fuese menester.

# CAPÍTULO LXVII

***De cómo el gobernador envió a buscar bastimentos al capitán Mendoza***

Luego que el gobernador se informó de los indios principales del puerto, mandó juntar los oficiales, clérigos y capitanes y otras personas de experiencia para tomar con ellos acuerdo y parescer de lo que debía hacer, porque toda la gente pedía de comer, y el gobernador no tenía qué les dar, y estaban para se le derramar e ir por la tierra adentro a buscar de comer; y juntos los oficiales y clérigos, les dijo que vían ya la necesidad y hambre, que era tan general, que padescían, y que no esperaba menos que morir todos si brevemente no se daba orden para lo remediar, y que él era informado que los indios que se llaman arrianicosies tenían bastimentos, y que diesen su parescer de lo que en ello debía de hacer; los cuales todos juntamente le dijeron que debía enviar a los pueblos de los indios la mayor parte de la gente, así para se mantener y sustentar como a comprar bastimento, para que enviasen luego a la gente que consigo quedaba en el puerto, y que si los indios no quisiesen dar los bastimentos comprándoselos, que se los tomasen por fuerza; y si se pusiesen en los defender, los hiciesen guerra hasta se los tomar; porque atenta la necesidad que había, y que todos se morían de hambre, que del altar se podía tomar para comer; y este parecer dieron firmado de sus nombres; y así se acordó de enviar a buscar los bastimentos al dicho capitán, con esta instrucción:

«Lo que vos, el capitán Gonzalo de Mendoza, habéis de hacer en los pueblos donde vais a buscar bastimentos para sustentar esta gente porque no se muera de hambre, es que los bastimentos que así mercáredes, habéis de pagar muy a contento de los indios socorinos y sococies, y a los otros que por la comarca están poblados, y decirles heis de mi parte que estoy maravillado de ellos cómo no me han venido a ver, como lo han hecho todas las otras generaciones de la comarca; y que yo tengo relación que ellos son buenos, y que por ello deseo verlos y tenerlos por amigos, y darles de mis cosas, y que vengan a dar la obediencia a Su Majestad, como lo han hecho todos los otros; y haciéndolo ansí, siempre los favoresceré y

ayudaré contra los que los quisieren enojar; y habéis de tener gran vigilancia y cuidado que por los lugares que pasáredes de los indios nuestros amigos no consintáis que ninguna de la gente que con vos lleváis entren por sus lugares ni les hagan fuerza ni otro ningún mal tratamiento, sino que todo lo que rescatáredes y ellos os dieren, lo paguéis a su contento, y ellos no tengan causa de se quejar; y llegado a los pueblos, pediréis a los indios a do vais que os den de los mantenimientos que tuvieren para sustentar las gentes que lleváis, ofreciéndoles la paga y rogándoselo con amorosas palabras; y si no os lo quisieren dar, requerírselo heis una, y dos, y tres veces, y más, cuantas de derecho pudiéredes y debiéredes, y ofresciéndole primero la paga; y si todavía no os lo quisieren dar, tomarlo heis por fuerza; y si os lo defendieren con mano armada, hacerle heis la guerra, porque la hambre en que quedamos no sufre otra cosa; y en todo lo que sucediere adelante os habed tan templadamente, cuanto conviene al servicio de Dios y de Su Majestad; lo cual confío de vos, como de servidor de su Majestad».

# CAPÍTULO LXVIII

### *De cómo envió un bergantín a descubrir el río de los xarayes, y en él el capitán Ribera*

Con esta instrucción envió al capitán Gonzalo de Mendoza, con el parescer de los clérigos y oficiales y capitanes, y con ciento veinte cristianos y seiscientos indios flecheros, que bastaban para mucha más cosa, y partió a 15 días del mes de diciembre del dicho año; y los indios naturales del puerto de los Reyes avisaron al gobernador, y le informaron que por el río del Igatu arriba podían ir gentes en los bergantines a tierra de los indios xarayes, porque ya comenzaban a crescer las aguas, y podían bien los navíos navegar; y que los indios xarayes[284] y otros indios que están en la ribera tenían muchos bastimentos, y que asimesmo había otros brazos de ríos muy caudalosos que venían de la tierra adentro y se juntaban en el río del Igatu, y había grandes pueblos de indios, y que, tenían muchos mantenimientos; y por saber todos los secretos del dicho río, envió al capitán Hernando de Ribera en un bergantín[285], con cincuenta y dos hombres, para que fuesen por el río arriba hasta los pueblos de los indios xarayes y hablase con su principal y se informase de lo de adelante, y pasase a los ver y descubrir por vista de ojos; y no saliendo en tierra él ni ninguno de su compañía, excepto la lengua con otros dos, procurase ver y contratar con los indios de la costa del río por donde iba, dándoles dádivas y asentando paces con ellos, para que volviese bien informado de lo que en la tierra había, y para ello le dio una instrucción con muchos rescates, y por ella y de palabra le informó de todo aquello que convenía al servicio de Su Majestad y al bien de la tierra, el cual partió e hizo vela a 20 días del mes de diciembre del dicho año[286].

Dende algunos días que el capitán Gonzalo de Mendoza había partido con la gente a comprar los bastimentos, escribió una carta cómo al tiempo que llegó a los lugares de los indios arrianicosies había enviado con una lengua a decir cómo él iba a su tierra a les rogar le vendiesen de los bastimentos que tenían, y que se los pagaría en rescates muy a su contento,

en cuentas y cuchillos y cuñas de hierro (lo cual ellos tenían en mucho), y les daría muchos anzuelos; los cuales rescates llevó la lengua para se los enseñar para que los viesen; y que no iban a hacerles mal ni daño ni tomalles nada por fuerza; y que la lengua había ido y había vuelto huyendo de los indios, y que habían salido a él a lo matar, y que le habían tirado muchas flechas; y que decían que no fuesen los cristianos a su tierra, y que no les querían dar ninguna cosa; antes los habían de matar a todos, y que para ello les habían venido a ayudar los indios guaxarapos, que eran muy valientes; los cuales habían muerto cristianos, y decían que los cristianos tenían las cabezas tiernas, y que no eran recios; y que el dicho Gonzalo de Mendoza había tornado a enviar la misma lengua a rogar y requerir los indios que les diesen los bastimentos, y con él envió algunos españoles que viesen lo que pasaba; todos los cuales habían vuelto huyendo de los indios, diciendo que habían salido con mano armada para los matar, y les habían tirado muchas flechas, diciendo que se saliesen de su tierra, que no les querían dar los bastimentos; y que visto esto, que él había ido con toda la gente a les hablar y asegurar; y que llegados cerca de su lugar, habían salido contra él todos los indios de la tierra, tirándole muchas flechas y procurándoles de matar, sin les querer oír ni dar lugar a que les dijese alguna cosa de las que les querían hablar; por lo cual en su defensa habían derrocado dos de ellos con arcabuces, y como los otros los vieron muertos, todos se fueron huyendo por los montes. Los cristianos fueron a sus casas, adonde habían hallado muy gran abundancia de mantenimientos de maíz y de mandubies, y otras yerbas y raíces y cosas de comer; y que luego con uno de los indios que había tomado preso envió a decir a los indios que se viniesen a sus casas, porque él les prometía y aseguraba de los tener por amigos, y de no les hacer ningún daño, y que les pagaría sus bastimentos que en sus casas les habían tomado cuando ellos huyeron; lo cual no habían querido hacer, antes habían venido a les dar guerra adonde tenían sentado el real, y habían puesto fuego a sus propias casas, y se hacían llamamiento de otras muchas generaciones de indios para venir a matarlos, y que ansí lo decían, y no dejaban de venir a les hacer todo el daño que podían. El gobernador le envió a mandar que trabajase y procurase de tornar los

indios a sus casas, y no les consintiese hacer ningún mal ni daño ni guerra, antes les pagase todos los bastimentos que les habían tomado, y les dejasen en paz, y fuesen a buscar los bastimentos por otras partes; y luego le tornó a avisar el capitán cómo los habían enviado a llamar y asegurar para que se volviesen a sus casas, y que les tenía por amigos, y que no les haría mal, y los trataría bien; lo cual no quisieron hacer, antes continuo vinieron a hacerle guerra y todo el daño que podían con otras generaciones de indios que habían llamado para ello, así de los guaxarapos y guatos[287], enemigos nuestros, que se habían juntado con ellos.

# CAPÍTULO LXIX

### *De cómo vino de la entrada el capitán Francisco de Ribera*

A 20 días del mes de enero del año de 544 años vino el capitán Francisco de Ribera con los seis españoles que con él envió el gobernador y con la guía que consigo llevó, y con tres indios que le quedaron de los once que con él envió de los guaraníes, los cuales todos envió, como arriba he dicho, para que descubriese las poblaciones y las viese por vista de ojos dende la parte donde el gobernador se volvió; y ellos fueron su camino adelante en busca de Tapuaguazu[288], donde la guía decía que comenzaban las poblaciones de los indios de toda la tierra; y llegado con los seis cristianos, los cuales venían heridos, toda la gente se alegró con ellos, y dieron gracias a Dios de verlos escapados de tan peligroso camino, porque en la verdad el gobernador los tenía por perdidos, porque de los once indios que con ellos habían ido, se habían vuelto los ocho, y por ello el gobernador hubo mucho enojo con ellos y los quiso castigar, y los indios principales sus parientes le rogaban que los mandase ahorcar luego como se volvieron, porque habían dejado y desamparado los cristianos, habiéndoles encomendado y mandado que los acompañasen y guardasen hasta volver en su presencia con ellos, y que pues no lo habían hecho, que ellos merescían que fuesen ahorcados, y el gobernador se lo reprehendió, con apercibimiento que si otra vez lo hacían los castigaría, y por ser aquella la primera les perdonaba, por no alterar a todos los indios de su generación.

# CAPÍTULO LXX

## *De cómo el capitán Francisco Ribera dio cuenta de su descubrimiento*

Otro día siguiente paresció ante el gobernador el capitán Francisco de Ribera, trayendo consigo los seis españoles que con él habían ido, y le dio relación de su descubrimiento, y dijo que después que dél partió en aquel bosque de do se habían apartado, que habían caminado por do la guía lo había llevado veintiún días sin parar, yendo por tierra de muchas malezas, de arboledas tan cerradas, que no podían pasar sin ir desmontando y abriendo por do pudiese pasar, y que algunos días caminaban una legua, y otros dos días que no caminaban media, por las grandes malezas y breñas de los montes, y que en todo el camino que llevaron fue la vía del Poniente; que en todo el tiempo que fueron por la dicha tierra comían venados y puercos y antas que los indios mataban con las flechas, porque era tanta la caza que había, que a palos mataban todo lo que querían para comer, y ansimismo había infinita miel en lo hueco de los árboles, y frutas salvajes, que había para mantener toda la gente que venía al dicho descubrimiento, y que a los veintiún días llegaron a un río que corría la vía del Poniente[289]; y según la guía les dijo, que pasaba por Tapuaguazu y por las poblaciones de los indios, en el cual pescaron los que él llevaba, y sacaron mucho pescado de unos que llaman los indios piraputanas, que son de la manera de los sábalos, que es muy excelente pescado; y pasaron el río, y andando por donde la guía les llevaba, dieron en huella fresca de indios; que, como aquel día había llovido, estaba la tierra mojada, y parescía haber andado indios por allí a caza; y yendo siguiendo el rastro de la huella, dieron en unas grandes hazas de maíz que se comenzaban a coger, y luego, sin se poder encubrir, salió a ellos un indio solo, cuyo lenguaje no entendieron, que traía un barbote grande en el labio bajo, de plata, y unos orejeras de oro, y tomó por la mano al Francisco de Ribera, y por señas les dijo que se fuesen con él, y así lo hicieron, y vieron cerca de allí una casa grande de paja y madera; y como llegaron cerca de ella, vieron que las mujeres y otros indios sacaban lo que dentro estaba de ropa

de algodón y otras cosas, y se metían por las hazas adelante, y el indio los mandó entrar dentro de la casa, en la cual andaban mujeres e indios sacando todo lo que tenían dentro, y abrían la paja de la casa y por allí lo echaban fuera, por no pasarlo por donde él y los otros cristianos estaban, y que de unas tinajas grandes que estaban dentro de la casa llenas de maíz vio sacar ciertas planchas y hachuelas y brazaletas de plata, y echarlos fuera de la casa por las parejes, que eran de paja; y como el indio que parescía el principal de aquella casa (por el respeto que los indios de ella le tenían) los tuvo dentro de la casa, por señas les dijo que se asentasen, y a dos indios orejones que tenían por esclavos, les mandó a dar a beber de unas tinajas que tenían dentro de la casa metidas hasta el cuello debajo de tierra, llenas de vino de maíz; sacaron vino en unas calabazas grandes y les comenzaron a dar de beber; y los dos orejones le dijeron que a tres jornadas de allí, con unos indios que llaman payzunoes, estaban ciertos cristianos, y dende allí les enseñaron a Tapuaguazu (que es una peña muy alta y grande[290]), y luego comenzaron a venir muchos indios muy pintados y emplumados, y con arcos y flechas a punto de guerra, y el dicho indio habló con ellos con mucha aceleración, y tomó asimismo un arco y flechas, y enviaba indios que iban y venían con mensajes; de donde habían conoscido que hacían llamamiento del pueblo que debía estar cerca de allí, y se juntaban para los matar[291]; y que había dicho a los cristianos que con él iban, que saliesen todos juntos de la casa, y se volviesen por el mismo camino que habían traído antes que se juntasen más indios; a esta sazón estarían juntos más de trescientos, dándoles a entender que iban a traer otros muchos cristianos que vivían allí cerca; y que ya que iban a salir, los indios se les ponían delante para los detener, y por medio de ellos habían salido, y que obra de un tiro de piedra de la casa, visto por los indios que se iban, habían ido tras de ellos, y con grande grita, tirándoles muchas flechas, los habían seguido hasta los meter por el monte, donde se defendieron; y los indios, creyendo que allí había más cristianos, no osaron entrar tras de ellos y los habían dejado ir, y escaparon todos heridos, y tornaron por el propio camino que abrieron y lo que habían caminado en veintiún días dende donde el gobernador los había enviado hasta llegar al

puerto de los Reyes lo andaron en doce días[292]; que les paresció que dende aquel puerto hasta donde estaban los dichos indios había setenta leguas de camino, y que una laguna que está a veinte leguas de este puerto, que se pasó el agua hasta la rodilla venía entonces tan crescida y traía tanta agua que se había extendido y alargado más de una legua por la tierra adentro, por donde ello habían pasado, y más de dos lanzas de hondo y que con muy gran trabajo y peligro lo habían pasado con balsas; y que si habían de entrar por la tierra, era necesario que abajasen agua de la laguna; y que los indios se llaman tarapecocies, los cuales tienen muchos bastimentos, y vio que crían patos y gallinas como las nuestras en mucha cantidad.

Esta relación dio Francisco de Ribera y los españoles que, con él fueron y vinieron y de la guía que con ellos fue; los cuales dijeron lo mismo que había declarado Francisco de Ribera; y porque en este puerto de los Reyes estaban algunos indios de la generación de los tarapecocies, donde llegó el Francisco de Ribera, los cuales vinieron con García, lengua cuando fue por las poblaciones de la tierra, y volvió desbaratado por los indios guaraníes en el río del Paraguay, y se escaparon éstos como los indios chaneses que huyeron, y vivían todos juntos en el puerto de los Reyes, y para informarse de ellos los mandó llamar el gobernador, y luego conoscieron y se alegraron con unas flechas que Francisco Ribera traía, de las que le tiraron los indios tarapecocies, y dijeron que aquéllas eran de su tierra; y el gobernador les preguntó que por qué los de su generación habían querido matar aquellos que los habían ido a ver y hablar. Y dijeron que los de su generación no eran enemigos de los cristianos, antes los tenían por amigos desde que García estuvo en la tierra y contrató con ellos; y que la causa por que los tarapecocies los querían matar sería por llevar en su compañía indios guaraníes, que los tienen por enemigos, porque los tiempos pasados fueron hasta su tierra a los matar y destruir; porque los cristianos no habían llevado lengua que los hablasen y los entendiesen para les decir y hacer entender a lo que iban, porque no acostumbran hacer guerra a los que no les hacen mal; y que si llevaran lengua que les hablara, les hicieran buenos tratamientos y les dieran de comer, y oro y plata que tienen, que traen de las poblaciones de la tierra adentro. Fueron preguntados qué generaciones

son de los que han la plata y el oro, y cómo lo contratan y vienen a su poder; dijeron que los payzunoes, que están tres jornadas de su tierra, les dan a los suyos a trueco de arcos y flechas de esclavos que toman de otras generaciones, y que los payzunoes[293] lo han de los chaneses y chimenoes y carcaraes y candirees, que son otras gentes de los indios, que los tienen en mucha cantidad, y que los indios lo contratan, como dicho es.

Fuéle mostrado un candelero de azófar muy limpio y claro, para que lo viese y declarase si el oro que tenían en su tierra era de aquella manera; y dijeron que lo del candelero era duro y bellaco, y lo de su tierra era blanco y no tenía mal olor y era más amarillo, y luego le fue mostrada una sortija de oro, y dijeron sí era de aquello mismo lo de su tierra, y dijo que sí. Asimismo le mostraron un plato de estaño muy limpio y claro, y le preguntaron si la plata de su tierra era tal como aquélla, y dijo que aquélla de aquel plato hedía y era bellaca y blanda, y que la de su tierra era más blanca y dura y no hedía mal; y siéndole mostrada una copa de plata, con ella se alegraron mucho y dijeron haber de aquello en su tierra muy gran cantidad en vasijas y otras cosas en casa de los indios, y planchas, y habían brazaletes y coronas y hachuelas, y otras piezas.

# CAPÍTULO LXXI

### *De cómo envió a llamar al capitán Gonzalo de Mendoza*

Luego envió el gobernador a llamar a Gonzalo de Mendoza, que se viniese de la tierra de los arrianicosies con la gente que con él estaba, para dar orden y proveer las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento de la tierra, porque así convenía al servicio de Su Majestad; y que antes que viniese a ellas, procurasen de tornar a los indios arrianicosies a sus casas y asentarse las paces con ellos; y como fue venido Francisco de Ribera con los seis españoles que venían con él del descubrimiento de la tierra, toda la gente que estaba en el puerto de los Reyes comenzó a adolescer de calenturas, que no había quien pudiese hacer la guarda en el campo, y asimesmo adolescieron todos los indios guaranles, y morían algunos de ellos; y de la gente que el capitán Gonzalo de Mendoza tenía consigo en la tierra de los indios arrianicosies, avisó por carta suya que todos enfermaban de calenturas, y así los enviaba con los bergantines, enfermos y flacos; y demás de esto, avisó que no habla podido con los indios hacer paz, aunque muchas veces les había requerido que les darían muchos rescates; antes les venían cada día a hacer la guerra, y que era tierra de muchos mantenimientos, así en el campo como en las lagunas, y que les había dejado muchos mantenimientos con que se pudiesen mantener, demás y allende de los que habla enviado y llevaba en los bergantines; y la causa de aquella enfermedad en que había caído toda la gente había sido que se habían dañado las aguas de aquella tierra y se habían hecho salobres con la cresciente de ella.

A esta sazón los indios de la isla que están cerca de una legua del puerto de los Reyes[294], que se llaman socorinos y xaqueses, como vieron a los cristianos enfermos y flacos, comenzaron a hacerles guerra, y dejaron de venir, como hasta allí lo habían hecho, a contratar y rescatar con los cristianos, y a darles aviso de los indios que hablaban mal de ellos, especialmente de los indios guaxarapos, con los cuales se juntaron y metieron en su tierra para dende allí hacerles guerra; y como los indios

guaraníes que habían traído en la armada salían en sus canoas, en compañía de algunos cristianos, a pescar en la laguna, a un tiro de piedra del real, una mañana, ya que amanescía, habían salido cinco cristianos, los cuatro de ellos mozos de poca edad, con los indios guaraníes; yendo en sus canoas, salieron a ellos los indios xaqueses y socorinos y otros muchos de la isla, y captivaron los cinco cristianos, y mataron de los indios guaraníes, cristianos nuevamente convertidos, y se les pusieron en defensa, y a otros muchos llevaron con ellos a la isla, y los mataron, y despedazaron a los cinco cristianos e indios, y los repartieron entre ellos a pedazos entre los indios guaxarapos y guatos, y con los indios naturales de esta tierra y puerto del pueblo que dicen del Viejo, y con otras generaciones que para ello y para hacer la guerra que tenían convocado; y después de repartidos, los comieron, así en la isla como en los otros lugares de las otras generaciones, y no contentos con esto, como la gente estaba enferma y flaca, con gran atrevimiento vinieron a acometer y a poner fuego en el pueblo adonde estaban, y llevaron algunos cristianos; los cuales comenzaron a dar voces diciendo: «¡Al arma, al arma; que matan los indios a los cristianos!» Y como todo el pueblo estaba puesto en arma, salieron a ellos; y así llevaron ciertos cristianos, y entre ellos uno que se llamaba Pedro Mepen, y otros que tomaron ribera de la laguna, y asimismo mataron otros que estaban pescando en la laguna, y se los comieron como a los otros cinco; y después de hecho el salto de los indios, como amanesció, al punto se vieron muy gran número de canoas con mucha gente de guerra irse huyendo por la laguna adelante, dando grandes alaridos y enseñando los arcos y flechas, alzándolos en alto, para darnos a entender que ellos habían hecho el salto; y así se metieron por la isla que está en la laguna del puerto de los Reyes; allí nos mataron cincuenta y ocho cristianos esta vez.

Visto esto, el gobernador habló con los indios del puerto de los Reyes y les dijo que pidiesen a los indios de la isla los cristianos e indios que habían llevado; y habiéndoselos ido a pedir respondieron que los indios guaxarapos se los habían llevado, y que no los tenían ellos; de allí adelante venían de noche a correr la laguna, por ver si podían captivar algunos de los cristianos e indios que pescasen en ella, y a estorbar que no pescasen en

ella, diciendo que la tierra era suya, y que no habían de pescar en ella los cristianos y los indios; que nos fuésemos de su tierra, si no, que nos habían de matar.

El gobernador envió a decir que se sosegasen y guardasen la paz que con él habían asentado, y viniesen a traer los cristianos e indios que habían llevado, y que los ternía por amigos; donde no lo quisieron hacer, que procedería contra ellos como contra enemigos, a los cuales se lo envió a decir y apercibir muchas veces, y no lo quisieron hacer, y no dejaban de hacer la guerra y daños que podían; y visto que no aprovechaba nada, el gobernador mandó hacer información contra los dichos indios; habida, con el parescer de los oficiales de Su Majestad y los clérigos, fueron dados y pronunciados por enemigos, para poderlos hacer la guerra: la cual se les hizo, y aseguró la tierra de los daños que cada día hacían.

# CAPÍTULO LXXII

### *De cómo vino Hernando de Ribera y de su entrada que hizo por el río*

A 30 días del mes de enero del año de 1543 vino el capitán Hernando de Ribera con el navío y gente con que le envió el gobernador a descubrir por el río arriba; y porque cuando él vino le halló enfermo, y ansimismo toda la gente, de calenturas con fríos, no le pudo dar relación[295] de su descubrimiento, y en este tiempo las aguas de los ríos crescían de tal manera, que toda aquella tierra estaba cubierta y anegada de agua, y por esto no se podían tornar a hacer la entrada y descubrimiento, y los indios naturales de la tierra le dijeron y certificaron que ahí duraba la cresciente de las aguas cuatro meses del año, tanto, que cubre la tierra cinco y seis brazas en alto, y hacen lo que atrás tengo dicho de andarse dentro en canoas con sus casas todo este tiempo buscando de comer, sin poder saltar en la tierra; y en toda esta tierra tienen por costumbre los naturales de ella de se matar y comer los unos a los otros; y cuando las aguas bajan, tornan a armar sus casas donde las tenían antes que cresciesen, y queda la tierra inficionada de pestilencia del mal olor y pescado que queda en seco en ella, y con el gran calor que hace es muy trabajosa de sufrir.

# CAPÍTULO LXXIII

***De lo que acontesció al gobernador y gente en este pueblo***

Tres meses estuvo el gobernador en el puerto de los Reyes con toda la gente enferma de calenturas, y él con ellos, esperando que Dios fuese servido de darles salud y que las aguas bajasen para poner en efecto la entrada y descubrimiento de la tierra, y de cada día crescía la enfermedad, y lo mismo hacían las aguas; de manera que del puerto de los Reyes fue forzado retirarnos con harto trabajo, y demás de hacernos tanto daño, trujeron consigo tantos mosquitos de todas maneras, que de noche ni de día no nos dejaban dormir ni reposar, con lo cual se pasaba un tormento intolerable, que era peor de sufrir que las calenturas; y visto esto, y porque habían requerido al gobernador los oficiales de Su Majestad que se retirase y fuese del dicho puerto abajo a la ciudad de la Ascensión, adonde la gente convaleciese, habido para ello información y parescer de los clérigos y oficiales, se retiró; pero no consintió que los cristianos trujesen obra de cien muchachas, que los naturales del puerto de los Reyes, al tiempo que allí llegó el gobernador, habían ofrescido sus caudes[296] a capitanes y personas señaladas para estar bien con ellos y para que hiciesen de ellas lo que solían de las otras que tenían; y por evitar la ofensa que en esto a Dios se hacía, el gobernador mandó a sus padres que las tuviesen consigo en sus casas hasta tanto que se hobiesen de volver; y al tiempo que se embarcaron para volver, por no dejar a sus padres descontentos y la tierra escandalizada a causa de ello, lo hizo ansí; y para dar más calor a lo que hacía, publicó una instrucción de Su Majestad, en que manda «que ninguno sea osado sacar a ningún indio de su tierra so graves causas»; y de esto quedaron los naturales muy atentos, y los españoles muy quejosos y desesperados, y por esta causa le querían algunos mal, y dende entonces fue aborrescido de los más de ellos, y con aquella color y razón hicieron lo que diré adelante, y embarcada la gente, así cristianos como indios, se vino al puerto y ciudad de la Ascensión en doce días, lo que había andado en dos meses cuando subió; aunque la gente venía a la muerte, enferma, sacaban

fuerza de flaqueza con deseo de llegar a sus casas; y cierto no fue poco el trabajo, por venir como tengo dicho, porque no podían tomar armas para resistir a los enemigos, ni menos podían aprovechar con un remo para ayudar ni guiar los bergantines; y si no fuera por diversos que llevábamos en los bergantines, el trabajo y peligro fuera mayor; traíamos las canoas de los indios en medio de los navíos, por guardarlos y salvarlos de los enemigos hasta volverlos a sus tierras y casas; y para que más seguros fuesen, repartió el gobernador algunos cristianos en sus canoas, y con venir tan recargados, guardándonos de los enemigos, pasando por tierra de los indios guaxarapos, dieron un salto con muchas canoas en gran cantidad y dieron en unas balsas que venían junto a nosotros, y arrojaron un dardo y dieron a un cristiano por los pechos y pasánronlo de parte a parte, y cayó muerto, el cual se llamaba Miranda, natural de Valladolid, e hirieron algunos indios de los nuestros, y si no fueran socorridos con los versos[297], nos hicieran mucho daños. Todo ello causó la flaqueza grande que tenía la gente.

A 8 días del mes de abril del dicho año llegamos a la ciudad de la Ascensión con toda la gente y navíos e indios guaraníes, y todos ellos y el gobernador, con los cristianos que traía, venían enfermos y flacos; y llegado allí el gobernador, halló al capitán Salazar que tenía hecho llamamiento en toda la tierra y tenía juntos más de veinte mil indios y muchas canoas, y para ir por tierra otra gente a buscar y matar y destruir a los indios agaces, porque después que el gobernador se había partido del puerto no habían cesado de hacer la guerra a los cristianos que habían quedado en la ciudad y a los naturales, robándolos y matándolos y tomándoles las mujeres e hijos, y salteándoles la tierra y quemándoles los pueblos, haciéndoles muy grandes males; y como llegó el gobernador, cesó de ponerse en efecto, y hallamos la carabela que el gobernador mandó hacer, que casi estaba ya hecha, porque en acabándose había de dar aviso a Su Majestad de lo suscedido, de la entrada que se hizo de la tierra y otras cosas suscedidas en ella, y mandó el gobernador que se acabase.

# CAPÍTULO LXXIV

### *Cómo el gobernador llegó con su gente a la Ascensión, y aquí le prendieron*

Dende a quince días que hubo llegado el gobernador a la ciudad de la Ascensión, como los oficiales de Su Majestad le tenían odio por los causas que son dichas, que no les consentía, por ser, como eran, contra el servicio de Dios y de Su Majestad, así en haber despoblado el mejor y más principal puerto de la provincia, con pretensión de se alzar con la tierra (como al presente lo están), y viendo venir al gobernador tan a la muerte y a todos los cristianos que con él traía, día de Sant Marcos se juntaron y confederaron con otros amigos suyos, y conciertan de aquella noche prender al gobernador; y para mejor lo poder hacer a su salvo, dicen a cien hombres que ellos saben que el gobernador quiere tomarles sus haciendas y casas e indias, y darlas y repartirlas entre los que venían con él de la entrada perdidos, y que aquello era muy gran sinjusticia y contra el servicio de Su Majestad, y que ellos, como sus oficiales, querían aquella noche ir a requerir, en nombre de Su Majestad, que no les quitase las casas ni ropas e indias; y porque se temían que el gobernador los mandaría prender por ello, era menester que ellos fuesen armados y llevasen sus amigos, y pues ellos lo eran, y por esto se ponían en hacer el requerimiento, del cual se seguía muy gran servicio a Su Majestad y a ellos mucho provecho, y que a hora del Ave María viniesen con sus armas a dos casas que les señalaron, y que allí se metiesen hasta que ellos avisasen lo que habían de hacer; y ansí, entraron en la cámara donde el gobernador estaba muy malo hasta diez o doce de ellos, diciendo a voces: «¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Eran el veedor Alonso Cabrera, el contador Felipe de Cáceres, Garci-Venegas, teniente de tesorero; un criado del gobernador, que se llamaba Pedro de Oñate, el cual tenía en su cámara, y éste los metió y dio la puerta y fue principal en todo, y a don Francisco de Mendoza y a Jaime Rasquín, y éste puso una ballesta con un arpón con yerba a los pechos al gobernador; Diego de Acosta, lengua, portugués; Solórzano,

natural de la Gran Canaria; y éstos entraron a prender al gobernador adelante con sus armas; y ansí, lo sacaron en camisa, diciendo: «¡Libertad, libertad!» Y llamándolo de tirano, poniéndole las ballestas a los pechos, diciendo estas y otras palabras: «Aquí pagaréis las injurias y daños que nos habéis hecho»; y salido a la calle, toparon con la otra gente que ellos habían traído para aguardalles; los cuales, como vieron traer preso al gobernador de aquella manera, dijeron al factor Pedro Dorantes y a los demás: «Pese a tal con los traidores; ¿traéisnos para que seamos testigos que no nos tomen nuestras haciendas y casas e indias, y no le requerís, sino prendéislo? ¿Queréis hacernos a nosotros traidores contra el Rey prendiendo a su gobernador?»; y echaron mano a las espaldas, y hubo una gran revuelta entre ellos porque le habían preso; y como estaban cerca de las casas de los oficiales, los unos de ellos se metieron con el gobernador en las casas de Garci-Venegas, y los otros quedaron a la puerta, diciéndoles que ellos los habían engañado; que no dijesen que no sabían lo que ellos habían hecho, sino que procurasen de ayudallos a que le sustentasen en la prisión, porque les hacían saber que si soltasen al gobernador, que los haría a todos cuartos, y a ellos les cortaría las cabezas; y pues les iba las vidas en ello, los ayudasen a llevar adelante lo que habían hecho, y que ellos partirían con ellos la hacienda e indias y ropa del gobernador; y luego entraron los oficiales donde el gobernador estaba, que era una pieza muy pequeña, y le echaron unos grillos y le pusieron guardas; y hecho esto, fueron luego a casa de Juan Pavón, alcalde mayor, y a casa de Francisco de Peralta, alguacil, y llegando adonde estaba el alcalde mayor, Martín de Ure, vizcaíno, se adelantó de todos y quitó por fuerza la vara al alcalde mayor y al alguacil[298], y ansí presos, dando muchas puñaladas al alcalde mayor y al aguacil, y dándole empujones y llamándoles de traidores, y él y los que con él iban los llevaron a la cárcel pública y los echaron de cabeza en el cepo, y soltaron de él a los que estaban presos, que entre ellos estaba uno condenado a muerte porque había muerto un Morales, hidalgo de Sevilla.

Después de esto hecho, tomaron un atambor y fueron por las calles alborotando, y desasosegando al pueblo, diciendo a grandes voces:

«¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Y después de haber dado una vuelta al pueblo, fueron los mismos a la casa de Pero Hernández[299], escribano de provincia (que a la sazón estaba enfermo), y prendieron, y a Bartolomé González, y le tomaron la hacienda y escripturas que allí tenía y así, lo llevaron preso a la casa de Domingo de Irala, adonde le echaron dos pares de grillos y después de habelle dicho muchas afrentas pusieron sus guardas, y tornaron a pregonar: «Mandan los señores oficiales de Su Majestad que ninguno sea osado de andar por las calles y todos se recojan a sus casas, so pena de muerte y de traidores»; y acabando de decir todo tornaban, como de primero, a decir: «¡Libertad, libertad!» Y cuando esto apregonaban, a los que topaban en las calles les daban muchos rempujones y espaldarazos, y los metían Por fuerza en sus casas; y luego, como esto acaba donde el gobernador vivía y tenía su hacienda y escripturas y provisiones que Su Majestad mandó despachar acerca de la gobernación en la tierra, y los autos de cómo le habían recibido y obedecido en nombre de Su Majestad por gobernador y capitán general, y descerrajaron unas arcas, tomaron todas las escripturas que en ellas estaban, y se apoderaron en todo ello y abrieron asimismo un arca que estaba cerrado con tres llaves, donde estaban los procesos que se habían hecho contra los oficiales, de los delitos que habían cometido, los cuales estaban remitidos a Su Majestad; y tomaron todos sus bienes, ropas, bastimentos de vino y aceite, acero y hierro, y otras muchas cosas, y la mayor parte de ellas desaparescieron, dando saco en todo, llamándole de tirano y otras palabras; y lo que dejaron en poder de quien más sus amigos eran y los seguían, so color de depósito, y eran los mismos valedores que los ayudaban. Valía a lo que dicen, más de cien mil castellanos a hacienda, a los precios de allá, entre los cuales tomaron diez bergantines.

# CAPÍTULO LXXV

### *De cómo juntaron la gente ante la casa de Domingo de Irala*

Y luego otro día siguiente por la mañana los oficiales, como atambor, mandaron pregonar por las calles, que todos se juntasen delante las casas del capitán Domingo de Irala, y allí juntos sus amigos y valedores con sus armas, con pregonero, y altas voces leyeron un libelo infamativo entre las otras cosas, dijeron que tenía al gobernador ordenado de tomarles a todos sus prendas y tenerlos por esclavos, y que ellos de la libertad de todos le habían prendido; y acabando de leer el dicho libelo, les dijeron: «Decid, señores: ¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Y ansí, dando grandes voces, lo dijeron, y acabado de decir, la gente se indignó con el gobernador, y muchos decían: «¡Pese a tal!, vásmosle a matar a este tirano, que nos quería matar y destruir»; y amansada la ira y furor de la gente, luego los oficiales nombraron por teniente de gobernador y capitán general de la dicha provincia a Domingo de Irala. Este fue otra vez gobernador contra Francisco Ruiz, que había quedado en la tierra por teniente de don Pedro de Mendoza; y en la verdad fue buen teniente y buen gobernador, y por envidia y malicia le desposeyeron contra todo derecho y nombraron por teniente a este Domingo de Irala; y diciendo uno al veedor Alonso Cabrera que lo habían hecho mal, porque habiendo poblado el Francisco Ruiz aquella tierra y sustentándola con tanto trabajo, se lo habían quitado, respondió que porque no quería hacer lo que él quería; y que porque Domingo de Irala era el de menos calidad de todos, y siempre haría lo que él mandase y todos los oficiales, por esto lo habían nombrado; y así pusieron al Domingo de Irala, y nombraron por alcalde mayor a un Pero Díaz del Valle[300], amigo de Domingo de Irala; dieron las varas de los alguaciles a un Bartolomé de la Marilla, natural de Trujillo, amigo de Nunfro de Chaves, y a un Sancho de Salinas, natural de Cazalla; y luego los oficiales y Domingo de Irala comenzaron a publicar que quería tornar a hacer entrada por la misma tierra que el gobernador había descubierto, con intento de buscar alguna plata y oro en la tierra, porque hallándola la

enviasen a Su Majestad para que los perdonase, y con ello creían que les había de perdonar el delito que habían cometido; y que si no lo hallasen, que se quedarían en la tierra adentro poblando, por no volver donde fuesen castigados; y que podría ser que hallasen tanto, que por ello les hiciese merced de la tierra, y con esto andaban granjeando a la gente; y cómo ya hobiesen todos entendido las maldades que habían usado y usaban, no quiso ninguno dar consentimiento a la entrada; y dende allí en adelante toda la mayor parte de la gente comenzó a reclamar y a decir que soltasen al gobernador; y de esta causa los oficiales y las justicias que tenían puestas comenzaron a molestar a los que se mostraban pesantes de la prisión, echándoles prisiones y quitándoles sus haciendas y mantenimientos, y fatigándolos con otros malos tratamientos; y a los que se retraían por las iglesias, por que no les prendiesen, ponían guardas por que no los diesen de comer, y ponían pena sobre ello, y a otros les tiraban las armas y los traían aperreados y corridos, y decían públicamente que a los que mostrase pesalles de la prisión que los habían de destruir.

# CAPÍTULO LXXVI

## *De los alborotos y escándolos que hobo en la tierra*

De aquí adelante comenzaron los alborotos y escándalos entre la gente, porque públicamente decían los de la parte de Su Majestad a los oficiales y a sus valedores que todos ellos eran traidores, y siempre de decía y de noche, por el temor de la gente que se levantaba cada día de nuevo contra ellos, estaban siempre con las armas en las manos, y se hacían cada día más fuertes de palizadas y otros aparejos para se defender, como si estuviera preso el gobernador en Salsas; barreando las calles y cercáronse en cinco o seis casas.

El gobernador estaba en una cámara muy pequeña que metieron, de la casa de Alonso Cabrera en la de Garci-Venegas, para tenerlo en medio de todos ellos; y tenían de costumbre cada día el alcalde y los alguaciles de buscar todas las casas que estaban al derredor de la casa adonde estaba preso si había alguna tierra movida de ellas para ver si minaban. En viendo los oficiales dos o tres hombres de la parcialidad del gobernador, y que estaban hablando juntos, luego daban voces diciendo: «¡Al arma, al arma!» Y entonces los oficiales entraban armados donde estaba el gobernador, y decían, puesta la mano en los puñales: «Juro a Dios que si la gente se pone en sacaros de nuestro poder, que os habemos de dar de puñaladas y cortaros la cabeza, y echalla a los que os vienen a sacar, para que se contenten con ella»; para lo cual nombraron cuatro hombres, los que tenían por más valientes, para que con cuatro puñales estuviesen par de la primera guarda, y les tomaron pleito homenaje que en sintiendo que de la parte de Su Majestad le iban a sacar, luego entrasen y le cortasen la cabeza; y para estar apercibidos para aquel tiempo, amolaban los pufiales, para cumplir lo que tenían jurado; y hacían esto en parte donde sintiese el gobernador lo que hacían y hablaban; y los secutores[301] de esto eran Garci-Vanegas y Andrés Hernández el Romo, y otros.

Sobre la prisión del gobernador, demás de los alborotos y escándalos que había entre la gente, había muchas pasiones y pendencias por los

bandos que entre ellos había, unos diciendo que los oficiales y sus amigos habían sido traidores y hecho gran maldad en lo prender, y que habían dado ocasión que se perdiese toda la tierra, como ha parescido y cada día paresce, y los otros defendían al contrario; y sobre esto se mataron e hirieron y mancaron muchos españoles unos a otros; y los oficiales y sus amigos decían que los que le favorescían y deseaban su libertad eran traidores, y los habían de castigar por tales, y defendían que no hablase ninguno de los que tenían por sospechosos unos con otros; y en viendo hablar dos hombres juntos, hacían información y los prendían, hasta saber lo que hablaban; y si se juntaban tres o cuatro, luego tocaban al arma, se ponían a punto de pelear, y tenían puestas encima del aposento donde estaba preso el gobernador centinelas en dos garitas que descubrían todo el pueblo y el campo; y allende de esto traían hombres que anduviesen espiando y mirando lo que se hacía y decía por el pueblo, y de noche andaban treinta hombres armados, y todos los que topaban en las calles los prendían y procuraban de saber dónde iban y de qué manera; y como los alborotos y escándalos eran tantos cada día, y los oficiales y sus valedores andaban por tan cansados y desvelados, entraron a rogar al gobernador que diese un mandamiento para la gente en que les mandase que no se moviesen y estuviesen sosegados, y que para ello, si necesario fuese, se les pusiese pena; y los mismos oficiales le metieron hecho y ordenado, para que si quisiese hacer por ellos aquello lo firmase; lo cual, después de firmado, no lo quisieron notificar a la gente, porque fueron aconsejados que no lo hiciesen, pues que pretendían y decían que todos habían dado parescer y sido en que le prendiesen, y por esto dejaron de notificallo.

# CAPÍTULO LXXVII

***De cómo tenían preso al gobernador en una prisión muy áspera***

En el tiempo que estas cosas pasaban, el gobernador estaba malo en la cama, y muy flaco, y para la cura de su salud tenía unos muy buenos grillos a los pies, y a la cabecera una vela encendida, porque la prisión estaba tan escura que no se parescía el cielo, y era tan húmeda, que nascía la yerba debajo de la cama; tenía la vela consigo, porque cada hora pensaba tenella menester, y para su fin buscaron entre toda la gente el hombre de todos que más le quisiese, y hallaron uno que se llamaba Hernando de Sosa, al cual el gobernador había castigado porque había dado un bofetón y palos a un indio principal, y éste le pusieron por guarda en la misma cámara para que le guardase, y tenían dos puertas con candados cerradas sobre él; y los oficiales y todos sus aliados y confederados le guardaban de día y de noche, armados con todas sus armas, que eran más de ciento cincuenta, a los cuales pagaban con la hacienda del gobernador, y con toda esta guarda, cada noche o tercera noche le metía la india que le llevaba de cenar una carta que le escribían los de fuera, y por ella le daban relación de todo lo que allá pasaba, y enviaban a decir que enviase a avisar qué era lo que mandaba que ellos hiciesen; porque las tres partes de la gente estaban determinados de morir todos, con los indios que los ayudaban para sacarle, y que lo habían dejado de hacer por el temor que les ponían diciendo que si acometían a sacarle, que luego le habían de dar de puñaladas y cortarle la cabeza; y que, por otra parte, más de setenta hombres de los que estaban en guarda de la prisión se habían confederado con ellos de se levantar con la puerta principal, adonde el gobernador estaba preso, y le detener y defender hasta que ellos entrasen, lo cual el gobernador les estorbó que no hiciesen, porque no podía ser tan ligeramente sin que se matasen muchos cristianos, y que comenzada la cosa, los indios acabarían todos los que pudiesen, y así se acabaría de perder toda la tierra y vida de todos.

Con esto les entretuvo que no lo hiciesen, y porque (dije que la india que le traía una carta cada tercer noche, y llevaba otra, pasando por todas

las guardas, desnudándola en cueros, catándole la boca y los oídos, y trasquilándola porque no la llevase entre los cabellos, y catándola todo lo posible, que por ser cosa vergonzosa no lo señalo, pasaba la india por todos en cueros, y llegada donde estaba, daba lo que traía a la guarda, y ella se sentaba par de la cama del gobernador, como la pieza era chica; y sentada, se comenzaba a rascar el pie, y ansí, rascándose quitaba la carta y se la daba por detrás del otro. Traía ella esta carta, que era medio pliego de papel delgado, muy arrollada sotilmente, y cubierta con un poco de cera negra, metida en lo hueco de los dedos del pie hasta el pulgar, y venía atada con dos hilos de algodón negro, y de esta manera metía y sacaba todas las cartas y el papel que había menester, y unos polvos que hay en aquella tierra de unas piedras con un poco de saliva o de agua hacen tinta.

Los oficiales y sus consortes lo sospecharon o fueron avisados que el gobernador sabía lo que fuera pasaba y ellos hacían; y para saber y asegurarse de ellos de esto, buscaron cuatro mancebos de entre ellos para que se envolviesen con la india, en lo cual no tuvieron mucho que hacer, porque de costumbre no son escasas de sus personas, y tienen por gran afrenta negallo a nadie que se lo pida, y dicen que ¿para qué se lo dieron sino para aquello?; y envueltos con ella y dándole muchas cosas, no pudieron saber ningún secreto de ella, durando el trato y conversación once meses.

# CAPÍTULO LXXVIII

## *Cómo robaban la tierra los alzados, y tomaban por fuerza sus haciendas*

Estando el gobernador de esta manera, los oficiales y Domingo de Irala, luego que le prendieron, dieron licencia abiertamente a todos sus amigos y valedores y criados para que fuesen por los pueblos y lugares de los indios y les tomasen las mujeres y las hijas, y las hamacas y otras cosas que tenían, por fuerza, y sin pagárselo, cosa que no convenía al servicio de Su Majestad y a la pacificación de aquella tierra; y haciendo esto, iban por toda la tierra dándoles muchos palos, trayéndoles por fuerza a sus casas para que labrasen sus heredades sin pagarles nada por ello, y los indios se venían a quejar a Domingo de Irala y a los oficiales. Ellos respondían que no eran parte para ello; de lo cual se contentaban algunos de los cristianos, porque sabían que les respondían aquello por les complacer, para que ellos les ayudasen y favoresciesen, y decíanles a los cristianos que ya ellos tenían libertad, que hiciesen lo que quisiesen; de manera que con estas respuestas y malos tratamientos la tierra se comenzó a desplobar, y se iban los naturales a vivir a las montafias, escondidos donde no los pudiesen hallar los cristianos. Muchos de los indios y sus mujeres e hijos eran cristianos, y apartándose perdían la doctrina de los religiosos y clérigos, de lo cual el gobernador tuvo muy gran cuidado que fuesen enseñados.

Luego, dende a pocos días que le hobieron preso, desbarataron la carabela que el gobernador había mandado hacer para con ella dar aviso a Su Majestad de lo que en la provincia pasa, porque tuvieron creído que pudieran atraer a la gente para hacer la entrada (cual dejó descubierta el gobernador), y que por ella pudieran sacar oro y plata, y a ellos se les atribuyen la honra y el servicio que pensaban que a Su Majestad hacían; y como la tierra estuviese sin justicia, los vecinos y pobladores de ella contino recebían tan grandes agravios, que los oficiales y justicia que ellos pusieron de su mano hacían a los españoles, aprisionándoles y tomando sus haciendas, se fueron como aborridos y muy descontentos más de cincuenta hombres españoles por la tierra adentro, en demanda de la costa del Brasil,

y a buscar algún aparejo para venir a avisar a Su Majestad de los grandes males y daños y desasosiegos que en la tierra pasaban, y otros muchos estaban movidos para se ir perdidos por la tierra adentro, a los cuales prendieron y tuvieron presos mucho tiempo, y les quitaron las armas y lo que tenían; y todo lo que les quitaban, lo daban y repartían entre sus amigos y valedores, por los tener gratos y contentos.

# CAPÍTULO LXXIX

***Cómo se fueron los frailes***

En este tiempo, que andaban las cosas tan recias y tan revueltas y de mala desistión pareciendo a los frailes fray Bernaldo de Armenta que era buena coyuntura y sazón para acabar de efectuar su propósito en quererse ir (como otra vez lo habían intentado), hablaron sobre ello a los oficiales, y a Domingo de Irala, para que les diese favor y ayuda para ir a la costa del Brasil; los cuales, por les dar contentamiento, y por ser, como eran, contrarios del gobernador, por haberles impedido el camino que entonces querían hacer, ellos les dieron licencia y ayudaron en lo que pudieron, y que se fuesen a la costa del Brasil, y para ello llevaron consigo seis españoles y algunas indias de las que enseñaban doctrina.

Estando el gobernador en la prisión, les dijo muchas veces que por que cesasen los alborotos que cada día había, y los males y daños que se hacían, le diesen lugar que en nombre de Su Majestad pudiese nombrar una persona que como teniente de gobernador los tuviese en paz y en justicia aquella tierra, y que el gobernador tenía por bien, después de haberlo nombrado, venir ante Su Majestad a dar cuenta de todo lo pasado y presente, y los oficiales le respondieron que después que fue preso perdieron la fuerza las provisiones que tenía, y que no podría usar de ellas, y que bastaba la persona que ellos hablan puesto; y cada día entraban adonde estaba preso, amenazándole que le habían de dar de puñaladas y cortar la cabeza; y él les dijo que cuando determinasen de hacerlo, les rogaba, y si necesario era les requería de parte de Dios y de Su Majestad, le diesen un religioso o clérigo que le confesase; y ellos respondieron que si le habían de dar confesor, había de ser a Francisco de Andrada o a otro vizcaíno, clérigos, que eran los principales de su comunidad, y que si no se quería confesar con ninguno de ellos, que no le habían de dar otro ninguno, porque a todos los tenían por sus enemigos, y muy amigos suyos; y así, habían tenido presos a Antón de Escalera[302] y a Rodrigo de Herrera y a Luis de Miranda, clérigos, porque les habían dicho y decían que había sido

muy gran mal, y cosa muy mal hecha contra el servicio de Dios y de Su Majestad, y gran perdición de la tierra en prenderle, y a Luis de Miranda, clérigo, tuvieron preso con el alcalde mayor más de ocho meses donde no vio sol ni luna, y con sus guardas; y nunca quisieron ni consintieron que le entrasen a confesar otro religioso ninguno, sino los sobredichos; y porque un Antón Bravo, hombre hijodalgo y de edad de dieciocho años, dijo un día que él daría forma como el gobernador fuese suelto de la prisión, los oficiales y Domingo de Irala le prendieron y dieron luego tormento; y por tener ocasión de molestar y castigar a otros a quien tenía odio, le dijeron que le soltarían libremente con tanto que hiciese culpados a muchos que en su confesión le hicieron declarar; y ansí, los prendieron a todos y los desarmaron, y al Antón Bravo le dieron cien azotes públicamente por las calles, con voz de traidor, diciendo que lo había sido contra Su Majestad porque quería soltar de la prisión al gobernador.

# CAPÍTULO LXXX

***De cómo atormentaban a los que no eran de su opinión***

Sobre esta causa dieron tormentos muy crueles a otras muchas personas para saber y descubrir si se daban orden y trataban entre ellos de sacar de la prisión al gobernador, y qué personas eran, y de qué manera lo concertaban, o si se hacían minas debajo de tierra; y muchos quedaron lisiados de la pierna y brazos de los tormentos; y porque en algunas partes por las paredes del pueblo escribían letras que decían: «Por tu rey y por tu ley morirás», los oficiales y Domingo de Irala y sus justiciosos hacían informaciones para saber quién lo había escrito, y jurando y amenazando que si lo sabían que lo habían de castigar a quien tales palabras escribía, y sobre ello prendieron a muchos, y dieron tormento.

# CAPÍTULO LXXXI

## *Cómo quisieron matar a un regidor porque les hizo un requerimiento*

Estando las cosas en el estado que dicho tengo, un Pedro de Molina, natural de Guadix y regidor de aquella ciudad, visto los grandes daños, alborotos y escándalos que en la tierra había, se determinó por el servicio de Su Majestad de entrar dentro en la palizada, a do estaban los oficiales y Domingo de Irala; y en presencia de todos, quitado el bonete, dijo a Martín de Ure, escribano, que estaba presente, que leyese a los oficiales aquel requerimiento para que cesasen los males y muertes y daños que en la tierra había por la prisión del gobernador, que lo sacasen de ella, y lo soltasen, porque con ello cesaría todo; y si no quisiesen sacarle, le diesen lugar a que diese poder a quien él quisiese para que, en nombre de Su Majestad, gobernase la provincia, y la tuviese en paz y en justicia. Dando el requerimiento al escribano, rehusaba de tomallo, por estar delante todos aquellos, y al fin lo tomó, y dijo al Pedro de Molina que si quería que lo leyese, que le pagase sus derechos; y Pedro de Molina sacó de espada que tenía en la cinta, y diósela; la cual no quiso, diciendo que él no tomaba espada por prenda; el dicho Pedro de Molina se quitó una caperuza montera, y se la dio y le dijo: «Leedlo, que no tengo otra mejor prenda». El Martín de Ure tomó la caperuza y el requerimiento, y dio con ello en el suelo a sus pies, diciendo que no lo quería notificar a aquellos señores; y luego se levantó Garci-Vanegas, teniente de tesorero, y dijo al Pedro de Molina muchas palabras afrentosas y vergonzosas, diciéndole que estaba por le hacer matar a palos, y que esto era lo que merescía por osar decir aquellas palabras que decía; y con esto Pedro de Molina se salió, quitándose su bonete (que no fue poco salir de entre ellos sin hacerle mucho mal).

# CAPÍTULO LXXXII

### *Cómo dieron licencia los alzados a los indios que comiesen carne humana*

Para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron licencia para que matasen y comiesen a los indios enemigos de ellos, y a muchos de éstos, a quien dieron licencia, eran cristianos nuevamente convertidos, y por hacellos que no se fuesen de la tierra y les ayudasen; cosa tan contra del servicio de Dios y de Su Majestad, y tan aborrecible a todos cuantos lo oyeron; y dijéronles más, que el gobernador era malo, y que por ello no les consentía matar y comer a sus enemigos, y que por esta causa le habían preso, y que agora, que ellos mandaban, les daban licencia para que lo hiciesen así como se lo mandaban; y visto los oficiales y Domingo de Irala que, con todo lo que ellos podían hacer y hacían, que no cesaban los alborotos y escándalos, y que de cada día eran mayores, acordaron de sacar de la provincia al gobernador, y los mismos que lo acordaron se quisieron quedar en ella y no venir en estos reinos, y que con sólo echarle de la tierra con algunos de sus amigos se contentaron, lo cual, entendido por los que le favorescían, entre ellos hobo muy gran escándalo, diciendo que, pues los oficiales habían hecho entender que habían podido prenderle, y les habían dicho que vernían con el gobernador a dar cuenta a Su Majestad, que habían de venir, aunque no quisiesen, a dar cuenta de lo que habían hecho; y ansí, se hubieren de concertar que los dos de los oficiales viniesen con él, y los otros dos se quedasen en la tierra; y para traerle alzaron uno de los bergantines que el gobernador había hecho para el descubrimiento de la tierra y conquista de la provincia; y de esta causa había muy grandes alborotos y mayores alteraciones, por el gran descontento que la gente tenía de ver que le querían ausentar de la tierra. Los oficiales acordaron de prender a los más principales y a quien la gente más acudía, y sabido por ellos, andaban siempre sobre aviso, y no los osaban prender, y se concertaron por intercesión del gobernador, porque los oficiales le rogaron

que se lo enviase a mandar, y cesasen los escándalos y diesen su fe y palabra de no sacarle de la prisión, y que los oficiales y la justicia que tenían puesta prometían de no prender a ninguna persona ni hacerle ningún agravio; y que soltarían los que tenían presos, y así lo juraron y prometieron, con tanto, que, porque había tanto tiempo que le tenían preso y ninguna persona le había visto, y tenían sospecha y se recelaban que le habían muerto secretamente, dejasen entrar en la prisión donde el gobernador estaba dos religiosos y dos caballeros para que le viesen y pudiesen certificar a la gente que estaba vivo; y los oficiales prometieron de lo cumplir dentro de tres o cuatro días antes que le embarcasen, lo cual no cumplieron.

# CAPÍTULO LXXXIII

## *De cómo habían de escribir a Su Majestad y enviar la relación*

Cuando esto pasó, dieron muchas minutas los oficiales para que por ellas escribiesen a estos reinos contra el gobernador, para ponerle mal con todos, y ansí las escribieron, y para dar color a sus delitos, escribieron cosas que nunca pasaron ni fueron verdad; y al tiempo que se adobaba y fornescía el bergantín en que le habían de traer, los carpinteros y amigos hicieron con ello que con todo el secreto del mundo cavasen un madero tan grueso como el muslo, que tenía tres palmos, y en este grueso le metieron un proceso de una información general que el gobernador había hecho para enviar a Su Majestad, y otras escripturas que sus amigos habían escapado cuando le prendieron, que le importaban; y ansí, las tomaron y envolvieron en un encerado, y le clavaron el madero en la popa del bergantín con seis clavos en la cabeza y pie, y decían los carpinteros que habían puesto aquello allí para fortificar el bergantín, y venía tan secreto, que todo el mundo no lo podía alcanzar a saber, y dio el carpintero el aviso de esto a un marinero que venía en él, para que, en llegando a tierra de promisión, se aprovechase de ello; y estando concertado que le habían de dejar ver antes que lo embarcasen, el capitán Salazar ni otros ningunos le vieron; antes, una noche, a media noche, vinieron a la prisión con mucha arcabucería, trayendo cada arcabucero tres mechas entre los dedos, por que paresciese que era mucha arcabucería; y ansí entraron en la cámara donde estaba preso el veedor Alonso Cabrera y el factor Pedro Dorantes, y le tomaron por los brazos y le levantaron de la cama con los grillos, como estaba muy malo, casi la candela en la mano, y así le sacaron hasta la puerta de la calle; y como vio el cielo (que hasta entonces no lo había visto), rogóles que le dejasen dar gracias a Dios; y como se levantó, que estaba de rodillas, trujéronle allí dos soldados de buenas fuerzas para que lo llevasen en los brazos a le embarcar, porque estaba muy flaco y tollido; y como le tomaron, y se vio entre aquella gente, díjoles: «Señores: sed testigos que dejo por mi lugarteniente al capitán Juan de Salazar de Espinosa, para que

por mí, y en nombre de Su Majestad, tenga esta tierra en paz y justicia hasta que Su Majestad provea lo que más servido sea». Y como acabó de decir esto, Garci-Vanegas, teniente de tesorero, arremetió con el puñal en la mano, diciendo: «No creo en tal, si al Rey mentáis, si no os saco el alma». Y aunque el gobernador estaba avisado que no lo dijese en aquel tiempo, porque estaban determinados de le matar, porque era palabra muy escandalosa para ellos y para los que de parte de Su Majestad le tirasen de sus manos, porque estaban todos en la calle; y apartándose Garci-Vanegas un poco, tornó a decir las mismas palabras; y entonces Garci-Vanegas arremetió al gobernador con mucha furia, y púsole el puñal a la sien, diciendo: «No creo en tal (como de antes), si no os doy de puñaladas», y dióle de la sien una herida pequeña, y dio con los que le llevaban en los brazos tal rempujón, que dieron con el gobernador y con ellos en el suelo, y el uno de ellos perdió la gorra; y como pasó esto, le llevaron con toda priesa a embarcar al bergantín; y ansí le cerraron con tablas la popa de él; y estando allí, le echaron dos candados que no le dejaban lugar para rodearse, y así se hicieron al largo el río abajo.

Dos días después de embarcado el gobernador, ido el río abajo, Domingo de Irala y el contador Felipe de Cáceres y el factor Pedro Dorantes juntaron sus amigos y dieron en la casa del capitán Salazar, y lo prendieron a él y a Pedro de Estopiñán Cabeza de Vaca, y los echaron prisioneros y metieron en un bergantín, y vinieron el río abajo hasta que llegaron al bergantín a do venía el Gobernador, y con él vinieron presos a Castilla; y es cierto que si el capitán Salazar quisiera, el gobernador no fuera preso, ni menos pudieran sacallo de la tierra ni traello a Castilla; mas, como quedaba por teniente, disimulólo todo; y viniendo así, rogó a los oficiales que le dejasen traer dos criados suyos para que le sirviesen por el camino y le hiciesen de comer, y así, metieron los dos criados, no para que le sirviesen, sino para que viniesen bogando cuatrocientas leguas el río abajo, y no hallaban hombre que quisiese venir a traerle, y a unos traían por fuerza, y otros se venían huyendo por la tierra adentro, a los cuales tomaron sus haciendas, las cuales daban a los que traían por fuerza, y en este camino los oficiales hacían una maldad muy grande, y era que, al

tiempo que le prendieron, otro día y otros tres andaban diciendo a la gente de su parcialidad y otros amigos suyos mil males del gobernador, y al cabo les decían: «¿Qué os parece? ¿Hecimos bien por vuestro provecho y servicio de Su Majestad? Y pues así es, por amor de mí que echéis una firma aquí al cabo de este papel». Y de esta manera hinchieron cuatro manos de papel, y viniendo el río abajo, ellos mesmos decían y escribían los dichos contra el gobernador, y quedaban los que lo firmaron trescientas leguas el río arriba en la ciudad de la Ascensión; y de esta manera fueron las informaciones que enviaron contra el gobernador.

# CAPÍTULO LXXXIV

## *Cómo dieron rejalgar tres veces al gobernador viniendo en este camino*

Viniendo el río abajo mandaron los oficiales a un Machín, vizcaíno, que le guisase de comer al gobernador, y después de guisado lo diese a un Lope Duarte, aliados de los oficiales y de Domingo de Irala, y culpados como todos los otros que le prendieron, y venía por solicitado de Domingo de Irala, y para hacer sus negocios acá; y viniendo así debajo de la guarda y amparo de éstos, le dieron tres veces rejalgar[303]; y para remedio de esto traía consigo una botija de aceite y un pedazo de unicornio, y cuando sentía algo se aprovechaba de estos remedios de día y de noche con muy gran trabajo y grandes gómitos, y plugo a Dios que escapó de ellos; y otro día rogó a los oficiales que le traían, que eran Alonso Cabrera y Garci-Vanegas, que le dejasen guisar de comer a sus criados, porque de ninguna mano de otra persona no lo había de tomar. Y ellos le respondieron que lo había de tomar y de comer de la mano que se lo daba, porque de otra ninguna no habían de consentir que se lo diese, que a ellos no se les daba nada que se muriese; y ansí estuvo de aquella vez algunos días sin comer nada, hasta que la necesidad le constriñó que pasase por lo que ellos querían.

Había prometido a muchas personas de los traer en la carabela que deshicieron, a estos reinos, por que les favoresciesen en la prisión del gobernador y no fuesen contra ellos, especial a un Francisco de Paredes, de Burgos, y fray Juan de Salazar, fraile de la orden de Nuestra Señora de la Merced. Ansimesmo traían preso a Luis de Miranda, y a Pedro Hernández, y al capitán Salazar de Espinosa y a Pedro Vaca. Y llegados el río abajo a las islas de Sant Gabriel[304], no quisieron traer en el bergantín a Francisco de Paredes ni a fray Juan de Salazar; porque éstos no favoreciesen al gobernador acá y dijesen la verdad de lo que pasaba; y por miedo de esto los hicieron tornar a embarcar en los bergantines que volvían el río arriba a la Ascensión, habiendo vendido sus casas y haciendas por mucho menos de lo que valían cuando los hicieron embarcar; y decían y hacían tantas

exclamaciones que era la mayor lástima del mundo oíllos.

Aquí quitaron al gobernador sus criados, que hasta allí le habían seguido y remado, que fue la cosa que él más sintió ni que más pena le diese en todo lo que había pasado en su vida, y ellos no lo sintieron menos; y allí en la isla de Sant Gabriel estuvieron dos días, y al cabo de ellos partieron para la Ascensión los unos, y los otros para España; y después de vueltos los bergantines, en el que traían al gobernador, que era de hasta once bancos, venían veintisiete personas por todos; siguieron su viaje el río abajo hasta que salieron a la mar, y dende que a ella salieron les tomó una tormenta que hinchió todo el bergantín de agua, y perdieron todos los bastimentos, que no pudieron escapar de ellos sino una poca de harina y una poca de manteca de puerco y de pescado, y una de agua, y estuvieron a punto de perescer ahogados.

Los oficiales que traían preso al gobernador les paresció que por el agravio y sinjusticia que le habían hecho y hacían en le traer preso y aherrojado era Dios servido de dalles aquella tormenta tan grande, determinaron de le soltar y quitar las prisiones, y con este presupuesto se las quitaron, y fue Alonso Cabrera, el veedor, el que se las limó, y él y Garci-Vanegas le besaron el pie, aunque él no quiso, y dijeron públicamente que ellos conoscían y confesaban que Dios les había dado aquellos cuatro días de tormenta por los agravios y sinjusticias que le habían hecho sin razón, y que ellos manifestaban que le habían hecho muchos agravios y sinjusticias, y que era mentira y falsedad todo lo que habían dicho y depuesto contra él, y que para ello habían hecho hacer dos mil juramentos falsos, por malicia y por envidia que de él tenían porque en tres días había descubierto la tierra y caminos de ella, lo que no habían podido hacer en doce años que ellos había que estaban en ella; y que le rogaban y pedían por amor de Dios que les perdonase y les prometiese que no daría aviso a Su Majestad de cómo ellos le habían preso; y acabado de soltarle, cesó el agua y viento y tormenta, que había cuatro días que no había escampado; y así venimos en el bergantín dos mil quinientas leguas por golfo, navegando sin ver tierra, más del agua y el cielo, y no comiendo más de una tortilla de harina frita con una poca de manteca y agua, y

deshacían el bergantín a veces para hacer de comer aquella tortilla de harina que comían, y de esta manera venimos con mucho trabajo hasta llegar a las islas de los Azores, que son del serenísimo rey de Portugal, y tardamos en el viaje hasta venir allí tres meses; y no fuera tanta la hambre y necesidad que pasamos si los que traían preso al gobernador osasen tocar en la costa del Brasil o irse a la isla, de Santo Domingo, que es en las Indias, lo cual no osaron hacer, como hombres culpados y que venían huyendo, y que temían que llegados a una de las tierras que dicho tengo los prendieran e hicieran justicia de ellos como hombres que iban alzados; y habían sido aleves contra su rey, y temiendo esto, no habían querido tomar tierra; y al tiempo que llegamos a los Azores, los oficiales que le traían, con pasiones que traían entre ellos, se dividieron y vinieron cada uno por su parte, y se embarcaron divididos, y primero que se embarcaron intentaban que la justicia de Angla prendiese al gobernador y lo detuviese por que no viniese a dar cuenta a Su Majestad de los delitos y desacatos que en aquella tierra habían hecho, diciendo que al tiempo que pasó por las islas de Cabo Verde había robado la tierra y puerto.

Oído por el corregidor, les dijo que se fuesen, porque «su rey no era home que ninguen osase pensar en iso, ni tenía a tan mal recado suos portos para que ningún osase o facer». Y visto que no bastó su malicia para le detener, ellos se embarcaron y se vinieron para estos reinos de Castilla, y llegaron a ella ocho o diez días primero que el gobernador, porque con tiempos contrarios se detuvo en éstos; y llegados ellos primero que el gobernador a la corte llegase, publicaban que se había ido al rey de Portugal para darle aviso de aquellas partes, y dende a pocos días llegó a esta corte. Como fue llegado, la propia noche desaparecieron los delincuentes y se fueron a Madrid, a do esperaron que la corte fuese allí, como fue; y en este tiempo murió el obispo de Cuenca, que presidía en el Consejo de las Indias, el cual tenía deseo y voluntad de castigar aquel delito y desacato que contra Su Majestad se había hecho en aquella tierra.

Dende a pocos días después de haber estado preso ellos, y el gobernador igualmente, y sueltos sobre fianzas que no saldrían de la corte, Garci-Vanegas, que era el uno de los que le habían traído y preso, murió

muerte desastrada y súpita, que le saltaron los ojos de la cara, sin poder manifestar ni declarar la verdad de lo pasado; y Alonso Cabrera, veedor, su compañero, perdió el juicio, y estando sin él mató a su mujer en Lora; murieron súpita y desastradamente los frailes que fueron en los escandalos y levantamiento contra el gobernador; que paresce manifestarse la poca culpa que el gobernador ha tenido en ello; y después de le haber tenido preso y detenido en la corte ocho años, le dieron por libre y quito; y por algunas causas que le movieron le quitaron la gobernación, porque sus contrarios decían que si volvía a la tierra, que por castigar a los culpados habría escándalos y alteraciones en la tierra; y así se la quitaron, con todo lo demás, sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en la ir a socorrer y descubrir.

# RELACIÓN DE HERNANDO DE RIBERA

En la ciudad de la Ascensión (que es en el río del Paraguay, de la provincia del Río de la Plata, 3 días del mes de marzo, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1545 años, en presencia de mí, el escribano público, y testigos de yuso escrito, estando dentro de la iglesia y monasterio de Nuestra Señora de la Merced, de rendención de captivos, paresció presente el capitán Hernando de Ribera, conquistados en esta provincia, y dijo: Que por cuanto al tiempo que el señor Álvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador y adelantado y capitán general de esta provincia del Río de la Plata por Su Majestad, estando en el puerto de los Reyes por donde la entró a descubrir en el año pasado de 1543, le envió y fue por su mandado con un bergantín y cierta gente a descubrir por un río arriba que llaman Igatu, que es un brazo de dos ríos muy grandes, caudalosos, el uno de los cuales se llama Yacarcati y el otro Yaiva, según que por relación de los indios naturales vienen por entre las poblaciones de la tierra adentro; y que habiendo llegado a los pueblos de los indios que se llaman los xarayes, por la relación que de ello hobo, dejando el bergantín en el puerto a buen recaudo, se entró con cuarenta hombres por la tierra adentro a la ver y descubrir por vista de ojos. E yendo caminando por muchos pueblos de indios, hobo y tomó de los indios naturales de los dichos pueblos y de otros que de más lejos le vinieron a ver y hablar larga y copiosa relación, la cual él examinó y procuró examinar y particularizar para saber de ellos la verdad, como hombre que sabe la lengua cario, por cuya interpretación y declaración comunicó y platicó con las dichas generaciones y se informó de la dicha tierra; y porque al dicho tiempo él llevó en su compañía a Juan Valderas, escribano de Su Majestad, el cual escribió y asentó algunas cosas del dicho descubrimiento; pero que la verdad de las cosas, riquezas y poblaciones y diversidades de gentes de la dicha tierra no las quiso decir al dicho Juan Valderas para que las asentase por su mano en la dicha relación, ni clara y abiertamente las supo ni entendió, ni él las ha dicho ni declarado, porque al dicho tiempo fue y era su intención de las comunicar y decir al dicho señor gobernador, para que

luego entrase personalmente a conquistar la tierra, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Majestad; y que habiendo entrado por la tierra ciertas jornadas, por carta y mandamiento del señor gobernador se volvió al puerto de los Reyes y a causa de hallarle enfermo a él y a toda la gente no tuvo lugar de le poder informar del descubrimiento, y darle la relación que de los naturales había habido; y dende a pocos días, constreñido por necesidad de la enfermedad, por que la gente no se le muriese se vino a esta ciudad y puerto de la Ascensión, en la cual, estando enfermo, dende a pocos días que fue llegado, los oficiales de Su Majestad le prendieron (como es a todos notorio), por manera que no le pudo manifestar la relación; y porque agora al presente los oficiales de Su Majestad van con el señor gobernador a los reinos de España, y porque podría ser que en el entretanto a él le suscediese algún caso de muerte o ausencia, o ir a otras partes donde no pudiese ser habido, por donde se perdiese la relación y avisos de la entrada y descubrimiento, que Su Majestad sería muy deservido, y al señor gobernador le vernía mucho daño y pérdida, todo lo cual sería a su culpa y cargo; por tanto, y por el descargo de su conciencia, y por cumplir con el servicio de Dios y de Su Majestad, y del señor gobernador en su nombre, ahora ante mí el escribano quiere hacer y hacía relación del dicho su descubrimiento para dar aviso a Su Majestad de él y de la información y relación que hobo de los indios naturales, y que podía y requería a mí el dicho escribano la tomase y recibiese, la cual dicha relación hizo en la forma siguiente:

Dijo y declaró el dicho capitán Hernando de Ribera que a 20 días del mes de diciembre del año pasado de 1543 años partió del puerto de los Reyes en el bergantín nombrado el *Golondrino*, con cincuenta y dos hombres, por mandado del señor gobernador, y fue navegando por el río del Igatu, que es brazo de los dichos dos ríos Yacareati y Yaiva; este brazo es muy grande y caudaloso, y a las seis jornadas entró en la madre de estos dos ríos, según relación de los indios naturales por do fue tocando; estos dos ríos señalaron que vienen por la tierra adentro, y este río que se dice Yaiva, debe proceder de las sierras de Santa Marta; es río muy grande y poderoso, mayor que el río Yacareati; del cual, según las señales que los

indios dan, viene de las sierras del Perú, y entre el un río y el otro hay gran distancia de tierra y pueblos de infinitas gentes, según los naturales dijeron, y vienen a juntarse estos dos ríos Yaiva y Yacareati en tierra de los indios que se dicen perobazaes, y allí se toman a dividir y a setenta leguas el río abajo se tornan a juntar y habiendo navegado diecisiete jornadas por el dicho río pasó por tierra de los indios perobazaes, y llegó a otra tierra que se llaman los indios xarayes, gentes labradores de grandes mantenimientos y criadores de patos y gallinas y otras aves, pesquerías y cazas; gente de razón, y obedescen a su principal.

Llegado a esta generación de los indios xarayes, estando en un pueblo de ellos de hasta mil casas, adonde su principal se llama Camire, el cual le hizo buen recebimiento, del cual se informó de las poblaciones de la tierra adentro; y por la relación que aquí le dieron, dejando el bergantín con doce hombres de guarda y con una guía que llevó de los dichos xarayes, pasó adelante y caminó tres jornadas hasta llegar a los pueblos y tierra de una generación de indios que se dicen urtueses, la cual es buena gente y labradores, a la manera de los xarayes; y de aquí fue caminando por tierra toda poblada, hasta ponerse en 15 grados menos dos tercios, yendo la vía del oeste.

Estando en estos pueblos de los urtueses y aburuñes, vinieron allí otros muchos indios principales de otros pueblos más adentro comareanos a hablar con él y traelle plumas, a manera de las del Perú, y planchas de metal chafalonia, de los cuales se informó, y tuvo plática y aviso de cada uno particularmente de las poblaciones y gentes de adelante; a los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del Oesnorueste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas eran todos del dicho metal y tenían por su principal una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de la generación de los indios; y que antes de llegar a la generación de las dichas mujeres estaba una generación de los indios (que es gente muy pequeña), con los cuales, y con la generación de éstos que le informaron, pelean las dichas mujeres y les hacen guerra, y que en cierto tiempo del año se juntan

con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicación carnal; y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crían hasta que dejan de mamar, y los envían a sus padres; y de aquella parte de los pueblos de las dichas mujeres habían muy grandes poblaciones y gente de indios que confinan con las dichas mujeres, que lo habían dicho sin preguntárselo; a lo que le señalaron, está parte de un lago de agua muy grande, que los indios nombraron la casa del Sol; dicen que allí se encierra el Sol; por manera que entre las espaldas de Santa Marta y el dicho lago habitan las dichas mujeres, a la banda del Oesnorueste; y que delante de las poblaciones que están pasados los pueblos de las mujeres hay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros, y a lo que señalaron, tienen barbas como aguileñas, a manera de moros. Fueron preguntados cómo sabían que eran negros. Dijeron que porque los habían visto sus padres y se lo decían otras generaciones comarcanas a la dicha tierra, y que eran gente que andaban vestidos, y las casas y pueblos los tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad, que no se sirven con otras cosas en sus casas de vasijas y ollas y tinajas muy grandes y todo lo demás; y preguntó a los dichos indios a qué parte demoraban los pueblos y habitación de la dicha gente negra, y señalaron que demoraban al Norueste, y que si querían ir allá en quince jornadas llegarían a las poblaciones vecinas y comarcanas a los pueblos de los dichos negros; y a lo que le paresce, según y la parte donde señaló, los dichos pueblos están en 12 grados a la banda del Norueste, entre las sierras de Santa Marta y del Marañón, y que es gente guerrera y pelean con arcos y flechas; ansimismo señalaron los dichos indios que del Oesnorueste hasta el Norueste, cuarta al Norte, hay otras muchas poblaciones y muy grandes de indios; hay pueblos tan grandes, que en un día no pueden atravesar de un cabo a otro, y que toda es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, y con ello se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida; y para ir allí podían ir muy presto, y todo por tierra muy poblada.

Y que asimismo por la banda del Oeste había un lago de agua muy grande, y que no se parescía tierra de la una banda a la otra; y a la ribera

del dicho lago había muy grandes poblaciones, que tenían las casas de tierra y que era buena gente, vestida y muy rica, y que tenían mucho metal y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes, con las cuales se sirven en sus rozas y labranzas, y las cargas, y les preguntó si las dichas poblaciones de los dichos indios si estaban muy lejos; y que le respondieron que hasta ir ellos era toda tierra poblada de muchas gentes, y que en poco tiempo podía llegar a ellas, y entre las dichas poblaciones hay otra gente de cristianos, y había grandes desiertos de arenales y no había agua.

Fueron preguntados cómo sabían que había cristianos de aquella banda de las dichas poblaciones, y dijeron que en los tiempos pasados los indios comarcanos de las dichas poblaciones habían oído decir a los naturales de los dichos pueblos que, yendo los de su generación por los dichos desiertos, habían visto venir mucha gente vestida, blanca, con barbas, y traían unos animales (según señalaron eran caballos), diciendo que venían en ellos caballeros, y que a causa de no haber agua los habían visto volver, y que se habían muerto muchos de ellos; y que los indios de las dichas poblaciones creían que venía la dicha gente de aquella banda de los desiertos; y que asimismo le señalaron que a la banda del oeste, cuarta al Sudeste, había muy grandes montañas y despoblado, y que los indios lo habían probado a pasar, por la noticia que de ello tenían que había gentes de aquella banda, y que no habían podido pasar, porque se morían de hambre y sed. Fueron preguntados cómo sabían los susodichos. Dijeron que entre todos los indios de toda esta tierra se comunicaban y sabían que era muy cierto, porque habían visto y comunicado con ellos, y que habían visto los dichos cristianos y caballos que venían por los dichos desiertos, y que a la caída de las dichas tierras, a la parte del Sudueste, había muy grandes poblaciones y gente rica de mucho metal, y que los indios que decían lo susodicho decían que tenían ansimesmo noticia que en la otra banda en el agua salada, andaban navíos muy grandes. Fue preguntado si en las dichas poblaciones hay entre las gentes de ellos principales hombres que los mandan. Dijeron que cada generación y población tiene solamente uno de la mesma generación, a quien todos obedescen; declaró que para saber la verdad de los dichos indios y saber si discrepaban en su

declaración en todo un día y una noche a cada uno por sí les preguntó por diversas vías la dicha declaración; en la cual, tornándola a decir y declarar sin variar ni discrepar, se conformaron.

La cual relación de suso contenida el capitán Hernando de Ribera dijo y declaró haberle tomado y rescebido con toda claridad y fidelidad y lealtad, y sin engaño, fraude ni cautela; y porque a la dicha su relación se pueda dar y de toda fe y crédito, y no se pueda poner ni ponga ninguna duda en ello ni en parte de ello, dijo que juraba, y juró por Dios y por Santa María y por las palabras de los santos cuatro Evangelios, donde corporalmente puso su mano derecha en un libro misal, que al presente en sus manos tenía el reverendo padre Francisco González de Paniagua, abierto por parte do estaban escritos los santos Evangelios, y por la señal de la cruz, a tal como esta †, donde asimismo puso su mano derecha, que la relación, según de la forma y manera que la tiene dicha y declarada y de suso se contiene, le fue dada dicha y denunciada y declarada por los dichos indios principales de la dicha tierra y de otros hombres ancianos, a los cuales con toda diligencia examinó e interrogó, para saber de ellos verdad y claridad de las cosas de la tierra adentro; y que habida la dicha relación, asimismo le vinieron a ver otros indios de otros pueblos, principalmente de un pueblo muy grande que se dice Uretabere, y de una jornada de él se volvió; que de todos los dichos indios asimismo tomó aviso, y que todos se conformaron con la dicha relación clara y abiertamente; y so cargo del dicho juramento, declaró que en ello ni en parte de ello no hobo ni hay cosa ninguna acrescentada ni fingida, salvo solamente la verdad de todo lo que le fue dicho e informado sin fraude ni cautela. Otrosí dijo y declaró que le informaron los dichos indios que el río de Yacareati tiene un salto que hace unas grandes sierras, y que lo que dicho tiene es la verdad; y que si ansí es, Dios le ayude, y si es al contrario, Dios se lo demande mal y caramente en este mundo al cuerpo, y en el otro al ánima, donde más ha de durar. A la confisión del dicho juramento dijo: «Si juro, amén», y pidió y requirió a mí el dicho escribano se lo diese así por fe y testimonio al dicho señor gobernador, para en guarda de su derecho, siendo presentes por testigos el dicho reverendo padre Paniagua, Sebastián de Valdivieso, camarero del dicho señor

gobernador, y Gaspar, de Hortigosa, y Juan de Hoces, vecinos de la ciudad de Córdoba, los cuales todos lo firmaron así de sus nombres.—*Francisco González Paniagua.—Sebastián de Valdivieso.—Juan de Hoces*.—*Hernando de Ribera.—Gaspar de Hortigosa*.—Pasé ante mí, *Pero Hernández*, escribano.



ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA. Explorador y conquistador español, nació en Jerez de la Frontera (Cádiz) hacia 1490, de familia noble, venida a más gracias a su exitosa participación en la conquista de Canarias. Participó en las guerras de Italia y de Navarra entre 1511 y 1526, tras lo cual marcho al «Nuevo Mundo».

Su primer contacto con las Indias fue de la mano de Pánfilo de Narváez, en cuya expedición del año 1527 tomó parte. En las costas de Florida la expedición naufragó y Núñez de Vaca fue apresado por los indígenas. Tras seis años preso consiguió huir y recorrió Texas, Chihuahua y Sonora, llegando a México para unirse a los españoles que allí vivían.

Regresó a España en 1537 y encabezó una nueva expedición en 1541-42 de Brasil a Asunción, en Sudamérica, en la que descubrió las cataratas de Iguazú. Fue recompensado por la Corona Española con el nombramiento de Adelantado y Gobernador del Río de la Plata (1542-44). Sin embargo su gestión no fue todo los afortunada que se esperaba y fue depuesto por un motín. A su regreso a España fue juzgado y condenado al destierro en África, hasta 1556 en que obtuvo el perdón por parte de Felipe II, quien lo nombró presidente del tribunal supremo de Sevilla, falleciendo en esta

ciudad, hacia el año 1560.

Escribió sus aventuras en un libro titulado *Naufragios*, que le haría pasar a la posteridad y un segundo volumen titulado *Comentarios*, sobre sus años de gobierno en el Paraguay.

# Notas

[1] Obra fundamental, para estudiar la acción española en Estados Unidos, es la ya clásica de F, W. Hodge y T. H. Lewis: *Spanish Explorers in the Southern United States*, 1935. <<

[2] Pánfilo de Narváez parece ser que estuvo antes en la conquista de Jamaica, según dice Amando Melón en su obra: *Los primeros tiempos de la colonización. Cuba y las Antillas. Magallanes y la primera vuelta al mundo*, Barcelona, 1956, pág. 275. <<

[3] Para Hodge y Lewis, y repite J. N. L. Baker, en su *Histoire des découvertes geographiques et des explorations*, París, 1949, página 78, Cabeza de Vaca es un apodo. <<

[4] Hipólito Sancho de Sopranis, «Datos para el estudio de Álvar Núñez Cabeza de Vaca», en *Revista de Indias*, núm. 27, pág. 69. <<

[5] Serrano y Sanz publicó una serie de documentos sobre Cabeza de Vaca, en la *Colección de libros y documentos referentes a América*, tomo VI. <<

[6] Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, t. IV, pág. 315, Madrid, 1959. <<

[7] Sigue manteniendo su interés la obra del jesuita P. F. Charlevoy, *Historia del Paraguay*, 6 vols., París, 1757. <<

[8] Félix de Azara, hermano del famoso diplomático dieciochesco, recorrió minuciosamente estos territorios y publicó una obra de gran interés: *Descripción en Historia del Paraguay y del Río de la Plata*, 2 tomos, Madrid, 1847. Reimpresa en Asunción, 1896. <<

[9] H. Sancho de Sopranis, *o. c.*, pág. 81. <<

[10] Básicamente, para la localización de estos pueblos, hemos utilizado la conocida obra de Luis Pericot: *La América Indígena*, tomo I, de la *Historia de América* de Salvat. Entre sus méritos lleva abundante bibliografía, sobre todo norteamericana. <<

[11] La obra de J. R. Swanton, *Unclassified lenguages of the S. E.*, es muy utilizada por Pericot. <<

[12] Los autores norteamericanos que mejor han estudiado esta expedición son: Hodge y Lewis, *o. c.*; L. Ningler, *Voyages en Virginia et en Florida* , París, 1927; H. B., *Spanish voyages to the northwest coast of America in the sixteenth century*, San Francisco, 1929. <<

[13] Pedro de Nágera Castañeda, *Relación de la Jornada de Cibola*, publicada en *Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, t. III, pág. 352. <<

[14] Sobre el grado cultural de estos pueblos, consúltese la obra de José Alcina Franch, *Manual de Arqueología Americana*, E. Aguilar, Madrid, 1965. <<

[15] Cap. XXVI. Las referencias a la homosexualidad entre los indios son abundantes en los *Naufragios*. <<

[16] Sobre la jornada de Alejo García, véase la obra de E. Nordenskjöld, «The guaraní invasion of the Inca empire in the sixteenth century: an historical indian migration», en *The Geographical Review*, Nueva York, 1917. <<

[17] Obra resumen de todo este período es la de Julián María Rubio y Esteban, *Descubrimiento y conquista de las regiones del Plata*, t. VIII, de la *Historia de América*, de Salvat. Hay un interesante trabajo (*La fundación de Buenos Aires y los indígenas*) de Manuel Ballesteros Gaibrois, Buenos Aires, 1980. <<

[18] Archivo General de Indias. Audiencia de Buenos Aires, I, libro I, folio 125v. Ha sido publicado en *Colec. doc. inéd. A. I*, tomo 23. <<

[19] Sobre detalles de los preparativos del viaje, viajeros, puede consultarse el trabajo de Richard Konetzke, *La emigración española al Río de la Plata*, en el tomo III de la *Miscelánea Americanista* (págs. 315-318), Madrid, 1952, que editó el C. S. I. C. <<

[20] Existe una auténtica catarata bibliográfica sobre estos acontecimientos. Destacamos los nombres de Enrique de Gandía, Fernando Vall Lersundi, Ricardo Lafuente Machaín, Roberto Levillier, Efraín Cardozo, todos ellos autores de múltiples publicaciones sobre estos temas. <<

[21] A. Metraux, «Migrations historiques des Tupi-guaranies», en *Journal des Americanistes*, 1927; extraordinaria la bibliografía que aporta. <<

[22] Ha sido publicada, igualmente, en la *Colección de documentos históricos de la Florida*, tomo I, Madrid, 1857. <<

[23] Los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla realizaban el último control en Sanlúcar de Barrameda, desde donde tenían que iniciar la travesía del Atlántico. <<

[24] Carlos I. <<

[25] Río de las Palmas. El Río de las Palmas fue el límite oficial de la Florida, territorio extensísimo que llegaba hasta la tierra de Bacalaos (Labrador). El primero que recoge este Río Las Palmas fue Gonzalo Fernández de Oviedo. Lo citan igualmente Pedro Mártir de Anglería, el Inca Garcilaso, Torquemada, Alonso de la Cruz, Gómara, Herrera. Estos límites tan vagos que los cronistas dieron a la Florida, perduraron largo tiempo, y así el Padre Murillo, ya en el siglo XVII dice en su *Geografía Histórica de América: La Florida comprendía desde el Río de las Palmas, que es el confín del Pánuco en (22º) hasta la punta de Bacalaos*… <<

[26] Desde que Colón en su tercer viaje llegaba al continente que él consideraba Asia, se comienzan a denominar con el nombre vago e impreciso de Tierra Firme. <<

[27] Colón la descubrió en 1494 y la denominó La Española; su hermano Bartolomé fundó, el 5 de agosto de 1494, una ciudad con el nombre de Santo Domingo de Guzmán, que se considera la más antigua de América, y terminó por denominar a toda la isla. <<

[28] Fue fundada por Diego de Velázquez en 1514. <<

[29] Fue un personaje relevante en los inicios de la colonización española en Cuba. Había fundado las ciudades de San Juan de los Remedios y Baracoa. Muy amigo de Diego de Velázquez, pretendió que éste le diese el mando de la expedición para la conquista de México, que como se sabe finalmente se atribuyó a Cortés. Hombre inquieto este Vasco Porcalle, acompañó a Hernando de Soto en su expedición a Florida. <<

[30] Miruelo iría en la expedición de Alonso de Pineda de 1519, que organizó Francisco de Garay, gobernador de Jamaica. La misión de Pineda era localizar el estrecho tan ansiado que diera paso al Mar del Sur. Pineda exploró las costas del Golfo de México, desde Tampico hasta la Península de la Florida. Recorrió la desembocadura del Río del Espíritu Santo, que lo mismo puede ser el Mississippí que el Mobile. <<

[31] Los Bajíos de Canarreo son los cayos de San Felipe. <<

[32] En la Península de Guanahacabido, provincia de Pinar del Río. <<

[33] El cabo Corrientes está situado en sudoeste de la isla de Cuba. <<

[34] San Antonio. <<

[35] Un viento. <<

[36] Hoy Moore Haven. <<

[37] Pertenecían estos indios a las tribus de los Calusa, que vivían en la costa occidental de Florida. El que mejor ha estudiado las lenguas de los pueblos aborígenes de la Florida ha sido J. R. Swanton: *Unclassified languages of the S.E.* <<

[38] Interprete. Swanton dice que la lengua de todos los pueblos de la Florida es muy polisintética, con reduplicación abundante de sufijos, prefijos, y el plural se forma añadiendo palabras que indican cantidad. Los calusas no parecen que tuvieran relación con los Tainos de las Antillas. <<

[39] Bahía de Tampa. <<

[40] ¿Mobile Bay? <<

[41] Fue fundada por Fernando de Portola en 1538. <<

[42] Situados en el extremo noroeste de la Península de Florida. <<

[43] Esto demuestra la tremenda desorientación de pilotos que creían que estaban cerca del Río San Juan, en México. Pánuco es una palabra azteca que significa *lugar donde llegaron los que vinieron por mar*, y que corresponde por tanto a la región de Veracruz, lugar por donde penetraron las huestes de Cortés. <<

[44] Especie de Sabal Palmeto. <<

[45] Placel es un banco de arena, en el fondo del mar, y de bastante extensión. <<

[46] Pequeña ensenada. <<

[47] Campamento principal. <<

[48] Cerca de San Martín Keys. <<

[49] Se trata de los *timacuanos* que ocupaban la parte Norte del Florida, limitando con los *hichitas* y *amasis*. Por el norte, y por el Sur con los *calusas* ya citados. La bahía de Tampa era el límite meridional de los timacuanos. <<

[50] Collares de cristal. <<

[51] Posiblemente se trate del río Suwance, que desemboca cerca del Cedar Key, costa occidental de Florida. <<

[52] Los *Apalaches* son una tribu de los *muscogi*, que junto con los *ocelusas* y *yamasis*, formaban el grupo meridional. Todos estos pueblos indígenas han desaparecido. En 1886 sólo quedaban tres mujeres apalaches. <<

[53] Tras los Keys, la tierra está en período de consolidación, existiendo abundantes lagunas debido al flujo y reflujo del mar. <<

[54] De la familia de los amentaceas, y destilan una resina llamada liquidambar. <<

[55] Palmito de Tierra Firme. <<

[56] Sobre la dispersión de la población, lo más fácil sea la referencia a la isla tunecina de los Gelves, y no al pueblo sevillano, por el trágico recuerdo para las armas españolas, derrotadas en 1510, donde falleció el hijo primogénito del duque de Alba, junto con 400 españoles. <<

[57] La zarigüeña, En el siglo XVIII se dedicó a don Félix de Azara la especie Didelphies Azarae. <<

[58] Una de las variantes del halcón. <<

[59] Azores. <<

[60] La principal población es Tallahassee, capital del Estado de Florida. <<

[61] Judías. <<

[62] Jeme es la distancia que hay, completamente separados, entre el dedo pulgar y el índice. <<

[63] Se trata de los alabamas, enemigos de los apalaches, y famosos por su belicosidad, Vivían hacia la parte NE de la Florida. Formaban parte de la familia muscosi. <<

[64] El río Alabama. <<

[65] Andalucismo de *ostrones*: ostras grandes y baratas. <<

[66] En las proximidades de la actual población de Armore, estado de Alabama. <<

[67] Bahía de Mobile. <<

[68] Los muscosis ocupaban en conjunto el sudeste de Estados Unidos, al Este del Mississippí, llegando hasta la Florida. La palabra muscosi se ha supuesto que procede del algonquino, y significa país pantanoso. <<

[69] Los maderos que van por fuera del costado del buque, desde proa a popa, y sirven de refuerzo a la tablazón. <<

[70] Mujoles. <<

[71] Se encuentran el delta del Mississippí. <<

[72] Tabla delgada que se coloca de canto, y de popa a proa, sobre la borda de las embarcaciones pequeñas, para que no entre el agua. <<

[73] Certeza. <<

[74] En la desembocadura del Mississippí vivían los indios *chewasha*, pertenecientes al pueblo tunica, prácticamente hoy extinguido, Hacia 1910, el etnólogo Powell comunicaba que todavía vivían unas cincuenta personas de esta familia india. <<

[75] Estables. <<

[76] En la época que narra Álvar Núñez, el área de las pieles de castor se extendía desde Alaska hasta las grandes praderas. <<

[77] La lengua de los tunica se dividía en dos dialectos. <<

[78] El río Mississippí. <<

[79] Según la Real Academia Española, el humero es el cañón de chimenea, por donde sale el humo. <<

[80] El timón. <<

[81] Según la Real Academia Española, tumbo se puede considerar como retumbo, estruendo. <<

[82] Medida de longitud, creada por los marinos, y equivalente a dos varas, o 1,678 metros. <<

[83] Descolgar. <<

[84] Indios Atapaca. <<

[85] Posiblemente mandioca. <<

[86] Mercancía para comerciar con los indios. <<

[87] A la Nueva España, región de Veracruz. <<

[88] Es difícil la localización de la isla de Malhado. Posiblemente se encuentre a la altura de Galvestón. <<

[89] Indios caravaucas, en la costa de Texas. Las descripciones sobre ellos decían que eran altos y bien formados. <<

[90] En general, en América debemos destacar el cariño y el amor a los niños. Es una constante extendida. <<

[91] Desde los esquimales hasta el golfo de México existe la convicción de querer desembarazarse de los viejos, solamente por principios de supervivencia. <<

[92] La incineración es la práctica más habitual entre los indios norteamericanos. Pero no falta la inhumación en urnas, bajo túmulos, en fosas sobre plataformas (dakotas). <<

[93] El matrimonio exogámico tiene un sinfín de variantes en cuanto a su realización: compra, rapto, y en el presente caso, prestación de servicios. <<

[94] El régimen de matriarcado está muy extendido, especialmente en la región atlántica de Norteamérica; la herencia, la pertenencia a un clan, siguen la vida femenina, y toda la vida social queda marcada por el influjo femenino. <<

[95] Posiblemente sea el tipo *wigwan*, cara oval, cubierto de corteza o esteras. <<

[96] Se denominan en las canciones y danzas indígenas antillanas. <<

[97] La gran suerte de Álvar Núñez y sus compañeros fue que los consideraran como chanzanes, con poderes mágicos. <<

[98] Posiblemente existirían lenguas tunicas en tribus ya extinguidas, como los atapacas, que convivirían con los caraucavas, que se extendían hasta la orilla izquierda del río Grande. <<

[99] Régimen comunitario de la propiedad. <<

[100] Seguramente arroz. <<

[101] El etnólogo Baudelaire ha hecho un estudio en este sentido entre los indios guaras. <<

[102] Los más importantes son el río Brazos y el San Bernardo. <<

[103] El río descubierto por Alonso de Pineda es ese, pero su localización resulta problemática ya que antes se dijo que bien podía ser el Mississippí o el Mobile. <<

[104] Cabeza de Vaca se quedaría con los mayeye de los caravaucas, mientras Lope de Oviedo se quedaba para siempre con una tribu de origen tunica. <<

[105] Especie semejante a la higuera silvestre, con más especies y fruto de pulpa muy encarnada. <<

[106] Ancla. <<

[107] De los toncavas. <<

[108] El infanticidio era una práctica muy usual entre los indios norteamericanos. <<

[109] Puede ser uno de los pueblos caddos, de las praderas. <<

[110] Resulta curioso que Álvar Núñez, que ha contado numerosos casos de antropofagia entre españoles, no cite ninguno entre los indígenas. <<

[111] El peyotl, cactus de los desiertos americanos, que produce una especial sobreexcitación, sin dejar excitación y fatiga. <<

[112] Es el clásico *tipi*, de los pueblos cazadores de las praderas. <<

[113] La lepra. <<

[114] El bisonte, que los españoles llamarán vacas corcovadas. <<

[115] Ovejas. <<

[116] Tejido grueso de lana. <<

[117] Está la tuna blanca, camuesa, cardona, cabezona, chareña, alfajayuca, cruz. <<

[118] Pueblo perteneciente a los coahuiltecas, situados desde la orilla izquierda del Río Grande, hasta el Noroeste de México. <<

[119] De los caddos, una de tantas familias sioux. <<

[120] De la lengua toncava. <<

[121] Tribus pertenecientes a los caddos. <<

[122] Una prueba bien palpable de que estos pueblos de las praderas se encontraban todavía en plena fase cultural lítica. <<

[123] Entre los pueblos de las praderas, la creencia en el poder superior se personifica de manera vaga y difícil de interpretar. Creen en mitos, como en héroes civilizados y redentores, como en el misterioso hombre blanco y barbudo llegado del Este. <<

[124] Los conocimientos científicos de los americanos eran muy limitados, y más si tenemos en cuenta que estos pueblos están todavía en plena etapa lítica. Más diestros fueron en cuestiones astronómicas, llegando a sobresalir en este campo mayas y aztecas. <<

[125] Seguramente perros coyotes. <<

[126] Rascar. <<

[127] El arco de los indios norteamericanos es de origen asiático (de tenedores), usándose en posición horizontal. <<

[128] Ya hemos dicho anteriormente a qué familias pertenecían. <<

[129] Familia de los tunicas. <<

[130] De los caravaucas. <<

[131] El tabaco. <<

[132] Té negro. <<

[133] Amariconados, afeminados. <<

[134] Posiblemente sea la leguminosa *Inga Fagifolia*. <<

[135] Río Gable. <<

[136] Responde al tipo shoshon, que ocupaba una gran parte de la meseta norteamericana, o sea, los Estados de Nevada, Utah e Idaho, por completo; y gran parte de los de Montana, Oregón, Wyoming, Colorado, Nuevo Méjico, Tejas, Arizona, y la parte nordeste de California. <<

[137] Primeras estribaciones de las Rocosas. <<

[138] Falda. <<

[139] Resulta sorprendente hallazgo, ya que los indios de la zona del sudoeste de los Estados unidos desconocían la metalurgia. El objeto debía proceder del lago Superior, centro difusor del área del cobre, que se extendía hasta la costa Atlántica. <<

[140] El Océano Pacífico. <<

[141] El Río Colorado. <<

[142] Bisontes. <<

[143] Comienza el área de agricultura intensiva; llegará a Centroamérica, prolongándose hasta las Sierras Andinas. <<

[144] A base de adobes y madera. <<

[145] Sipanes, pertenecientes a los atapascos, que vivían a orillas del Río Grande. <<

[146] Escallonía resinosa. <<

[147] Este método de cocinar se extiende hasta la costa Californiana. <<

[148] Indios pueblos. <<

[149] Los indios pueblos ocupan tres zonas: la más característica, la más oriental, es la del Río Grande; una segunda, la del Nordeste de Arizona; y, por último, la zona limítrofe entre los Estados de Nuevo Méjico y Arizona, junto a un afluente del Río Colorado. <<

[150] Referente a Cibola y a sus siete ciudades. <<

[151] Régimen matriarcal. <<

[152] Mocasín. <<

[153] En esta región de Nuevo Méjico se reúnen, sin mezclarse, gentes de tres familias distintas lingüísticamente y rodeadas por las tribus atapascas de apaches y navajos. <<

[154] Mesa en Arizona. <<

[155] Chozas circulares, cubiertas con ramaje. <<

[156] Indios tarahumara. <<

[157] Cinturón. <<

[158] Todo este territorio recibió el nombre de Nueva Galicia; fue emprendida con mucha crueldad por Nuño de Guzmán, por lo que se le reprendió severamente. <<

[159] Se refiere a la galena y al antimonio, que se les denomina alcohol de alfareros, pues se utilizaba por ellos para barnizar y vidriar las piezas. <<

[160] El territorio de Nueva Galicia comprendía las tierras de los mixtecas, y de Michoacán, Ycanarit, Jalisco y Sinaloa. Su capital fue al principio Compostela, que todavía subsiste, cerca de Tepic. Posteriormente fue trasladada la capitalidad a Guadalajara, fundada por Juan de Oñate, en 1533. <<

[161] Cahistas, del grupo de los sinaloas. <<

[162] Culiacán, perteneciente al Estado de Sinaloa. <<

[163] Don Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva España. <<

[164] Hoy San Miguel el Alto, en el Estado de Jalisco. <<

[165] Hernán Cortés. <<

[166] Encallar. <<

[167] De su Compañía. <<

[168] Bahía de Tampa, en Florida. <<

[169] Arabe. <<

[170] Juana, Hija de Carlos I y hermana de Felipe II. Gobernadora de España desde 1554 a 1556, por ausencia de su padre. Reina de Portugal y madre del famoso Don Sebastián, desaparecido en Alcazarquivir. <<

[171] Valenciano, preceptor desde 1554 del Príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II. <<

[172] Don Pedro de Mendoza fue primer adelantado del Río de la Plata, y fundador de Santa María de Buenos Aires, que tuvo que ser abandonada a consecuencia de los ataques de los indios, muriendo Pedro de Mendoza en la retirada. <<

[173] El 18 de marzo de 1540. <<

[174] Descubierta por el portugués Dionisio Fernández, en 1446. <<

[175] Reparación para no hacer agua por sus costuras. <<

[176] Próximo a Río de Janeiro. <<

[177] Conserva su nombre. <<

[178] Idem. <<

[179] Intérprete. <<

[180] Indios querandíes. <<

[181] Había sido fundada el 3 de febrero de 1536. <<

[182] Perteneciente a los pueblos tupu-guaraní. <<

[183] El Adelantado Mendoza había enviado a Juan de Ayolas por el Río Paraná, camino del Perú. <<

[184] Vivían en el Alto Pilcomayo y en el Parapití. Eran de lengua guaraní.
<<

[185] Pedro de Mendoza envió también a Juan de Salazar hacia el interior, poniéndose en contacto con Irala, para que exploraran juntos el Paraguay. Juan de Salazar fundó, el 15 de agosto de 1537, la ciudad de Asunción, festejando el santoral del día. <<

[186] Grupo guaraní que vivía en la orilla izquierda del Paraguay, entre Tibucuary y el Jajuy. <<

[187] Nómadas. Pertenecían a la nación charrua. <<

[188] Pequeña isleta, frente al departamento de Santa Catalina. <<

[189] Todas las tribus de este sector de la costa brasileña se denominaban *cariyos*. <<

[190] Sierras del Mar y Espigao. <<

[191] Hoy Campos Nosos. <<

[192] Los guaraníes son uno de los principales pueblos indígenas americanos. Están emparentados con los tupi, y sus miembros se extienden por toda Sudamérica. <<

[193] La gran movilidad de las tribus guaraníes les hizo ponerse con distintas familias lingüísticas. Por su extensión, los misioneros la aprendieron, lo mismo que el quechua, para los de la zona andina. Así se convirtió en lengua general, tanto, que hoy comparte con el español la cooficialidad lingüística en el Paraguay, caso único en toda América. <<

[194] Todavía en el Estado de Santa Catalina, en el Brasil. <<

[195] Mantiene el mismo nombre. <<

[196] Nace en la Sierra de Mar y afluye al Paraná, tras recorrer 1.300 kilómetros. <<

[197] Afluente del Río Paraguay. <<

[198] Tabicuari, afluente del Paraguay. <<

[199] En la edición de Barcia, el comentador fue Félix de Azara, el famoso polígrafo del siglo XVIII, quien duda de esta afirmación de Álvar Núñez y de otros asertos, que él atribuye a su *andalucismo*. <<

[200] Sierra de Coaguazu. <<

[201] Naves de transporte de menos de 2.000 toneladas. <<

[202] Posiblemente sea el pecarí *Dicotyles Calvatus*, abundante en esta región. <<

[203] Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista de Indias, denomina *gatos monillos* a los monos. <<

[204] Persiste el nombre de este pueblo guaraní. <<

[205] Las *Araucarias*. <<

[206] Mandioca. <<

[207] Separar. <<

[208] *Guazu*. En guaraní, significa río. <<

[209] Es un afluente del Paraná. <<

[210] Auta, tapir americano. <<

[211] Cacahuetes. <<

[212] Afluente del Uruguay. <<

[213] Persistencia del matriarcado. <<

[214] Se forma de dos grandes ríos, el Grande y el Pranaila, y recorre 5.765 kilómetros de recorrido antes de desembocar en el Atlántico. Es el río mayor de Sudamérica, después del Amazonas. <<

[215] De la expedición de Solís. <<

[216] Las famosas cataratas de Iguazu, en la confluencia de Brasil, Paraguay y Argentina. <<

[217] Se hundió. <<

[218] En 1541, Domingo de Irala, a instancias del veedor de fundaciones, Alonso de Cabrera, despobló Buenos Aires, y concentró a todos los españoles del Río de la Plata, en Asunción. <<

[219] *Río Tiguere*, dice en la edición de Valladolid de 1555. <<

[220] Se alternaban. <<

[221] Modismo adverbial, equivalente a *pérdida total* o *destrucción*. <<

[222] Proveídos. <<

[223] Efectivamente, los misioneros aprendían el guaraní, ya que era la segunda lengua indígena más hablada en Sudamérica. <<

[224] Porra. <<

[225] Grosor. <<

[226] Los guayaquíes, indios efectivamente bilososimos, situados entre el Paraná y las fuentes del Tibicuary. <<

[227] Pasto de bellota. <<

[228] Poblaciones del Gran Chaco. <<

[229] Antes de conquistar o sojuzgar a los indios, se les hacia un *requerimiento*, largo escrito donde se les decía en castellano los motivos por los que se les iba a evangelizar, Como es lógico, los indios, que no entendían nada de lo que se les requería, hacían mofa o lanzaban piedras o saetas, y allí se acababa el requerimiento, y comenzaba el apaciguamiento armado. <<

[230] Todos los historiadores de la colonización resaltan esta empresa, por ser la primera vez que guaraníes y españoles coordinan sus esfuerzos. <<

[231] Se sigue denominando igual a este lugar en las proximidades de Asunción. <<

[232] Sueño. <<

[233] En el Chaco. <<

[234] Algún historiador, como Charlevoys, en su *Historia del Paraguay* (Tomo I, pág. 126), cree también en las sospechas de Álvar Núñez, ya que Irala iba a su pesar, en un cargo subalterno, cuando antes lo había sido todo. <<

[235] Gozo, alegría. <<

[236] Una de las familias más importantes eran los guaycurúes, que se extendían a lo largo del Paraguay y bajo Paraná. <<

[237] Pertenecen a la familia guaycurú. <<

[238] La sumisión de estos indios, tuvo una gran repercusión para la pacificación del Paraguay, pues a continuación lo hicieron yapirúes y guataes. <<

[239] Maní. <<

[240] Sobre la designación de Irala, el cronista Herrera comenta: *Eligió al capitán Domingo de Irala, juzgando por buen consejo tener ocupado y apartado de sí a este hombre ambicioso, inquieto Y usado a mandar*. <<

[241] Puerto Antequera. <<

[242] Al parecer, existe contradicción entre el juicio de Álvar Núñez y el de otros españoles, que consideraban a Aracare como excelente aliado de los cristianos. <<

[243] Irala fue a recorrer Buenos Aires con tres bergantines. Cuando llegaron allí, la situación era insostenible y entonces, a instancias del veedor Alonso de Cabrera, en un documento fechado el 10 de abril de 1541, se decidió el abandono de la población y la retirada de sus habitantes a Asunción. <<

[244] Sin embargo, Pedro Fuentes, que hizo una relación muy detallada del viaje, desde la isla de Santa Catalina hasta la Asunción, no hace ninguna referencia a este nuevo intento repoblador. <<

[245] Una chispa. <<

[246] Situado junto a la laguna Yaiba, y poblado por los indios cocsíes chaneses. <<

[247] Muchedumbre. <<

[248] *Curare*, sacado de una liana, *Strycnos toxifera*. <<

[249] Para Azara, la causa de los problemas fue el mal carácter de Álvar Núñez y sus desacertadas decisiones, exculpando a los oficiales reales de los abusos que el gobernador les atribuía. <<

[250] Sorprende que estos hombres, que Álvar Núñez había mandado encarcelar, estuviesen tan pronto en libertad. Esta prueba de debilidad del gobernador daría nuevas alas a los descontentos. <<

[251] Se ha extinguido casi por completo la temible tribu de los *payaguas* o lenguas, que pirateaban por el Paraguay, a la llegada de los españoles. <<

[252] Cerca de Fuente Galpón, junto a la frontera brasileña. <<

[253] Hierbas silvestres, muy altas. <<

[254] También pertenecen al tronco *guaycuru*. <<

[255] Lago de Caceceres. <<

[256] Dada la extraordinaria movilidad de estas tribus, resulta difícil su identificación. Posiblemente sean los *guachis*, hoy extinguidos, tribu la más septentrional de la familia *guaycuru*. <<

[257] Alejo García, primer descubridor de la sierra de la Plata y que intentó llegar al Perú. <<

[258] Río San Fernando de la Cal. <<

[259] Labios. <<

[260] Son los *borobos*, que ocupaban la zona de Matto Grosso, en el alto Paraguay y sus afluentes. Los *borobos* pertenecen a la misma raza que los patagones, y forman parte de la raza pámpida, de *Eickstadt*. <<

[261] Yemas. <<

[262] Salminus Maxilosus, de la familia de los characínidos. <<

[263] Mantiene su nombre. <<

[264] La cuenca del Paraguay se forma en los bordes del chapaldao mattagrosense, corriendo presto por las tierras bajas de formación aluvial. <<

[265] Estrechándose. <<

[266] La predicción de Álvar Núñez se cumplió, ya que el oro hizo nacer la ciudad de Cuyatá, capital del Matto Grosso. <<

[267] Cerca del actual Corumbá. <<

[268] Vampiros. <<

[269] Yemas. <<

[270] Del género *Eciton*. <<

[271] Son los cabaçaes. <<

[272] *Carajás*, familia importante cuyo territorio coincide casi con el valle del Araguaya, que habitan desde el grado 15 de latitud Sur, en que el río sale del territorio bororó. <<

[273] Tirando, arrastrando. <<

[274] Tan grande. <<

[275] Rodaja que se pone debajo del huso y ayuda a torcer la hebra. <<

[276] Les hace peso. <<

[277] El botoque es un trozo de madera o metal que se meten en el labio inferior. <<

[278] Delantales. <<

[279] *Shavayes* o *jawages*, del grupo *carajá*. <<

[280] Son dolicocéfalos, de piel oscura y estatura bastante elevada (1,70 metros). <<

[281] Batoques. <<

[282] El hueso interior. <<

[283] Álvar Núñez quiere hacer recaer la responsabilidad de la retirada a los oficiales reales. <<

[284] Forman parte de la familia bororo. <<

[285] Sabemos que entre los acompañantes se encontraba el famoso alemán Ulrico Schild y el escribano Juan de Valderas. <<

[286] Posiblemente sea esta expedición la más interesante desde un punto de vista etnográfico y geográfico. <<

[287] Tribu situada al sur de los bororos, en la región del alto Paraguay, entre los lagos Uberabá y Gaiba y río y laguna Cavacara. Actualmente apenas quedan un centenar de personas. <<

[288] San José de Chiquitos. <<

[289] Posiblemente el Tulavaca. <<

[290] En la Serranía de Santiago. <<

[291] Aymaraes, entroncados con los quechúas del altiplano. <<

[292] El puerto de los Reyes estaba en la región de Corumbá. <<

[293] De la familia mataco-mataguayos, que ocupaban el Chaco central. <<

[294] Laguna de Cáceres. <<

[295] La Relación de Hernando Ribera se publica tras los *Comentarios*, como apéndice. <<

[296] Bienes, haciendas. <<

[297] Cañonazos. <<

[298] En el atestado se dirá: *La noche que se prendió al Gobernador me prendieron a mí* —dice Juan Pabón—, *y me quitaron la vara del rey de las manos, y me dieron muchos palos, y me pelaron las barbas y me llevaron arrastrando a la casa de Alonso Cabrera*. <<

[299] El que, por encargo de Álvar Núñez, escribiría estos *Comentarios*. <<

[300] En Cartas de Indias se publicó la carta de un testigo presencial de estos sucesos, el clérigo Antón Escalera, que dice que el nuevo alcalde mayor *no solamente secuestró la hacienda del gobernador, pero hizo información contra él, con testigos que para ello buscaban, que dijeran lo que ellos querían y a los que la verdad pensaban decir*. <<

[301] Seguidores. <<

[302] Ya hemos dicho que Antón Escalera escribió al Emperador. <<

[303] Sustancia venenosa. <<

[304] En el estuario del río de la Plata. <<